IRENE JUNQUERA

TODO EL TIEMPO QUE NOS QUEDA

Planeta

Índice

Portada
Sinopsis
Portadilla
Dedicatoria
Cita
Prólogo
Primera parte. Fuego
1. Nunca dejes de escribir
2. Ranas y coladas
3. La bien aparecida
4. Una mala idea
5. Nuevo destino
Segunda parte. Madrid
6. Amarga llegada
7. La casa en el colegio
8. Desvelos de madrugada
9. Pretérito imperfecto
10. Los conos de La Mallorquina
11. El chico sin nombre
12. Los grises
13. El hombre misterioso
14. La bailarina
Tercera parte. Mateo
15. ¿Naviqué?
16. La conversación
17. Un relato y un cochazo
18. Verano en Navidad
19. Pañuelos para el llanto
20. Mamá
21. El miedo paraliza
22. Todos los hombres son malos

23. El odio
24. El roto
25. Elena, detective
26. Aquello que nadie te puede quitar
27. Un timbrazo inesperado
28. El relato
29. La soledad era esto
Cuarta parte. Javier
30. Bella y frágil
31. La niña maniquí
32. El señorito andaluz
33. La comida
34. Ese olor
35. Mareo
36. Ojos verdes y una vocación
37. Enhebra
38. Muchos sobres y una conversación
39. Un vestido con ínfulas
40. Helado de pistacho
41. El teatro
42. El descubrimiento
43. La ausencia
44. La propuesta
45. El cortijo
46. Una caja de zapatos
47. El enfado de doña Rosa
48. Entre pésames
49. Más sabe el diablo...
50. Una revelación
51. Más que cartas
52. El encierro
53. La decisión
54. Entre piedritas
Quinta parte. Esposa
55. La boda
56. La noche más larga
57. La noticia
58. La felicidad en la desgracia

59. Don Amancio
60. El día a día
61. La confirmación
62. Carmen y unos patucos
63. Todo irá bien
64. Y llegó el cambio
65. Invisible
Sexta parte. Madre
66. La oferta
67. Locura
68. Casi una despedida
69. Una terrible calma
70. Daniel
71. Una decisión consensuada
72. La reunión
73. Un punto de inflexión
74. El empuje necesario
75. Otra vez el odio
76. El viaje
Epílogo
Créditos

Visita Planetadelibros.com y descubre una
nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:

Sinopsis

«No permitas que nadie apague tu luz», le dice una maestra a Elena, una niña de pueblo curiosa e imaginativa que tiene un don especial: escribe de maravilla. Pero en aquella época a las mujeres se les prohíbe brillar.

Elena crece y estudia en el Madrid de los años sesenta bajo el férreo control de la tía Victoria, una mujer dura que esconde un misterio. Allí conoce a Mateo, un amor prohibido por los prejuicios. Para cumplir su sueño de convertirse en novelista, Elena debe afrontar renuncias dolorosas echando mano de su mayor fortaleza, la bondad.

Esta es una novela inspiradora cargada de ternura en la que se resaltan los amores de juventud, la amistad y la lucha de las mujeres del siglo xx por reavivar sus anhelos más profundos. Se lo dice a todos los adolescentes por igual y también a las madres y a los padres que viven con temor a romper sus ataduras: nunca es tarde para liberarte y conseguir lo que deseas.

Esta chica aprendió que nunca es tarde para querernos y perseguir nuestros sueños.

Todo el tiempo que nos queda

Una historia sobre el amor propio

Irene Junquera

Planeta

A mi madre, que ha llenado mi vida de sonrisas y calor.
A mi padre: porque sé que nunca has dejado de cuidarme.

Amarse a sí mismo es el inicio de una novela que dura toda la vida.

OSCAR WILDE,

Un marido ideal

Prólogo

Se moría por ver su cara. De ganas y de miedo.

De pronto se veía a sí misma como aquella adolescente que había sido décadas atrás: traviesa, cándida, vivaz. Pensó en lo que implicaba ser mujer. Pensó en lo que significaba ser madre. Pensó en sus sueños y anhelos del pasado, en todo por lo que alguna vez había dejado de luchar.

El tráfico y el ruido se hacían sentir. Había una gran muchedumbre y el humo de los coches que salían del túnel de la plaza Mayor la hicieron toser. No era así como recordaba aquella zona de Madrid. Cuando Elena era pequeña, el olor que impregnaba el ambiente era el de la lechería de doña Clotilde y sus arenques. En su lugar, hoy había una tienda de *souvenirs* que hacía su agosto en pleno enero.

Bajo su trasero, bastante más rollizo que antaño, el frío del escalón sobre la acera comenzaba a hacer mella. Se había puesto unos pantalones que imitaban la piel y no tenía claro si sentirse *rockera* o ridícula. Creía en las segundas oportunidades, la vida se lo había demostrado, pero no existía garantía de que la tarde fuera a ir bien. Había pasado varias veces por ese lugar en los últimos años, pero nunca con la expectativa de lo que podía ocurrirle en las próximas horas.

Allí sentada, le pareció oír a lo lejos los gritos de su tía, las risas del resto de las niñas en su antiguo colegio, la dulce voz de su amiga Juanita..., pero no, nada de eso estaba ya. Mucho tiempo había pasado. Demasiado, tal vez. Los años se mueven de otra manera en los recovecos de la memoria.

Se atusó el pelo. Había ido a la peluquería y no estaba muy satisfecha con el resultado. Se revolvió en el improvisado asiento cuando alguien abrió la puerta en la que se apoyaba. Estuvo a punto de caer hacia atrás, pero la niña que apareció tras ella lo evitó a golpe de rodilla.

—¡Ay!

—Disculpe, señora, ¡cuánto lo siento! —No se acostumbraba a que la llamaran así.

—No te preocupes.

La niña siguió su camino.

Elena se levantó dolorida y al alzar la vista, unos ojos oscuros clavaron su mirada en ella.

Primera parte
Fuego

1

Nunca dejes de escribir

Laura, hija, te juro que puedo volver a los once años en cualquier momento. Basta con que me llegue el olor de unas patatas con pimentón y torreznos, y ahí aparezco, en el pueblo que me vio nacer y donde apenas cabíamos treinta personas.

En plena sierra de Gredos, rodeado de ocres y verdes limón, los veranos te envolvían sin asfixiarte y los inviernos debían vivirse, indefectiblemente, junto a la estufa de leña que presidía el salón.

Mi madre, tu abuela, era María la Carbonera. Desde que peinaba trenzas se dedicó junto a su padre a recorrer los pueblos de la provincia en un carro tirado por asnos y caballos con el fin de vender el carbón que habían elaborado. De pelo abundante y ojos del color de los castaños, siempre olía a una mezcla de ajo y miel. Ya desde entonces era una mujer rotunda, de caderas anchas y labios carnosos, y nadie la pasaba por encima. A finales de los años cincuenta en España no era común ver a una mujer defendiendo sus derechos con tamaña convicción.

Mi padre, tu abuelo, era su fiel escudero. Agapito Domínguez. Lo mismo te esquilaba el rebaño de ovejas que le cortaba el pelo al niño. A menudo podías descubrirlo mirando, divertido y enamorado, los arrebatos de tu abuela. Poco le importaba que en el pueblo le recriminaran que se hubiera casado con una forastera.

Agapito tenía tanto pelo como entradas y llamaba la atención por la parsimonia con la que hacía las cosas; todo en él parecía sugerir calma, excepto si se hablaba de música. El poco tiempo que tenía libre lo dedicaba a escuchar la radio o a tocar la guitarra española. Su otra pasión era el fútbol. A mí me encantaba sentarme a su lado mientras él escuchaba los partidos. Tanto que acabé por entusiasmarme como él, que vivía los triunfos y las derrotas de su Real Madrid con auténtica devoción. Nuestro jugador favorito era, por supuesto,

Alfredo Di Stéfano. Recuerdo mi primera gran alegría, cuando eliminamos al Atlético de Madrid en las semifinales de la Copa de Europa y le ganamos la final al Stade de Reims. Otra vez campeones y con Di Stéfano como goleador del torneo, que además anotó en la final.

Tal vez fue porque yo era la mayor, pero a ninguno de mis hermanos les interesaba el fútbol lo más mínimo, ni siquiera a Manu, el varón, en una época en que nacer hombre o mujer determinaba incluso los gustos. Aún sucede.

—¡Elena! ¡Silencio! Madre mía, qué timbre de voz tiene esta niña.

Mandarme callar era uno de los pasatiempos favoritos de mi padre, porque gritar mucho era también uno de los míos.

Si en aquella época me hubieras preguntado si era feliz te habría respondido que no sabía. Porque no conocía lo que era la tristeza. En Lomares el tiempo parecía no existir. No conocía el final de nada, todo en mi vida era una sucesión de acontecimientos tan simples como extraordinarios.

Zarandeada por los primeros rayos del sol, salía cada mañana para ver pasar a las vacas que cruzaban el pueblo con el pastor en dirección a los prados, y volvía a casa a desayunar la tostada de pan con aceite y miel que nos preparaba mi madre.

La cocina, el comedor, el salón..., todo uno, amanecían impregnados por el aroma del pan recién hecho a la lumbre.

—Niños, poneos a desayunar ya, que tengo que ir a por fruta.

Hoy sé que la comida que teníamos en casa muchas veces no era suficiente y en algunas ocasiones llegamos a pasar hambre, pero no era algo que me angustiara especialmente.

—Agapito, ¿otro día más sin carne? Los niños no pueden crecer bien solo comiendo huevos.

—Lo sé, María, pero ¿qué hago? El género está carísimo y a mí no me quedan ovejas por esquilar en la zona.

—Pues algo habrá que inventarse. No podemos sacar a esta familia adelante sin comida.

Se me quedó grabada la cara de derrota de mi padre, con los ojos apuntando al suelo y la tristeza impregnada en ellos.

Salí de casa con el estómago encogido, la tostada iba a sentarme mal. Recorrí los últimos metros que me separaban de la escuela con las manos sudorosas, agarrando con fuerza las asas de la mochila

donde llevaba mis cuartillas.

Unos quince niños de todas las edades esperaban a que el párroco abriera las puertas de la escuela, situada debajo de la ermita. Tan solo unos pocos llegaban hasta allí acompañados de sus madres, los que vivían en los pueblos de alrededor. El resto íbamos solos.

—¡Elenaaa! —Asunción, mi mejor amiga, vino corriendo a mi encuentro—. ¿Has hecho las tareas de gramática? ¡No me salía nada! ¡Un horror! —Ella era una niña regordeta, pizpireta y lo que ahora llamaríamos hiperactiva.

—¡Gramática! —exclamé; sabía que se me olvidaba algo—. Esta mañana he estado terminando los deberes, pero justo eso se me ha pasado. La señora Dorita me va a matar.

No era fácil aguantar a la profesora Dori, una señora que tenía doscientos años, muchas ganas de jubilarse y ninguna paciencia. No recuerdo que me enseñara nada de provecho. Si por esa mujer hubiera sido, ahora me dedicaría a fregar escaleras sin más ambición que la de comer y dormir. En el lado opuesto estaba mi madre, que no había podido estudiar, pero siempre que tenía oportunidad leía cualquier cosa que caía en sus manos: fragmentos de periódicos, etiquetas de productos de limpieza..., lo que fuera. Y poco a poco había conseguido labrarse cierta cultura general que le daba de sobra para enseñarnos lo básico. Yo me parecía a ella.

Hasta que una mañana apareció Marce: una chica rubia, dulce, recién licenciada, lo opuesto a la vieja refunfuñona. Enseguida se estableció entre nosotras una conexión muy bonita: Marce amaba la lectura como yo. Fue ella quien me descubrió las historias de Celia, aquella niña respondona que tan poco tenía que ver conmigo y que tanto me gustaba. Había sido censurada por el franquismo, pero ya se podía encontrar con relativa facilidad; su creadora, Elena Fortún, se convirtió en mi referente, no solo porque soñaba con inventar un personaje que tuviera una personalidad arrolladora como la de Celia, sino porque la historia de la autora era digna de admiración. Durante años escribió sus novelas escondida en el baño para evitar conflictos con su marido. Literatura infantil y mujer, mala combinación para que te valoraran en aquellos tiempos.

Marce me traía un libro nuevo cada semana, y yo daba cuenta de ellos en una sola tarde.

—Los ejercicios estaban de diez, Elena —me dijo a los pocos

meses—. ¡Eres muy buena en Lengua! ¿Por qué no te animas a escribir algo? Un pequeño relato, un poema..., cualquier cosa.

Yo sonreí y me sonrojé.

—Bueno, señorita Marce..., en realidad..., escribo casi todos los días.

—¿De verdad?

—Lo que pasa es que no se lo he enseñado a nadie.

—¿Me lo mostrarías a mí?

Al día siguiente le llevé las cuartillas que había escrito y ella se pasó el recreo matutino leyéndolas; yo la observaba muerta de nervios a distancia mientras jugaba con los demás niños.

—Toma tus cosas de vuelta —dijo cariñosa mientras me extendía los papeles.

—¿Qué le han parecido? ¿Le gustarían a Elena Fortún?

—Elena, eres especial. Tienes talento. Y puedes llegar a ser como Fortún o como quien quieras; así que, por favor, no pares de escribir.

Asentí con un cosquilleo en la garganta.

Me propuse escribir todas las tardes después de la escuela y los fines de semana. Creaba poemas y relatos cada vez más largos, y luego se los entregaba. Ella me los devolvía con anotaciones. A veces me corregía alguna palabra o subrayaba frases que le habían gustado.

Sin embargo, aquel día, debido a la tristeza que había visto en mi padre, no tuve cabeza para nada. El techo de la escuela parecía pesar sobre mi espalda mientras la señorita Marce me miraba de soslayo e impartía la lección.

—Elena —me llamó nada más acabar la clase—, espera, quiero hablar contigo.

Me acerqué a la tarima, ¿se habría dado cuenta de que me pasaba algo? Ella guardó silencio hasta que la última niña abandonó el aula.

—¿Has pensado qué quieres hacer cuando seas mayor? —me preguntó.

Yo, que seguía preocupada por esa conversación entre mis padres que no debía haber escuchado, no supe qué responderle.

—¿No te gustaría ser escritora?

En todos mis ejercicios de imaginación, cuando me proyectaba de adulta, lo hacía siempre trabajando con el carbón o esquilando ovejas. Hasta ese momento nunca había concebido que pudiera dedicarme a escribir, creía que aquello estaba reservado para gente especial, como

Fortún.

—¿Escritora? Pero, señorita, yo no creo que sea capaz —me sudaban las manos—, es muy difícil y yo solo sé escribir cosas cortitas. Además, tengo que ayudar a mis padres, ¿y quién iba a leer lo que yo escriba? ¿A quién podría interesarle? —Las palabras salían de mi boca a borbotones, cada vez más rápido.

—Elena, para, para, para... —Marce me interrumpió cubriéndome con suavidad la boca con una mano—. Puedes ser quien tú quieras. Cuando hablo de tu talento no lo hago para que te sientas más feliz, lo hago porque lo pienso de verdad. Seguramente, a tu escritora favorita también le entraron dudas cuando era pequeña, pero es que ¿sabes lo que te digo? Dudo que incluso ella tuviera tu talento desde tan joven. Lo tuyo es fascinante.

Marce hizo una pausa y me miró como para comprobar si lo que me decía estaba dejando algún tipo de poso en mí.

—No lo dejes nunca. ¿Me lo prometes? Pase lo que pase, aunque luego te dediques a otra cosa, no importa, pero nunca dejes de escribir.

Asentí.

Salí de allí poniendo un pie delante del otro, caminé los cincuenta y dos pasos que separaban la escuela de mi casa intentando sentir el suelo bajo mis zapatos, pero con la sensación de ir andando sobre nubes. El día se había tornado de gris a rosa en lo que dura un parpadeo.

2

Ranas y coladas

—Elena, ¿vienes con nosotros al arroyo? —La diminuta voz de tu tío Manu me sacó de mi ensoñación. Mi hermano era flaco como un junco y rápido como una lagartija, quizá por eso uno de sus pasatiempos favoritos era ir al pequeño arroyo que había junto a la fuente del pueblo a coger ranas.

—¡Vamos! —dije. Nada me apetecía más en aquel momento.

Lo agarré de la mano y salimos corriendo junto a media docena de niños. Mis amigas se fueron a casa con la excusa de ayudar a sus madres, pero yo quería estirar un poquito aquel rato del que tanto disfrutaba.

—¡Allí! —gritó Luis, otro niño de la pandilla—, ¡esa zona está llena de renacuajos!

El arroyo era una especie de presa natural, pequeñita, bordeada por piedras, donde las mujeres del pueblo lavaban la ropa. El agua llegaba de la cima de la montaña, y la que no acababa allí surtía otras dos fuentes en el pueblo, una más grande que se utilizaba de abrevadero para los animales y otra algo más pequeña donde cada día llenábamos el botijo para aprovisionarnos de la mejor agua del lugar. Aquella fama tenía. Venía gente de todas partes para probarla y había incluso quien le otorgaba propiedades mágicas.

Cuando estábamos en pleno proceso de pesca de anfibios, apareció mi padre y, con la cara ardida, me agarró del brazo y me sacó de allí.

—¡Ayyy! ¿Qué pasa, papá? —grité porque no era normal verlo tan enfadado.

—Elena, ya eres una señorita y no tienes que estar haciendo el ganso con todos los niños —respondió sin soltarme hasta que llegamos al corral de casa.

Como siempre, obedecí. No me gustaba llevar la contraria a mis

padres, pero no pude controlar el fuego que me recorrió el cuerpo de los pies a la cabeza. No entendía nada.

Mi madre salió de casa, cesta de ropa sucia en ristre.

—¿Qué pasa, Agapito? —Ella tampoco estaba acostumbrada a ver a mi padre así.

—La niña, que iba zascandileando con los niños en lugar de venir a hacer las labores de la casa o las tareas del colegio, como corresponde.

Mi madre tenía el gesto serio y yo no supe traducir si se ponía del lado de mi padre o del mío.

—Elena, acompáñame a lavar la ropa.

Era junio y, aunque en las noches siempre refrescaba, durante el día la temperatura era muy agradable.

—¿Me vas a enseñar?

—Sí, cariño, ya tienes edad para empezar. Y tu padre tiene razón, es importante que aprendas estas cosas porque te harán falta.

—Pero, mamá, ¿y Manu? Él también está allí y papá no lo ha traído para ayudarnos.

Mi madre guardó unos segundos de silencio.

—Es diferente, Manu hará otras cosas. Ya te darás cuenta de que, por desgracia, no todo en la vida es tan justo como quisiéramos. —Mi cabeza no alcanzaba a entender semejante despropósito, pero guardé silencio—. Lo importante es que aprendas a valerte por ti misma y a no depender de nadie. Todo lo que aprendas bienvenido sea.

Unas cuantas señoras gritaban junto al arroyo:

—¡Venga, venga! ¡Fuera de aquí! ¡Se acabó lo que se daba! ¿U os vais a quedar a lavar?

Los niños, incluido mi hermano, salieron como rozados por un manojo de ortigas, como si la idea de ayudar con la colada fuera la peor del mundo. Y para más inri, mi querido hermano Manuel me dedicó una peineta según corría burlándose de mi suerte.

Llegamos a la ribera del arroyo y mi madre sacó una tabla que depositó en la orilla. Con ella escurriríamos después la ropa correctamente para que no se estropeara, como aprendí más tarde.

—Ponte aquí conmigo de rodillas —dijo colocando una toalla doblada varias veces para hacerla más mullida—. Hay que empapar la prenda, llenarla de jabón y frotar con fuerza, sobre todo si hay alguna mancha que se te resiste. Y luego la aclaras.

Mientras yo me concentraba en hacerlo bien, el enfado con mi padre se disipaba, y mi madre charlaba con las vecinas.

—¿Te has enterado de lo de Agustín? —siseó la mujer que tenía al otro lado.

—¿El de la calle grande?

—Ese, ese. Que se ha echado novia.

—¿Una moza? ¿A su edad? ¡Válgame, Señor! Pues no sé para qué a estas alturas —respondió otra.

—Dicen que es de La Serrana y que también es viuda como él.

—Bueno, hija, pues bien hacen. Así no pasarán lo que les quede de vida solos —intervino mi madre.

—Uy, pues eso no es lo que he oído yo —aseguró otra—, parece ser que a la que le ha echado el ojo, y vete a saber si la mano también, es a la profesora nueva, la tal Marcelina.

—Chssst —noté cómo mi madre le daba un codazo a la mujer, al tiempo que me señalaba con la mirada—, que es la maestra de Elena —dijo susurrando y luego, alzando la voz, afirmó—: Pues fíjate que me cuadra más lo de la de La Serrana.

Yo me reí para mis adentros, anda que me importaba a mí mucho quién rondara a quién. De pronto apareció tu tía Lucía llorando desconsolada y se agarró a las faldas de mi madre.

No solo era más pequeña que yo, también había sido desde siempre la más sensible de nosotros; había que tener cuidado con lo que se le decía o se le hacía porque pasaba de la risa al llanto en menos de lo que cantaba un gallo. Era menudita y tenía un aspecto frágil, no como ahora, lo que hacía que algunos niños desalmados la tomaran con ella en el pueblo.

—Pero mi Luci, ¿qué te pasa? —dijo mi madre.

—Se están metiendo conmigo todo el rato y me han tirado del pelo —respondió ella con la voz entrecortada, entre mocos y suspiros.

—¿Quién se mete contigo? ¿Y tirándote del pelo? ¡Me van a oír!

—Ha sido Genaro, el hijo de Maite, la de la calle de abajo, ese niño mayor.

«Qué chivata mi hermanita», pensé. Yo la quería con locura, pero tenía que aprender a defenderse sola. El muchacho era de la pandilla de Manu, con los que había estado cogiendo ranas.

Mi madre se dirigió a la plaza, donde estaban jugando todos.

—¡Tú! ¡Genaro! ¡Ven aquí! —gritó.

El tal Genaro, que era un niño con cara de bueno, pero de los que se las traían, se acercó con las orejas gachas.

—¿Es verdad que estás tirando del pelo a mi hija?

Él bajó la mirada y no respondió.

—Te voy a decir una cosa y espero que se te quede grabadita: la próxima vez que tengas ganas de tirar del pelo a alguien, vas donde tu madre y le tiras a ella de los pelos del coño, que los tendrá más largos... —Y se quedó tan ancha—. ¡Manuel! ¡Tira *pa* casa tú también!

Silencio absoluto en la plaza.

Esa era mi madre, no se callaba ni una. Genaro ya nunca más volvió a decirle nada a Lucía. ¡Cualquiera se atrevía!

Todavía recuerdo con nitidez la risa de mi madre y de mi hermana cuando regresábamos esa tarde bajando por la calle principal y comentamos la cara del pobre niño. Manu intentaba hacerse el ofendido, pero se le notaba que no podía disimular la carcajada que tenía atravesada en la garganta.

El camino a casa era cuestión de unas decenas de metros. Sobre el suelo sin asfaltar esquivábamos las boñigas de las vacas que dotaban al pueblo de aquel olor tan característico y que no era tan desagradable como cabría imaginar. Subimos al corral donde estaba nuestra casa con una grata sensación.

Nada parecía presagiar el vuelco que iba a dar nuestra vida.

3

La bien aparecida

Mi padre no parecía demasiado feliz. Mi madre, mis hermanos y yo acabábamos de llegar a casa y él estaba sentado frente a la robusta mesa del salón comedor. A su lado había una mujer a la que no recordaba haber visto nunca. Era chata, tenía el pelo rizado y gesto hosco. Vestía de manera muy diferente a lo que veíamos a diario: llevaba una falda gruesa que le llegaba más abajo de las rodillas y, en la parte superior, una blusa blanca con una lazada en el cuello; se asemejaba a una señora de alto estatus, parecía más refinada, más repipi. No llevaba esos vestidos que yo estaba acostumbrada a ver a mi alrededor, con su inseparable mandil. Desprendía un olor extraño, como a naftalina, y no se despegaba de un bolso que llevaba colgado del hombro, aun estando sentada.

—¡Victoria! —exclamó mi madre al verla—. No te esperaba ya tan tarde, pensé que llegarías mañana.

La mujer hizo un amago de sonreír.

—Sí, pero hubo una oferta de última hora en los trenes y pensé que podría venir a disfrutar un poquito más con mi *hermanito* —dijo mientras miraba a mi padre y entonces sí, esbozó una sonrisa de esa forma curiosa que tienen algunas personas cuando son adultas: con los labios, pero no con la mirada.

Mi padre también cambió la cara y se mostró de pronto ilusionado.

—La tía Victoria ha venido a vernos y se va a quedar con nosotros este fin de semana.

Mis hermanos y yo nos miramos sin entender nada. ¿Quién era esa tía Victoria?

—Es la hermana de papá, la que vive en Madrid, la habéis visto alguna vez seguro —respondió mi madre por lo bajini al ver nuestra expresión.

Sabíamos que existía, pero no era alguien que estuviera presente para nada en las conversaciones de la familia.

La tía se pasó la cena hablando con mi padre y tampoco se interesó mucho por nosotros. «¿Cómo has estado? Ya me podías cortar a mí el pelo. No sé cómo podéis aguantar el invierno con el frío que hace aquí. Fíjate que en Madrid todo es diferente. No, hombre, no estoy diciendo que sea mejor, solo que es diferente...» La conversación derivó en un monólogo sobre lo fascinante, entretenida y maravillosa que era su vida en la capital del reino. Todo lo contrario a la precariedad en la que, según ella, vivíamos nosotros.

—Niños, venid a ayudarme a la cocina —dijo mi madre en cuanto terminamos el postre. Tenía la expresión de cuando intentaba ocultarnos algo, pero en mis once años de vida había aprendido a descifrarla.

Aunque obedecimos, yo me cuidé mucho de no perderme nada de lo que pasara del otro lado. Divididos solo por una puerta, la cocina y el comedor eran prácticamente una misma estancia y, a pesar del ruido que hacían mis hermanos entre gritos y golpes de vajilla, conseguí oír lo que hablaba mi padre con la tía Victoria en el salón.

—La necesito durante un par de meses o tres, nada más, lo justo para hacer algo de dinero. Hasta que nos instalemos definitivamente.

—Pero la casa no es muy grande. Y con los niños no sé si os vais a apañar bien.

—No importa, seguro que sí. Además, así te tenemos todo en condiciones ahora que estás haciendo vida en Madrid —repuso mi padre.

Fruncí el ceño, mis padres siempre hablaban de todo delante de nosotros. No era habitual tanto misterio.

—¡Elena! ¡Elena! ¿Me has oído? —La pregunta de mi madre me sacó de la conversación. Había salido de la cocina y parecía preparada para sentarse junto a mi padre—. Que vengas —dijo—, venid todos. Tenemos que hablar con vosotros.

Bajo el techo del salón no se respiraba el aroma habitual de nuestras cenas, parecía que una nube negra lo opacaba todo. Algo pasaba, algo raro. Nos sentamos callados, eso sí que era extraño. Mi padre nos miró de uno en uno, solemne.

—Niños, vamos a irnos a Asturias —dijo sin miramientos.

—¡Bieeen! ¡Vacaciones! —El júbilo de mis hermanos estalló con

la misma rapidez con la que se contraería al cabo de pocos minutos.

—¿A Asturias? ¿Y eso dónde es? —preguntó Manu con espontaneidad.

—Está más al norte de la península, pegadita al mar.

—¡¿Vamos a ir a la playa?! —Lu parecía encantada con la buena nueva.

A mí no me cuadraba nada. Siempre nos quedábamos en el pueblo en verano, era la mejor estación para estar allí. Además, todavía no había llegado el calor, ni habíamos acabado la escuela.

—No creo que vayamos a ninguna playa, Lu, porque si no me equivoco, allí casi siempre llueve y hace frío —repuse yo con cara de pocos amigos.

La mirada de la tía Victoria se posó sobre mí y dijo:

—No te preocupes, Elena, esa lluvia hace que el paisaje sea precioso. Merece la pena.

—Bueno, ya habrá tiempo de conocer bien nuestro nuevo hogar.

—¿Hogar? —exclamé.

—Sí, hogar —repuso mi madre—, y tenéis que saber que, si tomamos esta decisión, es porque es lo mejor para todos.

—Pero ¿por qué tenemos que irnos? —No podía quedarme sin una explicación y, de nuevo, volví a sentir la mirada de la bien aparecida.

—A papá le ha salido un trabajo muy bueno allí y es la mejor manera que tenemos de prosperar —dijo mi madre sonriendo con una sonrisa de adulta.

Antes de irnos a la cama, cuando mis hermanos estaban acostados y la tía y mi padre se encontraban entretenidos con sendas lecturas, me acerqué a mi madre, que preparaba la comida del día siguiente. La vi con la cabeza baja sobre la lumbre, donde ultimaba unas patatas revolconas. El olor a grasa de cerdo y pimentón lo impregnaba todo. Tiré del mandil que llevaba puesto para que me hiciera caso y, cuando me miró, vi que tenía los ojos enrojecidos.

—¿Qué pasa, mamá? —pregunté asustada.

—Uy, nada, cariño, nada, es que con el picante se me han debido de irritar los ojos.

La abracé, como hacía cada noche. Como si no pasara nada. Pero sabía que aquello no era fruto de unos vahos irritantes, sino del futuro incierto y del tremendo cambio que ya parecía irremediable.

4

Una mala idea

Al cabo de unos días comenzó lo que mi padre había decidido bautizar como «la aventura», y mentiría si dijera que no había nacido cierto grado de ilusión en mí: al fin y al cabo, iba a conocer otra parte de España y volveríamos al pueblo siempre en vacaciones. O eso me habían dicho ellos.

Metimos los pocos objetos de valor que teníamos en unas maletas cuadradas rígidas y pesadas, junto a las mudas y la ropa de siempre, y pusimos rumbo a Ávila, donde se cogía el tren para llevarnos a Asturias.

—¡Ayyy! ¡Qué asco! —exclamó Manu—. ¡Te sudan las manos!

Lo llevaba agarrado porque era tal trasto que en cualquier momento podíamos perderlo de vista.

—¡Pues te aguantas! —repuse—, aquí hay mucha gente y nos podemos perder, así que me agarras.

Seguimos caminando entre el tumulto, muy juntitos todos, mientras mi mente vagaba por otros escenarios. Recordaba mi salida del colegio, mi despedida de Marce entre lágrimas y en los labios la promesa de no dejar nunca de escribir.

La estación era una locura. Un trasiego interminable de viajeros, maletas, pies y gritos, de personas que caminaban de un lado a otro, con más o menos prisa. Era una metáfora de la vida que conocería más adelante: algunos exprimiéndola al máximo y otros, simplemente, adaptándose a lo que les marcaba el destino. Con mi edad, yo era entonces de las segundas: poco podía decidir por mí misma.

Los trenes se dividían por vagones de primera y de segunda clase. Hombres y mujeres ataviados con sus mejores galas subían a los vagones delanteros ayudados por mayordomos que, además, se hacían cargo de su equipaje. Los miraba con curiosidad: no parecían alegres a pesar de ir tan lujosamente vestidos. Un niño que iba acompañado de

sus padres me espetó un «qué miras tú» surgido de la nada. Tenía una cara desagradable y sus ojos albergaban un profundo desprecio. Al escucharlo, tuve la sensación de que el estómago se me daba la vuelta y decidí, aunque algo avergonzada, ignorarlo.

Nos dirigimos a los últimos vagones del convoy, donde nos aguardaban los bancos corridos y los llantos y gritos de niños y padres intentando entenderse por encima del alboroto. Lo que más me impresionó fue, sin duda, ver a tanta gente apelotonada.

Me entretuve imaginando las vidas de todas las personas hasta donde alcanzaban mis ojos y decidí que, al llegar a mi nuevo hogar, escribiría sobre ellas.

El piso que nos prestó la tía en Asturias era muy pequeño, pero estábamos más que acostumbrados, incluso me atrevería a decir que eso lo hacía más acogedor. Dos habitaciones con lo justo, un baño y un salón, comedor y cocina todo junto. El aire era húmedo y la lluvia no tardó en hacer acto de presencia, aunque estábamos en junio.

Asturias me conquistó con facilidad: cambié el arroyo por la playa de Xagó con su arena dorada y las olas que nos hacían cosquillas en los pies al morir en la orilla, y las patatas *machacás* por fabada, pero fabada fabada, con *fabes;* nada de alubias o judías blancas. Una auténtica delicia.

Mi madre optó por escolarizar solo a mis hermanos hasta que acabara el curso. Yo era la mayor y ella necesitaba a alguien que la ayudara a organizarlo todo mientras mi padre trabajaba. Así que pasé de estar rodeada de libros y niños en el pueblo a trabajar en casa con mi madre.

Quería sentarme a escribir, en mi cabeza bullían mil ideas a raíz de los cambios en mi vida, pero cada vez que lo intentaba aparecía una nueva obligación que atender. Era tremendamente frustrante. Solo me consolaban los momentos en los que ayudaba a mis hermanos pequeños, sobre todo a Lu, aunque ella no estaba muy de acuerdo con que su hermana mayor pudiera enseñarle algo.

—Eres una marimandona —me decía—, siempre tiene que ser todo como tú dices.

—Que no, Lu, que solo quiero corregir lo que tienes mal.

—¿Cómo sabes tú qué está mal si ni siquiera vas a la escuela?

—Pues porque todo esto yo ya lo aprendí el año pasado —repuse dándole una colleja cariñosa.

Un día, harta de limpiar, ordenar, recoger cajas e ir de aquí para allá, me planté frente a mi madre.

—Mamá, echo de menos ir a clase.

—Cariño, ya lo sé, pero son solo estos últimos meses. En cuanto empiece el nuevo curso podrás ir, y verás que enseguida haces nuevos amigos y no te aburres tanto. Ahora necesito que me ayudes, sola no puedo con todo lo que hay que hacer —respondió mientras preparaba la comida.

Guardé silencio, estaba enfadada, cansada de tener que entenderlo todo por ser la mayor. Siempre había algo que hacer para «terminar de instalarnos como Dios manda».

Por las mañanas mi padre entraba muy temprano en la fábrica y mamá había encontrado un trabajo limpiando unos portales cercanos, por lo que me habían encargado a mí la tarea de organizar a mis hermanos desde bien prontito y de dejarlos en el colegio.

Por las tardes cruzaba la calle que separaba la escuela del piso en el que vivíamos y esperaba pacientemente a que salieran. Me moría de envidia al oír las risas los otros niños y al ver sus mochilas repletas de libros de todos los colores.

—Y ¿cómo son los profesores? ¿Qué has aprendido hoy? ¿Ya sabes alguna letra nueva? —Acribillaba a preguntas a mis hermanos y así me sentía menos fuera de aquel mundo que tanto me gustaba y que iba a tener que esperar para mí.

Mis padres llegaban con poco tiempo para que cenáramos juntos. Ya ni siquiera escuchábamos los partidos de fútbol y tampoco le veía tocar la guitarra. Era como si las horas en Asturias corrieran más deprisa. Trabajo y deberes, trabajo y deberes. Poco más. Con el trasiego diario no había vuelto a abrir la caja de zapatos que guardaba con celo debajo de la cama, donde tenía lo que había escrito hasta aquel momento. Y eso que inspiración no me faltaba.

Una noche, movida por las ganas inmensas que tenía de retomar mi rutina creativa, cuando ya estábamos todos los niños en la habitación que compartíamos con la luz apagada para dormir, se me ocurrió una idea. Me acerqué sigilosa a la pequeña cocina y rebusqué por los cajones. Cogí la caja de cerillas que mi madre utilizaba para encender la lumbre y un cirio que encontré en el recibidor.

Ya en el cuarto, hice una especie de tienda de campaña con la sábana de mi cama y encendí el cirio con las cerillas, de forma que

podía escribir y ver más o menos bien, sin molestar a mis hermanos durante su sueño y sin que mis padres se enteraran tampoco.

Esa noche escribí durante horas. Primero, sobre un partido de fútbol imaginario. Una historia en la que mi padre, mi madre y yo nos convertíamos en jugadores del Real Madrid y ganábamos la Copa de Europa. Después, poemas y cuentos sobre lo diferente que era aquella tierra, lo verde que estaba todo, cuánto echaba de menos a Marce y poder ir a la escuela, y también de lo contentos que veía a mis hermanos. Lo hacía con mucho cuidado para que las sábanas no se movieran, el cirio se mantuviera quieto y no cayeran restos de cera en la cama.

Hasta que me quedé dormida sobre el papel, exhausta.

De pronto, un denso humo me despertó y cuando abrí los ojos descubrí que el colchón bajo mi cuerpo estaba comenzando a arder rápidamente.

—¡Fuego! ¡Fuegooo! —gritaban mis hermanos aterrorizados. La humareda era tan intensa que se habían despertado enseguida.

Consuelito era la más angustiada. Lucía y Manu la abrazaban. Nunca he olvidado sus caras en aquel momento, eran la viva imagen del terror. Yo me quedé paralizada por el miedo, casi no podía respirar. Mi madre me imploraba, entre toses, que bajara de la cama, pero sentía que no podía moverme. Rápidamente, con la resolución que la caracterizaba, dándose cuenta de que yo no reaccionaría, se cubrió con una manta y se subió a la cama para sacarme de allí. Una vez me dejó fuera de la habitación, se afanó en tratar de extinguir el fuego con la ayuda de las mantas, pero la masa abrasadora seguía creciendo sin parar.

—¡Id a la calle! ¡Vamos, rápido! —nos dijo mi madre.

Pero mi padre no estaba dispuesto a dejarla atrás.

—¡María! ¡Basta! ¡Sal de ahí! —Sus gritos se hicieron cada vez más fuertes, hasta que logró convencerla para que saliéramos todos.

Los bomberos no tardaron en llegar y, mientras ellos rociaban el edificio con agua por fuera y por dentro, nosotros nos quedamos viendo cómo las llamas consumían gran parte de la vivienda. Nuestra ropa. Los cuadernos de mis hermanos. La guitarra de mi papá. Mis cuartillas.

Tenía el corazón en un puño, me quedé sentada en el suelo a unos metros de mi familia. Unos segundos más y podríamos haber

muerto por mi culpa. Oí los lamentos de mis padres y de mis hermanos, y yo solo podía pensar en lo estúpida que había sido. Se estaban quemando nuestras cosas, todo por lo que ellos habían luchado, y encima el piso era de la tía Victoria..., se volvería loca. ¿Qué íbamos a hacer?

Rompí a llorar. Mi madre, que no me había quitado ojo, vino corriendo y me abrazó. Me sentí protegida, que a su lado nunca me pasaría nada. No podía dejar de temblar mientras un sudor frío me recorría la espalda. Conseguí calmarme a duras penas al cabo de unos minutos.

—Solo estaba escribiendo, mamá. Lo siento. —Bajé la cabeza horrorizada por la posibilidad de haber hecho daño a mi familia. Por todo lo que había provocado.

Mi madre no me soltó, no se separó ni un milímetro de mi cuerpo.

—Lo solucionaremos, cariño, saldremos de esta.

En ese momento decidí que no volvería a hacerlo.

Nunca más volvería a escribir.

5

Nuevo destino

Pasamos unas semanas en un piso compartido con otros trabajadores, donde nos dejaron una habitación con derecho a cocina.

Juntamos dos camas de noventa y dormíamos todos muy apretados. Solo había un armario, pero eso no supuso un problema: la mayoría de nuestras cosas se habían destruido en el incendio. Mi padre pasaba muchas más horas en la fábrica y cargó durante meses con esa mirada sombría que te otorgan las preocupaciones.

Las mesas llenas de las semanas anteriores dieron paso a comidas mucho más precarias, y mi madre llegaba a casa cada día más tarde. No me quitaba de la cabeza qué habría pasado con la tía Victoria, cómo habría reaccionado al enterarse de que su casa se había quemado, pero no me atreví a preguntar.

Cuando por fin logramos encontrar un piso que pudiéramos pagar, nos fuimos de allí. Cualquier cosa sería mejor que aquella habitación en la que casi no cabíamos los seis. Nuestro nuevo hogar era mucho más pequeño que el que se destruyó por el incendio, pero nos apañamos, como siempre hacíamos.

Una mañana, cuando la luna todavía se mostraba sin vergüenza y el sol se resistía a mirar, mi madre me despertó.

—Elena —susurró—, ven, levanta, necesito hablar contigo.

Me desperecé en silencio y salí a tientas de la habitación siguiendo a mi madre. Una vez en la cocina, me preparó un vaso de leche calentita y me besó en la cabeza. Yo a duras penas conseguía mantener los ojos abiertos, ya que era mucho más pronto de la hora a la que habitualmente me despertaba. Pensé en que me iba a decir algo importante y me despejé de golpe.

—Cariño, he estado pensando y voy a necesitar que nos ayudes.

—Dime, mamá, lo que sea. —Mi sentimiento de culpa desde el incendio era inmenso. Hubiera dado cualquier cosa por volver atrás.

—Esta casa se nos está quedando demasiado pequeña para todos los que somos —comenzó— y, teniendo en cuenta las ganas que tienes de ir al colegio, de estudiar, de estar rodeada de libros..., quizá podríamos plantearnos que te marcharas a Madrid con la tía Victoria. Ella trabaja en un colegio donde podrías estudiar y, a la vez, ayudarla en lo que precise. De ese modo pagaríamos de alguna forma la deuda que tenemos con ella por el incendio, y tú podrías crecer y formarte mucho mejor que en esta escuela tan pequeña... —Había soltado todo a borbotones, sin parar. Como sin querer pensar en lo que estaba diciendo.

—Pero...

—Nada, cariño —dijo al ver mi cara de pánico—, solo es una idea. Estoy pensando en alto.

Mi madre bajó la mirada, su boca contraída en una mueca me hacía pensar que no lo estaba pasando precisamente bien con lo que me estaba diciendo. ¿Pretendía que me fuera con aquella mujer? Apenas la había visto una vez en la vida... Tragué saliva mientras mi mente iba a mil por hora y llegué a pensar que querían deshacerse de mí por si volvía a provocar algún otro problema. Era la mayor y, en lugar de ser responsable, había puesto en peligro a todos.

—Está bien, mamá, iré a Madrid, ayudaré a la tía y estudiaré todo lo que pueda.

—No ha habido un solo segundo en esta vida en el que no hayamos estado orgullosos de ti, mi vida. Eso no lo dudes nunca.

Mi madre me miró, con la vista también nublada, y me apretó contra su pecho. Reprimí las lágrimas como pude. Quería creerla, pero no podía. No era como para estar orgullosa de mí.

Así que tenía que irme a Madrid.

Sola.

Con once años.

La luz del amanecer comenzaba a hacer acto de presencia.

—Va a ser solo un tiempo, lo justo para que podamos ahorrar y nos traslademos allí contigo.

Mi padre había estado oyendo toda la conversación desde el quicio de la puerta. Vi cómo se humedecía su mirada. Nunca olvidaré ese momento porque sería la primera y la última vez que lo vería tan vulnerable. Parecía incluso más preocupado que cuando sucedió lo del incendio.

—Elena, recuerda, todo lo que hacemos es porque pensamos que es lo mejor. Lo que puedes prosperar en Madrid no tiene comparación a lo que lo harías aquí —me dijo acercándose a la mesa sobre la que nos apoyábamos mi madre y yo—. Además..., quizá podamos ir un día juntos al Santiago Bernabéu. ¿Te imaginas? Y ver a Di Stéfano.

Bajé la cabeza y asentí, estaba triste: no quería un nuevo cambio, no quería estar sola, quería crecer junto a mi familia y, sin embargo, me imponían un futuro que no le desearía a nadie. Pero no dije nada. Quizá era el castigo que me merecía, aunque se empeñaran en teñirlo de rosa.

La noche de aquel día, cuando ya estaba metida en la cama y mi madre estaba repartiendo los besos de rigor, agarré su mano con fuerza y no pude evitar que el llanto me inundara la cara.

Laura, hija, escúchame, por favor. Sé que te he hecho daño, pero necesito que comprendas lo que vino antes y lo que ocurrió después.

Hay un motivo para que yo me alejara así de ti, me gustaría explicártelo todo y que entonces tú decidas si quieres darme otra oportunidad.

No me mires de esa forma y préstame atención. Te voy a contar exactamente qué fue lo que pasó...

Segunda parte
Madrid

6

Amarga llegada

El día había amanecido con un sol radiante, de los que, en Asturias, tratas de guardar en la retina por lo efímero. Abrí la ventana e inspiré profundamente. Nunca pensé que fuera a echar de menos aquel olor que mezclaba el salitre del mar con el humo de las fábricas que nos rodeaban.

—¿Lo tienes todo preparado?

—Sí, estoy lista.

—Muy bien, cariño, ya verás que vas a aprender un montón de cosas en el cole nuevo.

Era la primera vez que me iba a separar de mis padres. Ellos me dejarían en la estación de Oviedo, y en Madrid me recogería la tía Victoria.

Besos, abrazos y más besos. Hasta subieron conmigo al vagón y se aseguraron de que estaba sentada en el lugar correcto. «Último aviso para los pasajeros con destino... Madrid. El tren va a partir en tres minutos.»

—Adiós, mi vida, nos vemos prontito, en Navidad estaremos juntos.

—Te escribiremos cartas todas las semanas, Elena —prometió mi padre.

—¡Te queremos mucho, no te olvides! —Las últimas palabras de mi madre se quedaron resonando en mi cabeza un largo rato.

Abracé a Manu. A Lu. A Consuelito. Lucía había adoptado el papel de hermana mayor y tenía a los dos más pequeños cada uno en una mano. Se me arrugó el corazón. ¿Y si me olvidaban?

El tren arrancó y traté de distraerme observando a la gente que tenía alrededor. Muchas familias con bebés, pero también se veía algún señor trajeado que iría a hacer negocios a la capital. Frente a mí, un hombre embutido en un pantalón de pana al que dudaba que

los tirantes le fueran de alguna utilidad, a juzgar por lo apretada que llevaba la cinturilla, estaba inmerso en la lectura del *Dígame,* un periódico que había visto muchas veces por casa. En una de sus manos blandía un cigarro que no dejaba de echar humo y que parecía no consumirse nunca. Por delante tenía seis horas de viaje en las que no me moví del asiento, como me dijo mi madre que hiciera, a pesar de que en algún momento tuve la vejiga a punto de estallar y el maldito humo del tabaco me hacía toser sin parar. Salvo por estos detalles, se me pasó el tiempo volando; miraba por la ventanilla destartalada: montañas verdes, pueblos mineros, túneles infinitos, la meseta castellana y algo más de vegetación.

Sentí algo de ilusión. Con el paso de los días había dejado de ver el viaje como un castigo y había empezado a contemplarlo como un renacimiento. En Asturias había decidido no volver a escribir, pero, en el fondo, eso era lo que más me apetecía. En Madrid, sin más obligación que la de estudiar, seguro que dispondría de momentos para dar rienda suelta a mi imaginación sobre el papel. Me había prometido no volver a hacerlo. Lo sabía y me dolía, pero a esa edad solemos estar dispuestos a romper compromisos sin tantas complicaciones.

Estación del Norte, Príncipe Pío. No concebía que aquella mole de cemento perteneciera al mismo país que los lugares de donde venía yo. ¿Dónde estaban los árboles? Solo veía coches y más coches y edificios en los que parecía haber centenares de ventanas apiñadas, luego supe que a aquello se le llamaba «barrio colmena». Agarré el petate con la poquita ropa que llevaba y dejé atrás el papel de plata que envolvía la tortilla de mi madre, esa que me había comido en dos minutos.

La tía Victoria tenía que estar por allí, pero yo solo era capaz de ver una masa de gente que iba en todas direcciones. A mi alrededor solo alcanzaba a divisar piernas y cinturas y nadie reparaba en mí. Llegué a tener miedo de que me pasaran por encima. Me quedé inmóvil para hacerme fuerte ante los empujones que inconscientemente me propinaban algunos viajeros cuando apareció ella.

Ante mí se encontraba aquella mujer menudita, con su pelo rizado hasta los hombros y un rictus de bruja de cuento. Vestía una falda por debajo de las rodillas, otra vez, y unos zapatos negros con un

poco de tacón. Iba bastante abrigada teniendo en cuenta que estábamos en septiembre y que el calor aún no había decidido abandonar Madrid.

Olía a lejía y a comida, sus manos despedían un ligero olor a ajo, señal inequívoca de que ella se encargaba, seguramente, de hacer la comida en el colegio.

Me agarró del brazo y después de la cara: me apretó los cachetes.

—Pero ¿de dónde sales tú tan despeluchada? Ven aquí que te adecente, no puedes llegar al colegio de esta guisa.

¿Guisa? ¡Si había ido todo el camino estirada como un palo para no estropear el peinado ni arrugar la ropa!

—Hola, tía Victoria.

—Vamos, vamos, que llegamos tarde y tenemos que hacer muchas cosas.

La educación, al parecer, solo iba a ser cosa mía. Echó a andar con paso veloz. Traté de alcanzarla para darle la mano, pero entre la maleta y la cantidad de gente que nos rodeaba me resultaba imposible. Ella siguió impertérrita sin darse cuenta de que me estaba quedando atrás.

De repente se me cayó el equipaje, me agaché rápidamente a recogerlo y, al alzar la vista, no había rastro de aquel pelo estropajoso. Mi tía no estaba. Miré en todas direcciones. Tenía la respiración tan agitada que empecé a sentir que me faltaba el aire. Quería gritar, pero no podía. Me levanté y comencé a correr como pude hacia donde creía que se había ido; cada vez tenía más gente rodeándome, no podía respirar. Saqué fuerzas como pude de lo más profundo de mi ser y grité.

—¡Tía Victoria!

Nadie pareció oírme.

Nada.

Me senté en el petate compungida, ¿y si no la encontraba nunca? ¿Qué iba a ser de mí? Con tanta gente como había en aquella estación era casi imposible que volviera a verla. Quizá ni siquiera se había dado cuenta de que ya no la seguía.

Enterré la cara en las manos y me hice un ovillo. Varias personas no se percataron de mi presencia y me llevé algún puntapié. No me atrevía a moverme, pensaba que si lo hacía, mi tía no me encontraría nunca.

—¡Niña! ¡Quita del medio!

No me quedó otro remedio que apartarme, buscar una esquina y sentarme. No quería gritar, mis padres me habían hablado de los peligros que podía encontrarme en la capital. La primera regla era no llamar la atención; la segunda, no hablar con desconocidos.

Un hombre de aspecto andrajoso se acercó a mí y, poniéndose a mi altura, me dijo: —No me digas que te has perdido, una niña tan preciosa...

El aliento pestilente que despedía me quemó las pestañas, tan cerca estaba. Guardé silencio.

—¿Te ha comido la lengua el gato?

Yo me hice aún más pequeña abrazándome las piernas, y el individuo alargó su mano, cubierta de roña, hacia mi rodilla. Cuando estaba a punto de tocarme, solté la pierna y le di una patada. Aprovechando unos segundos de estupor del hombre, cogí con fuerza el petate y eché a correr. No paré hasta que me aseguré de que no había riesgo de que me alcanzara. Caí exhausta, temblando.

Al cabo de unos minutos que se me hicieron eternos, se acercó a mí un hombre con una gorra marrón y mejor aspecto que el anterior, pero ya no me fiaba y me puse alerta.

—Niña, pero ¿qué te pasa, bonita?

Ni siquiera me atreví a levantar la vista.

—¿Te has perdido? —insistió el señor.

Asentí con la cabeza.

—Ven, no tengas miedo, soy guardia aquí en la estación, vamos a llamar a tus papás con el megáfono y ya verás que enseguida los encontramos.

—Es mi tía —dije por fin.

—¿Es tu tía a quien no encuentras? ¿Cómo se llama?

—Tía Victoria.

El guardia se echó a reír.

—Bien, creo que con eso bastará.

Justo en el momento en el que se puso a dar gritos por el megáfono: «Señora Victoria, su sobrina está aquí, pase a recogerla», vi aparecer a mi tía entre la multitud con la cara desencajada.

—¿Es esta su sobrina?

—Sí —a ella también parecía faltarle el aire—, muchas gracias.

—Debería tener más cuidado, este no es lugar para que se quede

una niña sola. Vaya usted a saber qué hubiera pasado si el que la encuentra no soy yo, sino algún desalmado.

Mi tía asintió avergonzada, dio las gracias al guardia y me agarró de la mano, más fuerte de lo que me hubiera gustado.

—¡Me haces daño! —protesté.

Cuando nos hubimos alejado unos cuantos pasos del guardia y del barullo de la estación, se detuvo en seco.

—¡Nunca más me vuelvas a hacer esto! —Me miró con los ojos inyectados por la ira. Y apretó mi muñeca con más intensidad.

—Pero... un hombre...

—¡Y no me contestes! —gritó al tiempo que me daba una bofetada.

La gente pasaba a nuestro lado y nadie pareció inmutarse.

7

La casa en el colegio

Aquel golpe en la cara fue tan inesperado como doloroso, me tomó por sorpresa y en solo dos segundos me resquebrajó la confianza, me bajó el ánimo y tiró por el suelo las pocas ilusiones que albergaba por conocer un nuevo mundo. Si ya no me sentía tan segura, después de eso solo podía pensar en regresar con mis padres. Pero no dije nada y seguí caminando por inercia. La mujer me arrastraba del brazo para que me diera prisa. Ya en la calle nos unimos a una gran fila de gente para esperar a que llegara el autobús. Me llamó la atención la cantidad de policías con traje gris. En cuanto se formaba un grupo de más de cuatro personas, enseguida llegaban ellos y les decían algo blandiendo sus porras bien a la vista.

—Son los grises —dijo mi tía al ver cómo los observaba con curiosidad—. Cuanto más lejos te mantengas de ellos, mejor.

«Y de usted», pensé yo.

Cada cierto tiempo aparecía un autobús y la gente se apiñaba en su interior, como tuvimos que hacer nosotras cuando nos tocó el turno. Había muchas mujeres de negro, en eso era parecido al pueblo. Imaginé que serían viudas o madres de algún desaparecido en la guerra, algunas de ellas incluso se cubrían la cabeza con un pañuelo de ese color. Mi miedo y el dolor por la bofetada se fueron atenuando poco a poco durante el trayecto, a medida que veía la ciudad a través de la ventanilla.

—¿Qué es eso?

—Es la plaza de España —contestó mi tía todavía de mala gana.

—¿Y ese edificio cómo se llama?

—La casa Gallardo.

—¿Y ese otro?

—El Casino Militar.

—¿Y esta calle tan grande? —Estaba impactada. Había como dos

carriles en cada sentido. Todo me parecía enorme.

—No te cansas de preguntar, ¿eh, niña? —me reprendió, aunque en un tono más suave—. Es la Gran Vía.

Ella continuó nombrándome los lugares más importantes por los que pasábamos; la sentí algo más relajada. Nunca olvidaré la primera vez que vi el Palacio Real: pasamos por delante muy de refilón, pero se me quedó grabada la majestuosidad del edificio y los guardas reales que flanqueaban las entradas, algunos a pie y otros a lomos de imponentes caballos.

Al cabo de unos veinte minutos llegamos a nuestro destino: la plaza Mayor. ¡Qué espectáculo! Aquellos soportales, los cafés por todas partes, los puestos de comida y de recuerdos..., me quedé maravillada.

—Vamos, niña, no te pares.

—¿Falta mucho?

—No, en nada llegaremos al colegio, está aquí mismo, a unos pocos pasos.

—¿Vives dentro del colegio?

—¿No te ha contado tu padre? Yo me encargo de que el colegio esté siempre en perfectas condiciones. Es un piso muy grande y tengo una habitación en la parte final de la casa. También hay una para ti, y cocina, baño, comedor, salón... Ya lo verás —me explicó.

La calle estaba atestada de gente, la impresión que me dio Asturias al llegar no era nada en comparación al impacto que me provocó Madrid. El olor que impregnaba todo era diferente también a lo que estaba acostumbrada: una mezcla de sudor y polución, asfalto y comida. Hombres con maletines y mujeres llevando de la mano a algún niño o con bolsas de la compra. Había que caminar en una suerte de yincana, tratando de sortear a todas aquellas personas que no parecían ver nada de lo que tenían alrededor, al contrario que yo, que andaba con paso lento tratando de asimilar todo.

—Aquí es. Tienes que memorizar bien la entrada, el número y el piso por si algún día necesito que bajes a hacerme algún recado. No vaya a ser que vuelvas a perderte —refunfuñó.

Ante mí, una enorme puerta marrón. La entrada era lúgubre y un intenso olor a humedad penetró en mis pulmones, un olor a rancio, como si nadie se acordara de ventilar aquello.

Al pasar al interior, te topabas con unas escaleras de madera

vieja, cuyos escalones levantaban más de diez centímetros, lo que auguraba un esfuerzo nada desdeñable si se vivía en los pisos superiores.

—Venga, niña, cinco pisos.

¡Cinco pisos! No me quería imaginar lo que sería subirlos con la compra. Eso sí, alguna mente privilegiada había decidido poner un banquito en el tercer piso; creo que la palabra «descansillo» nunca había tenido tanto sentido.

—¡Doña Victoria! ¡Dichosos los ojos! —Una mujer algo más joven que mi tía estaba haciendo buen uso del banquito.

—Adolfina, ¿cómo está? —respondió mi tía sonriendo.

—Bien, querida, ¿y esta niña tan guapa?

—Mi sobrina. Es de pueblo, no se entera de mucho. Elena, saluda.

—Buenas tardes —dije tímidamente.

—Seguimos subiendo, que tenemos tarea. —Mi tía zanjó la conversación, aunque me dio la sensación de que tenía buena relación con aquella vecina, que, como supe luego, era la dueña de una casa de huéspedes que había en el mismo edificio.

Al llegar arriba me impresionó nuevamente la entrada. «Vaya puertas grandes las de Madrid», pensé. Era enorme, de madera robusta y costaba mucho abrirla. Mi tía me hizo un gesto para que me mantuviera en silencio, ya que estábamos en pleno horario lectivo. Era septiembre y el curso ya había comenzado.

Nada más entrar estaba la recepción, donde solo había un mostrador y una salita de espera. Si atravesabas este vestíbulo, aparecía un pasillo con tres aulas a cada lado. Y, un poco más adelante, un baño para las alumnas. Un colegio en la quinta planta, esto sí que era una novedad para mí. El suelo era de madera y podía hacer bastante ruido, así que recorrimos cuidadosamente el estrecho pasillo que conducía a las habitaciones: la de mi tía a la derecha, una ventana a la izquierda y otro cuarto más al final del corredor, destinado a alojar a algún huésped si era necesario y a mí a partir de aquel momento. Al lado de la que pronto sabría que sería mi habitación, había un gran comedor, una salita y la cocina, desde donde se accedía a un aseo y un baño completo.

—Este es tu cuarto, Elena.

Una palangana, un pequeño colchón, un armario y un escritorio solamente adornado por una lámpara de mesa.

—No tiene mucho, pero tampoco te hace falta más —comentó mi tía.

Dejé mi petate sobre la cama desnuda y me fijé en que había algo de ropa doblada cuidadosamente a los pies.

—Ahí tienes unas mudas, el uniforme que deberás llevar durante las clases, unos zapatos y un pichi con una blusa que solo te pondrás para los eventos especiales.

Yo había llevado todo lo que tenía: dos faldas, unos pantalones, que utilizaba para ir al arroyo, dos camisetas y un jersey.

—Mañana te incorporarás al horario lectivo, procura tener el uniforme y los zapatos impolutos, espero que no me decepciones y que te asees y arregles como corresponde. Por el momento, ve al baño si lo necesitas y acompáñame a hacer la compra, que tenemos la nevera vacía.

—De acuerdo, tía Victoria.

—¡Ah! Y a partir de ahora tendrás que llamarme «señora Victoria», nada de «tía». ¿Entendido?

8

Desvelos de madrugada

La ventana que presidía el cuarto era más bien raquítica y daba a un patio, por lo que no entraba demasiada luz. La tarde había refrescado. Agradecí la temperatura, más cercana a la del pueblo o a la de Asturias, y alejada de la que había sufrido desde que llegué a Madrid. Aquel calor sofocante no iba conmigo.

Salí en busca de mi tía, motivada por la idea de descubrir algo más de la ciudad. Cogí una chaqueta, me la até a la cintura y deshicimos el camino: cinco pisos para abajo y salida.

A pocos pasos, en la calle Hileras, se encontraba la lechería a la que acudía mi tía asiduamente. Era un local oscuro y fresco, pero había algo que me hizo sentir bien, como en casa, no sé si sería el olor, una mezcla de especias, cecina y bacalao seco, o la sonrisa agradable de la dependienta.

La mujer rondaría los cincuenta años y era la antítesis a lo que me parecía la tía Victoria. Llevaba un mandil blanco con bordados y debajo un vestido de pana en tonos azules, que se veía desgastado por el uso, pero tenía un aspecto suave. No dejaba de sonreír y, al hacerlo, un hoyuelo adornaba su mejilla derecha y parecía bailar al son de un lunar que tenía en la comisura del ojo del mismo lado.

Detrás de ella, un sinfín de productos de todo tipo, colocados en estanterías que parecían no acabar nunca, cubrían toda la pared. Lo que más me llamó la atención fueron unos pescaditos expuestos en un barril a la entrada de la tienda. «Arenques de Isla Cristina», decía el cartel que los acompañaba. Me pareció que todo lo que existía en el mundo de la alimentación podría estar en esa lechería. Igualito que el colmado de Lomares. Igualito. Sonreí para mis adentros, me sentía a gusto allí.

—Doña Clotilde, póngame dos docenas de huevos, cuatro bolsas de leche fresca y una barra bien hermosa de pan, haga el favor.

—Uy, pero ¿quién es esta niña tan guapa? —dijo la mujer mientras me miraba sorprendida.

—Es mi sobrina, Elena. Saluda, niña.

Odiaba que me hablara como a un mono adiestrado.

—Hola —murmuré.

—Toma, bonita, un regaliz. Espero que vengas más veces a visitarme. —Y, dirigiéndose a mi tía, continuó—: No sabía que tuviera familia usted.

—Es la hija de mi hermano Agapito, es que viven fuera. Tuvieron que emigrar del pueblo, ya sabe.

No me pasó desapercibido su tono de desprecio al hablar de nuestro origen.

—Bueno, mujer, pues como todos al final. Incluso usted misma —apuntó la dependienta, que cada vez me caía mejor.

—No podemos entretenernos más, doña Clotilde, un gusto, como siempre. Apúnteme eso a la cuenta de la escuela, haga el favor.

—Que pasen buena tarde —respondió ella guiñándome un ojo.

Sonreí mientras asentía, el día estaba empezando a mejorar.

—Ahora al mercado de San Miguel. Venga, venga, que no tenemos todo el día.

Ese mercado sigue ahí, en el mismo emplazamiento, a pocos pasos de la plaza Mayor y de la calle San Felipe Neri, donde estaba el colegio; su techo en pico, las enormes cristaleras... Por dentro, una gran oferta de pequeñas pescaderías, verdulerías y hasta rincones de frutos secos. Esos eran mis favoritos, sobre todo, los que vendían fruta escarchada. Aunque eso lo descubriría más adelante.

Fuimos a la carnicería a comprar un par de filetes de pollo, y luego algo para preparar una ensalada; me maravillaba contemplar la cantidad de frutas y verduras que copaban todo el puesto y cuyo sabor, en muchos casos, desconocía. Me dio la sensación de que todos los dependientes parecían conocer a mi tía.

—Son nueve pesetas, doña Victoria.

Mi tía abrió el monedero de piel negra y yo abrí los ojos como platos: nunca había visto tanto dinero junto.

—Ay que ver, que no dejan de subir los tomates, Jesús, ya me podía hacer una rebajita...

—Ya sabe que no puedo, mujer, no está lloviendo nada y pasa lo que pasa.

—Cóbrese entonces, pero mire que voy a darme una vuelta por otros puestos, no vaya a ser..., que cuando hay confianza da asco. —Y girando la cara, sin decir adiós ni tan siquiera cuando le dieron las vueltas, se dirigió a mí—: Lleva las bolsas tú, que ya estoy cansada de tanto cargar y para algo has venido.

Ya de vuelta a casa, mi tía me mandó a asearme y a hacer la cama en la que dormiría.

—Ahí tienes las sábanas y una manta.

Cuando salí de la habitación en dirección a la cocina, ya me esperaba la cena. Había dispuestos dos platos de ensalada de lechuga y cebolla y sendos filetes de pollo con pimientos.

—Elena, espero que sepas comportarte, esto no es el pueblo. ¿Sabes a qué me refiero?

—Siempre me porto bien.

—Bueno, eso por supuesto, me refiero a cosas de modales que seguramente nadie te ha enseñado; aquí: ver, oír y callar. ¡Y aprender! Sobre todo, que lo que yo digo va a misa. ¿De acuerdo?

—Sí, tía... —No me dejó terminar la frase.

—¡Señora! Cuanto antes comiences a llamarme así, antes te acostumbrarás. Aquí las niñas no tienen por qué saber si yo soy tu tía o qué soy.

Asentí.

—Verás que tienes horas de clase, claro, pero el resto del tiempo espero que me ayudes a tener la escuela decente y que hagas las tareas puntualmente.

Volví a asentir.

No hubo postre y mi tía se despidió de mí con un escueto «hasta mañana, si Dios quiere». Ni beso de buenas noches ni nada.

Me tumbé en el colchón y miré al techo alto, oscuro y desconocido. No me podía dormir. Estaba acostumbrada a oír las respiraciones pausadas de mis hermanos y aquel silencio se me antojaba aterrador.

No dejaba de pensar en todo lo que había sucedido ese día. Tampoco sabía muy bien a qué se refería la tía Victoria con aquello de «adecentar la escuela», ¿quería que limpiara todo? ¿Dónde iba a lavar la ropa?

Al cabo de unos minutos que se me hicieron eternos decidí levantarme tratando de hacer el menor ruido, tarea harto complicada

teniendo en cuenta cómo crujía la madera. Quería ver cómo era el colegio, me resultaba llamativo que estuviera en una quinta planta y, ahora que no quedaba nadie, podría investigar a mis anchas.

Abrí la puerta con sigilo y observé el largo y oscuro pasillo que se extendía frente a mí. En la pared de la derecha había dos ventanas que daban a un patio interior, y a la izquierda, tras pasar la habitación de mi tía, empezaba el otro pasillo, donde se encontraban las seis aulas principales.

Abrí la primera puerta: acerté a vislumbrar una clase como las que conocía, con sus pupitres y su pizarra. Había más mesas que en el colegio de Lomares, y me pregunté si en Asturias también habría tantas alumnas como aquí. Era curioso, el aroma de la cena había llegado hasta allí a través de la ventana de la cocina que daba al mismo patio que las aulas.

Me senté en una de las sillas y rebusqué en la cajonera. Sara Martín, Adolfa García, Juana Núñez, Visitación Armenteros..., me entretuve leyendo los nombres en los cuadernos de cada mesa, inventando una cara y una vida para cada una, y me pregunté si entre esas niñas encontraría alguna amiga.

Un escalofrío me recorrió la espalda cuando oí los gritos de mi tía. Salí del aula y me encontré de bruces con ella en el pasillo. Llevaba un camisón hasta los tobillos y los rulos cubiertos por una funda de plástico.

—¡¿Qué haces aquí?!

—Nada, solo quería ver cómo...

—¡Que sea la última vez! —gritó a la vez que me empujaba para sacarme del aula.

—¡Ay! —Me había hecho daño en un hombro.

—¡Antes te digo que te comportes y antes te pones rebelde! Tendrías que estar en la cama desde hace rato. ¡Venga! ¡Y que no te oiga más!

Me fui a mi habitación sin replicar nada.

Pasaron una o dos horas y seguía sin poder dormirme, así que decidí rebelarme y desoír las palabras de mi tía: volví a salir de la habitación. Conteniendo la respiración enfilé nuevamente el pasillo hacia las clases mientras en mi cabeza bullían mil y una opciones de lo que haría la señora Victoria —quería dejar de llamarla «tía» cuanto antes, en eso sí sería obediente— si me encontrara allí, pero me podía

más la adrenalina; sentir que estaba haciendo algo prohibido tenía su atractivo. Al fin y al cabo, era la primera vez que estaba lejos del control de mis padres.

Miré el reloj que adornaba la pared de una de las clases. Las dos de la madrugada. En unas cinco horas o menos, Victoria estaría despierta. Fui hasta la pizarra con la intención de escribir un poema, pero justo cuando estaba a punto de poner la primera letra, oí cómo crujía el suelo cerca, muy cerca de mí. Sentí que el corazón se me salía del pecho y me quedé muy quieta tratando de descubrir de dónde provenía el ruido, que ya había cesado.

Me dirigí a la puerta con lentitud y el oído alerta. Y algo volvió a sonar. Ya no me quedaba duda de que había alguien más andando por la escuela. Esperé que no fuera un espíritu o algo similar. Había oído muchas historias de edificios embrujados en Madrid. Estaba comenzando a temblar y se me aceleró el pulso. ¿Sería un ladrón? Traté de tragarme el miedo que me había invadido y puse rumbo a mi habitación hasta que, al pasar por el cuarto de Victoria, me fijé en que su puerta estaba entreabierta y asomé la cabeza con una mezcla de pánico y esperanza, la de que fuera ella quien hiciera el ruido.

Entonces la vi: tenía los ojos cerrados y deambulaba por la habitación. Tosí. Quería comprobar si realmente estaba dormida como parecía. Ni se inmutó. Tuve que aguantar la risa: ¿aquella mujer en camisón y con los rulos puestos era la misma que me había aterrorizado todo el día? ¡Una sonámbula! Estaba muy graciosa. Se me ocurrieron algunas bromas para gastarle en el futuro, tal vez eso pudiera hacerme más llevaderas las madrugadas de insomnio.

9

Pretérito imperfecto

Cada día mi tía amanecía a eso de las seis de la mañana y comenzaba una liturgia que jamás se saltaba: nada más despertarse acudía a la cocina para poner el puchero al fuego. Después, mientras el café se hacía, se plantaba frente al espejo e iba retirando una a una y con mucha delicadeza cada una de las horquillas que sujetaban los rulos a su cabeza. «Cada vez tengo menos pelo», se decía también, cada mañana, indefectiblemente. Se tomaba el café con una magdalena o una rosquilla y, cuando la cafeína ya había iniciado su efecto, daba un grito.

—¡Elena, Elena! ¿Todavía estás así? Son las ocho de la mañana y a las nueve tienes que estar sentada en el pupitre.

Me incorporé como un resorte y corrí al baño. El aseo era una estancia gélida, alicatada completamente de blanco, y donde solo cabía una bañera diminuta y un lavabo. Si querías ir al retrete tenías que hacerlo unos metros más allá, en otro baño pequeñito e igual de frío donde además estaba la pila en la que se lavaba la ropa. Recuerdo ese papel higiénico color salmón, con relieve de elefantes..., era como pasarte una lija de grano grueso. A decir verdad, no era más suave que las hojas de una planta que utilizábamos en el pueblo cuando nos daba un apretón en medio de un prado.

Tras bañarme lo más rápido que pude, me vestí con el uniforme que me había dejado mi tía sobre la cama, alguna talla mayor que la mía, y corrí a la cocina, donde ya estaba esperándome el desayuno.

—Toma, niña. —Mi tía me alargó una taza con manzanilla hirviendo y un plato con una hogaza de pan y algo de queso.

Es verdad que la tostada me supo a gloria, pero no se puede decir lo mismo de la manzanilla sin azúcar. Me acordé de la miel del pueblo, de la leche recién ordeñada y del olor a limpio de mi madre cuando me abrazaba al despertar... Estuve a punto de ponerme a

llorar, pero mi tía me apremiaba porque teníamos que organizarlo todo.

—Cuando hayas acabado, deberás fregar lo que has utilizado. ¿De acuerdo?

—Sí, señora Victoria —respondí obediente.

Estaba ya sentada en mi pupitre cuando empezaron a entrar el resto de las niñas, que me miraban curiosas y sorprendidas. Ellas ya llevaban unos días de clase y no era habitual que hubiera incorporaciones tardías como la mía. Éramos unas doce y había otras cuatro clases más en la escuela.

—¿Y esta quién es?

Oí algunos murmullos.

—No sé, pero mira qué pelos trae —respondió una.

Todas rieron a excepción de dos de ellas.

Yo bajé la mirada y me atusé el pelo como pude. Nunca había estado demasiado preocupada de cómo me veía y todas ellas iban repeinadas; no se veía ni un cabello fuera de lugar. Llevaban puesto el uniforme: una falda azul marino con calcetines y jersey a juego, zapatos y una blusa blanca. Exactamente igual que lo que me había entregado mi tía, pero me daba la sensación de que a ellas les sentaba mejor. Me fijé en las dos que no se habían reído: una de ellas tenía los ojos verdes y me pareció guapísima.

—¡Buenos días, niñas! —Una voz de mujer me despertó del ensimismamiento.

—¡Buenos días, señora Rosaaa!

La tal señora Rosa se situó en el frente de la clase, justo delante de mi pupitre, y me miró con una amplia sonrisa: —Tú debes de ser Elena, ¿verdad?

Era una mujer grande y elegante, de esas con porte y que intimidan con su mera presencia; sin embargo, había algo dulce en su rostro, en su mirada, algo cálido en su forma de sonreír. Me llamó la atención que fuera pelirroja. Nunca había visto a nadie como ella.

—Soy Rosa, tu profesora y la directora del colegio. Bienvenida. Niñas, dad la bienvenida a Elena como se merece.

—Bienvenida, Elenaaa.

Me parecía fascinante la capacidad armónica de esta clase, no se iba ni una de tono.

—Bien, abrid la Enciclopedia Álvarez, hoy empezaremos por ahí.

Página 11. Elena —dijo—, comparte hoy con tu compañera Claudia, mañana ya te traeré una nueva. Pregunta para todas: si digo «comiendo», ¿qué tiempo verbal estoy empleando, infinitivo o gerundio?

Miré a mi alrededor, pero nadie levantó la mano ni dijo nada, así que alcé el brazo tímidamente.

—¿Elena? —La profesora me sonrió complacida.

—Es gerundio, señora.

—¡Muy bien! ¿Y si digo «comiera» o «comiese»?

Otra vez silencio, noté cómo las miradas se clavaban en mí. Incluida la de doña Rosa, así que respondí de nuevo.

—Pretérito imperfecto de subjuntivo, señora.

—¡Exacto! ¡Qué maravilla! Nueva y ya tan aplicada.

Hubo miradas de admiración, pero también alguna irritada, así que el resto de la clase traté de pasar desapercibida.

Doña Rosa nos daba también Francés. Después tocaba Historia, que la impartía doña Lourdes, una profesora más joven y que parecía vivir cada episodio que nos contaba con entusiasmo.

A las 11:30 llegaba el recreo.

El pasillo se llenó de risas, carreras y corrillos de niñas que hablaban a gritos. Yo no sabía qué hacer y tampoco quería quedarme sentada en el pupitre, necesitaba estirar las piernas, así que opté por coger unos lápices y un papel y sentarme en un rincón a escribir.

—Hola. ¿Qué haces? —Una niña de ojos pardos achinados se me acercó y me agarró de la mano—. ¿No prefieres venir con nosotras?

Sonreí y ella tiró de mí para levantarme.

Entre las cinco niñas sentadas en el suelo que me miraban con curiosidad, estaba la de los ojos verdes que no se había reído de mí. Me senté a su lado, aunque ella no articuló palabra.

—¿De dónde eres? —me dijo la que parecía de las más echadas para delante, una niña grande y muy rubia.

—¡Mira que eres cotilla, Blanca! —La que me había ido a buscar la pellizcó.

—¡Ay, Andrea! ¡Me has hecho daño! —se quejó—. Solo es curiosidad.

—Soy de un pueblo, Lomares —respondí tímidamente.

—¿Y qué haces aquí? —preguntó otra.

—He venido a estudiar.

—Ah —dijo Blanca. De pronto, su interés pareció ir por otros derroteros—. Ramona, sigue contándonos lo que te pasó el otro día.

Ramona era pequeñita y pecosa, hablaba a gritos y gesticulaba mucho. Me recordó a mi amiga Asunción, la del pueblo.

—Pues pasó que estaba yo ahí en misa y después de aguantar y aguantar todo el día no pude más: me tiré un pedo que hizo retumbar las paredes.

Ramona tenía tal desparpajo narrando las cosas que todas nos echamos a reír. Sentaba bien después de lo que me había pasado en las últimas semanas.

De pronto mi tía apareció por el pasillo y tiró de mí.

—Vamos, Elena, tienes cosas que hacer.

Las niñas habían dejado de reírse también y fijaron la vista en el suelo, evitando a mi tía. Ni ellas ni yo entendíamos nada.

Fui casi a rastras por el pasillo mientras Victoria me reprendía en voz baja.

—Niña, tienes que dejar de reírte así.

—Así... ¿cómo?

—Pues como una loca, o ¿acaso crees que una señorita puede comportarse de manera tan escandalosa?

Bajé la cabeza, algo bullía dentro de mí dando saltos de impotencia.

—Sí, señora Victoria.

Llegamos a la cocina; allí me sentó y me dio un pequeño bocata con una tortilla francesa.

—Te quedarás conmigo durante los recreos, hasta que aprendas.

—Pero ¿por qué? —balbuceé—. Puedo llevarme el bocadillo y estar con las otras niñas...

Mi tía negó con la cabeza, tajante.

—No es conveniente todavía.

—Pero...

—Pero nada. ¿Te crees que eres como ellas? No seas ingenua. Recuerda de dónde vienes y para lo que estás aquí. ¿Queda claro?

Desde aquel día, en cuanto me comía lo que mi tía me había preparado de almuerzo, me encerraba en una pequeña sala que hacía las veces de biblioteca en el colegio y devoraba todos los libros que podía. Hasta que uno de esos días apareció doña Rosa.

—¿Qué haces aquí, Elena? ¿Por qué no estás con las demás

niñas? —Parecía más sorprendida que enfadada.

Me levanté rápidamente y escondí el libro como si estuviera haciendo algo prohibido.

—Me… me gusta mucho leer —tartamudeé.

La directora rio, parecía complacida.

—En ese caso tendrás que dejarme recomendarte algún libro, ¿te parece?

Asentí.

—Pero no será ahora. Es momento de volver a clase.

Salí hacia el aula sonriendo. Al menos podría hacer algo de provecho durante el recreo.

10

Los conos de La Mallorquina

Me resultaba complicadísimo seguir las reglas de mi tía, había días que me acostaba incluso con dolor de espalda por tratar de mantenerla erguida constantemente.

—No te encorves, Elena. Y los codos nunca se ponen encima de la mesa. Así, bien.

—Señora Victoria, ¿cuándo podré ir a estar con las demás?

—Depende de ti; cuanto antes aprendas, antes podrás compartir tiempo con el resto.

Recuerdo las risas de mis compañeras cuando en los recreos yo me iba a la cocina para que mi tía me enseñara cosas que, según ella, harían de mí una mujer de provecho.

El poco tiempo que tenía sin la mirada de mi tía sobre mi nuca lo dedicaba a escribir. Había prometido no volver a hacerlo, pero lo sentía tan necesario como el respirar, era mi única vía de escape, la manera de liberarme de la rutina diaria que me estaba apagando. No había hablado con mis padres prácticamente desde que había llegado y me sentía profundamente sola. A menudo me sorprendía creando historias de mi familia en Asturias, imaginando sus vidas como una sucesión de hechos maravillosos. Cada día me sentía más metida en las historias que construía. Evidentemente, no me podía imaginar que muchas noches mis padres no podían dormir pensando en mi estancia en Madrid, tan lejos de ellos.

Un domingo, sorprendentemente, mi tía hizo tortilla de patata y leche frita, dos platos cuya excelencia correspondía, sin ningún género de dudas en mi cabeza, a mi madre.

—¡Qué bien! ¡Mi comida favorita! —exclamé al verla.

La mujer me miró de refilón, con cierto desprecio. Cuando nos dispusimos a comer, después de bendecir la mesa y toda la liturgia que tan estúpida me parecía, ella empezó con su retahíla de normas y

correcciones: —Niña, no te apoyes así en la silla, nunca se lleva el cuchillo a la boca, el vaso debe estar ligeramente a la derecha, pero siempre delante del plato, la servilleta sobre el regazo, cierra la boca al masticar...

—Lo intento, señora Victoria —la interrumpí.

—Pues está claro que no lo estás consiguiendo. ¡Y no se habla! Vete a tu habitación.

—Pero si no he terminado de comer aún.

—Precisamente por eso, así tal vez el hambre te haga pensar con más claridad y comportarte como es debido. A ver si desaparece de una vez ese halo pueblerino que te persigue. ¡Que para eso te mandaron tus padres aquí!

Me levanté controlando mi rabia y le dediqué una última mirada cargada de rencor. Ella sonreía con satisfacción.

Me tragué el llanto y me encerré en mi habitación. Tenía todas mis cuartillas y cuadernos escondidos a buen recaudo para evitar miradas curiosas y posibles represalias, así que saqué con cuidado una hoja y me desahogué, vomitando todo el odio que estaba comenzando a sentir por aquella mujer cuyo propósito en la vida parecía ser fastidiarme. Estaba segura de que se había propuesto que no terminara de comer sabiendo cuánto me gustaban esos platos. Al terminar, doblé la hoja cuidadosamente, ya más tranquila, y la guardé de nuevo entre la ropa, no podía arriesgarme a que mi tía lo leyera nunca.

El siguiente viernes, después de clase, cuando todas las niñas se habían ido y yo no sabía si ir a la cocina, doña Rosa se me acercó.

—Elena, cariño, ¿te apetece ir a merendar a La Mallorquina?

La miré sorprendida y no supe qué responder.

—¡Es un sitio estupendo! —insistió.

—Sí, claro que me apetece, pero no creo que mi tía me dé permiso...

—¡Anda! ¿Y eso cómo va a ser? ¡Con lo bien que te portas! De eso me encargo yo. Vamos.

La mujer me cogió del hombro y atravesamos juntas el pasillo.

—¡Victoria, Victoria!

—¿Sí, señora? —Mi tía apareció enseguida en la puerta de la cocina.

—Me voy a llevar a Elena a merendar.

—Pero...

—Ya es hora de que esta niña haga algo más aparte de estudiar y estar en casa.

La señora Rosa hizo un gesto con la cabeza hacia mi habitación.

—Cógete una chaqueta, estaremos fuera un par de horas.

Era la primera vez que iba a salir para algo que no fuera acompañar a mi tía a hacer recados e iba a hacerlo nada más y nada menos que con la directora del colegio.

Tras salir del portal, nos dirigimos por la calle Mayor en dirección a la Puerta del Sol. Dejábamos a nuestra derecha los soportales que daban entrada a la plaza Mayor y yo miraba a todos lados embelesada. Sabía que Madrid había sido cuna de grandes escritores a lo largo de la historia: Tirso de Molina, Calderón de la Barca, Lope de Vega..., ¡hasta Quevedo y Benavente! Solo pensar que podía respirar el mismo aire que ellos me resultaba emocionante.

Estar en la calle me llenaba de vida, no estaba acostumbrada a ver tanta gente distinta y me quedaba embelesada con cada nuevo rostro. Fui todo el camino con una sonrisa hasta llegar a nuestro destino. El que se convertiría, desde aquel día, en el lugar especial entre nosotras.

Era un local enorme, con unos grandes escaparates sobre los que se agolpaba una multitud. Su nombre aparecía en dos grandes rótulos: «La Mallorquina». Dentro nos recibieron dos larguísimos mostradores colmados de dulces: pasteles, palmeritas, bollos suizos, churros con chocolate, merengue..., cualquier cosa que se me pasara por la cabeza, ahí estaba.

—Hemos tenido suerte, normalmente hay cola para entrar. Entre el turismo, que cada vez hay más, y toda la gente de los pueblos que se está viniendo a trabajar a Madrid, es rarísimo que no nos haya tocado esperar —me dijo doña Rosa haciéndome una caricia en la mejilla—. Vamos, cariño, elige lo que más te guste.

Abrí la boca embelesada, ¿cómo iba a elegir ante tal cantidad de manjares?

—No sé, señora Rosa, lo que usted quiera.

—Elena, vamos a hacer una cosa a partir de ahora, cuando estemos fuera del colegio puedes tutearme, ¿de acuerdo? No quiero tanto formalismo innecesario. Que hay muchas maneras de mostrar respeto y educación, y tú demuestras siempre lo buena niña que eres. Así que, fuera de la escuela, me hablas como lo que soy: una persona

que ya pasó por lo que tú has pasado y que puede ayudarte en lo que necesites, porque en muy poco tiempo te has ganado mi cariño —dijo riendo—. Y respecto a la comida..., te recomiendo esos conos de chocolate, o una reina de nata, que están deliciosos.

Doña Rosa era una mujer de risa fácil, siempre parecía estar alegre, y a mí me reconfortaba enormemente, acostumbrada como estaba al rictus serio de mi tía. Llamaba la atención, desprendía una luz especial, propiciada sin duda por aquella melena rojiza tan extraña.

Aquel cono era un deleite de dioses, un cucurucho bañado en chocolate y relleno de nata, culminado con unas migas de almendra por encima. Todavía puedo rememorar el sabor exacto. Doña Rosa pidió un té con leche para mí y un café solo para ella, acompañado de una bamba de crema. Nos sentamos cerca de un ventanal desde donde se veía la torre del reloj de la Puerta del Sol.

—Ahí se dan las doce campanadas la última noche del año —me contó—, seguro que las has escuchado por la radio.

Me fascinaba cómo me hablaba, cómo se interesaba por mí sin tratarme como a un bebé.

—Cariño, ¿cómo te estás adaptando? ¿Te gusta Madrid?

—Sí, es todo muy ruidoso, pero me encanta. Es como si hubiera mucha vida en cada esquina.

—¿Y el cole?

—Bien, me gusta aprender cosas nuevas...

—¿Has hecho ya amigas?

—Bueno... —Bajé la cabeza, avergonzada.

—¿Bueno?

—No he podido hablar mucho con nadie —respondí.

—¿Y eso? —Yo me encogí de hombros—. ¿Y qué haces en los recreos?

—Estoy con mi tía. En la cocina.

La directora frunció el ceño y se quedó un rato pensativa mientras daba buena cuenta del café.

—Lo mejor que tenemos las personas somos nosotras mismas, pero es importante poder apoyarse en alguien. A mí me quisieron meter en la cabeza ideas con las que no comulgaba y me costó mucho sufrimiento darme cuenta de que tenía que luchar contra eso. Lo que te quiero decir es que es importante que seas obediente, pero también

que intentes tener siempre tu propio criterio sobre todas las cosas... —Doña Rosa parecía estar evocando algo muy lejano—. ¡Ay, mi niña! No dejes que nadie apague esa luz que tienes.

Era bonito que me lo dijera aquella mujer que a mí me parecía incandescente.

Al cabo de un par de horas regresamos paseando por la plaza Mayor.

—Ale, tira para arriba, que seguro que tu tía te está echando de menos —dijo sonriendo—. La semana que viene repetimos, ¿vale?

Subí los escalones de dos en dos, feliz.

Llamé al timbre y enseguida me abrió mi tía con cara de pocos amigos. No quería que me estropeara el día, así que traté de ir directa a mi habitación, pero ella me cortó el paso.

—¿Qué le has dicho tú a la señora para que te lleve a merendar?

—Nada, yo...

—¿No habrás tenido la poca vergüenza de pedírselo? —gritó.

—¿Qué? ¡No, tía! Claro que no.

—¡Que no me respondas!

Vi cómo cogía fuerza echando el brazo hacia atrás hasta estampar su mano contra mi mejilla. Tuve que sujetarme contra la pared para no caer al suelo. Me ardía la cara del dolor.

—Tienes que mantener las distancias con ella y con el resto y agradecer la oportunidad que se te ha dado. ¡Será mejor que no me dejes en evidencia! —Me agarró del hombro y tiró de mí hacia mi habitación—. Vete a hacer deberes, que es de lo que te deberías preocupar y no de estar por ahí de pingo con quien no deberías.

Me encerré en mi cuarto. Solo podía pensar en hablar con mi madre, ella sabría cómo tendría que actuar, seguro que le plantaría cara a aquella mujer y la pondría en su sitio. Me quedé sentada sobre la cama en lo que a mí me parecieron horas. Oí a mi tía trastear en la cocina y después silencio. Supuse que se habría ido a acostar. Tenía hambre, a pesar de la merienda, pero ella no me había avisado para cenar.

Ya empezaba a estar exhausta. Me sentía vulnerable y sola. Sin nadie con quien hablar. Doña Rosa era maravillosa, pero no me atrevía a desahogarme con ella. Además, como me había repetido la señora Victoria hasta la saciedad, yo estaba allí para estudiar, no para hacer amigos.

Rasgué un papel del cuaderno de la escuela, tomé un lápiz y comencé a escribir.

Queridos mamá, papá, Manu, Consuelito y Lucía, ¿cómo estáis? Yo, viviendo un infierno. La tía Victoria es horrible y me trata de la peor manera. Es lo más parecido a una bruja de cuento, de esas que acaban comiéndose a los niños. Madrid es bonita, pero tan grande que a veces me da miedo, y no tengo ninguna amiga en el colegio...

No. No podía hacerle eso a mis padres, no después de lo que había provocado y de lo que estaban pasando por mi culpa. Rompí la hoja. Tenía que ser fuerte. Empecé de nuevo: Queridos mamá, papá, hermanos, ¿cómo estáis? Yo, muy bien y bien cuidada por la tía Victoria. Estoy aprendiendo muchas cosas nuevas, como francés, álgebra y punto de cruz. Madrid es enorme y muy bonita. Tengo muchas ganas de veros. Espero que podáis venir pronto a visitarme. Contadme cosas de Asturias y de vuestro cole y de los amiguitos del bloque. Os quiero mucho, ELENA Cuando terminé de escribir la carta, arranqué la hoja del cuaderno y la metí en un sobre que encontré en uno de los cajones de la mesilla. Entonces me quedé mirando fijamente el papel en blanco de mi cuaderno y volví a sentir esa fuerza, ese deseo de llenarlo con mis palabras. Recordé la frase de doña Rosa: «Que nadie apague tu luz».

Me dejé llevar, poniendo por escrito la tarde mágica que había pasado.

Esa fue la noche en que decidí que tenía que escribir sin miedo un diario, el mismo que tantos problemas me traería más adelante.

11

El chico sin nombre

Sentí que habían pasado segundos, pero fueron horas. Me desperté sobresaltada. El sueño me había vencido sobre el diario y no quería que lo encontrara mi tía por nada del mundo. Me apresuré a esconderlo debajo del colchón y traté de despejarme. Aunque era sábado, me dio miedo haber dormido demasiado y que me cayera una reprimenda.

Salí con cautela y me encontré con que la cocina y el aseo estaban vacíos. Aproveché para lavarme la cara y las manos y peinarme.

—¡Elena! ¡Por fin has amanecido! —Mi tía entró risueña en la cocina.

—Buenos días, señora —me apresuré a responder, a ver si con suerte le duraba el buen humor y a mí me entraba un poco también.

—Venga, desayuna rápido, que tenemos que ir a hacer compra a la lechería.

Comí y me vestí enseguida. Me apetecía ver a doña Clotilde porque era cariñosa conmigo y a veces me daba un palito de regaliz. Lo había descubierto gracias a ella y me encantaba ese sabor amargo y dulce a la vez. Como la vida.

Al entrar en el establecimiento me chocó que, en el lugar de doña Clotilde, hubiera un muchacho al que no había visto antes. Parecía mayor que yo, tendría unos quince años y lucía una sonrisa muy blanca, en contraste con el color de su piel. Era guapo.

Muy guapo.

—¡Buenos días, señoritas! —exclamó.

—Buen día. —La tía Victoria frunció el ceño recelosa—. ¿Doña Clotilde no se encuentra?

—No, disculpen, mi tía ha tenido que ausentarse esta mañana, pero yo las atenderé con gusto.

El chico no dejó de sonreír en ningún momento, a pesar de que, estoy segura, se había dado cuenta de la mala cara que había puesto mi tía nada más verlo. Al contrario que la mía, supongo, que se había encendido al ver que el día me traía alguna novedad, para variar.

—Ajá..., en ese caso pónganos una docena de huevos y dos barras de pan, por favor. Así que usted es el sobrino de doña Clotilde...

—Así es, señora —respondió él, distraído, y me tendió la bolsa con la compra—. Aquí tiene, ¿la lleva usted, señorita?

—Sí, gracias.

—Venga, niña, vámonos.

La compra más rápida de la historia.

—Adiós, señoritas —exclamó el chico sin nombre.

Su trato amable me resultó turbador.

Emprendimos el camino hacia la plazuela de Don Juan de Córdoba, la que ahora se conoce como plaza de Celenque, para llevar unos zapatos a remendar. Y en todo el trayecto mi tía no dejó de refunfuñar por lo bajini. Parecía habérsele pasado el buen humor de sopetón.

—Vete a saber tú quién era ese. Con esas pintas.

—Ha dicho que era el sobrino de doña Clotilde.

—Ya me dirás..., si doña Clotilde es blanca y ese chico era más negro que un tizón. Que he tenido que aguzar la vista para verlo bien. No te extrañe que fuera un ladronzuelo que se le ha colado no sé cómo para hacer el agosto. Esa gente no viene a nada bueno.

Lo del parentesco podía entenderlo, pero no que mi tía diera por hecho que él era un tramposo o un ratero solo por tener la piel negra. Sentí pena por ella, vergüenza ajena.

—A mí me ha parecido muy agradable y profesional —me atreví a llevarle la contraria, aunque con la boca pequeña.

—Qué sabrás tú, que no habrás visto un negro en tu vida. Vienen de África a quedarse con lo que es de los españoles. Dime si es normal que algunos aquí no tengan ni pan para llevarse a la boca y llegue uno de estos a quitarnos el trabajo.

—Bueno, también tienen derecho... —intenté replicar.

—¿Derecho a qué? ¿Acaso voy yo allí abajo, a su país, a quedarme con su dinero? Cada mochuelo a su olivo. Y no hay más que hablar.

Le encantaba dar por zanjadas las discusiones unilateralmente.

Me di cuenta de que tampoco podría hacerla cambiar de opinión, así que me callé.

Mi tía tenía razón en algo: nunca había visto a nadie como él en persona. Al llegar a casa me brotaron las palabras de las manos, saqué el diario que había comenzado la noche anterior y escribí todas las cosas que había sentido esa mañana, sobre todo esa sensación de presión en el estómago que en nada se parecía a cuando me faltaba el aire por culpa de mi tía. Este era un cosquilleo agudo en mi interior, algo que me hacía poner cara de tonta feliz. Me sentía embrujada.

12

Los grises

—Elena, quiero hablar con tus padres —me espetó un día la directora después de la clase de Lengua y Gramática.

Debí de transmitirle de todo menos serenidad porque se echó a reír.

—Nooo, tranquila, es para algo bueno. ¿Puedes darme su teléfono?

—No tienen teléfono.

—¿No hay forma de contactar con ellos?

—Bueno, sí, mi madre conoce a una mujer en el edificio que sí tiene, y desde ahí hace las llamadas.

—De acuerdo. Voy a preguntarle a tu tía. Quédate aquí. Ahora mismo vuelvo.

Esperé sentada sin tener ni idea de qué iba el asunto. Durante esos instantes eternos me dio tiempo a imaginarme toda clase de pecados cometidos no sabía si por obra u omisión. En medio de mis vicisitudes mentales se abrió la puerta y apareció la directora con una sonrisa de oreja a oreja.

—Ale, pues ya está —dijo mirándome con los ojos achinados por la mueca de alegría.

Traté de sonreír también y le pregunté qué era lo que pasaba exactamente.

—He localizado a tu padre en su trabajo en la fábrica y le he comentado que tienes una capacidad increíble para la literatura, cómo te expresas en cada ejercicio, las descripciones que haces... son maravillosas. Se ha alegrado mucho. Me ha dado permiso para darte clases particulares de Lengua y Gramática. Creo que puede salir algo muy bueno de esto. Tienes talento, cariño.

Recordé a Marce, mi maestra del pueblo, y me pregunté qué estaría haciendo y si todavía se acordaría de mí. Doña Rosa también

se estaba convirtiendo para mí en una especie de ángel.

—Hablaré con tu tía para que nos deje dos horitas a la semana, ya verás qué bien.

Yo estaba segura de que a ella no le haría gracia. Y así fue, pero no pudo hacer mucho para oponerse. Doña Rosa me recibió la primera tarde en la salita de profesores. Pero no estaba sola.

Sentada en otra silla junto a la mesa se encontraba una de las niñas de aquel grupito que me acogió. Ojos enormes, verdes, muy guapa, aunque con cara de pocos amigos.

—Ella es Juana, Elena —nos presentó doña Rosa—, va a estar con nosotras en estas clases, también le gusta mucho la literatura, pero le cuesta un poquito más. Estoy segura de que estando contigo conseguirá mejorar.

Juana no cambiaba el gesto, ni siquiera me miró.

—Vamos a empezar por hacer una redacción. Quiero que describáis, en pocas palabras, cómo fue el primer día que entrasteis a esta escuela.

Nos pusimos a trabajar sobre el folio en blanco y, al terminar, vi que Juana seguía atascada. Enseguida me di cuenta de que tenía dudas sobre la ortografía de alguna palabra, pero con la profesora ahí, no me atreví a decirle nada, no quería que se ofendiera. Miré de reojo a mi compañera y vi cómo se mordía los labios mientras fruncía el ceño.

En un momento dado, doña Rosa se levantó.

—No paréis, vuelvo ahora mismo —dijo.

Me quedé con la mirada fija en mi papel hasta que no pude más.

—Juana, «sobre todo» es separado. Si lo pusieras junto, estarías haciendo referencia a una especie de abrigo —traté de decirle con la mayor dulzura.

—¿Te crees muy lista?

—Solo quería ayudarte.

—Piensas que por ser familia de la señora Victoria eres superior o algo. ¿Quién te ha pedido ayuda? —Me miraba con auténtica rabia.

—No volveré a ayudarte ni aunque me lo pidas —repuse yo ofendida.

—Tranquila, que no te lo pediré.

La niña cambió la palabra y siguió escribiendo como si nada. En esas entró doña Rosa.

—¿Habéis acabado? Bien. Por hoy no vamos a hacer nada más, el próximo día corregiréis la una el trabajo de la otra. Solo quería que os conocierais.

Juana se levantó como un resorte y yo la imité.

—Hasta mañana, doña Rosa —dijo saliendo por la puerta sin mirar atrás.

—¿Ha pasado algo?

—No —mentí—. Bueno, me voy ya para que mi tía no me regañe.

Me despedí cerrando la puerta tras de mí.

En realidad, recordaba que mi tía no iba a estar en casa aquella tarde, así que me dispuse a hacer algo diferente. Cuando noté que doña Rosa salía del colegio, esperé unos minutos y cogí unas llaves de repuesto que guardaba mi tía en un cajón. Me fui a pasear sola. Sabía que si me pillaban me metería en problemas, pero el desplante de Juana me había dejado algo dolida y el impulso que tuve fue el de desafiar las órdenes que me daban. Calculé que Victoria estaría fuera otras dos horas, tiempo suficiente para investigar algo de Madrid más allá del barrio por el que siempre nos movíamos.

Estaba nerviosa, era la primera vez que salía del barrio sin un adulto. Giré a la izquierda esquivando a la gente que a esas horas enfilaba el camino de vuelta a sus casas. Quería pasar por delante de la lechería a ver si podía atisbar al sobrino de doña Clotilde. Me crucé de acera para que no me vieran y ralenticé el paso a la altura de la tienda... Allí estaba, atendiendo a unos clientes junto a su tía; debí de quedarme embobada porque una mujer se chocó violentamente contra mí.

Cuando levanté la cabeza, vi al chico asomarse a la puerta de la lechería. No se me ocurrió otra cosa que echar a correr.

Nunca había puesto un pie delante de otro tan rápido, sentía que quizá me estaba persiguiendo, aunque no oía a nadie detrás. Tenía el corazón desbocado y comenzaba a faltarme el aire. ¿Y si se había dado cuenta de quién era yo y hacía algún comentario a mi tía la próxima vez que la viera? ¡Me mataría!

Paré de golpe porque no podía más y apoyé las palmas sobre las rodillas. Respiraba con dificultad, había corrido mucho más de lo que podía imaginar porque, al mirar alrededor, no reconocía nada de lo que tenía frente a mí. ¿Dónde estaba?

No podía ser que me hubiera perdido, pero la realidad es que no

me sonaba nada. Miré el reloj que adornaba el escaparate de una tienda cercana, ya había pasado media hora. Traté de tranquilizarme cuando los vi: decenas de personas corrían despavoridas hacia donde me encontraba yo. No se me ocurrió nada mejor que meterme en una cafetería que tenía justo enfrente para esquivar a la muchedumbre.

—¡Pasa! ¡Pasa! —me gritó un hombre desde dentro—. ¡Son los grises!

Me apresuré a refugiarme allí al tiempo que él bajaba hasta un poco más de la mitad la persiana. Me asomé por la rendija que había quedado sin cubrir y vi que, detrás de aquel gentío, venían los hombres vestidos de gris con porras en las manos, golpeando a todo aquel con el que se cruzaban. Me entró el pánico.

¿Por qué hacían eso?

—Son universitarios—dijo el hombre al ver mi cara—. Están luchando por un sindicato democrático e independiente, no solo aquí, ayer fue también en Barcelona. Son unos descerebrados, parece que no saben que los grises en cuanto ven cualquier cosita se lían a mamporrazos —hablaba casi susurrando.

No me quedó claro de parte de quién estaba.

El clima era de máxima tensión. Yo temblaba. ¿Y si no conseguía llegar a tiempo de vuelta al colegio? Fuera se oían gritos y golpes, muchos golpes provocados por aquellas porras que llevaban los grises y que descargaban sobre cualquiera que osara cruzarse en su camino.

Dentro de la cafetería solo había una pareja de ancianos que parecían ajenos a lo que sucedía en la calle. La mujer habló sin levantar la mirada de su café: —No sé a dónde vamos a llegar.

Tampoco entendí si se quejaba del movimiento en sí, de que alguien osara protestar o de que la policía pegara a los transeúntes. En aquella época era imposible saber lo que las personas pensaban en realidad. Miré el reloj de pulsera de la señora con disimulo, se me estaba haciendo tarde y aún no sabía dónde estaba. Por fin, me atreví a preguntar: —¿Usted sabría decirme dónde queda la calle San Felipe Neri?

El camarero me miró sonriendo.

—Está aquí mismo, niña, espera cinco minutos y sales, no te vaya a pillar el gentío de nuevo.

—¿Podría hacerme un mapa, por favor?

El hombre me lo hizo y me dio un vaso de agua. Media hora más

tarde estaba ya en la escuela. Me puse el pijama para esperar a mi tía con cara de no haber roto un plato, pero con la sensación de haber vivido una tremenda aventura.

13

El hombre misterioso

Los fines de semana eran de lo más aburridos porque al no tener clase había que limpiar el colegio de arriba abajo. Mi tía se encargaba del suelo, de barrerlo y fregarlo, y a mí me tocaba ir por todos los pupitres pasando un paño. Limpiaba los encerados, los cristales... Por eso mientras que el resto de las niñas ansiaban que llegara el viernes, yo me echaba a temblar. ¡Acababa tan cansada!

—Señora, ¿podemos terminar esto después de comer?

—Limpia y cállate. Primero la obligación y luego la devoción. Te recuerdo que no has venido aquí de vacaciones —solía decirme.

Ella sabía que lo único que quería yo era acabar pronto para irme a leer cualquier cosa que encontrara, disfrutaba sumergiéndome en vidas diferentes a la mía.

Pero un domingo de pronto apareció por allí doña Rosa.

—¡Buenos días, Victoria! ¡Buenos días, Elena! ¿Cómo habéis amanecido?

Me desperecé a toda prisa porque acababa de levantarme y corrí a lavarme la cara.

—¡Bien, bien! ¡Ahora voy! —respondí encantada de verla.

—¡Qué grata sorpresa! ¿Cómo es que ha decidido honrarnos con su presencia en día festivo? ¡Tendrá usted mil cosas que atender! —oí que decía mi tía.

—Así es, Victoria, y una de ellas es llevarme a esa niña de usted a misa. Que ya es hora de que empiece a conocer la palabra del Señor y que salga un poquito de esta casa, ¡que un día se os va a caer encima!

—Ya, es que...

—Por supuesto, está usted invitada.

Mi tía entreabrió la boca, pero la cerró rápidamente y se frotó las manos en el trapo que llevaba amarrado al cinturón de la bata.

—Muchas gracias, señora, pero tengo mucha faena esta mañana.

Le agradezco el gesto, voy a encargarme de que la niña se aliste.

Mi tía irrumpió en la habitación y con el gesto serio me alcanzó un vestido del armario que no me había puesto nunca.

—Toma, ponte esto.

El vestido era una especie de pichi, lo vi el día que llegué, con botones en los tirantes, bolsillo frontal y cortito. Debajo, una camisa blanca con encaje en los puños y en el cuello y unos zapatos de charol negro que también aparecieron como por arte de magia.

—Es la ropa de los domingos, todavía no habíamos tenido oportunidad de estrenarla, pero, a partir de ahora, siempre que salgas a un evento de este tipo la llevarás.

Asentí y me vestí con rapidez, antes de que mi tía cambiase de idea. Estaba deseando salir con doña Rosa, a misa, a la luna o adonde hiciera falta.

Me dio la mano y fuimos paseando tranquilamente en dirección a la parroquia de San Ginés, que se encontraba en la calle Arenal. Solo había que bajar Bordadores, un trayecto de pocos minutos. Me quedaba extasiada con cada escaparate, con mi tía íbamos siempre casi corriendo de un lado a otro, así que esta vez pude disfrutar del paseo.

Recuerdo una tienda que llamó mucho mi atención, vendían todo tipo de reliquias religiosas y tenía un aire oscuro y misterioso. Desde el escaparate se intuía a duras penas lo que había en el interior, pero al acercarte encontrabas decenas de Jesucristos en la cruz, Vírgenes, santos y hasta figuras del belén. Todo bien juntito en muebles de maderas nobles, oscuras y robustas. Aquel sitio era siniestro y eso se asemejaba a la idea que tenía yo de la Iglesia, curas, misas y demás; algo que no acababa de comprender y que en mi casa tampoco estaba muy instaurado.

Al llegar a la parroquia me sorprendió el ambiente alegre, cómo se saludaba doña Rosa con todo el mundo y el cariño que parecían profesarle, como si fuese una especie de celebridad de la televisión.

—Doña Rosa, qué alegría verla. —Uno de los feligreses se acercó con entusiasmo genuino—. Tengo que darle las gracias en nombre de los Desamparados de Jesús por todo lo que ha hecho por los niños. ¡No sabe de cuánta ayuda ha sido su donación!

—Ya ve usted, Rafael, toda ayuda es poca. Me alegro mucho de que sirviera. —Doña Rosa me llevaba de la mano y me la apretaba

rítmicamente al hablar.

De repente, como de la nada, llegó él. Sentí que el corazón se me iba a escapar. El chico sin nombre de sonrisa cautivadora se acercó a doña Rosa y le tendió la mano.

—Buenos días, doña Rosa, mi tía le manda recuerdos, no puede venir porque está con el inventario —dijo mientras miraba a la directora y parecía no reparar en mí, hasta que se giró y me sonrió—. Hola..., señorita.

—Ella es Elena, la sobrina de Victoria, de la escuela. Te presento a Mateo —dijo dirigiéndose a mí.

—Encantado de conocerte, Elena. —El chico hizo como si no me conociese de nada y me tendió la mano, igual que lo había hecho previamente con mi tía.

¿De verdad no me recordaba? ¿Tan indiferente le había sido? Entonces me guiñó un ojo.

—Oh, claro —balbuceé—, igualmente, encantada.

Su altura, su pelo negro, rizado, aquella piel morena..., todo anegaba mis sentidos de una zozobra que no conocía. Di con mis ojos en el suelo por pura vergüenza, incapaz de sostenerle la mirada.

—Bueno, ha sido un placer, señora —hizo una pausa—, señorita, voy para dentro, no se me vaya a hacer tarde.

Y se perdió entre los fieles. Pensé que quizá, con suerte, podríamos sentarnos cerca, pero era tal la multitud que enseguida desapareció.

Nos ubicamos hacia la mitad de los asientos de congregación y la directora me miró complacida por mi compañía.

—Hoy puede ser un día importante para ti. Me gustaría que prestaras atención y que decidas si te gusta lo que oyes o si, por el contrario, no te sientes identificada con lo que dice el párroco.

—Vale, no es la primera vez que voy a misa, pero siempre me ha parecido aburrido, doña Rosa.

La mujer se rio con ganas.

—Vaya, a eso le llamo yo sinceridad.

Sonreí.

—Pero no pasa nada, Elena. Me gustaría que te quedaras con las cosas positivas, como el amor al prójimo, la caridad, la solidaridad..., y ya está, y lo del aburrimiento..., bueno, poco podemos hacer contra eso.

No fue como ir a la charca a coger ranas o como escribir alguna de mis historias, pero tampoco me aburrí tanto como en otras ocasiones. Me gustó cuando los asistentes se arrancaban a cantar alguna oración. No era tenebroso, como me había imaginado; además, doña Rosa hacía que me sintiera una privilegiada. Y, para qué engañarnos, pasé más tiempo pendiente de Mateo que de otra cosa. Imposible aburrirme.

Al salir fuimos a comer chocolate con churros a San Ginés, una cafetería a rebosar, donde olía a dulce y todo era de madera marrón y verde. Comí hasta reventar esos churros que no había probado antes y que me llenaron el paladar de grasa y azúcar, y el corazón de alegría porque no podían estar más ricos. Después, con la idea de bajar un poco el festín, doña Rosa me llevó a pasear cerca del Palacio Real. Por un ratito me olvidé de que, a la vuelta, me encontraría a mi tía esperándome con cara de vinagre y deseando hacerme algún reproche.

—Muchas gracias, doña Rosa.

—A ti por la compañía. ¿Quieres que repitamos el próximo domingo?

Agaché la cabeza.

—Me encantaría, pero no sé si mi tía...

—De eso me encargo yo.

Doña Rosa me dejó en el portal y subí los cinco pisos sola; para no tener que llamar al timbre, recordé que a veces mi tía guardaba una llave debajo de una de las plantas que flanqueaban la puerta, con suerte podría entrar en casa sin dar demasiadas explicaciones.

Cuando me agaché para comprobar si estaba allí, oí que mi tía hablaba con alguien. Más que hablar, sollozaba, aunque no podía entender bien lo que decía. Desde que estaba en Madrid, ella no había recibido más visitas en la casa que las de Rosa y las de doña Clotilde para subir la compra. ¿Quién podía ser? Giré la llave con cuidado de no hacer ruido y deslicé mi cuerpo con sigilo. Me quedé parada en la penumbra del pasillo conteniendo la respiración, con mis oídos alerta. No estaba segura de lo que sucedería si mi tía me descubría espiándola, pero nada bueno, seguro.

Oí una voz de hombre, como implorando, y a mi tía con voz firme.

—No puedo, ya es demasiado tarde —le decía a aquel desconocido que se encontraba con ella en la salita.

Me acerqué un poco más a la puerta.

—De verdad que no sé qué hacer para convencerte —dijo entonces la voz masculina, que parecía mucho más joven que ella. Definitivamente no sabía a quién podía pertenecer—. Se diría que me odias.

Un silencio denso se extendió durante varios segundos antes de que mi tía respondiese:

—No, no, no. Esto es imposible, es lo mejor, hazme caso. Por favor, márchate.

—No puedo irme así —respondió la voz misteriosa.

Entonces oí que mi tía rompía a llorar. Me invadió una sensación de impotencia. ¿Necesitaría ayuda? Cerré la puerta con fuerza para que se dieran cuenta de que había llegado y ellos se quedaron en silencio.

—¡Hola, señora! ¡Voy al aseo, que tengo una urgencia! —grité con la idea de que fuera quien fuera el que estaba allí pudiera irse sin cruzarse conmigo.

Cuando salí del baño después de un tiempo prudencial, me recibió mi tía fingidamente alegre, aunque con la mirada más triste que nunca.

—¿Ya estás aquí? Venga, está la comida esperando en la mesa.

Sin embargo, mi plan no había salido como esperaba y tras ella apareció un hombre vestido con un traje de color crudo, amplio y con tirantes, un abrigo de paño sobre un brazo y un sombrero de caballero en la mano derecha. Debía de tener unos veintipocos años, era alto y fuerte, estaba perfectamente afeitado y, desde luego, no me parecía que supusiese ningún peligro. Es más, me inspiró cierta lástima, pues sus ojos, oscuros, eran el vivo reflejo de la desesperación.

Nuestras miradas se cruzaron durante unos instantes, mientras mi tía se esforzaba por ignorar deliberadamente su presencia. Aun así, se vio obligada a añadir:

—El joven ya se iba.

Él inclinó la cabeza a modo de saludo y se puso el sombrero. Se detuvo en la puerta para mirarnos:

—Buenas tardes, señoritas. —Y dirigiéndose a mi tía, añadió—: Por favor, llámeme si cambia de parecer.

Aquella tarde, en la que mi tía y yo no volvimos a cruzar palabra, transcurrió como casi todas, conmigo haciendo los deberes a todo

correr y escribiendo a todo andar, y ella tejiendo y oyendo la radio, cada una en su cuarto. Solo que en mi cabeza no paraba de bullir lo que había escuchado unas horas atrás.

¿Quién era ese hombre? ¿Qué quería de mi tía? Entonces me di cuenta de que no sabía prácticamente nada de la vida de aquella mujer que, supuestamente, era parte de mi familia.

14

La bailarina

En Madrid descubrí infinidad de cosas; por ejemplo, a qué olía una sala de teatro o cómo los actores eran capaces de ignorar a los cientos de personas que los contemplaban a pesar de tenerlos a pocos metros.

—Recordad, niñas, que hoy vamos al teatro, así que en estas horitas de clase que tenemos antes tenéis que esmeraros para que no nos retrasemos.

—¿Hoy hay teatro? —le pregunté a Juana, a la que doña Rosa me había puesto como compañera de pupitre desde que empezó a darnos clases particulares.

Juana se encogió de hombros sin mirarme, como casi siempre. No me dirigía nunca la palabra y yo no estaba dispuesta a hacer nada para cambiar su actitud. Si yo no le gustaba, ella a mí tampoco, así que nuestros diálogos se limitaban al mínimo imprescindible. Aunque en ocasiones, como aquella, se me olvidaba que no quería hablarle.

Ramona, que se sentaba justo delante y había oído mi pregunta, respondió.

—Claro, ¡pero si lo avisaron la semana pasada! —dijo con el cuerpo girado hacia nosotras—. ¿Has ido al teatro alguna vez?

Negué con la cabeza y reparé en la blusa que llevaba Juana, como de misa, elegante, con puños ceñidos y un gran cuello con pespuntes de encaje. Al mirar a las demás, todas con blusas o polos finitos, confirmé mis peores temores.

Me revolví en la silla cuando recordé que no tenía planchada la camisa de las ocasiones especiales.

Disponíamos de media hora al acabar las clases de la mañana antes de ponernos en marcha hacia el teatro y me iba a caer una buena bronca si salía con la ropa arrugada. Ni de lejos iba a pedir ayuda, así que no se me ocurrió nada mejor que volar hasta mi habitación en cuanto acabó la clase, levantar el pesado colchón

haciendo uso de todas mis fuerzas y poner la blusa entre el jergón y el somier con la idea de que se aplastara y quizá se estirara un poco. Retiré con cuidado el cuaderno en el que escribía y lo dejé unos segundos en el suelo; me subí sobre la cama y rodé de un lado a otro durante un buen rato.

Al levantar de nuevo el colchón, me encontré con la camisa igual de arrugada, pero además manchada: había ronchones rojizos por todas partes. No me había dado cuenta de que los tornillos que sujetaban las tablillas del somier estaban algo oxidados y convirtieron la tela blanca en una suerte de leopardo moteado. Solo quedaban unos minutos para la excursión y era imposible que me diera tiempo a lavar, secar y adecentar aquello.

—¿Elena? ¿Estás aquí? —La puerta se abrió de golpe y tras ella asomó la cabeza pelirroja de la directora—. ¿Te encuentras bien? Te he visto salir a toda prisa con muy mala cara... ¿Estás enferma?

—No, señora Rosa, estoy bien.

—¡Vaya si te pasa algo! ¡Con esos ojos enormes que tienes y la mirada tan transparente, como para ocultarme algo a mí! Venga, cariño, cuéntame.

Yo me limité a señalar la malograda prenda y rompí a llorar.

—Ay, chiquilla, ya veo... No tienes otra para salir esta tarde, ¿verdad?

Negué con la cabeza y seguí llorando, aunque más bajito porque de pronto me dio miedo que mi tía nos oyera y fuera peor el remedio que la enfermedad.

—Elena, no te preocupes. Esto lo vamos a solucionar en un santiamén, quédate aquí. —Y desapareció a la misma velocidad a la que había entrado. No sé si llegaron a pasar tres minutos desde que Rosa dejara la habitación—. Toma —dijo ofreciéndome una blusa impecable—, la he sacado de objetos perdidos, que ahí te puedes encontrar cualquier cosa, incluido esto, planchadita y dobladita.

Abrí los ojos como platos y me lancé a abrazarla en un gesto tan espontáneo que hasta ella se asustó. Al darme cuenta, me aparté corriendo, ruborizada.

—No pasa nada, cariño, ven.

Ese fue el primer abrazo que recibí en meses. Me aparté y me sequé las lágrimas con la manga. Rosa me miraba comprensiva. Tenía mis dudas de que aquella camisa estuviera efectivamente en objetos

perdidos.

—Eso sí, antes de irte lava la tuya, que si no esas manchas no se van. ¡Y déjala secando para que pueda estar lista para mañana! —exclamó mientras yo me dirigía al baño a todo correr—. ¡Y de esto ni una palabra a tu tía!

Fuimos a ver una zarzuela: *La verbena de la Paloma.* Doña Rosa nos llevaba a todas en fila, por parejas. La tía Victoria cerraba la comitiva para que nadie se desviara del camino y hubiera que lamentar una calamidad, como decía ella. Juana y yo íbamos de la mano, como las demás. Estaba claro que no éramos amigas, pero a veces me descubría a mí misma tratando de entender por qué. En realidad, yo no tenía nada en su contra.

El Teatro de la Zarzuela era precioso: con sus butacas tapizadas en rojo y con detalles dorados, y el techo..., ¡el techo era una maravilla! Tenía mil formas y figuritas talladas en madera. Olía a una mezcla de eucalipto y pachuli, y toda la gente llevaba puestas sus mejores galas. Yo me senté pensando en cómo habrían construido aquello, hasta los reposabrazos tenían detalles decorativos. Me daba apuro apoyarme y que se desgastaran. Me recliné ligeramente sobre el asiento, no sabía si mirar al escenario, que aún permanecía cubierto por el grueso telón, o al techo, que me tenía obnubilada.

Miré de reojo a Juana, que estaba sentada a mi derecha, y descubrí la auténtica imagen de la devoción en su rostro.

—¿Has visto qué bonito, Juana? —le dije. Tenía los ojos como perdidos en el escenario—. ¿Qué te pasa?

—Ojalá algún día pueda estar yo ahí —murmuró.

—¿Dónde? ¿Sobre las tablas?

—Sí —respondió, pero algo había roto su ensimismamiento, pues rápidamente bajó la vista hacia sus piernas.

La obra estaba a punto de empezar.

El público me pareció muy distinguido, hombres y mujeres, casi todos en pareja, y ningún niño. Solo nosotras. Todo el mundo hablaba susurrando, no había el barullo que se podía esperar de una congregación tan abundante. Doña Rosa había insistido en que habláramos en voz baja y casi todas tratamos de cumplirlo. A mí me pareció que estábamos en un lugar mágico. Sobre todo, cuando empezaron los primeros compases de la música y salieron los actores y las actrices a escena. Era como presenciar otras vidas concentradas en

un escenario.

«El aceite de ricino ya no es malo de tomar..., se administra en pildoritas y el efecto es siempre igual.»

De tanto en tanto me fijaba en Juana y trataba de hacerle algún comentario sobre lo que veíamos, pero ella no quitaba ojo del escenario. Movía los pies y las manos al ritmo de la música. Estaba como absorbida por aquella obra.

Nunca había visto algo igual, fue espectacular, y por mi cabeza rondó desde ese día que también escribiría algo parecido en mis relatos. Soñaba con marcar a alguien de la manera que me ocurría a mí con la literatura.

Me comporté en todo momento como requería la situación; a pocas butacas estaba sentada mi tía, ojo avizor por si se me abrían un poquito las rodillas o no mantenía la espalda lo suficientemente erguida.

Acabó y una tremenda ovación inundó el teatro. De pronto, todo el mundo comenzó a levantarse, por filas, sin dejar de aplaudir y sin moverse de la butaca. Miré a mi tía, sin saber qué hacer, nos habían dicho que no nos moviéramos, pero ella ya estaba en pie y me miró con cara de reproche al ver que yo no había hecho lo mismo.

—Ha sido increíble, ¿verdad? —Juana no podía controlar la emoción—. Esos bailes, ¡cómo se movían! Ay..., qué suerte la de ellos, ojalá yo pudiera.

Era la primera vez que me decía más de dos frases seguidas.

—¿Quieres ser actriz?

—No. Bailarina.

No conocía a nadie que quisiera dedicarse a eso, ni siquiera me había planteado nunca que pudiera ser una profesión.

—¿Sí? ¿Y bailas bien?

—Es lo que más me gusta en el mundo.

—¿Más que el chocolate?

—¡Mucho más! —respondió sonriente.

—Eso es que no has probado el chocolate de mi madre. —No quería parar de hablar, ahora que parecía que ella estaba por la labor —. En el pueblo, los días especiales desayunábamos chocolate.

—Yo es que no tengo pueblo, bueno, mi madre sí tenía... —De pronto una oscuridad que ya había visto en otras ocasiones en ella volvió a aflorar en sus ojos.

—Ah... —No supe qué más decirle.

—¿Vas a ir con ella esta Navidad?

—Aún no lo sé, no me han dicho nada. —En ese momento fui yo la que se nubló. Todavía no sabía si podría estar con mi familia en Asturias.

Juana me apretó la mano más fuerte, en lo que yo pensé que era un gesto de cariño. Entonces la miré: estaba lívida.

—¿Estás bien? —grité.

Fue como si se desvaneciera, pero no llegó a perder el conocimiento. La sostuve como pude y, por suerte, se repuso en cuestión de segundos.

—Sí, sí, es que me he mareado..., me pasa a veces, pero ya estoy bien. —Sus ojos verdes me parecieron algo más apagados de lo normal —. Gracias por preocuparte.

Vaya si me quedé preocupada. Estaba pálida como la cera de una de las velas que adornaban las columnas del teatro.

—Vamos —le dije sonriendo para restarle importancia—, ahora en la escuela le pedimos a mi tía un vasito de agua con azúcar.

Deshicimos el camino sin soltarnos de la mano. Avanzamos sin hablar, pero de vez en cuando nos miramos y compartimos sonrisas. En algún punto comenzamos a hacer pequeños pasos acompasados, como si bailáramos en corto una sencilla coreografía improvisada. Rompí el silencio justo antes de llegar al colegio.

—¿Te sientes mejor, Juana?

—Sí, ya estoy bien —me dijo con una pizca de complicidad—. Oye, y ¿sabes qué? Mejor llámame Juanita.

Fue la primera vez en Madrid que sentí que había hecho una amiga de verdad. Mi vida comenzaba a mejorar.

Sé que nunca te he contado ni la cuarta parte de todo esto, Laura. Por eso es tan importante. También sé que cuando acabe la historia, tu mirada hacia mí será bien distinta. Al menos, eso espero...

Tercera parte
Mateo

15

¿Naviqué?

Navegábamos en bien entrado el mes de diciembre y los días se me estaban haciendo duros porque las salidas a la calle se vieron limitadas con la llegada del frío. Había cumplido doce años con una simple felicitación de mi tía, y cuyo regalo se había limitado a unos minutos más de conferencia telefónica con mis padres y hermanos. Se acercaba la Nochebuena y había hecho postales para todos, como una manera de entretenerme, aprovechando que tenía más tiempo libre y que iba a verlos en las vacaciones navideñas. Utilicé piedrecitas que encontraba por la calle, hojas, flores..., pequeñas cosas que embellecieran los folios, era una manera de poner un trocito de mi vida en Madrid. Disfrutaba mucho haciendo cualquier tipo de manualidad, y más cuando se trataba de algo que me hacía tantísima ilusión, sobre todo teniendo en cuenta que llevaba sin ver a mi familia desde que había llegado a la ciudad.

Daba por hecho que iría a Asturias a reunirme con ellos, pero la realidad es que nadie me había dicho nada. Llevaba días reuniendo el valor para preguntarle a mi tía si finalmente podría pasar la Navidad con mis padres. Si quería estar el 24 de diciembre en Asturias, tenía que comprar el billete de tren. Esa mañana de sábado fui a la cocina decidida a no irme de allí sin despejar las dudas sobre mi viaje.

—Buenos días, señora.

—Hola, niña, ¿qué tal has amanecido?

El olor a café me encantaba, a pesar de que mi tía solo me dejaba mojarme los labios. Me situé a su lado mientras observaba atentamente sus movimientos.

Justo cuando las palabras parecían encontrar el camino de salida de mi boca, sonó el timbre.

—¡Uy! Ya está aquí el tal Mateo —dijo ella limpiándose las manos en el mandil.

¿Mateo? El corazón me dio un vuelco y me quedé paralizada.

—¡Niña!, ¿a qué esperas? ¡Ve a abrir!

Salí de mi ensimismamiento y acudí lo más rápido que me dieron las piernas.

Y ahí estaba él, tan perfecto. Llevaba un paquete muy grande en las manos y yo no acerté a decir nada más que un escueto «hola», sin moverme de la entrada.

—¿Me dejas pasar o prefieres que te deje aquí la caja? No te lo recomiendo porque pesa mucho. —Sonrió.

Allí seguía yo, quieta, como una estúpida.

—Perdón, claro, pasa —dije ruborizada.

—Niña, ¿es el chico? —La voz de mi tía interrumpió aquel momento extraño.

—Sí, doña Victoria, aquí tiene todo lo que nos encargó. Si falta cualquier cosa no dude, por favor, en avisarme, aunque por el bien de mi espalda espero no tener que volver a subir los cinco pisos demasiado pronto. —Rio.

Mi tía lo miró como si la hubiera insultado.

—Pasa, échame una mano —dijo mientras le indicaba que la acompañara hasta la cocina.

Una vez allí, Mateo la ayudó a colocar la compra. Yo no podía evitar mirarlo embelesada: se movía como un bailarín, como si supiera qué lugar tenía cada cosa, y no dejaba de sonreír. Llevaba una camiseta blanca que resaltaba aún más su color de piel y una cazadora que no parecía abrigar demasiado para el tiempo que hacía fuera. Me pareció que de vez en cuando me miraba disimuladamente, pero tenía la sensación de que lo hacía para reírse de mí, que no había sido capaz de mover un dedo mientras observaba aquella suerte de danza entre ellos dos.

Poco me duró el espectáculo.

—¿Qué haces ahí parada, niña? ¡Venga, muévete! Coloca estas manzanas en el frutero.

De reojo comprobé cómo Mateo sonreía bajando la mirada, fue entonces cuando se me pasó por la cabeza que aquella timidez que me embargaba cuando él aparecía no era solo cosa mía. A él también le pasaba algo cuando estaba cerca de mí.

No sé cómo surgió, pero mientras ubicaba las manzanas, sin ser capaz de mirarlo, me oí decirle: —¿De dónde eres?

—¡Niña! —me gritó mi tía escandalizada mientras cerraba de un golpe la nevera.

—No pasa nada —intervino Mateo con su perenne sonrisa—. Soy de Guinea. —Hizo una pausa y me miró directamente a los ojos—. ¿Sabes dónde está?

Aunque me encantaba la Historia y la Geografía, solo sabía que su país estaba en África, poco más. De pronto un torrente de preguntas se agolpó en mi pensamiento: ¿Cómo había acabado en España? ¿Los señores De Frutos eran realmente sus tíos? Aunque me moría de ganas de saber más de él, la presencia de mi tía me recordaba que no debía hacer ese tipo de preguntas.

—He leído algunos libros en los que salían países de África, incluido Guinea.

—¡Ah! ¡Te gusta leer! Pues de allí son mis padres y allí nací yo. —Él no parecía para nada molesto, al contrario que mi tía, que me miraba con el gesto serio.

—¿Y entonces doña Clotilde..., ella...?

—Son mis tíos adoptivos —me cortó Mateo—. La hermana de Clotilde y su marido me adoptaron cuando era un bebé y me trajeron a Madrid.

Estaba aún más fascinada, sabía en qué consistía aquello, pero nunca había conocido a nadie que fuera adoptado. Seguía sin dar la sensación de que fuera un tema incómodo para él, pero en esa cocina éramos tres, y uno de nosotros sí que quería dar por terminada la conversación.

—Venga, vale ya de chácharas, que seguro que el chico tiene mucho trabajo que hacer. —Mi tía zanjó el asunto como solo ella sabía. Aceptaba que estuviera en la cocina, ayudándola con la compra, pero no que cruzara más de dos palabras con nosotras.

Mateo asintió tímidamente.

—Que tengan un buen día, señoritas —dijo y, bajando la mirada, se fue de la casa.

La tía Victoria se sentó dispuesta a degustar el café y no pude aguantarme más.

—Tía...

—Espero que no vengas a hablarme del negrito ese.

—¿Qué? ¿De Mateo? No no, solo quería saber si podré ir en Navidad con mis padres —escupí la frase que tanto había ensayado.

Fue más fácil de lo que esperaba.

—Ah, cierto es, niña. Te llegó hace un par de días esta carta de ellos, se me había olvidado dártela —dijo mientras se levantaba y buscaba en un cajón de la cocina.

Cogí con la mano temblorosa el sobre que me tendía. Estaba abierto.

—La has... ¿leído?

Ella no respondió y se limitó a sorber el café sin dirigirme la mirada.

De nada iba a servir enfadarme, así que saqué la carta del sobre y leí.

Querida Elena:

¿Cómo estás, cariño? Soy mamá. Espero que hayas aprendido un montón en estos meses, que hayas descubierto cosas nuevas, que te cuiden y que te estés portando bien, aunque estoy segura de que así es. Me encantaría poder escribirte esta carta con buenas noticias, pero las circunstancias no son las mejores para nosotros. Tu hermano Manu ha estado muy malito. Tiene una enfermedad que se llama tuberculosis. No te preocupes, sabemos que él es muy fuerte, confiamos en que pronto se pondrá mejor. El problema es que es muy contagiosa y solo puedo estar yo con él, y con unas medidas de seguridad que no te imaginas. Pobrecito. Papá se va a ir con sus primos de Oviedo y con tus hermanas, y yo me quedaré en el hospital con Manu. Lucía y Consuelito están muy grandes y siempre preguntan por ti. No podemos permitirnos traerte ahora, pero no te pongas triste, por favor, tan pronto como tu hermanito se recupere podrás venir a pasar unos días con nosotros y podremos estar juntos y disfrutar. No importa que no sea Navidad, nosotros haremos una fiesta especial igualmente cuando te tengamos aquí. Te queremos mucho, cielo, sigue haciéndolo tan bien como hasta ahora y enseguida nos reuniremos y no nos separaremos más.

Salí corriendo de la cocina a mi habitación y me eché a llorar. No solo no podría estar con ellos, sino que encima mi hermano estaba enfermo y yo no podía estar a su lado. Al cabo de unos minutos, la puerta se abrió de golpe y la tía Victoria entró sin preguntar.

—Venga, levanta de una vez, no puedes estar así, no es digno de

una señorita. Enjúgate las lágrimas, que tampoco es que se haya muerto nadie.

Levanté la mirada y traté de controlar los sollozos y el hipo que me había entrado por la llantina. Necesitaba llorar, necesitaba un abrazo..., y tenía que ver a mi familia como fuera. Así se lo dije a mi tía.

—La vida no es siempre como uno quiere. Bastante que tienes un techo y comida. No te va a pasar nada por estar aquí en Navidad. —Su tono era muy serio.

—Pero yo necesito estar con ellos, llevo meses sin verlos, y...

Mi tía me interrumpió:

—¿No has leído bien el mensaje? ¿Tan egoísta eres? ¡No todo gira en torno a ti! Basta, levántate ahora mismo. —Me agarró con fuerza del brazo y me sacó de la cama.

La seguí calmándome como pude. Me sentía tremendamente sola en aquel lugar, pensaba diariamente en mi familia, en su vida, en los juegos de mis hermanos, en el beso de mi madre, en los partidos de fútbol y las canciones de mi padre... Ya no había vuelto a escuchar música. Mi tía tenía una radio que me había prohibido utilizar. Echaba de menos sentirme parte de algo. Allí no era más que un estorbo para aquella mujer que no se esforzaba ni lo más mínimo en disimularlo. Me torturaba pensar que mis hermanos más pequeños poco a poco hasta se irían olvidando de mí.

—¿Sabes lo mejor para no pensar? —dijo ella.

Yo guardé silencio mientras terminaba de secarme las lágrimas con un papel.

—Limpiar —respondió tendiéndome un paño de cocina—. Empieza, que está todo esto lleno de grasa.

Y se sentó de nuevo para terminar con su desayuno.

16

La conversación

A la mañana siguiente desperté con los ojos hinchados y ganas de quedarme tumbada hasta que pasaran las dichosas Navidades, pero era domingo y tocaba ir a misa. Había pasado la noche ideando formas de no estar tan aburrida, quería aprovechar por lo menos, ya que estaba en Madrid, para vivir aventuras, algo más allá del desagradable rictus de la tía Victoria. Y no me importaba que ella no estuviera de acuerdo.

—¡Niña, niña! —Oí la voz estridente de mi tía llamándome desde el pasillo—. Levántate de una vez, que estás haciendo esperar a doña Rosa.

—Sí, señora.

Me enfundé el vestido de los domingos. Cuando entré en la cocina, doña Rosa estaba sentada a la mesa frente a una humeante taza de té mientras mi tía trajinaba abriendo y cerrando armaritos y cajones.

—¡Cariño! ¡Buenos días! —Rosa vio mi semblante—. ¡Uy! ¿Y esa cara? ¿Qué te ha pasado?

—Nada —respondí, y se me aguaron los ojos.

—Pero, Elena... —Me abrazó.

Mi tía soltó un bufido velado que supe interpretar, pero decidí ignorarla y dejarme llevar por el abrazo de la directora.

El calor de su cuerpo me embriagó por completo y por primera vez en mucho tiempo logré desahogarme.

—¡Ya está bien, niña! Deja a la señora en paz, que al final la vas a manchar y todo —empezó a decir mi tía.

—No pasa nada —la cortó ella con autoridad—. Cariño, escúchame, cuando tengas ganas me cuentas qué es lo que te pasa, pero ahora no tenemos tiempo que perder —dijo mientras me limpiaba la cara con su pañuelo de seda—, el párroco no espera.

Nos fuimos dejando a mi tía en casa con cara de pocos amigos, para variar. Pero a mí me empezaba a dar igual.

Para entrar en la parroquia de San Ginés había que atravesar un pequeño jardín que normalmente estaba lleno de fieles esperando para la homilía con sus mejores galas, y ese día no era diferente. Salvo por un pequeño detalle. Al llegar, mi mirada se topó con esa sonrisa blanca secundada por los hoyuelos en las mejillas que tanto me gustaban. Allí estaba Mateo, colocado como por arte de magia en el día más triste de todos los que llevaba en Madrid.

Me pareció un regalo de Dios. Definitivamente doña Rosa me había contagiado su entusiasta devoción.

—Buenos días, doña Rosa, Elena. —Se acercó a nosotras acompañado por sus tíos.

Parecían dos muñequitos de las tartas, iban muy bien vestidos.

—¡Elenita! ¡Qué elegante! Y doña Rosa, es un gusto verla, como siempre —dijo doña Clotilde.

—Aquí estamos, buenos días. A visitar a nuestro Señor —respondió la señora Rosa.

Yo me limitaba a sonreír tímidamente.

Entramos en la iglesia y me pasé todo el culto con la cabeza dos filas más atrás e imaginándome en mil escenas hablando con él. Seguro que tenía millones de cosas que contar. Cuando llegó el momento, me levanté para comulgar. Sentí su presencia justo detrás de mí. La de Dios no. La de Mateo. Bueno, su presencia y su voz susurrándome al oído.

—Tienes que contarme qué te pasa y por qué tienes los ojos rojos.

—No es nada.

—Te espero al acabar la misa en el arbolito de la derecha en la salida.

—Pero doña Rosa...

—No te preocupes, porque se entretendrá un buen rato con mis tíos, seguro.

Pasé lo que quedaba de misa temblando de los nervios y, al terminar, allí estaba él, junto al árbol, mientras sus tíos conversaban con unos y con otros. Doña Rosa se dispuso a hacer lo mismo, así que me disculpé y me senté junto a Mateo.

—Cuéntame.

—¿A qué te refieres?

—Siempre estás sonriendo y hoy tienes los ojos hinchados. Algo te ocurre.

No sabía si contárselo, pero estaba claro que necesitaba hablar con alguien y parecía que podía confiar en él.

—Es que no voy a poder estar con mi familia esta Navidad.

Me miró con compasión y permanecimos en silencio unos minutos hasta que me cogió de la mano.

—Elena... Te entiendo. Yo también echo de menos a mi familia. Muchas veces sueño con reunirme con ellos.

Lo miré extrañada.

—Pensé que, salvo tus padres y tus tíos, no tenías más familia.

Él me sonrió.

—Me refiero a mis padres y mis hermanos biológicos, los que están en Guinea.

—¿Y hace cuánto que no estás con ellos?

—Más de lo que me gustaría. —Suspiró—. Pero ¿sabes qué? Tienes que ver las cosas en perspectiva.

—Si al menos tuviera a alguien...

—Piensa que tu situación aquí es temporal. Yo intento disfrutar de cada minuto. De pequeño pensaba que Madrid era lo único que existía en el mundo, hasta que conocí Guinea. Cuando crecí un poco, mi familia de aquí me llevó a conocer mi origen. Y fue maravilloso, pero también hizo que lo echara mucho de menos. Siempre tengo un motivo por el que estar triste, pero también para estar feliz. En realidad, soy doblemente afortunado. Igual que tú: tienes a tu familia lejos, pero la tienes. Y aquí están tu tía, doña Rosa...

Asentí impresionada de que ese chico de solo quince años hubiera vivido tanto como para darme aliento de esa manera.

—Además —añadió—, ahora me tienes a mí. Y he traído una cosa.

Sonrió y mis lágrimas se convirtieron en rubor.

—¿Un regalo? Pero ¿por qué?

—Porque me apetecía —dijo abriendo una bolsa y sacando de ella un libro—. Es un libro muy especial, lo traje de mi país, no sé ni si se puede encontrar aquí. Pero no es un regalo —se rio—, es un préstamo.

—¡Elena! Cariño, nos vamos. Diles adiós a los señores De Frutos. —La voz de doña Rosa interrumpió la conversación.

—Muchísimas gracias. —Miré a Mateo profundamente agradecida por el detalle.

Me levanté rápidamente y él me siguió hasta llegar junto a ellos.

—Que tengan buen día —dije dirigiéndome a Mateo y sus tíos.

Mateo me guiñó el ojo y yo me sentí flotar.

Ya en el camino, mi día se había dado la vuelta por completo.

—Te veo más contenta, Elena. Mateo es un chico muy agradable —dijo mirándome, como esperando una reacción.

—Sí, es muy simpático —respondí.

Doña Rosa se rio sonoramente sin que yo supiera muy bien por qué, pero también solté una carcajada. Aquella mujer tenía una risa contagiosa. Y no se le escapaba ni media.

—¡Venga! Vamos a por unos churros con chocolate.

17

Un relato y un cochazo

—¡Buenos días, niñas! —Doña Rosa parecía especialmente alegre aquella mañana.

—Buenos días, doña Rosaaa —dijimos todas puestas en pie como cada día.

—Hoy tengo que anunciaros algo muy interesante y estoy segura de que algunas de vosotras os pondréis especialmente contentas —dijo la profesora mirándome.

Juanita me dio un codazo con disimulo.

—Seguro que es algo para ti —murmuró—, eres su ojito derecho.

—¡Anda, y tú! ¡Tendrás queja! —repuse en el mismo tono.

—A la vuelta de las vacaciones de Navidad se celebrará un concurso de relatos entre todas las alumnas del colegio. Es voluntario, pero atentas, porque el premio es en metálico, algo simbólico pero suficiente. Por supuesto, para vuestros padres. Habrá tres ganadoras y la temática es libre. —Miré a Juanita, que ponía cara de resignación —. Podéis aprovechar estos días libres para escribir.

No cabía en mí de gozo, ¡un concurso! Juanita me miró, ella sabía cuánto me gustaba escribir, leer, la literatura...

—¡Qué suerte has tenido! ¡Ya podía ser un concurso de baile!

Yo asentí. Juanita, al ver mi expresión frunció el ceño, me agarró de la barbilla y me espetó:

—Ya sé que tú no confías en ti misma, pero eres buena. Y sabes que yo no voy lanzando piropos así como así a la gente. Así que a escribir.

—Ya, pero...

—¡Pero ¿qué?! ¿No estás aquí para ayudar a tus padres? No se me ocurre una mejor manera de hacerlo.

Juanita tenía razón.

La temática era libre, como había dicho doña Rosa; solo había un

requisito: que fuera contado en primera persona, preferiblemente sobre algo basado en la propia experiencia.

Eso me parecía lo más complicado porque, con doce años, mi experiencia en la vida era más bien corta; podría hablar de mi tía, de cómo me trataba..., pero no podía hacerlo sin que se dieran cuenta de que hablaba de ella. Aunque... había algo que me rondaba la cabeza día sí, día también... Mateo.

Llevaba días sin verlo y me moría de ganas. No me atrevía a compartir mis deseos con nadie, ni siquiera le conté nada a Juanita. Tal vez aquel relato fuera una buena manera de desahogarme.

—Estará contenta la mimada de la profe... —oí que decían a mi espalda.

—Hombre, como para no..., le han creado un concurso para ella. —Otra voz secundó la crítica.

—Una buena manera de dar limosna a los pobres sin que se note. —Una tercera niña elevó la voz.

Era Eloísa, una de mis compañeras que no perdía oportunidad de molestarme. Por lo general la ignoraba, pero ella era insistente. Todas rieron.

—¡Basta ya! —gritó doña Rosa—. ¿Estos son los valores que os inculcamos? ¡Estáis castigadas!

Las tres niñas me miraron con desprecio.

—Elena, esta tarde vamos a mi casa. Olvídate de estas sinvergüenzas —me dijo Juanita dándome un pellizquito cariñoso en el muslo.

—No creo que mi tía me deje.

—¡Claro que sí! Le decimos que tenemos que hacer un trabajo y así te ayudo con el relato.

Sorprendentemente, mi tía me dejó ir. Al acabar el colegio, cogimos el tranvía en un viaje que me pareció eterno.

—Es que vivo a las afueras —se justificó Juanita.

El barrio era uno de esos en los que no había nada más que viviendas, como mucho veías alguna taberna y alguna panadería, pero poco más. Era eminentemente residencial y todo parecía ser muy nuevo. Ya no se veía tanta mezcolanza de gente como en el centro, sino hombres ataviados con trajes de trabajo y mujeres con más de tres niños alrededor. Juanita vivía con su padre en un segundo, y me sorprendió lo grande que era la casa. ¿Para qué querían tantas

habitaciones si solo vivían ellos dos?

—¿Dónde está tu padre?

—¡Uy! Trabajando, siempre llega para cenar. Es el director de una gran compañía —respondió orgullosa.

—¿Y qué haces toda la tarde? —No me entraba en la cabeza cómo una niña de nuestra edad podía estar tanto tiempo sola.

—Pues deberes y... bailar. Bailo mucho. ¿Quieres que te enseñe? —Se le iluminó la cara.

—Se me da muy mal —repuse, pero ella ya estaba encendiendo la radio.

—Mira, en esta emisora, entre las noticias a veces ponen canciones. Podemos aprovechar.

Juanita se lanzó a bailar sin miramientos, cerró los ojos y sus pies se movían sin perder un segundo el ritmo de la música. Era una canción del Dúo Dinámico: *Quince años tiene mi amor*.

—¡Vamos, Elena! ¡Sígueme! —gritó agarrándome de las manos.

Estuvimos bailando durante horas, prácticamente toda la tarde, hasta se nos olvidó el relato. De repente, apareció el padre de Juanita por la puerta.

—¡Dios! ¡Es tardísimo! —Recordé que mi amiga me había dicho que él solía llegar para cenar.

—¡Hola! —dijo él sonriente—. No te preocupes, que hoy he venido pronto. Pero te acompañamos de vuelta a tu casa.

Era bajito, gordito y con cara de buena persona. No era guapo, pero tenía unos ojos verdes preciosos, como los de su hija. Recordé algo que me solía decir mi abuela y pensé en cuánta razón tenía: «No hay cara fea con ojos bonitos». Aunque creo que lo que le hacía tan agradable es que no había ni una gota de maldad en la mirada de aquel hombre; al contrario, parecía embargada por un halo de tristeza.

Me acordé de Mateo, de mis padres, y me pregunté cuántas historias que desconocíamos habría detrás de cada persona.

—¿Habéis estudiado mucho?

—Sí —mintió Juanita.

—¿Seguro? Porque os veo cansaditas... Juana, ¿no habrás estado perdiendo el tiempo con tus bailes? —El hombre frunció el ceño y ni así atisbé una brizna de maldad.

Las dos nos echamos a reír sin poder remediarlo.

—Ay..., qué voy a hacer contigo. Venga, Elena, que te llevamos a

casa.

Bajamos las escaleras, que poco tenían que ver con las de la escuela, con su madera carcomida; estas eran de mármol, brillantes. Llegamos al garaje, donde nos esperaba un flamante coche gris. Me quedé anonadada con la visión, no se veían muchos como aquel.

—Vamos, Elena —me apuró Juanita.

—Es la primera vez que subo a uno de estos —dije visiblemente impresionada.

—¿A un Dodge?

—No, a un coche.

—¡Pues te estrenas con uno de los mejores! —Rio su padre.

Una vez en marcha, no quería bajarme de aquel vehículo y de esos asientos de cuero tan suavecitos, pero lo bueno duró poco y en nada nos plantamos en la escuela. Cuando llegué, tuve que utilizar la llave escondida porque nadie respondía en casa, y me encontré con una nota en la cocina:

«Llegaré tarde, cena lo que encuentres y acuéstate».

No dejaban de sorprenderme las ausencias de mi tía, pero cualquier cosa era mejor que enfrentarme a sus gritos y reproches. Nada iba a empañar la tarde de música y risas, y ese día me dormí un poquito más feliz.

18

Verano en Navidad

Llegó el día de Nochebuena y bien pronto por la mañana la tía Victoria me pidió que fuera a la lechería a por la docena de huevos, limones y yogures que necesitaba para un bizcocho, ya que ella tenía que ausentarse durante varias horas.

Cogí las monedas que me tendió y salí a cumplir mi cometido como si me hubiera tocado la lotería. Cogí también el libro que me había prestado Mateo y que había tardado tres días en terminarme. Me había encantado: hablaba de un niño de Guinea, de cómo era su vida allí. Mi imaginación volaba y supuse que aquella había sido la infancia de mi nuevo amigo. Sentí que lo conocía un poquito más. Solo yo sabía cómo me bombeaba el corazón tan solo con la idea de que tal vez estuviera ayudando en la lechería. Bajé los cinco pisos endiablada y me planté en la lechería en un santiamén. Pero hasta ahí. Sí. Quería cruzar el umbral de la tienda, pero no me veía capaz, me moría de vergüenza. Un trasiego de gente me llevaba de un lado a otro como un junco en la ribera.

—¡Niña! ¡Pasas o qué! —Los gritos de un hombre me devolvieron a la acción.

—Sí sí, perdón —respondí mientras abría la puerta de la lechería.

—¡Elena! ¡Dichosos los ojos! —Al otro lado del mostrador la tía de Mateo me recibió con amabilidad—. ¡Feliz Navidad, preciosa! ¿Dónde está doña Victoria?

—Se ha quedado cocinando. Me ha pedido que suba una docena de huevos y unos cuantos limones, por favor. ¡Ah! ¡Y yogures!

—Claro que sí.

Miré a mi alrededor pasando los ojos por cada rincón de la pequeña tienda: estantes atestados, arenques, botes de conservas, leche, pan, miel..., pero nada más. Ni rastro de Mateo. Bajé la mirada, entristecida.

—Aquí está todo. Dame quince pesetas y listo.

—Muchas gracias, feliz Navidad, doña Clotilde. Esto… —me decidí—, ¿podría darle esto a Mateo? Es un libro que me prestó. Se lo agradezco mucho.

—Faltaría más, querida. Que tengas un buen día.

Cogí la bolsa que me tendía la mujer y salí a la calle, decepcionada. Mateo era mi motivación y no verle me hacía sentir como que el día estaba perdido.

En esa época del año el centro de Madrid era como una especie de hormiguero en movimiento, un trasiego aderezado por el olor de las castañas asadas, del chocolate y del café; olía a chamusquina y a ilusión, con decenas de niños impregnando las calles con sus artículos de broma, sus juegos y esa felicidad que solo puede darte la Navidad. Los bares sacaban incluso las barras a la calle, a pesar del frío, para dar servicio a más gente, ansiosa por juntarse y celebrar. Según me habían contado algunas niñas de mi clase, venían personas de todas partes para visitar los belenes y los puestos navideños de la plaza Mayor. Yo no había podido conocerlos porque mi tía no quería llevarme. Caminé de vuelta a casa esquivando a la gente y con un ojo puesto en la plaza, a ver si a lo lejos intuía alguno de ellos. Entre eso y la multitud, recibí también algún que otro empujón. Al girar la esquina para coger la calle San Felipe Neri, tropecé y me caí al suelo, junto con la bolsa, y se desparramó todo su contenido por la acera.

Me había hecho daño en la rodilla, salía sangre, pero me apresuré a recoger el encargo. La gente seguía caminando como si nada, esquivándome, mientras yo intentaba levantarme tratando de ignorar el dolor.

—¡Elena!, ¿estás bien? —Era Mateo.

«Si no me hubiera caído, quizá no nos habríamos encontrado», pensé.

—Sí —dije avergonzada—. Se me han roto los huevos, mi tía me va a matar.

Él me tendió la mano y me ayudó a levantarme.

—No te preocupes, que ahora vamos a por más, pero esa herida hay que curarla.

Me pasó un brazo por los hombros, agarró la bolsa y me ayudó a llegar hasta la tienda. Al vernos entrar, doña Clotilde se llevó las manos a la cabeza:

—¡Ay! Pero ¿qué ha pasado?

Se lo explicamos brevemente mientras nos sujetaba la puerta de la trastienda para que pasásemos, pero nos dejó solos en cuanto oyó la campanilla que anunciaba la entrada de un cliente.

—Ven, siéntate aquí —dijo Mateo señalando una banqueta que utilizaban para llegar a las estanterías más altas—. ¿Te duele mucho al caminar?

Yo me hice la fuerte. Él me tomó la pierna por la pantorrilla y me subió el pantalón para dejarme la rodilla al descubierto. Me estremecí por la sensación de su tacto. Cogió una botella de alcohol y, empapando una gasa, me limpió la herida. Al terminar, con cuidado, volvió a cubrirme la pierna y me sonrió.

—¿Estás un poco mejor?

—Sí, gracias... Pero tengo que coger otra docena de huevos y no me ha sobrado dinero suficiente.

—Olvídate del dinero, ha sido un accidente, ahora mismo te llevas otra docena y aquí paz y después gloria —zanjó—. ¿Te apetece que vayamos a ver los puestos? Así me cuentas si te ha gustado el libro.

—Sí, se lo he devuelto a doña Clotilde.

El dolor desapareció en el instante en que él pronunció la primera sílaba que implicaba ir con él a pasear.

Nos quedamos mirándonos durante varios segundos en un silencio que era de todo menos incómodo. De alguna forma, era como si nos conociésemos desde hace tiempo. No existía absolutamente nada más allí, ni vergüenza, ni dolor ni frío..., nada. Solo estábamos él y yo.

—Niños, ¿por qué no vais a los puestos? —La voz de doña Clotilde me sacó de mi ensimismamiento—. Pero ya podéis abrigaros, que hoy hace frío.

Mateo me cogió de la cintura y me ayudó a incorporarme. Después me colocó la bufanda con mimo, se subió las solapas del abrigo y salimos a la calle. Me hacía reír el vaho que salía de nuestras bocas al hablar y, aunque efectivamente hacía frío, yo solo sentía el calor de la proximidad de Mateo. Me fijé en la gente: había sobre todo niños acompañados de sus padres, cientos de personas con cara de ilusión por la Navidad, y yo debatiéndome entre lo que echaba de menos a mi familia en esas fechas y lo feliz que me sentía en aquel

momento junto a él. Era una sensación que no había tenido jamás, la definición de la pura felicidad. Los escaparates estaban plagados de motivos navideños y las calles tenían más luz de la habitual.

Subiendo por Bordadores, en un minuto estábamos ya en la plaza Mayor. Era preciosa, siempre lo era, pero en esa época aún más: los puestos navideños copaban todo el centro de la plaza, donde no cabían más personas con sus abrigos y gorros, mientras que los soportales lucían decorados con una iluminación colorida que los hacían aún más espectaculares.

—Ven, Elena, agárrate de mi brazo, que hay demasiada gente y nos podemos perder.

El simple hecho de ir cogida al brazo de Mateo me hacía sentir un millón de mariposas por todo el cuerpo.

Los castañeros se ubicaban en muchos puntos de la plaza y, junto a la gente que portaba coronas como las de los Reyes Magos y otros disfraces, eran lo más cercano a la idea de Navidad que yo tenía. El olor a castaña asada me retrotraía inmediatamente a Lomares, a la casa de mis padres, donde mi papá cada otoño y cada invierno, sin excepción, nos llevaba a recoger castañas y luego las asaba en una sartén especial llena de agujeros. Era un sabor inconfundible y delicioso.

—¿Has probado las castañas asadas? —pregunté.

—¡Sí! Y me encantan.

—¡Están buenísimas! Aunque luego suelen dar gases.

Al instante me avergoncé, ¿para qué había dicho aquello? Mateo se echó a reír.

—Eres única, Elena, me encanta, porque es como si no pensaras mucho lo que vas a decir.

La realidad era que solía reflexionar más de lo necesario antes de hablar, salvo cuando estaba con la gente que quería: con mis padres, mis hermanos, con Juanita... y con él.

Sonreí y él insistió en invitarme a un cucurucho; nos sentamos en un rincón de la plaza mientras devorábamos las castañas. Me pidió que siguiera contándole anécdotas de mi pueblo y se rio cuando le narré aquella vez que mi madre defendió a mi hermana Lucía de aquel niño que le tiraba del pelo.

—Menuda debe de ser tu madre, me gustaría conocerla —dijo él, y sentí una añoranza infinita al recordarla. Él, al ver mi gesto se

apresuró a añadir—: Lo siento, sé que los echas de menos.

—No pasa nada, me gusta hablar de ella —dije antes de meterme otra castaña en la boca—. Es una mujer de las que no hay. No se calla nada, siempre es la primera en defender sus derechos cuando hace falta y no deja que nadie le pase por encima. Mi hermana Lu se parece a ella. Ojalá yo tuviera al menos un poquito de su coraje.

—¿Te parece poco coraje vivir aquí tú sola?

Allí sentados, el frío se hacía más patente, pero no había un lugar en el mundo en el que me apeteciera estar más que ese. En algún momento tuve miedo por si mi tía había vuelto a casa, pero me di cuenta de que solo había pasado una hora y ella solía ausentarse mucho más. Me preguntaba qué haría.

—Mateo, ¿esto se parece a Guinea? Por el libro diría que no, pero a lo mejor es todo inventado.

—No, qué va, la verdad es que tengo pocos recuerdos porque vine siendo muy pequeño y las veces que he podido volver se cuentan con los dedos de una mano, pero sí que recuerdo el olor del mar y el calor intenso. Aunque fuera Navidad, siempre hacía calor.

—¿Ibas a la playa en Navidad? —exclamé sorprendida.

—¡Claro! Allí siempre es verano.

Lo miré aún más fascinada, ojalá pudiera ir a algún sitio donde fuera verano eternamente.

—A veces me da miedo que se me borren los recuerdos —dije—, ¿no te pasa que de pensar tanto en algo es como si desapareciera de tu cabeza?

Mateo asintió.

—Aunque hay cosas que me gustaría borrar de mi cabeza.

Me quedé callada, esperando a que continuara.

—Hay veces que tengo pesadillas sobre cosas que pasaron cuando era muy pequeño..., cosas que les pasaron a mi madre y a mi hermana.

—Pero ¿están bien?

—Sí, pero Guinea no es un lugar seguro para las mujeres. Y ellas no han tenido la misma suerte que yo de poder salir.

Bajó la mirada y me di cuenta de que detrás de aquella sonrisa perenne había muchas aristas que no se notaban a simple vista.

—Vámonos pronto, te acompaño hasta el portal.

Mateo me dio la mano, entrelazando sus dedos con los míos. Anduve con cuidado para que mi mano no se moviera demasiado y mi

cuerpo no se despegara del suyo, de manera que no tuviera la más mínima tentación de soltarme. Aquella me pareció la mejor sensación del mundo.

19

Pañuelos para el llanto

Abrí la puerta de casa con sumo cuidado, atenta a cualquier ruido en el interior. Respiré aliviada al comprobar que no se oía nada y entré dejándome envolver por la oscuridad que imperaba en el recibidor. Al posar la bolsa en el suelo para cerrar la puerta con llave, recibí un golpe brutal a la altura de la oreja izquierda.

—¿Dónde estabas, golfa, más que golfa? —Mi tía parecía poseída por la ira.

Había caído al suelo tras la bofetada y traté de levantarme, sujetándome ese lado de la cabeza, que me ardía de dolor.

—¡Más de una hora para comprar unos huevos! ¡Eso no se lo cree nadie! ¡He ido donde Clotilde y hace rato que te marchaste!

—¿Y no te dijo que me había caído? —No sabía qué explicación darle.

—Sí, y también que te habías ido de allí con el negro sucio ese.

Me separó la mano que tenía donde me había dado el golpe y me apretó la muñeca.

—No vuelvas a juntarte con gentuza, o te volverás como ellos. Vete al baño a lavarte, que apestas.

Después de aquel episodio comencé a tener miedo a hacer o decir cualquier cosa que pudiera enfadarla. Nunca me habían pegado así, mi madre incluso regañaba a mi padre si este nos daba un azote en el culo. «Esa no es manera de educar», solía decirle.

Llegó la Nochebuena con un clima denso insoportable: mi tía y yo, mano a mano en la cocina cenando una crema de espárragos y un filete de ternera, por lo visto, el de las grandes ocasiones. Ni villancicos, ni mucho menos aguinaldo. Prácticamente no me dirigió la palabra durante toda la noche, así que mientras comíamos en silencio me dediqué a imaginar cómo serían las Nochebuenas de las otras niñas de mi clase. ¿Con quién pasaría las fiestas doña Rosa?

¿Cenaría Juanita con su padre y alguien más? ¿Se sentiría tan sola como yo?

Me pregunté qué se le pasaba a mi tía por la cabeza, por qué no le salía algo de cariño hacia mí; al fin y al cabo, era su sobrina. Pero no me atreví a verbalizar nada.

Cuando ella estaba fregando los platos y yo barriendo el suelo, nos sobresaltó el teléfono. No era habitual que recibiésemos llamadas a esas horas, por lo que salí corriendo a descolgar el auricular con la esperanza de que aquella noche mejorase solo un poquito. Le había pedido unas horas antes hablar con mis padres, pero su respuesta había sido: «Eso es una conferencia y sale muy caro», así que no me dejó llamar.

—¡Cariño! ¡Elena!, ¿cómo estás? —preguntó mi madre.

—Estoy bien, mamá...

—¡Ay, por favor! ¡Mi niña! ¿Qué te pasa? No llores, Elena, no llores, te lo ruego.

Pero yo no podía parar. Era como si su voz hubiese abierto las compuertas de toda la pena que se me había acumulado dentro. Ni siquiera fui consciente de que mi tía estaba ahora junto a mí tratando de arrebatarme el auricular, pero yo se lo impedí.

—¡Mamá! ¡Perdóname! Es que os echo muchísimo de menos y me pongo muy triste.

—Lo sé, mi vida, lo sé. Ojalá pudiera darte un abrazo enorme, pero prométeme que vas a intentar estar bien.

—Te lo prometo, mamá.

—¿Te cuida bien la tía?, ¿estás contenta?

Me quedé en silencio durante un par de segundos, y crucé una mirada con mi tía, que seguía allí plantada.

—Dame el teléfono, niña —susurró para que mi madre no la oyera, pero yo la ignoré.

—Sí. ¿Qué tal está Manu?

—Bueno, cariño, recuperándose, va poco a poco. Todos aquí te mandamos muchos besos. —Y añadió apresuradamente—: Tengo que dejarte, que te llamo desde el teléfono del hospital y la conferencia es muy cara. Nos vemos prontito, feliz Navidad, Elena.

—Feliz Navidad, mamá.

Colgué y me enjugué las lágrimas. Cuando levanté la mirada, me encontré con el rostro furioso de mi tía.

—¡Niña! ¿Qué ha sido eso? ¿Te has puesto a llorar con tu madre? ¿Cómo te atreves? —Comenzó a tirarme de la trenza en la que me había recogido el pelo para la cena.

—¡Ay! ¡Me haces daño!

—¡Como si aquí se te tratara mal! ¡Qué vergüenza!

Forcejeé para zafarme, pero ella apretó con más fuerza.

—¡Vete a tu cuarto y no se te ocurra aparecer hasta mañana!

En aquella habitación fría, mientras oía cantar villancicos a lo lejos en la algarabía de la calle Mayor, deseé más que nunca tener a mi familia a mi alrededor. A mi verdadera familia. Hice lo que siempre hacía cuando me sentía al borde de la desesperación: saqué mi cuaderno de debajo del colchón y me puse a escribir.

Me quedé dormida entre las páginas del diario, ya empezaba a ser costumbre, y cuando me desperté ya era noche cerrada y la casa y las calles estaban en silencio.

Fue entonces cuando me pareció oír un sollozo. No me atreví a salir, pero me acerqué a la puerta y el sollozo se hizo más y más intenso. Me percaté de que el lamento provenía de la habitación de la tía Victoria: no había duda, estaba llorando. No sabía qué hacer, si llamaba a su puerta lo más seguro es que me echara de allí de malos modos, pero, con mi hermano todavía ingresado en el hospital, me preocupaba que estuviera sucediendo algo grave, así que me atreví a tocar suavemente con los nudillos.

—¿Señora Victoria? —Sentí que trataba de reprimir el llanto—. Voy a entrar —dije.

Abrí lentamente, no sabía qué me iba a encontrar, y la vi sentada en la cama de espaldas a la puerta con un montón de pañuelos a su alrededor y la cabeza gacha mirando algo que tenía en su regazo. Sin duda, llevaba mucho rato en aquella postura.

—¿Ha pasado algo? —Se portaba mal conmigo, pero me resultaba inhumano ver que estaba llorando y quedarme como si nada.

—Ay, niña, ay... —Me miró y, con un rápido gesto, se levantó e hizo desaparecer al fondo del armario la caja que sostenía en sus manos.

Después dio unos pasos hacia mí y me agarró de la mano; tuve que controlarme para no apartarla rápidamente, que era lo que mi instinto me sugería.

—Espero que valores lo afortunada que eres de tener una familia que se preocupa por ti.

¿Qué le había pasado? Hasta donde yo sabía, su familia y la mía eran la misma...

—Anda, vete, vete, que estoy bien. Ya se me pasará. —Su tono cambió de pronto y me soltó la mano—. Corre a acostarte, que mañana te quiero en pie temprano para todo lo que tenemos que hacer.

Salí de la habitación dejando atrás a aquella mujer tan rara. Le di mil vueltas a la situación y plasmé en el diario cómo la veía: con su cara de asco permanente, como si estuviera enfadada con el mundo entero, sobre todo conmigo; sonriendo a los adultos, pero no a todos; hablándome de la familia como si no fuera parte de ella; pegándome y humillándome para luego llorar como si tuviera sentimientos. Le tenía miedo, y rabia. Pero también lástima.

Había algo detrás de toda aquella amargura que ella pagaba injustamente conmigo. ¿O tal vez era que yo lo hacía todo mal y me merecía cada bofetón?

20

Mamá

La mañana del 31 de diciembre, mientras hacía la cama, me sorprendió el sonido del timbre. No podía ser Mateo porque el último día del año no había pedidos, y dudaba mucho de que fuera doña Rosa, porque me había dicho que pasaba las fiestas en su pueblo.

—¿Quién es? —pregunté.

Mi tía estaba en el baño.

Silencio.

—Hola, ¿quién está ahí?

Nada.

El timbre volvió a sonar y decidí usar la mirilla, pero estaba en negro, alguien la tapaba deliberadamente. Me asusté un poco. No sabía qué hacer, así que opté por buscar a mi tía.

—¡Señora Victoria! ¡Señora Victoria!

—¡Niña! ¡Qué escandalera!

—Es que están llamando a la puerta y no sé quién puede ser porque no responden.

—Ay, por Dios, abre y ya está, ¿quién va a ser a estas horas? ¡Los ladrones no llaman a la puerta!

Deshice el camino y traté de oír algo pegando la oreja a la madera de la puerta.

Casi me deja sorda el sonido del timbre. No sabría decir qué era, pero algo me ponía nerviosa. Tomé aire y abrí.

—¡Mamá! —No me lo podía creer—. ¡Estás aquí! —Corrí de inmediato a darle un beso entre brincos de felicidad hasta que noté que ella se había echado a llorar.

—¡Cariño!

Nos fundimos en un abrazo que duró unos minutos, hasta que apareció mi tía.

—¡Vaya! ¡Dichosos los ojos! ¡Qué sorpresa tan agradable! —soltó

con la mejor de sus sonrisas, esa que solo tenía reservada para la directora Rosa y, al parecer, también para mi madre.

—¿Cómo estás, Victoria? —Mi madre le tendió las manos para estrechar las suyas.

—¡Con muchas ganas de veros! No os hacéis a la idea de cuánto se os ha echado de menos por aquí, ¿eh, pitufilla? —dijo haciéndome una caricia en la mejilla que me dejó estupefacta.

La hosca tía Victoria se había convertido, como por arte de magia, en la adorable tía Victoria.

—Pero ¿cómo es que no nos has avisado de que venías? —preguntó.

—Quería que fuera una sorpresa.

—¿No estaba enfermito Manuel? —La cara de la señora Victoria mostraba una preocupación fingida.

—Sí, pero ya está mucho mejor, por suerte está su padre también para cuidarlo.

—Bueno, pero los hijos tienen que estar con la madre, si no ya me dirás quién lleva la comida a casa. —Mi tía no parecía muy dispuesta a darle tregua.

—Son días de fiesta y Agapito es muy capaz de atender a sus hijos —respondió mi madre sin perder la sonrisa.

—Pues no sé si tengo comida suficiente para las tres...

—No te preocupes, Victoria, no es mi intención causar ninguna molestia —repuso mi madre con elegancia, y dirigiéndose a mí preguntó—: ¿Qué te parece si salimos a comer por ahí? ¿Victoria? Tú también estás invitadísima.

—Uy, no te preocupes, María, disfrutad vosotras, que yo me quedo preparando las cosas de la cena..., porque te quedarás a cenar, ¿verdad?

—Si no es mucha molestia, sí. He reservado una pensión aquí abajo, para que Elena pueda dormir también conmigo esta noche.

—De mil maravillas, seguro que estará encantada la pitufilla.

«Pitufilla», me dieron ganas de vomitar. Ya no había «niña, tráeme esto; niña, recoge aquello; niña, calla; niña, estudia» de pronto era «pitufilla, qué tal has dormido, pitufilla, no olvides los deberes...». Mi cabeza de doce años no daba para más, pero decidí obviar ese detalle por el momento. Agarré la mano de mi madre, quería recordar su tacto; ella tenía las manos calientes sin importar el clima, y eran

sorprendentemente suaves, a pesar del trabajo diario. Siempre que hacía frío me cogía una mano y la metía, junto a la suya, en el bolsillo; cuando aquella mano ya estaba templada repetía la operación con la otra. Me miró sonriendo.

—Vas a tener que enseñarme Madrid.

—¡Uy! Pues te puedo enseñar muy poquito, porque no he visto nada más allá del barrio... —respondí recordando mi frustrada aventura.

—¿No? Habrá que remediar eso entonces. ¿Qué te parece si cogemos el autobús de línea y visitamos el Museo del Prado?

—¿Tú conoces ese sitio? —pregunté sorprendida.

—He leído mucho sobre él, y tendremos que aprovechar mi visita, ¿no crees?

Me pasó un brazo por los hombros y yo deseé que no me soltara nunca.

Por ser el último día del año, la entrada era gratuita. La cola daba la vuelta al museo, nunca había visto tantos extranjeros juntos. También había españoles, pero menos.

Me quedé absorta al verme rodeada de tanta belleza, las obras expuestas me tenían maravillada, pero hubo una que no conseguí sacarme de la cabeza. En ella aparecía una mujer de mirada fría, vestida completamente de negro, que apoya su codo en un montículo de tierra sobre el que se ve una verja como las que se colocan sobre las tumbas. Cada rasgo de aquella mujer me recordaba a mi tía: esa mezcla de tristeza y apatía, el rictus serio... Me acerqué al cartelito que acompaña cada cuadro para saber algo más sobre él. «*Una manola: Leocadia Zorrilla*. Francisco de Goya.»

Me retiré y me pegué todo lo que pude para ver cada trazo.

—Cariño, la pintura hay que verla a distancia, es desde donde mejor se entiende. O eso me han dicho —dijo mi madre entre risas y, acercándose a mi oreja, apuntó—: También es mi primera vez en un museo.

Paseamos por todas las salas, respirando el arte, descubriendo cómo nacía de la creatividad de aquellos pintores al igual que las palabras brotaban de mi mente para plasmarlas en el papel. Deseé llegar a transmitir tanto como esos cuadros a mí. No sé si embriagada por todo lo visto o por la presencia de mi madre, Madrid se presentaba ante mí con otro color. Uno mucho más cálido.

—¿Cómo es que has podido venir? —le pregunté.

—Bueno, me pareció que quizá me necesitabas, te noté el otro día un poco triste...

—Ya... —No quería decirle nada que luego la tuviera preocupada cuando volviera a Asturias—. Pero ¿cómo está Manu?

—Está mucho mejor, sigue ingresado, pero evoluciona bien. No te preocupes, quiero saber cómo estás tú de verdad.

—Yo estoy bien, mamá.

—Eso espero, cariño, eso espero... —Me sonrió con un atisbo de tristeza en los ojos—. Consuelito y Lucía están locas por verte también. Lu te imita en todo, tendrías que verla. Bueno, vamos para casa y le hacemos caso a un vecino que me ha dicho antes que no dejáramos de probar la tortilla de La Toja.

—¿Y eso qué es? —pregunté.

—¿La tortilla? —Rio—. Es un restaurante que tienes justo pegadito al colegio, qué raro que no te haya llevado nunca tu tía...

—Pero eso es muy caro, mamá.

—Bueno, un día es un día. Además, me han chivado que con un pincho ya casi comes, así que seguro que podemos permitírnoslo.

No estaba acostumbrada a entrar en restaurantes; de hecho, solo recordaba haber ido a uno en la comunión de una prima segunda en Salamanca, y a algún bar de vez en cuando en Asturias, el poco tiempo que pasé allí. Más allá, claro, de las cafeterías a las que iba con doña Rosa.

La Toja era un bar restaurante de toda la vida. Con la barra repleta de clientes que comían aceitunas y tiraban los huesos al suelo, y que no tenían problema en tomarse su pincho de tortilla de pie, plato en mano, mientras charlaban o fumaban en corrillos. El ambiente estaba muy cargado y me vi rodeada de pechos, codos y hasta ombligos, pero no sentí ansiedad ni nada parecido. Estaba disfrutando. Las risas, los gritos, las conversaciones divertidas, mi madre haciéndome carantoñas mientras esperábamos para pedir..., me parecía todo maravilloso, como un sueño.

Además, no estaba acostumbrada a tener a mi madre solo para mí, hasta ese momento había tenido que compartirla con mis hermanos, y recibir tanta atención por su parte era increíble. Mi madre pidió un vermú para ella y un mosto para mí con el pincho de tortilla, y mientras esperábamos a que nos sirvieran, me puso al día de

su vida.

—Papá está muy bien en el trabajo, ¡hasta le han ascendido! Y tus hermanos, salvo por lo de Manu, están todos bien.

—¿Y me echáis de menos? —pregunté.

—¿Cómo no te vamos a echar de menos? ¡Si nos pasamos el día hablando de ti! Consuelito siempre dice que quiere ser como tú cuando crezca. Y Lu se pone celosa.

Nos reímos.

—Me hacen mucha falta.

—Lo sé, cariño, pero en unos años verás como todo este sacrificio habrá valido la pena. Me alegra ver que todo va bien con tu tía Victoria, sé que quizá es un poco peculiar, pero no es mala persona.

Asentí, me costaba creer que fuera cierto; mi experiencia me demostraba que, de buena, poco.

Entendí por qué era famosa en Madrid la tortilla de La Toja. A mí, que no me gusta la cebolla ni en pintura, y aquella, que estaba repleta de la susodicha y de pimiento, de chorizo..., era un espectáculo para los sentidos.

Al verme devorarla, mi madre preguntó:

—¿Qué tal estás comiendo? Estás más delgada, Elenita.

—Sí, es que a veces no tengo mucha hambre.

—Pero ¿y eso? ¿No cocina bien la tía Victoria? ¡Voy a tener que venir yo a enseñarla! —replicó riéndose.

Yo sonreí, me debatía entre contarle los malos tratos, los castigos sin razón..., pero no quería empeorar las cosas.

—No sabes lo orgullosos que estamos de ti, Elena. —Se puso seria de repente—. Y lo que nos estás ayudando quedándote aquí, cariño. Vas a ser la primera mujer de la familia que logre algo importante, importante de verdad, que pueda estudiar..., lo que yo siempre quise y no pude tener —me confesó con una sonrisa amarga—. Y, además, estamos consiguiendo vivir un poco más holgados, y todo lo que estamos ahorrando va a ser para tu educación más adelante, cuando vayas a la universidad. —Mi madre miraba alternativamente a mí y al cielo, como si estuviera formulando un deseo en voz alta.

Me tragué todas las palabras que había pensado decirle. Me tragué todas las quejas, los llantos y la tristeza. Y la abracé. Tenía que aguantar. Por ella, por mi familia. Porque confiaban en mí y no podía fallarles.

Al salir de La Toja aproveché para enseñarle la iglesia de San Ginés, la chocolatería y hasta La Mallorquina. No pudimos tomar nada más, pero me encantó pasear por aquellos lugares con ella.

Cuando volvimos al piso, mi tía estaba preparando la cena.

—Vaya horitas, a mesa puesta, ¿eh? —dijo sonriendo divertida.

—Ay, Victoria, ya lo siento. Nada, nada, dime qué hacemos y nos ponemos a ayudarte.

—No, mujer, no hace falta, solo que me hubiera gustado saber que venías para comprar más cena —respondió.

—Pero si llamamos un par de veces ayer para avisarte en secreto, pero no conseguimos dar contigo —apuntó mi madre.

La tía bajó la mirada. Claro, debió de ser una de las tantas veces que se iba sin decir a dónde y yo no debí haber oído el teléfono.

—Pues nada, no hay que preocuparse, así ves a tu niña, aunque ella aquí está fenomenal con su tiita, ¿a qué sí? —repuso estrujándome el brazo en lo que parecía ser una muestra de cariño.

Sonreí extrañada.

—Venga, pues no se hable más. Elena, a pelar las uvas, y yo voy a poner la mesa.

Recuerdo ese día como uno de los mejores de mi vida. Tanto que al comerme esa noche las uvas, pedí un deseo: más días bonitos como ese.

21

El miedo paraliza

Mi madre se quedó solo hasta el día siguiente, porque el 2 ya era laborable y esperaban a mi padre en la fábrica, así que le tocaba a ella hacerse cargo de mis hermanos, que aún tardarían unos días en empezar la escuela.

Llevaba tiempo sin ver a Mateo. Había rememorado infinidad de veces nuestro paseo por la plaza Mayor, y releído otras tantas la entrada de mi diario dedicada a aquella tarde. Por eso, cuando aquel sábado, el último antes del regreso a las clases, mi tía me gritó desde la cocina, mi corazón dio un vuelco.

—¡Niña! Tengo que bajar a la lechería, acompáñame, que tenemos muchas cosas que subir.

Por una vez, la voz de mi tía sonó melodiosa, y tardé unos treinta segundos en plantarme en la cocina, donde me esperaba.

—¡Uy! Pues sí que te has emperifollado, ni que fuéramos a la misa de domingo. —Enseguida suavizó el tono—. Venga, anda, que estás muy mona, mejor así que hecha unos zorros como acostumbras.

No me había puesto nada especial más que un lazo que me hizo mi madre alrededor del coletero que llevaba siempre, pero es verdad que parecía otra. Quién sabe si sería por la cara de tonta que llevaba al pensar en que iba a ver a Mateo.

Bajamos las escaleras con mi tía refunfuñando por la velocidad a la que iba yo y, de repente, todo el arrojo se esfumó. Iba a verlo después de aquella tarde que había sido tan especial para mí, y no sabía qué decirle o qué pensar. No había vuelto a saber de él, quizá se arrepentía de aquel día, me había visto caerme, luego tuvo que acompañarme a toda prisa para que mi tía no me regañara... Y yo ahora me moría de vergüenza, tal vez él se había reído de mí después, o eso le había bastado para confirmar que yo no era más que una niña. Con ese pensamiento llegué a la lechería casi rezando para que

no estuviera y quitarme el peso que tenía encima.

Cruzamos el umbral sombrío de la tienda y allí estaba él con su tía al lado.

—Ay, Victoria, justo acabo de prepararte lo que me dejaste encargado. ¿Qué tal? ¿Cómo estáis? ¡Qué guapa, Elena!

Me sonrojé y saludé tímidamente.

—¿A que está guapa, Mateo? —dijo dándole un codazo a su sobrino, que me pareció que estaba pasando un momento tan embarazoso como el mío.

—Sí —balbuceó sin atreverse a mirarme.

—Bueno, bueno, todos muy guapos, nos llevamos corriendo el pedido, que tenemos muchas cosas que hacer —dijo mi tía visiblemente incómoda.

—Claro, doña Victoria, faltaría más —repuso doña Clotilde pasando a la trastienda y sacando enseguida un montón de bolsas—. Mateo, ve con ellas, que esto es mucho peso y son cinco pisos.

La señora Victoria no puso demasiado empeño en disimular que no le hacía gracia la compañía del chico, y las arrugas en torno a sus diminutos ojos se fruncieron, pero no hizo nada más que despedirse y dar las gracias.

Mateo y yo recorrimos los escasos cien metros de la lechería a la escuela detrás de mi tía, que parecía llevar un león detrás persiguiéndola, de lo rápida que iba. Hubo un momento en que nos entró incluso la risa al ver la prisa de sus cortas piernas y la cara de agobio que llevaba.

—¡Vamos, vamos! ¿Eso es todo lo rápido que sabéis andar?

No entendía a qué venía tanta prisa, pero en cuanto llegamos al piso me ordenó que colocara las cosas de la compra y me dijo que ella tenía que irse a hacer unos recados. Cada vez me dejaba más tiempo sola. Con el apuro que llevaba, no se dio cuenta de que ella se iba, pero Mateo seguía allí.

Nos dejó a los dos con cara de póker. Yo seguí ordenando sin levantar la vista, pero notaba la mirada de Mateo clavada en mí, divertido, mientras canturreaba «Quince años tiene mi amooor». Yo sonreí sin atreverme a mirarlo. Era una de las canciones que había bailado con Juanita, estaba muy de moda. En cuanto terminamos de colocarlo todo, nos quedamos callados. Se podía cortar la tensión con un cuchillo, pero no de una forma negativa, creo que ninguno de los

dos quería moverse por no romper el momento.

—¡Vámonos de paseo! —dijo entonces.

—¿Cómo de paseo? No puedo salir de la escuela, mi tía me mata.

—Tu tía se ha ido sin preocuparse de qué ibas a hacer tú, así que venga, vente conmigo, que quiero enseñarte un sitio mágico —dijo—. Además, si nos damos prisa, en media hora hemos vuelto y seguro que tu tía no se da ni cuenta.

Era una buena oportunidad para probarme que sí era capaz de desafiar a esa mujer que cada día me trataba peor. La última vez me había pegado, pero es lo que tienen los golpes: generan un efecto contrario al que pretenden y duelen muchísimo más por dentro que por fuera, porque el cuerpo aprende a soportarlos cada vez con más indiferencia. Si ella me quería castigar, que lo hiciera. Estar a solas con Mateo bien merecía el riesgo. Así que sonreí de oreja a oreja y asentí.

Bajamos corriendo las escaleras y nos dirigimos hacia la derecha, para bajar por la calle Hileras, esquivando a la gente, hasta llegar a la calle Arenal y de ahí rumbo a Ópera y al Palacio Real. Justo al lado, media docena de grises trataban de impedir que se reuniera un grupo de cinco personas, entre hombres y mujeres. Eran muy agresivos. Los del grupo les respondían que solo estaban hablando de cine. Me quedé paralizada, recordé lo que había presenciado meses atrás y se lo conté a Mateo, pero él de inmediato me pidió que me callara y no dijera nada para evitar que me oyeran.

—A nosotros ni nos verán, tranquila. Venga, mejor vamos a cruzar hacia esa calle.

Caminamos otras dos manzanas intentando olvidar aquella escena y en algún punto nos rozamos las manos, no podría asegurar que fuera solo por accidente.

—Me encanta esta zona de Madrid —me dijo—, ¿la conocías?

—Sí, a mí también, he venido de pasada con mi tía y con doña Rosa.

—Te llevas bien con doña Rosa.

—Muy bien. ¿Tú has ido a la escuela?

—¡Claro! Fui a un colegio solo de chicos, pero este año tuve que dejarlo para ayudar a mi familia y además ahorrar algo para mí.

—¿Ahorrar? ¿Qué es lo que quieres comprarte?

Mateo se rio.

—No me quiero comprar nada, es para ir a ver a mi familia a Guinea —respondió—. El viaje hasta allí es caro y no quiero tener que pedir dinero a mis padres o a mis tíos, prefiero ganármelo yo.

—Entiendo —respondí. Yo había estado cerca de una moneda de cinco pesetas y poco más.

—¿Y qué cosas haces con doña Rosa?

—Pues además de ir a misa y a La Mallorquina, también me da clases particulares de Lengua —respondí.

—¿Te cuesta la Lengua? —dijo él abriendo mucho los ojos.

—No, no, al contrario, me gusta muchísimo. Ella dice que así la potenciamos.

Mateo sonrió misteriosamente.

—Tengo que llevarte a un sitio genial. Pero, antes, quiero enseñarte otra cosa. —Me agarró de la mano y tiró de mí hacia la derecha del Palacio Real.

Sentí como un cosquilleo me recorría el cuerpo entero y solo podía concentrarme en el tacto de su mano en la mía. Me estaba empezando a sudar cuando me soltó. Estaba muerta de vergüenza porque no sabía si me la había soltado por comodidad o porque había notado el sudor en la palma.

—¡Mira! —Señaló un arco hecho de plantas, era una suerte de entrada rodeada de enredaderas que enmarcaban unas escaleras que parecían bajar hasta un jardín frondoso.

—¿Podemos entrar? —pregunté.

—¡Claro! ¡Son los Jardines de Sabatini! —contestó casi gritando mientras bajaba las escaleras y me indicaba con un gesto que lo siguiera.

Bajé apresurada, maravillada con lo que tenía frente a mí: una especie de laberinto de plantas, bucólico, con bancos de piedra esparcidos allá y acá, un estanque... Era precioso.

—Están construidos sobre lo que eran las caballerizas reales, y se llaman así porque Sabatini era el apellido del arquitecto.

Yo solo podía mirar alrededor encantada, por los jardines y por cada una de las palabras que salían de la boca de Mateo.

—¿Cómo sabes tantas cosas? No eres de aquí y parece que llevaras toda la vida estudiando sobre Madrid —le dije.

—Bueno, es que siempre me ha gustado la historia y saber cosas de los sitios donde estoy, y Madrid tiene cosas increíbles, ¡por

ejemplo, el Bernabéu! Me encanta el fútbol, ¿a ti?

—¡Sí!

—¿En serio? Yo soy seguidor del Real Madrid.

—¡Igual que nosotros!

—¿Nosotros?

—Sí, mi papá y yo. Solía escuchar los partidos de fútbol con él. Hasta me prometió que algún día vendría e iríamos juntos al estadio.

—¡Pues esa será nuestro siguiente paseo! Y conoceremos a Di Stéfano, ya verás.

«Así que habrá próxima vez», pensé. Entonces me di cuenta de que estaba comenzando a atardecer y el pánico me invadió. Quería enfrentarme a las órdenes de mi tía, pero en secreto, sin que me descubriera. Si llegaba tarde y mi tía me veía, ya sabía de lo que era capaz. Tiré de Mateo agarrándolo de la mano, olvidándome de la vergüenza.

Fuimos corriendo hasta el portal sin descansar ni un segundo. Llegamos exhaustos y nos quedamos parados el uno frente al otro mientras recuperábamos el resuello. De repente, vi cómo Mateo acercaba su cara a la mía y di un paso atrás, asustada: estaba demasiado cerca, ¿y si de pronto aparecía mi tía? ¡Me mataría!

—Gracias, Mateo, tengo que subir ya.

Él bajó la mirada, levantó la mano para decirme adiós y con un «repetiremos» volvió a la lechería. La piel me palpitaba, como si los latidos del corazón me recorrieran todo el cuerpo. ¿Iba Mateo a besarme? No había nada que deseara más en el mundo que sentirlo cerca. Estuve unos segundos lamentándome por haber roto aquella magia, hasta que me percaté de que debía subir rápidamente si quería evitar problemas.

Empujé la pesada puerta del portal, pero esta no cedía. Aquel portón nunca había estado cerrado. Por si fuera poco, estaba empezando a llover. Miré a mi alrededor por si oía el tintineo de llaves del sereno, pero nada.

Me quedé allí plantada, como un pasmarote rezando para que llegara alguien que abriera. Pasaban los minutos como si fueran horas, ¿y si mi tía ya había vuelto a casa? ¿Y si estaba buscándome como loca? Empecé a dar golpes a la puerta, desesperada.

Entendí que mi única opción era encontrar al sereno. Ya había oscurecido y seguro que estaba por alguna calle colindante. Anduve

rápidamente, mirando en cada esquina, en todas las calles que me resultaban conocidas, pero cada vez estaba más inquieta. La noche seguía cayendo y tenía miedo de que pudiera pasarme algo.

La lluvia comenzó a ser casi torrencial. Volví al portal empapada y temblando de frío; podría haber ido a la lechería, hablar con Mateo y con su tía, inventarme alguna excusa, quizá ellos podrían haberme ayudado..., pero no me atreví. Me daba vergüenza.

Cuando me había rendido a la desesperación, me senté junto al portón rezando para que apareciera algún vecino y me permitiera entrar. Y se escucharon mis plegarias, pero no de la forma que yo esperaba. A mi tía se le desencajó la cara al verme.

—¿Qué haces aquí? —gritó—. ¡Estás empapada!

No sabía qué decirle.

—¿No sabes hablar? ¿Por qué estás en la calle? —Cada vez parecía más enfadada—. Más te vale tener una buena explicación.

Subimos las escaleras en silencio y yo no dejaba de temblar. Ya en casa, mi tía me dio una bofetada que me tiró al suelo. Traté de incorporarme, pero ella estaba situada justo encima de mí y me gritó:

—No te muevas ni un centímetro sin antes contarme qué andabas haciendo por la calle tú sola.

—No estaba sola, estaba con Mateo, que...

—¿Con el de doña Clotilde? —me interrumpió.

—Sí, me dijo que me iba a enseñar un sitio muy bonito.

—¿TE DIJO QUE TE IBA A ENSEÑAR...? ¡¿Y TÚ FUISTE?! ¿Estás loca?

—Pero ¿por qué, tía? ¡No tiene nada de malo!, ¡no he hecho nada!

Me dio otra bofetada, más fuerte que la anterior. Me sentía profundamente humillada, herida, y aunque me infundía terror y me paralizaba, por dentro estaba comenzando a llenarme de rencor. Algo cambió en mí en ese instante.

—Es la última vez que sales de casa sin mi permiso, y mucho menos con un chico, ¿tú sabes lo que te podía haber pasado?

—Pero si Mateo es bueno... —le grité.

—¿Mateo es bueno? ¡Son todos iguales! No quiero que te veas más con él, tú estás aquí para crecer y ser una mujer de provecho, no para arrimarte a cualquier muerto de hambre. Y encima, negro.

¿Cómo podía hablar así? Tuve que controlarme para no decirle

nada sobre aquel hombre que había visto aquella tarde en el piso y con el que empezaba a sospechar que se estaba viendo a escondidas. ¿Ese no era peligroso? ¿Ese no era igual que los demás?

Seguía en el suelo con una mezcla de pavor, resentimiento y ganas de plantarle cara, incluso de vengarme. Quería provocarla de frente y decirle que ahora sí la acusaría ante mis padres. Pero por más que un fuego me quemaba el esófago, me sentía sin fuerzas.

—Ve a cambiarte.

Me alejé de ella apretando los puños, furiosa como nunca lo había estado.

22

Todos los hombres son malos

Pasé toda la mañana sin salir del cuarto, mi tía no me llamó para desayunar, parecía que no estaba en casa. Fui a la cocina de la forma más sigilosa que pude para coger algo de la nevera. Tenía el estómago cerrado, pero me estaba empezando a marear de todo el tiempo que llevaba sin comer. Puse el oído, atenta, no parecía haber nadie en la escuela.

Harta de la dictadura que trataba de imponerme, y viendo que ya era media mañana y seguía sin haber rastro de mi tía, decidí volver a escaparme. Estaba dispuesta a extender esa batalla. Si me quería encerrar, tendría que hacerlo con cadenas y candado. No sabía si ella volvería, ni cuáles podrían ser las represalias si no me encontraba, pero me negaba a seguir así y estaba segura de que mis padres, sobre todo mi madre, de haber sabido la verdad, me apoyaría.

Comí algo y me vestí antes de acercarme a una cajita que tenía mi tía escondida en la cocina, donde guardaba algunas monedas. Cogí lo que pensé que podría servirme y salí dispuesta a alejarme de aquella casa que estaba convirtiéndose en una cárcel.

Pensé en el Bernabéu y recordé todas las veces que mi padre me había hablado de aquel estadio como el «templo del fútbol». Me encantaba debatir sobre los partidos con él, hasta le discutía cuando decía que había sido penalti solo por hacerle rabiar, aunque yo pensara exactamente igual. Me encantaba oírle gritar, volverse loco de alegría o de enfado, según lo que hiciera el Real Madrid, y pensé que quizá podría ir y comprarle una postal o algo que le encantara. No negaré que en mi cabeza de niña también albergaba la idea de que fuera un atenuante en el caso de que me pillaran.

De paso, así cuando fuera con Mateo podría demostrarle que no era tan pequeña y que me había atrevido a ir por mi cuenta.

¿Cómo podría llegar? Me daba miedo acabar en Vallecas o en

algún barrio como ese, que me habían advertido que era peligroso, tanto que ni siquiera había asfalto en las calles porque decían que los obreros no querían trabajar allí. A mí me costaba creer que hubiera un sitio en Madrid que diera tanto miedo como en las películas, pero prefería no aventurarme demasiado. Era valiente, pero loca no estaba.

Caminé hasta la Puerta del Sol, desde donde se decía que partían todos los caminos, convencida de que desde allí podría llegar a cualquier sitio. Me paré en el centro de la plaza y observé a mi alrededor: varias bocacalles me miraban ansiosas de que las pisara, pero no sabía cuál tomar. Me daba vergüenza preguntarle a nadie y temía que se intentaran aprovechar de mí al verme sola, así que cogí por la más alejada a la calle Mayor, de donde venía. Caminé y caminé hasta que me encontré con una avenida enorme donde multitud de coches se mezclaban con los transeúntes que parecían ir con prisa a todas partes. Leí en la fachada del edificio más cercano: «Paseo de la Castellana».

¿Izquierda o derecha? ¿Estaría cerca del Bernabéu? Había recorrido ya unos cuantos kilómetros y comenzaba a sentirme cansada. Vi a un hombre vendiendo barquillos: los había de todos los colores y sabores, me decidí por uno con chocolate y aproveché para preguntarle por el estadio.

—¿El Santiago Bernabéu? ¿Y para qué quiere una niña como tú llegar hasta allí? Si fueras un niño... —me dijo con recelo.

—Tengo que comprar una postal para mi padre —respondí sincera.

—No vas a llegar, desde aquí hay un tramo muy largo como para hacerlo andando. Es en esa dirección, pero no te lo recomiendo —repuso señalando con la cabeza a la izquierda, de donde venía.

Le sonreí agradecida por la información y por el barquillo y eché a andar. Caminé no recuerdo durante cuánto tiempo, pero el suficiente para tener la sensación de que no iba a llegar nunca. Ya comenzaba a notar que el dulce no era suficiente para calmar el hambre.

Paré a coger un poco de aire y me senté en un banco de la avenida. No los oí llegar. Cuando me quise dar cuenta, tenía a dos chicos sentados uno a cada lado y a otros dos de pie enfrente.

—¿Qué hace una niña tan sola por aquí? —dijo el que parecía el mayor, boina en ristre y con un palillo en la boca que hacía complicado entenderlo.

Yo bajé la mirada con la esperanza de que, si los ignoraba, me dejaran en paz. ¿Serían esos los chicos de Vallecas de los que la gente hablaba?

—¿Te ha comido la lengua el gato, guapa? —apuntó otro al tiempo que me plantaba la mano sobre el muslo.

Yo di un respingo. Quería escapar de ahí, pero no sabía cómo, me tenían rodeada.

—Dejadme en paz. —Traté de parecer segura y firme.

Los chicos se echaron a reír.

—Si quieres que te dejemos en paz, ya estás sacando todo lo que llevas en los bolsillos. —El tono que empleó esta vez el del palillo sonó más amenazante y se acercó mucho a mi cara para decírmelo. Le apestaba el aliento a tabaco y alcohol.

Eché una mirada rápida a mi alrededor; aunque había gente paseando y pude comprobar que algunos incluso nos veían, nadie movió un dedo por mí.

Saqué todo lo que llevaba, temblorosa, y se lo di. Ellos me tocaron para ver si había algo más que les estuviera ocultando y, uno por uno, me besaron en la cara para después marcharse como si no hubiera pasado nada, más felices que unas pascuas.

Yo tiritaba. Tenía la mirada fija en el suelo y no me atrevía a levantarla por si aparecía alguien más que quisiera hacerme daño. Mi tía me iba a matar. Y tenía razón. Todos los hombres en esa ciudad eran malos. Los que me habían robado y los que no habían hecho nada para ayudarme.

Volví aún con las piernas temblorosas hasta la escuela, con mucho cuidado de no desviarme del camino que había hecho a la ida, sin postal del Bernabéu y con el alma en los pies.

Al llegar a casa respiré con alivio al no oír ningún ruido. Mi tía no estaba. Y no aparecería en todo el día. Me bañé frotándome la cara hasta dejármela casi en carne viva. Cuando estuve más tranquila, busqué el número de teléfono que teníamos del edificio donde vivían mis padres. No quería contarles nada, solo escuchar su voz.

Un tono, dos tonos..., nada. Colgué en el mismo instante en que oí el ruido de la puerta al abrirse. Corrí sigilosamente hasta mi cuarto y me senté sobre la cama con un libro de la escuela en las manos. Aproveché para toser y ella me saludó a distancia, imagino que satisfecha al comprobar que yo seguía allí encerrada. Si supiera...

23

El odio

El lunes por la mañana, mientras me preparaba para asistir a la primera clase, la tía Victoria entró en tromba en la habitación: —¿Por qué no están limpios los pupitres? ¿Cómo puede ser que estén llenos de polvo?

—Pero, señora, le juro que los limpié a fondo el viernes, como usted me pidió.

—¡Encima no se te ocurre otra cosa que jurar en vano! ¡Lo que me faltaba! —Se acercó y tiró de mí hacia el pasillo que conducía a las clases. Al llegar a la primera aula, me agarró de la cabeza mientras me señalaba uno de los pupitres.

—No hay nada, señora Victoria.

—¿No? ¿Y esto qué es, entonces? —Me cogió de la cabeza y me inclinó sobre un pupitre para que viera bien la superficie de madera en la que se dejaban ver unas cuantas motas.

—Lo..., lo siento —tartamudeé—, debí de pasar el trapo mal.

—Nada de sentirlo —me soltó—, es que cuando no es una cosa es otra, hoy los pupitres, ayer los cojines de la salita que te olvidaste de mullir, otro día colocas mal los cubiertos en la mesa... y así. No sé qué voy a hacer contigo. Te han mandado aquí para que te eduque, para que haga de ti una señorita de bien, para que te adaptes a esta sociedad y puedas llegar a ser alguien en la vida, pero estoy empezando a dudar de que eso sea posible.

En ese momento entró por la puerta doña Rosa.

—¿Qué está pasando?

—Doña Rosa. No la esperaba tan pronto.

La directora ignoró el comentario de mi tía y se dirigió a mí: —¿Qué está pasando, Elena?

—Nada —mentí. Mi tono era seco. Plano. Miraba a mi tía de reojo.

Se giró hacia mi tía pidiéndole explicaciones con la mirada.

—Esta niña no sabe comportarse y me toca a mí enseñárselo. En eso estamos —dijo, y cambiando de tema, continuó—: ¿Quiere café, doña Rosa?

La directora frunció el ceño y aceptó el café de mala gana.

—Venga, Elena, vístete, que tienes clase enseguida —me dijo.

Me fui a mi cuarto enfadada, pero también aterrada por si la irrupción de doña Rosa podría traerme consecuencias. Mientras me cambiaba, me puse a pensar: ¿y si mi tía tenía razón? Comencé a dudar de mis capacidades, empecé a creer que tal vez yo no estaba hecha para ser una mujer preparada y capaz, que tendría que volver con el rabo entre las piernas con mis padres sin poder demostrarles que había conseguido crecer como persona.

Las clases empezaron con normalidad y fue el día en que tuvimos que entregar el texto para el famoso concurso de relatos del que nos avisaron antes de Navidad. Juanita me apretó la mano. «Seguro que está genial», me dijo. Se lo entregué a doña Rosa y, mientras ella aprovechaba para leerlos, nos puso a hacer un comentario de texto. Casi no podía concentrarme, ¿qué pensaría cuando llegara al mío?

—Ay, mi niña... —me dijo la directora al acabar la clase, con mi texto en la mano.

—¿Está mal?

—No, cariño. Está perfecto.

—¿De verdad? Por su cara parece que no le gustara —balbuceé.

—Sí me gusta, me encanta.

Su expresión no era la imagen del orgullo en absoluto; en mi mente de entonces no supe ver la preocupación que mi texto había generado en ella, por mi forma de expresarme y quizá por la temática también. Tenía doce años, casi trece, pero hacía y sentía cosas que correspondían a una edad más madura.

Me quedé con un sabor agridulce. Por un lado, me daba la enhorabuena, pero a la vez me miraba con disgusto.

A la hora del recreo, en lugar de ir a la cocina, opté por ir a mi cuarto, no quería ver a mi tía, me daba miedo que me dijera algo después de lo que había sucedido a la hora del desayuno. De pronto oí la voz de Mateo acercándose y un temblor recorrió mi cuerpo, no me podía creer que no fuera a verlo teniéndolo tan cerca... Además, me extrañó que mi tía lo hubiera dejado entrar.

Decidí entornar un poco la puerta por si podía atisbarlo desde allí. Me acerqué al pomo y lo giré con cautela, aunque eso no evitó que la madera crujiera ligeramente. Y allí estaba Mateo, en la cocina, colocando la compra. Giró la cabeza hacia mí y me vio; me dio el tiempo justo de acercar mi dedo índice a la boca antes de que él arqueara las cejas para saludarme.

No podía, ni quería, quedarme ahí como un pasmarote muriéndome por respirar el mismo aire que él, así que decidí salir de la habitación con la excusa de ir al baño.

El silencio en la cocina hacía intuir una tensión velada.

—Buenos días —dije.

Mateo sonrió como solo él sabía hacer y me devolvió el saludo.

De la radio salían las voces de unos periodistas que parecían más exaltados de lo habitual. Hablaban de fútbol, del Real Madrid. Mateo y yo nos miramos.

—¿Por qué no has venido a la cocina durante el recreo? —me preguntó mi tía, que ni se había inmutado con la noticia.

—No tenía hambre.

—No puedes hacer siempre lo que te dé la gana. No sé cómo meterte en la cabeza que tienes que obedecerme.

—Pues si no tengo hambre, no sé por qué tengo que venir a la cocina. —Me envalentoné por la presencia de Mateo y avancé los cuatro pasos que me separaban del baño.

Los ojos de mi tía se inyectaron en sangre. Frunció los labios para contenerse.

Al salir, ya no había ni rastro de Mateo y lo que me recibió fue un bofetón tremendo.

—Ya es el colmo. No se te ocurra volver a contestarme delante de nadie. Y menos de gentuza como esta.

Estuve tentada de devolverle la bofetada. Me llevé la mano a la mejilla, enrojecida y dolorida, y me fui de vuelta a mi cuarto. Pero antes di medio paso hacia ella y la miré sin mover ni una pestaña. Era un poco más alta que yo. Le sostuve la mirada unos segundos. De tanto tragarme la rabia, me estaba empezando a doler la cabeza. Aquel día conocí lo más parecido al odio que había sentido nunca.

Cuando volví a mi cuarto y cerré la puerta, vi algo en el suelo. Era un paquete. Lo abrí con cuidado y descubrí que era un libro, *Las aventuras de Tom Sawyer,* de Mark Twain. Lo ojeé y vi que tenía una

dedicatoria: «Espero que te guste mucho, tanto como a mí. Este sí que es un regalo. Con afecto, Mateo».

El odio se había esfumado por completo.

24

El roto

Había pasado una semana y no había vuelto a ver a Mateo. Ni darle las gracias por el libro había podido. Mi tía ya no me pedía que la acompañara a hacer recados y, cuando él la ayudaba a subir la compra, le ordenaba dejarla en la puerta sin ni siquiera mirarlo.

Yo seguía aplicada en la tarea escolar; las clases con doña Rosa eran fantásticas y tenía más tiempo para escribir cuando me quedaba sola, pero lo que me daba la vida en esos días era estar con Juanita. Con ella me reía sin parar, siempre tenía algún comentario fuera de lugar o hacía algo por lo que yo pensaba que nos podrían detener. Además, aprovechaba cualquier momento para enseñarme a bailar, a pesar de que yo era lo más cercano a un pato mareado.

Una tarde, después de la clase de Lengua, me invitó a ir a su casa a merendar. Pensé que mi tía, tal y como estaba la situación, no me dejaría, pero sí lo hizo. Fue tan fácil como que el padre de Juanita la llamara al teléfono de la escuela.

—Elenita es una niña maravillosa y, según me ha contado mi hija, la está ayudando mucho.

—Ajá —respondió mi tía mientras nosotras escuchábamos agazapadas desde el teléfono que se había instalado recientemente en la salita de estar.

—Esta tarde el servicio preparará una merienda en mi casa para las dos, para que disfruten, que también les hace falta.

—Sin duda, don José, sin duda. Estas niñas están en edad de disfrutar.

Me imaginé la cara de satisfacción de mi tía al oír que en casa de Juanita tenían servicio. Quizá pensara que algo se nos pegaría, como si nuestra amistad fuera a reportarnos una lluvia de billetes.

Era curioso ver la forma en que mi tía se convertía en otra persona cuando trataba con gente con un nivel adquisitivo más alto

que el nuestro. Parecía un corderito indefenso.

En casa de Juanita nos comimos todo lo que había en la nevera: flanes con nata montada, fresas..., hasta una bolsa llena de patatas fritas. Para mí, una fiesta, vamos. Nos tiramos al suelo, muertas de risa y extasiadas de «placer culinario». Comenzamos a pelear con almohadas y a hacernos cosquillas, y entonces, como de la nada, sentí que algo se rompía dentro de mí. Un dolor intenso me recorrió el vientre, como un rayo que me atravesaba sin contemplaciones.

—¡Elena! Te has quedado blanca —dijo Juanita luchando por controlar los últimos estertores del ataque de risa que aún se resistía a terminar—. ¿Ha sido el flan o las fresas?

La miré fugazmente y enseguida bajé la mirada a mi entrepierna: estaba manchada de sangre. Di un grito. Ella me miró con los ojos como platos y gritó también.

—¡Se me ha roto algo por dentro!

—Te has hecho una herida, seguro, no pasa nada.

—No, me sale de dentro, lo noto.

En ese instante irrumpió Belinda, la mujer del servicio que estaba en aquel momento en la casa. Me tapé como pude.

—Tenemos que ir al médico —murmuré.

Juanita me miró y asintió.

—Pero igual deberíamos esperar a que llegara mi padre.

—¿Y si me estoy muriendo? —Alcé la voz y vi cómo Belinda aguzaba el oído y nos miraba de reojo. No le dijimos nada.

—Ya..., vamos entonces. Te acompaño. Belinda, vamos a dar un paseo, volvemos enseguida.

—Pero señorita —balbuceó la chica, que no debía de tener más de veinte años—, su padre le tiene prohibido...

Para cuando acabó la frase, Juanita y yo ya habíamos salido a la calle.

Me había puesto un jersey a la cintura para tapar la mancha y decidimos acudir al ambulatorio que estaba a unas pocas manzanas. Al llegar, a la enfermera de admisión le faltó poco para echarse a reír.

—Déjame que te vea —dijo apartándome el jersey de malas formas—. Esto tan grave se llama menstruación y lo tenemos todas las mujeres una vez al mes. Será mejor que hables con tu madre. Ponte esto —dijo tendiéndome unos paños de tela.

Abandonamos el ambulatorio cabizbajas. Nos sentíamos tontas e

ignorantes. Sobre todo yo. ¿Por qué mi madre nunca me lo había explicado? De mi tía no lo esperaba, eso estaba claro. Al fin y al cabo, en el caso de Juanita era más normal, ella no tenía madre...

—Pues ya lo dijo la señora, la próxima eres tú —exclamé divertida, luchando por ahuyentar los demonios que comenzaban a invadirme la mente.

—¿Te duele?

—No, pero me siento rara.

—¿Y crees que puedes bailar?

—¿Ahora?

—¡Sí! Bailemos.

—¿En medio de la calle? —le pregunté.

—¡Claro! —Juanita insistió y se puso a danzar movida por una música que solo oía ella.

Nunca había visto algo parecido. Era plástica y preciosa. Se estiraba, flotaba. Cerró los ojos y dio vueltas sobre sí misma como si estuviera en un escenario. Extendió los brazos. Parecía un ave. Era espectacular verla bailar: lo bien que lo hacía, cómo lo sentía... Me quedé maravillada. Se formó incluso un corro de gente a su alrededor que rompió a aplaudir en cuanto Juanita salió del trance y se dio cuenta de la que se había organizado en un momentito.

—¡Tienes que ser bailarina, Juanita! ¡Tienes razón!

—Ay, ojalá. Pero mi padre no quiere ni oír hablar de ello. —Bajó la mirada.

—Tu padre es bueno, seguro que acabarás convenciéndolo —dije tratando de animarla.

Al volver a casa de Juanita, Belinda nos preguntó a dónde habíamos ido.

—Al ambulatorio. Pero podías habernos ayudado tú.

—Pero, señorita Juana, si ni siquiera me han contado lo que les ocurría. Voy a enseñarles cómo quitar esa mancha de sangre.

—¿Hay un truco? —exclamé.

—¡Claro! —Belinda sonrió—. Hay que formar una pasta con sal y agua. Quítese los pantalones y póngase unos de la señorita Juana mientras tanto.

Puso la pasta sobre el pantalón y, después de unos segundos, frotó la zona enérgicamente para proceder a aclararla con agua fría.

—*Voilà!* Mano de santo. Antes de irse ya estarán secos, señorita

Elena.

Le agradecí la enseñanza y nos quedamos Juanita y yo comentando lo que había ocurrido y preguntándonos si los chicos también sangraban como nosotras. Teníamos muchas dudas.

—Tengo que hablar con mis hermanas, para que no las pille de sorpresa el roto, como me ha pasado a mí.

—Y con tu madre, a lo mejor ella te puede explicar algo más. Yo estoy preocupada porque, si llego a ser bailarina y se me rompe justo en medio de una actuación, ¿qué hago? ¡Se llenaría todo de sangre!

Me encogí de hombros. Después de una buena tanda de helado de vainilla y de otra sesión de baile, mis pantalones se secaron y regresé a la escuela. No quería que mi tía se enterara. De hecho, no quería verla ni de refilón. Solo pensaba en cómo hacer para lavar los paños de tela que me había dado la enfermera del ambulatorio sin que ella los viera. Después caí en la cuenta de algo: ¿y ella no sangraba? Me iba a oír mi madre. Tantas preguntas me incomodaban.

Al entrar, oí a mi tía hablar por teléfono. Más que hablar, estaba susurrando. Y siempre que hacía eso temía que tuviera algo que ver conmigo. Aprovechando que se encontraría concentrada en la conversación, me acerqué a la salita y descolgué el otro teléfono con cuidado.

—Tienes que contárselo.

Di un respingo: me pareció que era la misma voz masculina de aquel desconocido que estuvo en casa meses atrás.

—¿Cómo voy a contar una cosa así? Esta losa la llevo sobre mi espalda desde hace muchos años y no me la quita nadie, que yo tengo un dolor muy grande —murmuró mi tía.

—Son otros tiempos... —empezó a decir el hombre.

—Deja de remover estas aguas —le cortó ella.

—Prométeme que te veré mañana...

Envalentonada por la curiosidad, decidí que la seguiría para descubrir, por fin, quién era aquel sujeto misterioso.

25

Elena, detective

Tras la ventana del cuarto emergía con timidez el inicio del día y mis ojos llevaban tiempo en una especie de aurora. Era sábado y no había podido dormir con la idea de la misión que pensaba acometer. Los episodios de sonambulismo de mi tía eran menos frecuentes de lo que me hubiera gustado para poder esconderle algunas cosas y reírme de ella a escondidas, aunque a medida que la iba conociendo mejor, tampoco sé si me hubiera atrevido. Tenía que estar muy atenta al momento en que saliera de casa, no tenía costumbre de avisarme y nuestras conversaciones eran cada vez más breves.

Al otro lado de la puerta comenzó a oírse el rumor de sus quehaceres diarios, de la ducha al café. Me levanté con la esperanza de que me anticipara su ausencia con alguna excusa inverosímil que me diera la clave de cuál sería el momento de la cita.

—Buenos días, señora.

—Buenos días, Elena —respondió sin levantar la mirada de la lumbre donde calentaba el pote de café.

—¿Qué vamos a hacer hoy? —me atreví a preguntar ante la sorpresa de la mujer, que, entonces sí, se dignó a mirarme.

—Tú, estudiar y limpiar la escuela. Yo saldré ahora a hacer unos recados.

«Y yo detrás de ti», pensé.

Una taza de leche calentita y un trozo de pan con queso después, me fui a mi habitación para vestirme y hacer que me ponía a estudiar. Me senté frente al pequeño escritorio de madera con la puerta abierta, de forma que oyera fácilmente los movimientos de mi tía. Estuvo un rato haciendo tareas difíciles de determinar hasta que por fin se dignó a salir.

—¡Me voy! Volveré para comer.

Miré el reloj: calculé que tardaría unos tres minutos en bajar los

cinco pisos hasta la calle, tiempo en el que terminé de vestirme y me aseguré de que la llave de repuesto estaba donde siempre la dejaba. Salí tras ella cuando deduje que iría por el primero, teniendo mucho cuidado de no hacer ruido al cerrar la puerta, y me asomé a la barandilla desde donde se podía otear cada uno de los niveles del edificio.

La vi enfilar el portal y, al oír cómo se cerraba el portón, bajé tan rápida como fui capaz. No podía perderla antes de saber hacia dónde se dirigía.

Había cogido unas pocas monedas que quizá me servirían en caso de que le diera por usar algún medio de transporte, aunque rezaba para que no lo hiciera, pues eso complicaría mucho mi misión.

Vi cómo se dirigía hacia una de las callejuelas que desembocaban en la plaza Mayor. La seguí a una distancia prudencial por los soportales mirando a mi alrededor para asegurarme de que no me cruzaba con nadie que pudiera conocerme.

Bajó a paso rápido las escaleras del Arco de Cuchilleros y yo lo hice unos segundos después, esquivando como podía a los forasteros que, en fin de semana, lo copaban todo.

Se había arreglado bastante para lo que era habitual en ella: llevaba un cardado muy marcado en el centro de la coronilla y se había enfundado un vestido de flores sorprendentemente alegre que contrastaba con su agrio carácter.

«Seguro que es su novio», pensó mi mente de niña. «Seguro que va a ver a su amante», pensaría ahora.

Un buen rato después apareció ante mí la plaza de Cascorro, una de las zonas donde sabía que se instalaba cada domingo el Rastro, un mercadillo que tenía fama por toda España, pero al que nadie me había llevado nunca.

Siguió bajando hasta llegar a una iglesia y allí se detuvo. Miró en rededor y, como asegurándose de que no había nadie pendiente de ella, empujó la puerta de madera.

¿Una iglesia? Eso sí que me sorprendió.

Esperé un tiempo prudencial y me deslicé al interior aprovechando la oscuridad imperante para situarme en una esquina desde la que podía ver sin ser vista.

Mi tía se dirigió a la primera fila de bancos. Allí estaba él sentado, mirando hacia el altar. La iglesia estaba prácticamente vacía,

a excepción de un par de turistas curiosos. No se saludaron efusivamente, no se dieron la mano ni dos besos, simplemente mi tía se ubicó junto al hombre y lo miró. Él se giró hacia ella y vi cómo intercambiaban unas palabras y se quedaban en silencio mirando al frente.

Luego ambos se arrodillaron, parecía que rezaban. Yo comenzaba a impacientarme: ¿qué tipo de cita tenías con alguien en una iglesia? Me parecía todo un sinsentido por muchas vueltas que le diera.

Al cabo de unos diez minutos, mi tía se levantó y sacó algo del bolso. Estaba bastante lejos como para distinguir de qué se trataba, así que decidí acercarme un poco. Recorrí el lateral de la iglesia hasta ver el perfil de él con claridad: era el mismo chico joven, moreno y de gesto serio, que vi en la escuela. Entonces me di cuenta de lo que le estaba dando mi tía: era un fajo de billetes. ¡Dinero!

Me revolví, incómoda, aquello cada vez era más extraño. De improviso, un estruendo me ensordeció y provocó que tanto mi tía como el chico se giraran hacia donde yo estaba. Había dado un golpe a un candelabro que tenía justo a mi lado sin darme cuenta, y este se había caído al suelo.

Mi tía se levantó y no se me ocurrió nada mejor que salir corriendo.

—¿Qué pasa ahí? —gritó ella, imagino que entornando los ojos para tratar de ver mejor en la oscuridad.

Salí por una de las puertas laterales de la iglesia y no paré hasta que estuve dentro de casa, con el corazón en la garganta y con el pánico de haber sido descubierta.

26

Aquello que nadie te puede quitar

—¿Elena? —La voz de mi tía unos treinta minutos más tarde me desbocó el pulso de nuevo.

—Sí, estoy aquí, en mi cuarto —respondí.

—¿Qué has hecho toda la mañana? —Un halo de sospecha se cernía sobre su rostro.

—Estudiar, ahora me iba a poner a limpiar todo.

Ella guardó silencio mientras miraba cada rincón de mi cuarto con interés.

—De acuerdo, ya estás tardando entonces.

Respiré aliviada. No parecía haberme reconocido en la iglesia.

—Esta tarde saldré de nuevo.

«¿Otra vez? Mejor para mí», pensé. Haber sido capaz de seguirla sin que se diera cuenta me llenaba de valor, me hacía pensar que definitivamente no tenía tanto control sobre mis movimientos. Así que fragüé mi próximo plan: bajar a la lechería. Me moría de ganas de ver a Mateo.

Esta vez fui precavida y quise evitar que se me cerrara el portal en caso de que no encontrara al sereno: se me ocurrió coger una de mis cuartillas y hacer una especie de cuña muy pequeñita. Salí rezando para que no viniera una corriente de aire que la moviera y mi plan explotara por los aires. O que alguien se diera cuenta y la cerrara deliberadamente. Sabía lo que me estaba jugando. Tratar de ir al Bernabéu yo sola era una cosa, pero no podía permitirme otra bronca después de haberme impuesto tan taxativamente la prohibición de ver a Mateo...

El día estaba espeso, hacía bochorno y una especie de calima cubría el aire difuminando hasta donde llegaban mis ojos. El corazón me latía a mil por hora, estaba muy nerviosa, pero tenía tantas ganas de verlo... En la mano izquierda llevaba uno de mis libros favoritos: *El*

camino, de Miguel Delibes, que, con las andanzas de Daniel y sus amigos, me retrotraía al pueblo y me hacía feliz. Me lo había regalado doña Rosa y lo había devorado. Quería prestárselo a Mateo para que se hiciera una idea más clara de lo diferente que era la vida en un pueblo con respecto a Madrid. Además, así también tenía un detalle yo con él, y no siempre al revés.

Abrí la puerta con cautela, deseando que doña Clotilde no estuviera, no quería exponerme más de la cuenta y que en algún momento le contara a mi tía que había estado en la tienda. Me asomé y el olor de los arenques me abofeteó como nunca; comprobé que tras el mostrador solo estaba Mateo, absorbido en la lectura de lo que parecía un cómic.

—Hola —balbuceé.

Mateo levantó la vista y sonrió al verme.

—¡Qué sorpresa!

—Chssst, no quiero que tu tía sepa que he venido.

Mateo me miró entre divertido e intrigado.

—¿Puedes acercarte un momento? —le pedí mientras reculaba hacia la puerta.

Él se levantó y, dejando el cómic sobre el mostrador, vino hacia mí.

—¿Qué pasa, Elena? ¡Qué misterio! ¿Te has escapado? —preguntó Mateo.

Por un momento pensé que esa valentía mía podría conquistarlo y que había ganado unos cuantos puntos, quizá ya no me veía como la niña que era...

—Más o menos, es que mi tía va a estar toda la tarde fuera, creo, y yo quería darte esto —dije al tiempo que le entregaba el libro—. Bueno, es un préstamo. Es uno de mis libros favoritos y me encantaría que lo leyeras. Disfruté mucho de *Las aventuras de Tom Sawyer,* muchas gracias.

—Espera, ¿te parece si nos damos un paseo? Puedo pedirle a mi tía que se quede al frente de la tienda con la excusa de que tengo que llevar alguno de los pedidos que tenemos pendientes.

Dudé, temía que la tía Victoria apareciera por el colegio antes de tiempo, pero al mismo tiempo me moría de ganas.

—Vale, ¿vamos a los Jardines de Sabatini? —respondí ilusionada.

—No, vamos a ir a un sitio mejor —dijo misterioso—. Espérame

en la puerta, ahora salgo.

Entró en la lechería para dejarlo todo resuelto y apareció a los pocos minutos.

—¿Y el libro?

—Lo he dejado dentro, me lo empezaré a leer hoy mismo, ya te diré qué me ha parecido. ¡Gracias!

—Ojalá te guste.

Mateo me agarró de la mano con su disposición habitual y tiró de mí en dirección a la plaza de las Descalzas. Estábamos a unos pocos metros de la escuela, pero nunca había pasado de la calle Arenal hacia Callao, al menos no por allí. Subimos una calle estrecha y llegamos a una esquina de la plaza. En ese punto, como escondida entre una casa de comidas y un hostal, se encontraba una pequeña puerta y un cartel donde se podía leer: «Libros, libros y más libros».

—Aquí es. Es mi librería favorita —me dijo—, es muy antigua y es uno de los primeros sitios a los que llegué, por casualidad, cuando vine a Madrid. El librero es un señor maravilloso y siempre sabe qué libro recomendarme.

Yo estaba fascinada. Aquel local era como mi sueño hecho realidad. Hasta ese momento solo había leído los libros que alguien me había hecho llegar, pero nunca había estado en una librería con tanto donde elegir. Olía a cuero y a papel, a libros nuevos y usados, olía a historia y a pasión: ese se convertiría en uno de mis aromas favoritos. Ese y el de Mateo cuando se acercaba a mí para susurrarme algo al oído.

—Ya que tú me has prestado un libro, yo quiero regalarte otro. Elige el que más te apetezca.

—Pero no, Mateo, no quiero que te gastes más dinero, no es necesario, de verdad —repuse.

—Anda, elige. Si quieres, te echo una mano, puedo decirte cuáles son mis favoritos.

Accedí encantada de la oportunidad que se me presentaba: no solo de pasar un rato con él, sino de hacerlo ocupados en una de las cosas que más me gustaban en la vida: leer.

Pasamos una hora en la librería, dando vueltas, leyendo sinopsis, toqueteando los ejemplares ante la divertida mirada del librero. Finalmente elegí *El diario de Ana Frank*. Publicado en 1947, había sido un éxito de ventas desde entonces. Se estaba haciendo tarde y yo me

la estaba jugando al pasar tanto tiempo fuera de la escuela, así que en cuanto pagó Mateo, salimos de allí.

—No quiero que nos separemos, pero tengo que irme ya —lo apremié.

—Venga, te acompaño al portal y me voy corriendo.

De pronto, como un viento gélido que se cuela por una puerta mal cerrada, apareció Eloísa, una de las niñas de la escuela y no precisamente de las más agradables. Iba acompañada de una chica que parecía ser su hermana y se había parado en un escaparte un poquito más arriba de la calle.

—¿Qué haces tú aquí? —exclamó mirando de arriba abajo a Mateo.

—Nada —balbuceé—, he venido a hacer un recado.

—Qué raro, si no te despegas de tu tía.

—Esta vez sí.

Tenía a Mateo al lado y no quería quedar como una cobarde.

—Vamos. —Cogí a Mateo de la mano y le di la espalda a Eloísa, que se quedó compuesta y sin nadie a quien confrontarse.

Apresuramos el paso hasta el colegio y cuando llegamos al portal, Mateo me miró.

—Espero que te lo hayas pasado bien...

Sonreí tímidamente. Tenía que irme, pero no quería moverme de allí; estaba muy asustada porque no podía quitarme de la cabeza a Eloísa. Esa niña tenía muy mala idea y temí que pudiera irse de la lengua con mi tía.

De pronto, Mateo se acercó y me dio un suave beso en la comisura de los labios. Yo estaba petrificada. Me quedé plantada sin saber qué hacer y él se separó rápidamente.

—Te-tengo que irme —balbuceó. Y, girándose, se dirigió a la lechería a toda prisa.

Yo me quedé unos segundos sin moverme: ¿sería aquello un beso de amor como el de las novelas o solo un beso de amigo?

Abrí el portón con suavidad, por suerte la cuña seguía allí.

Entré en casa y comprobé que estaba sola. Respiré aliviada y me fui a mi cuarto. Ya en la cama, no pude quitarme de la cabeza la mirada de Mateo, su olor y ese beso que me había dejado completamente fascinada.

Aquel instante no podría arrebatármelo nadie. Nunca.

27

Un timbrazo inesperado

Durante los tres días que siguieron, una sonrisa hizo de mi rostro su residencia. No había tenido la oportunidad de escaparme de nuevo y las ganas de volver a verlo me comían por dentro.

Mi tía no me perdía de vista y me interrogaba a cada rato.

—¿Qué haces, niña?

—Nada —respondí confundida, sacando la nariz del libro que me había comprado Mateo y que estaba devorando—. Ya he desayunado y estoy leyendo un poco antes de que empiecen las clases.

—Leer, leer, qué manía con estar todo el día con los dichosos libros, nada más que metiéndote pájaros en la cabeza —refunfuñó—. Venga, haz el favor de recoger todo esto y de prepararte para no llegar tarde a tus clases, que yo me tengo que marchar ya.

Pensé que iría a encontrarse con el chico al que le entregaba dinero y no me había dado por vencida en la idea de descubrir qué se traían entre manos, pero aquel no era el día en que seguiría investigando. La voz de un vecino que cantaba como los ángeles se coló por el patio llenando el vacío entre las paredes, y resultó el acompañamiento perfecto de mi lectura.

Sumida en el libro, el sonido del timbre me hizo dar un bote en la silla. Nunca iba nadie a casa tan temprano, y menos cuando mi tía no estaba. Recorrí el pasillo tratando de no hacer ruido. Así, si no era alguien bienvenido, se cansaría y se iría. Pero volvieron a timbrar.

En cuanto alcancé la puerta, me lancé sobre la mirilla.

—Elena, Elena, soy yo. —La voz de Mateo se coló a través de la gruesa madera—. Abre, no tengo mucho tiempo.

Abrí la puerta y lo descubrí con una caja llena con la compra de mi tía.

—Tu tía acaba de estar en la lechería —me dijo sin saludar— y me ha pedido que os dejara esto en la puerta, y que ni se me ocurriera

llamar.

—Justo lo primero que has hecho, ¿no? —Reí, la felicidad que sentía no era comparable con nada.

Mateo bajó la cabeza, algo avergonzado.

—¿Te digo la verdad? —dijo avanzando y cerrando la puerta tras de sí.

Lo miré extrañada. Había dejado la compra fuera, tal y como mi tía le había ordenado.

—Necesitaba verte —continuó.

Su lenguaje corporal distaba mucho del habitual, no había rastro de esa seguridad que solía emanar. Esta vez sus hombros caían hacia delante y parecía no saber qué hacer con las manos.

Entonces me abrazó.

Fue un abrazo torpe al principio, porque me había pillado desprevenida, pero en segundos nos fundimos en un solo cuerpo. No quería estar en otro sitio que no fuera allí, entre sus brazos. Sentí cómo me envolvía y todo mi ser se impregnaba de su perfume. No sabría decir si el abrazo duró unos segundos, unos minutos o unas horas. Cuando se separó, temblaba. Acercó su cara a la mía y me besó en los labios. Mi primer beso de verdad. Esta vez no había dudas, un beso así no se le da a una amiga. Sus gruesos labios cubrieron los míos en una suerte de baile. Sentí una explosión de sensaciones imposible de describir con palabras, no existía nada más allí.

Ante mí volví a ver al Mateo de siempre, el seguro de sí mismo, el sonriente. Y yo me sentí volar, me sentí especial, guapa..., me sentí mayor.

De pronto, como ocurre en las películas en las que algo estropea un momento precioso, un millar de miedos me inundaron como un tsunami: mi tía y qué pasaría si se enteraba, el miedo a decepcionar a mis padres por no estar dedicándome cien por cien a estudiar, si estaba haciendo algo malo, si iría al infierno de cabeza..., los mil temores que en aquella época se encargaban de meternos en la sesera para que no nos desviáramos del camino marcado.

—Ya tengo que irme, Elena, tu tía subirá en cualquier momento. Pero necesitaba hacer esto desde el primer día en que te vi.

—Y yo.

Sonreí. Y esa sonrisa me acompañaría siempre que pensara o estuviera con Mateo.

O eso pensaba yo.

Pasé toda la mañana rodeada de un halo de felicidad difícilmente explicable.

—Elena, hija, estás en Babia —me soltó Juanita durante el recreo.

Yo aprovechaba cuando no estaba mi tía para quedarme con el resto de las niñas en el recreo.

—Nada.

—¡Ja! ¡A mí no me engañas!

—Hoy me ha dado mi primer beso —farfullé. Estaba deseando compartirlo con alguien y sabía que podía confiar en ella.

—¡¿QUÉ?! —gritó haciendo que todas las niñas se voltearan para mirarnos. Juanita bajó entonces el tono—: Cuéntamelo todo.

No me dejé ni un pelo ni una señal, incluso verbalicé los miedos que estaban comenzando a aflorar en mí: qué iba a pasar a partir de ahora, qué significaba ese beso, si ya éramos novios, si teníamos que llevarlo en secreto, qué tenía que decirle a la tía Victoria, a sus padres... ¿Y si todo había sido una especie de sueño y en realidad Mateo no quería ser mi novio?

Mientras la frustración y la incertidumbre se apoderaban de mí, entró doña Rosa en la clase y me hizo una carantoña en la mejilla.

—¡Buenos días, niñas! Abrid el libro por la página 23, hoy vamos a aprender a pedir las cosas en una tienda o en un restaurante en francés, para cuando vayáis todas a París —dijo divertida.

Esa mujer tenía la capacidad de tranquilizarme, me daba paz. Ojalá fuera ella mi tía. Al acabar la clase, doña Rosa me llamó a su mesa. Lo sabía, seguro que lo sabía. ¿Y si se me notaba en la cara?

—Siéntate, Elena, tengo un anuncio que hacerte —dijo solemne.

Doña Rosa tenía el rictus serio y me miraba fijamente. Yo estaba muerta de miedo, hasta el punto de que me olvidé del beso y empecé a pensar que algo podía haberles ocurrido a mis padres o a mis hermanos. El corazón me martilleaba en las sienes y el olor de la profesora, otrora perfume de ensueño para mis sentidos, se convirtió en la peste más nauseabunda, portadora de malas noticias.

—Ya tenemos la resolución del concurso de relatos. —Respiré aliviada, ya ni me acordaba de aquello—. ¡Has quedado primera, Elena! ¡Has ganado!

Estaba alucinada, ¿primera? ¿En un concurso en el que

participaba todo el colegio? No me lo podía creer. Así que la solemnidad había sido para generar expectación... Qué tonta y relajada me sentí.

—Cariño, es una noticia maravillosa, ya te dije que tienes talento. Mucho. Y a tus padres les vendrán de perlas los cuartos.

No cabía en mí de gozo, nunca había ganado nada en mi vida, salvo en los juegos con mis hermanos, y era la primera vez que ganaba dinero por mi propia mano. El premio sería para mis padres, se lo harían llegar directamente, y eso fue lo que más feliz me hizo. Por fin podrían sentirse realmente orgullosos de mí, y quizá hasta se podría solventar una parte de la deuda que les generé con el incendio. Aunque no fuera suficiente, algo ayudaría.

—¡Qué bien, doña Rosa, qué ilusión!

—Sí, vamos a repartir el relato por el colegio, quiero que todos lo lean, aunque primero lo harás tú en clase, claro.

Creí que se me paraba el corazón. ¿Cómo que iba a repartirlo por el colegio? ¡No podía hacer eso! Lo leería mi tía, sabría que estaba dirigido a Mateo... ¡y eso empeoraría aún más las cosas!

—Pero, doña Rosa, no hace falta, me da mucha vergüenza —repliqué.

—De eso nada, tu manera de describir las emociones, cómo logras que el lector se meta en la historia... Este talento tuyo hay que mostrarlo al mundo, así que ni vergüenza ni gaitas. —Sonrió.

No existía la más mínima posibilidad de que aquello acabara bien.

28

El relato

Durante la semana siguiente casi no pude dormir sabiendo que cada vez estaba más cerca el día en el que doña Rosa iba a llevar el relato a la escuela. La tarde en la que me comunicó el fallo del concurso, Juanita se preocupó al ver mi estado.

—Pero ¿qué te pasa? ¡Estás temblando! ¿Aún te dura lo del beso?

—Ha salido la resolución del concurso de relatos. He quedado primera.

—Y entonces, ¿por qué estás así? ¡Es una buenísima noticia!, ¿no? ¡Vaya día llevas!

—Sí, sí, si no fuera porque voy a tener que leerlo delante de toda la clase. Y el relato está inspirado en Mateo, más que inspirado, ¡es una oda a mi amor por él! —Al verbalizarlo me cayeron otros veinte kilos de agobio sobre la espalda.

Juanita se rio.

—Pero, mujer, no pasa nada, aquí todas más o menos ya hemos tenido nuestros flechazos, nadie te va a decir nada, y si alguien se mete contigo será por pura envidia.

—El problema no son nuestras compañeras, el problema es que mi tía va a enterarse de que mi relación con Mateo no se ha acabado.

—Entiendo. ¿Y...?

—¡Que me va a matar! ¡Que si ya me había prohibido verlo, imagínate ahora! —exclamé.

—Bueno, Elena, vamos a pensar que no, que tu tía será capaz de valorar el relato como ficción y ya está. No tiene por qué pasar nada. Además, ¿qué te va a hacer?

Me hice esa pregunta. ¿Se le ocurriría alguna crueldad si no le gustaba lo que leía? Quizá me cortaría el pelo al cero sabiendo lo que me gustaba llevarlo largo, o me prohibiría ir a clase, o me quemaría los libros... No quise pensar más.

Llegó el temido día. Traté de estar lo más tranquila posible, pero, al llegar a la cocina después de haberme aseado y vestido, me sorprendió ver allí a doña Rosa, cuando aún faltaban cuarenta minutos para que diera comienzo la jornada.

—¡Buenos días, Elena! —me dijo desde el taburete donde estaba sentada, a la mesa, junto a mi tía y frente a dos cafés humeantes—, le estaba comentando a tu tía lo maravilloso que es el relato.

Sonreí tímidamente sin atreverme a mirarlas a la cara.

—Sí, algo de un relato me estaba contando —dijo ella con una mirada acusadora dirigida a mí—. ¿Qué relato es ese?

—¿Cómo que qué relato? —respondió doña Rosa extrañada—. ¡El que escribió Elena para el concurso!

Mi tía guardó silencio sin dejar de mirarme.

—Es que, es que no se lo dije, doña Rosa, perdone. —Bajé la mirada; las cosas se ponían cada vez peor.

—¡Anda! Bueno, pero no pasa nada, es una buena noticia, señora Victoria, su sobrina ha ganado el concurso de relatos de la escuela.

—No me diga —respondió mi tía.

—Sí, sí. ¡Y muy merecido! Que esta niña tiene talento.

Mi tía intentó (sin éxito) esbozar una sonrisa y yo no supe qué más decir, así que me senté junto a ellas y me dispuse a desayunar sin muchas ganas.

Cuando empezaron a llegar el resto de las niñas, tenía el corazón que se me iba a salir por la boca. Juanita me dio un abrazo y me susurró al oído:

—Ya verás como no va a pasar nada.

Y yo quise creerla.

—Niñas, niñas, venga, sentaos. Hoy tenemos una clase de Lengua muy especial. Elena, acércate a la pizarra.

Me levanté, temblorosa, con el papel en la mano y me situé al lado del encerado como me había pedido doña Rosa.

—Bien, hoy vamos a escuchar el relato que, como os dije la semana pasada, ha ganado el primer premio del concurso literario, y que ha escrito vuestra compañera: Elena Domínguez. Démosle un aplauso.

Mis compañeras aplaudieron tímidamente, algunas no parecían excesivamente alegres. Ese día aprendí que es difícil que la gente se alegre del éxito ajeno y que, por desgracia, la envidia suele ganar la

batalla.

—Enseguida os daré una copia, pero ahora me gustaría que su autora nos lo leyera. Adelante, Elena —dijo la profesora mientras me hacía un gesto, complacida.

El papel temblaba en mis manos y traté de aislarme de todo, pero, al levantar la mirada, comprobé que mi tía estaba allí, al fondo del aula, con rictus serio. Y eso que aún no había empezado a leer.

«No es fácil hacer frente a un sentimiento así...» —comencé. De vez en cuando hacía un alto para mirar a mi tía y podía ver que su rostro se iba encendiendo cada vez más. Juraría que pude ver la ira que iba apoderándose de ella con cada palabra que salía de mi garganta.

Terminé de leer y recibí el cálido aplauso de todas; esta vez parecía haber unanimidad.

—Enhorabuena, Elena, es un premio muy merecido. Puedes sentarte —dijo la directora—. Sí, Eloísa, ¿tienes alguna pregunta?

Eloísa tenía una mirada maliciosa y una media sonrisa que evidenciaba sus intenciones.

—Sí. No he entendido muy bien el relato, ¿está inspirado en la realidad? ¿Es sobre tu novio?

Me quise morir, miré a mi tía. Su rostro era un volcán en erupción.

—No, no tengo novio... —balbuceé.

—¿Y el chico ese negrito con el que te vi tan acaramelada el otro día en la librería?

La clase estalló entre risas y comentarios. Juanita me miró de reojo. Yo no sabía qué decir. Quería desaparecer, pero fue mi tía la que se giró y se esfumó, hecha una fiera. Sin mirar atrás.

29

La soledad era esto

Cuando llegó el descanso para almorzar, fui a la cocina como siempre, pero mi tía no estaba allí. Había dejado la comida a medio preparar. Yo estaba muy asustada, la hora de comer sí que era sagrada para ella. Traté de respirar hondo, intenté relajarme. Al entrar en mi habitación, observé que el colchón estaba levantado, y el diario y el resto de mis cuartillas, desparramadas por el suelo. Entré en pánico, ¡seguro que lo había leído todo! Mis quejas sobre ella, mis desahogos, los paseos con Mateo..., ¡el beso!

Me iba a matar.

Salí de allí con la vista nublada, fui a la cocina y dejé la comida de lado, tenía el estómago cerrado. La siguiente clase empezaba en unos minutos, aunque me hubiera dado igual no ir, porque tenía la cabeza obsesionada con la preocupación que arrastraba por la ausencia de mi tía.

Tras la última hora lectiva oí cómo se cerraba la puerta del piso. Victoria había regresado. Me temblaban las manos.

Fui casi reptando a la cocina, traté de hacer como si nada y me senté a la mesa, dispuesta a merendar. Mi tía estaba de espaldas, cocinando algo, de pronto se giró y puso un plato con algo de fruta frente a mí. Se sentó en una silla y me agarró fuertemente de la muñeca.

—A partir de este momento, tu vida se va a limitar a ir a clase y estar encerrada aquí. Nada de recados, ni de cafeterías, ni de amiguitos ni de nada. Irás a misa los domingos como corresponde, pero te volverás derechita, ya me encargaré yo de hablar con doña Rosa para que no te la cameles como haces siempre. Eso se ha acabado. Te crees que esto es jauja y aquí has venido a estudiar. Nada más. Cómete eso y enciérrate en tu cuarto. No quiero volver a ver esa cara en lo que queda de día. A las nueve te espero aquí para cenar. —

Todo esto me lo dijo entre dientes, como sujetando una rabia que no quería dejar salir.

—Pero, señora, yo...

—Cállate. Y ni se te ocurra llorar. No voy a permitir que te conviertas en una golfa. Ah, y se acabó lo de escribir. Vete.

Salí de allí y me desplomé sobre la cama de mi cuarto, llorando, pensando en que si la vida a partir de ahora iba a ser eso, no quería seguir viviendo. ¿De qué me servía si no podía ver a mis padres, a mis hermanos, a Mateo..., si no podía escribir? Me dormí de puro agotamiento.

Cuando desperté, solo podía pensar en aquellas cuatro paredes que me iban a acompañar quién sabía hasta cuándo. Era una cárcel. ¿Qué lo diferenciaba de estar en prisión? Al menos los presos tenían más relación con otros seres humanos.

El olor de aquel cuarto, que en algún momento fue agradable, ahora era espeso, amargo; la escasa luz que entraba por la ventana parecía ser cada vez más oscura; el colchón donde me había permitido soñar con Mateo, echar de menos a mis padres o incluso escribir, ahora me parecía el más incómodo.

Lo peor era que no podía hablar con nadie. Tenía claro que no podía decirles nada a mis padres, ahora la tía Victoria siempre estaría presente cuando hablara con ellos; de todos modos, no quería preocuparlos más y sabía que volver a Asturias con el rabo entre las piernas no era una opción válida. Maldije el momento en que se me ocurrió escribir. ¿Por qué lo hacía? Escribir solo me había traído cosas malas. Primero, el incendio; eso fue lo que obligó a mis padres a enviarme a Madrid. Y ahora esto. Si no hubiera sido tan tonta, nadie se habría enterado.

Decidí que obedecería a mi tía hasta la extenuación, con la esperanza de que algún día su carácter se ablandara y me dejara ser más o menos libre de nuevo.

Si antes mis momentos de alegría eran los que pasaba lejos de ella, y me los quitaba, ¿qué me quedaba? Tuve la esperanza de que siguiera con sus salidas, pero me duró poco la alegría porque seguramente sería capaz de cerrar la puerta por fuera.

Sentada sobre el camastro la oí fregando los platos y más tarde me la imaginé frente a su costurero, como acostumbraba a hacer los fines de semana, cosiendo tapices de punto de cruz que luego

enmarcaba y colgaba en el salón. Estaba plagado de ellos. De todos los tamaños. A veces me volvían loca, me generaban ansiedad, miraras donde miraras siempre te topabas con alguno de aquellos cuadros.

Mi pulsión por escribir, a pesar de lo que había pensado, era más fuerte que yo. Escribir era lo único que disfrutaba, lo único que me llenaba, lo único que me ayudaba a evadirme. Era un impulso extraño, que me dolía y me daba placer. Cogí un cuaderno y comencé. Pero no era lo mismo porque temía que esas cuartillas llegaran, de nuevo, a las manos equivocadas. Además, la tía Victoria me lo había prohibido, ¿y si entraba? Sin embargo, si no lo hacía, acabaría subiéndome por las paredes. Me estaba volviendo loca. Decidí escribir sobre mis sentimientos: ya que no tenía a quién contárselos, al menos sería una manera de desahogarme, y ella no podía arrebatarme también eso. Luego los escondería más concienzudamente, para que no los encontrara bajo ningún concepto.

Pasaron muchos días, ni siquiera sabría decir cuántos, en los que mi tía no me dejó ni tan siquiera ir a clase, alegando ante la directora que estaba enferma. Yo me sentía débil, de tantos días sin hacer ningún tipo de actividad física, sin que me diera el sol. De tanto en tanto, cuando sabía que mi tía no estaba en casa, salía a la ventana de la salita para recibir un poco de aire fresco en la cara, pero poco más.

Efectivamente, cada vez que salía me dejaba encerrada en el piso. Yo recordaba el incendio y pensaba en lo que sucedería si había un accidente de aquel tipo: moriría calcinada. Quizá sería lo mejor, llegué a pensar.

A veces me dejaba llamar a mis padres para que no notaran nada raro, pero se quedaba pegadita a mí para ver qué les decía.

Una mañana de aquellas de pesadilla llamaron al timbre. Mi tía acudió arrastrando los pies como solía cuando iba con las alpargatas de estar por casa, en una suerte de baile de reptantes que sacaban brillo al suelo. Odiaba ese ruido. Sobre todo porque salía de aquellas piernas de pollo que tenía, torcidas, escuálidas.

—Buenos días, doña Clotilde —alcancé a oír a mi tía.

—Buenos días, señora Victoria.

Se me iba a salir el corazón por la boca, ¿por qué estaba allí la tía de Mateo? Ya era lo que me faltaba. Quise gritar, contarle lo que me estaba haciendo esa mujer, pero me reprimí.

Pegué la oreja a la puerta de mi cuarto y solo pude oír cómo se

metieron en la salita de espera que había en el recibidor del colegio y cerraron la puerta.

Aquellos fueron los treinta minutos más largos de mi vida. Cuando salieron, yo seguía pegada a la puerta de mi cuarto, pero esta vez sentada, con la espalda apoyada en ella, porque ya había desistido de oír algo. Los pasos reptantes y el taconeo de los zapatos de doña Clotilde ahora se dirigían hacia donde estaba yo.

Me levanté corriendo y dispuse una serie de papeles y de libros sobre la mesa, me senté frente al escritorio y fingí estar haciendo la tarea.

Unos segundos después se abrió la puerta.

—Elena, ven a la cocina. Tenemos que hablar contigo —dijo mi tía.

Salí entre intrigada y asqueada por pensar que había metido a una tercera persona en todo aquello, y además seguro que la había engañado. Era imposible que doña Clotilde, de conocer la situación en que me tenía, lo permitiera.

—¡Hola, Elenita! Uy, qué mala cara tienes —exclamó al verme.

—Sí, ha estado muy enfermita —se apresuró a apuntar Victoria.

—Vaya..., hay un virus muy malo por ahí.

Yo sonreí como pude, tratando de expresar todo lo que llevaba dentro solo con la mirada.

—He venido a agradecer a tu tía que le haya conseguido un trabajo a Mateo. Se va a ir a Sevilla, ¡una maravilla!

Las dos rieron mientras que una punzada insoportable se clavaba en el fondo de mi estómago.

—Sí, Elena, a través de doña Rosa. Un familiar lejano que tiene, que es un gran empresario y le ha conseguido algo a nuestro querido Mateíto.

Dudé de si doña Clotilde habría notado el tono de desdén que había empleado Victoria al referirse a él. Yo sí.

—Así es, y es muy importante para él, porque así puede ahorrar más rápidamente para ir a ver a su otra familia, la de Guinea. Es una estupenda noticia y quería compartirla contigo porque sé que en estos meses os habéis hecho amigos.

Yo intenté sonreír con todas mis fuerzas, pero dos lágrimas brotaron de mis ojos sin que pudiera hacer nada por evitarlo.

—Ay, criatura, no llores, yo sé que os tenéis cariño, pero es una

oportunidad para él. Se ha ido esta misma mañana. No le ha dado tiempo a venir, la empresa le ha sacado un billete de tren a todo correr, fíjate tú, tenían prisa, así que me ha pedido que me despidiera de vosotras en su nombre.

—Ah —fue lo único que alcancé a responder.

Mil sentimientos bullían en mi interior, y ninguno bueno. Cuando ya pensaba que nada podía ir peor, resultaba que sí. Mateo se iba, sin volver a aparecer por allí, sin permitirme volver a verlo, sin ni siquiera despedirse. Y había sido mi tía la que se había encargado de que aquello ocurriera. Estaba claro. Sus tentáculos eran tan alargados que llegaban hasta hacer lo que fuera para apartarme de su lado, para quitarme lo único que me estaba haciendo feliz.

Doña Clotilde me abrazó, me dio un pellizco cariñoso en el cachete y me pidió que bajara a verla siempre que quisiera, que ella sí que seguía en la lechería y hacía mucho que no pasaba por allí.

Asentí sin pronunciar palabra.

Cuando salió por la puerta y mi tía la cerró, me miró y me dijo:

—Pues ya está, muerto el perro, se acabó la rabia.

Imagino que estás sorprendida por todo esto, hija. Mateo, la tía Victoria... Son muchas cosas. Y otras tantas que aún no te he podido decir. Pero es que conocer la verdad, desde el principio, es la única forma de encontrarle una explicación al sinsentido que te ha tocado vivir en los últimos tiempos.

Cuarta parte
Javier

30

Bella y frágil

La incertidumbre es lo peor que hay, agudiza el dolor y te deja sola, sin nada a lo que aferrarte. Tres años después, seguía sin saber si él se había ido queriéndome o si aquel beso había sido un error. O un juego de niños. La realidad es que nunca alcancé a entender por qué no se había puesto en contacto conmigo después, él sabía dónde podía encontrarme. Podría haberme enviado alguna carta, una llamada..., algo.

Pasé unos días horribles cuando me enteré de su marcha, meses incluso. Pero poco a poco fui haciéndome a la idea de que quizá era lo mejor: dedicarme a estudiar, como quería mi tía, y nada más. Aunque la realidad es que mi alegría ya no era la misma y la luz que siempre me acompañaba se había apagado. O eso me decía la poca gente que me rodeaba.

Mi madre lo notó el primer verano después de aquello.

—Cariño, estás seria de más —me dijo.

—Mamá, no, ¿por qué dices eso?

—Porque soy tu madre y a ti te pasa algo.

—Nada, de verdad que nada.

—Lo que tú digas, ya me enteraré. Pero sonríe, por favor, que tu sonrisa ilumina el mundo.

Sonreí de la forma adulta, aunque seguía siendo una niña. Mi madre no me quitó ojo todo el tiempo que pasé en Asturias con ellos y yo traté de fingir que era la misma. Mi familia estaba muy bien allí, el trabajo de mi padre y mi ausencia les permitía vivir con más tranquilidad, y mi madre rara vez tenía que ir a limpiar algún portal. Solo por eso compensaba que yo estuviera en Madrid y me daba fuerzas para seguir aguantando a la tía Victoria.

Un día, en la playa, mientras mis hermanos jugaban en la orilla con mi padre, mi madre y yo aprovechamos para hablar y tomar el

sol.

—Cuéntame cosas de Madrid, ¿qué es lo que más te gusta?

—Me gustan el Palacio Real, la plaza Mayor, La Mallorquina... —Reí.

—Siempre has sido muy golosa. —Mi madre estaba feliz de poder compartir tiempo conmigo—. ¿Y lo que menos?

—Me da rabia no haber podido ver aún el Bernabéu y mmm... —Entonces apareció por mi mente una necesidad irrefrenable de contarle a mi madre la verdad sobre mi tía.

—¿Sí? Cuéntame, Elena.

Quería hablarle de los gritos, de las bofetadas, de lo humillada que me hacía sentir aquella mujer, de los encierros, de la ausencia total de cariño, de lo estricta que era, de que no me dejaba escribir ni ser yo misma..., quería contárselo todo.

—No hay nada que no me guste, mamá.

—¿Seguro?

—Bueno, miento, no me gusta estar lejos de vosotros —zanjé el tema como pude y le di un abrazo de los que duran años.

El tiempo también me trajo cierta calma en la relación con mi tía. El resentimiento que sentía hacia ella se fue diluyendo, aunque nunca llegó a desaparecer. Yo sabía lo que esperaba de mí y trataba de hacerlo sin rechistar, en cierta medida había conseguido anularme.

Ya tenía quince años y me sentía tremendamente mayor. Y creía tenerlo todo controlado: me comportaba como una señorita y sacaba buenas notas. Pero si me preguntas si era feliz, te diría que me faltaba algo. Cada día era igual al anterior. A Juanita le gustaban un montón de chicos, siempre que íbamos por la calle de la mano me la apretaba cuando nos cruzábamos con algún muchacho guapo.

Aquel mes de mayo me pasé los días estudiando porque estábamos en plena época de exámenes y no quería defraudar a nadie por las notas. Quedaban pocos días de curso, el calor comenzaba a ser sofocante. Se suponía que en las vacaciones de verano podría ir a ver a mis padres y hermanos, y eso era algo que me daba aliento para lo que quedaba por delante con mi tía.

Una de aquellas tardes Juanita y yo salimos a pasear por Madrid. Mi tía iba unos pasos por detrás, acompañada de Adolfina, una de las vecinas chismosas con las que mi tía se juntaba a veces. A pesar de su vigilancia, aquellos ratitos con mi amiga eran los mejores.

Paseábamos por la calle Mayor en dirección a Sol. Las aceras estaban tremendamente concurridas, bulliciosas; los fines de semana y con tan buen tiempo, la gente se echaba a caminar. Llegamos a La Mallorquina y, como era habitual, tuvimos que hacer cola.

—Qué rabia me da tener que esperar —dijo Juanita.

—A mí me da igual, merece la pena.

—Lo que no entiendo es por qué tenéis que venir siempre aquí, será por pastelerías en Madrid.

No sé de qué se quejaba mi tía, al fin y al cabo en la cola hacía lo mismo que paseando: hablar sin parar con Adolfina.

Juanita y yo seguimos conversando tranquilamente de lo divino y lo humano, con nuestra falda, nuestros calcetines altos y las inseparables trenzas que siempre me acompañaban: tenía el pelo casi por la cintura, de un color negro azabache, y aquella era la forma más cómoda de llevarlo.

—¿Qué crees que se pedirá tu tía hoy? La última vez se apretó dos napolitanas con chocolate y un zumo de naranja gigantesco —me dijo Juanita entre murmullos.

—Lo mejor es que luego en casa decía que no iba a cenar, pero que no entendía por qué no tenía hambre. —Nos echamos a reír.

—¿Qué tal está tu familia? Vas a verlos pronto, ¿no?

—Sí, eso creo, ahora en cuanto acaben las clases. Tengo muchas ganas, sobre todo de ver a Lucía, mi madre me ha dicho que está tontita tontita con la adolescencia. Que no te digo que no me dé envidia, que ella no tiene tías allí que aguantar.

—Bueno, ahora te librarás de la señora Victoria una temporada.

—¿Y tú? ¿Le has dicho ya a tu padre que tienes decidido lo de bailar?

—¡Válgame señor! ¡Ni loca! No me atrevo; además, igual no soy tan buena.

—¿¡Qué!? ¡Eres increíble! Tienes que intentarlo, estoy segura de que tu padre te va a apoyar. Parece una buena persona.

—Venga, niñas, que nos toca, estáis retrasando a toda la cola... —Mi tía, tan agradable como siempre.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —dijo Juanita mientras la tía Victoria y la señora Adolfina pedían en el mostrador.

—¡Claro!

—¿Cuándo me vas a dejar leer algo de lo que escribes?

Sonreí.

—No sé si te gustará.

—Al menos, el desamor te estará haciendo escribir un montón.

—Eso sí, mientras no se ponga a hurgar mi tía de nuevo en mis cosas...

—Ya me estoy imaginando dentro de unos años, tus libros por todas partes, los más vendidos..., seguro que hasta vas a la Feria Nacional del Libro, esa que ponen en Recoletos.

—Ojalá.

Qué palabra tan curiosa esa de *ojalá*. Nunca he sabido si es buena o mala: si denota esperanza o más bien un deseo tan inalcanzable que lo convierte en imposible. Un anhelo que no se resolverá.

Cuando terminamos de merendar deshicimos el camino por la calle Mayor. Mi tía llevaba enganchado el bolso con el brazo, pese a que tenía una correa que le permitía llevarlo colgado al hombro. «No me fío, no me fío, viene uno de esos chavalitos, sin oficio ni beneficio, te da un tirón y adiós, bolso, y hola, pierna rota», solía decir. Así que ella no se separaba del bolso ni un centímetro, no fuera a ser...

Al cruzar a la acera más pegada a la plaza Mayor nos encontramos con unas obras en la calzada de esas que invaden la capital en verano.

—¡Señoras! ¡Les cambio a sus hijas por un piano! —gritó un obrero cuando pasamos por su lado.

Mi tía, indignada, aceleró el paso y se puso a nuestra altura.

—¡Habrase visto! ¡Qué vergüenza, qué vergüenza! —dijo cuando ya estábamos a unos metros de distancia. Me miró de arriba abajo y me espetó—: Ya no tienes edad para llevar esas trenzas, a partir de ahora una sola detrás y sanseacabó. Y cuidadito, que estos hombres no respetan a nada ni a nadie.

Desde lo de Mateo, mi tía no perdía la oportunidad de ponerme en alerta: cuidado con Fulanito el del ultramarinos, que tiene la mano muy larga; ojito con aquel otro, que tiene fama de gustarle mucho las jovencitas; no te quedes sola con don Aurelio, que no es de fiar... Así una vez tras otra hasta que no quedó en el mundo, según mi tía, hombre a cuyo lado pudiera sentirme segura.

En cambio, Juanita parecía disfrutar de esa nueva atención. Que era mucho más echada para delante que yo era una evidencia.

—¡Me gusta gustar! ¡Claro! ¿A quién no? —me decía cuando le

preguntaba—, no tiene nada de malo. Elena..., no veo... —Y no había acabado de decir la frase cuando se desplomó de bruces sobre la acera.

Me puse a gritar, desesperada, intentando reanimar a mi amiga. Mi tía y Adolfina se acercaron también histéricas, pero Juanita no reaccionaba. Comencé a darle tortas en las mejillas, la agité sujetándola de los hombros..., nada. Un hombre salió escopetado de la cafetería frente a la que se había caído, traía un vaso de agua que echó sobre su cara. Juanita reaccionó, pero estaba pálida y tenía la cara llena de sangre.

—¿Qué ha pasado? —preguntó.

Vi el origen de la sangre: además de un tremendo chichón, se había abierto una brecha en la frente al chocar con el pavimento.

—Te has desmayado, Juana —apuntó mi tía.

—Pero no pasa nada, ha debido de ser por este calor que nos va a matar a todos. —Adolfina quiso restarle importancia, aunque yo me había llevado un susto de muerte.

Nos pusimos en pie y traté de que no se me notara el miedo. Y no era la primera vez.

—¿Estás bien? —le pregunté mientras reanudábamos el camino de vuelta.

—Sí, sí, me pasa a menudo, que me mareo. ¿Te acuerdas en el teatro? —Yo asentí—. Aunque nunca me había llegado a caer. Pero bueno, que no tiene importancia.

Juanita intentaba aparentar normalidad, pero su aspecto no acompañaba.

—¡Vaya susto me has dado!, no me lo vuelvas a hacer.

Mi tía y Adolfina iban ahora a nuestro lado y de vez en cuando murmuraban cosas ininteligibles.

—Habla con tu padre para que te lleve al médico —le imploré.

—Sí, sí, lo haré, tranquila.

Me costó conciliar el sueño aquella noche al recordar el rostro ensangrentado de Juanita y la fragilidad que me había transmitido.

31

La niña maniquí

El lunes siguiente me desperté preocupada. No había sabido nada de Juanita en todo el fin de semana y eso que solíamos hablar al menos los domingos por teléfono. Comenzó la primera clase y mi amiga seguía sin aparecer. Pasé toda la lección dándole vueltas a si le pasaría algo, si estaría enferma o si todo tenía que ver con el desmayo del viernes.

Al acabar la clase, entró en el aula doña Rosa.

—Niñas, por favor, no os levantéis, hay algo que tengo que comunicaros. —La mirada de la directora no era cariñosa como solía ser, tenía el ceño fruncido y las bolsas de los ojos parecían más pronunciadas de lo normal.

El corazón se me aceleró.

—Vuestra compañera, Juana Núñez, ha estado indispuesta y le están haciendo pruebas médicas, por eso no ha podido venir hoy; quiero pediros que, entre todas, le escribamos un mensaje de ánimo para desearle una pronta recuperación. Al final de la jornada dejaré este tarjetón aquí, sobre la mesa, para que podáis ir firmándolo de una en una. Muchas gracias, ya podéis continuar con la siguiente clase.

Tenía mil preguntas y nadie me las resolvió. ¿Por qué había que mandarle una tarjeta? Muchas de las niñas faltaban alguna vez por estar enfermas y nunca habíamos hecho eso. Tanto despliegue no me daba buena espina. Sabía que a mi tía no podía preguntarle, porque no me iba a decir nada, y si era algo malo prefería no oírlo de su boca, ya que estaba desprovista de empatía y sensibilidad, así que opté por ir al despacho de doña Rosa al acabar la jornada.

—¿Puedo pasar, directora?

—Sí, Elena, adelante. ¿Cómo estás?

—Bien..., bueno... —No sabía cómo preguntarle porque me daba mucho miedo la respuesta.

—¿Quieres hablar de Juanita?

—Sí.

—Cariño, todavía hay que hacerle pruebas, pero no tiene buena pinta, mi amor. Tenemos que tener fe y pensar en que Dios la va a proteger, pero la enfermedad que es probable que padezca Juanita es muy grave —dijo levantándose y agarrándome la mano.

Los ojos se me llenaron de lágrimas. ¿Qué me estaba diciendo? ¿Por qué a ella?, si solo era una niña, ¿por qué siempre le pasaban cosas malas, primero la muerte de su madre, ahora esto? No podía creerlo y me derrumbé. Ya no me importaba Mateo, ni echar de menos a mis padres, ni lo dura que era mi tía conmigo, lo único que me importaba era que Juanita se pusiera mejor.

—Vamos a confiar en que todo saldrá bien, ya lo verás.

Me metí en mi habitación e intenté distraerme. Tenía que ser fuerte por Juanita. Seguro que ella estaba tan pancha haciendo reír a todo el que apareciera a su alrededor. Me senté a leer cualquier cosa con tal de no pensar cuando de pronto irrumpió mi tía en la habitación.

—¿Has visto a la directora?

—Se ha ido a no sé qué de un familiar—expliqué.

—¡Uy! ¡No me digas que ha venido el señorito Javier! —Mi tía parecía maravillada.

Yo me limité a encogerme de hombros.

Y tal y como había aparecido, se marchó. A los escasos diez minutos oí que me llamaba a gritos desde su habitación. Salí disparada porque ya sabía cuánto le molestaba que tardara más de cinco segundos en responder.

—Sí, señora.

—Vístete, que nos vamos. Tenemos que comprarte algo de ropa, que vas hecha un adefesio.

¿Comprarme ropa? Eso sí que era una novedad, todo lo que me había comprado en esos tres años había sido con el poco dinero que habían podido hacerle llegar mis padres.

Salimos y cogimos un autobús, cosa harto rara también porque casi no me había movido del mismo barrio desde que aterricé en Madrid. Aparecimos en una zona de edificios distinguidos, cuyas entradas en muchas ocasiones estaban custodiadas por porteros trajeados. Era el barrio de Salamanca. Alguna vez había oído en la

radio hacer referencia a esa zona, pero ni por asomo me hubiera podido imaginar que aquel lujo existía a no demasiada distancia de donde vivíamos nosotras. ¿Qué hacíamos allí? Esa sí que era, para mí, la gran pregunta.

—¿Dónde vamos?

—Quiero ir a una *boutique* para hacerte unos vestidos a medida.

—¿Por qué?

—Porque sí, mira que eres preguntona. ¡Encima! Acéptalos con buena cara, que son un regalo.

Precisamente por eso me extrañaba, pero me callé. Las únicas veces que me había obsequiado algo era en mi cumpleaños, pero nunca se estiraba demasiado. Tampoco me importaba, no me aportaban nada las cosas materiales, yo lo que quería era que me diera un poco de cariño. Y hacerme vestiditos no era la ilusión de mi vida después de la noticia que había recibido de Juanita y estando en plena época de exámenes, la verdad.

No se veía tanta gente caminando, pero las terrazas estaban atestadas de personas fumando y tomando vermú. Las tiendas también estaban llenas, como pude comprobar después. Entramos en una de ellas, no recuerdo bien su nombre, pero sí que nada más cruzar el umbral se nos acercaron dos mujeres, solícitas. Vestían sendas faldas de tubo por debajo de la rodilla y unas blusas de cuello muy grande con pespuntes. El pelo de ambas, bien cardado y semirrecogido, muy a la moda.

—Bienvenidas, ¿podemos ayudarlas?

—Necesitamos vestidos nuevos para mi sobrina, no escatime en traer las mejores telas y patrones.

Y ahí me quedé yo, como un pasmarote mientras mi tía y las otras dos mujeres hacían y deshacían sin pedirme opinión, ni tan siquiera permiso para ponerme un metro aquí y allá mientras me tomaban medidas. Frente a mí pasaron telas, patrones y modelos, pero nadie me preguntó qué era lo que me gustaba.

—Te encantará, ya lo verás —dijo la dependienta, que de pronto pareció darse cuenta de que no era un maniquí.

—¿Puedo verlo? —me atreví a preguntar.

—Sí, claro —dijo mi tía—. Tan pronto como esté cosido, serás la primera en verlo.

Vamos, que me tocaba tragar con lo que me pusieran. Nada

nuevo bajo el sol.

Volvimos a casa mientras mi tía, sorprendentemente, no dejaba de cotorrear ni un solo segundo. No entendía de dónde venía tanta alegría, pero, desde luego, no era el mejor momento para compartirla con ella.

¿Qué estaría haciendo Juanita? ¿Cómo estaba?

32

El señorito andaluz

Los días transcurrían y mi amiga seguía sin aparecer. Me moría por verla y saber de ella, pero no me atrevía a preguntar porque tenía miedo de recibir alguna noticia negativa. Al cabo de una semana, doña Rosa nos comunicó que Juanita no se iba a incorporar en lo que restaba de curso, que era ya poco. Esa tarde, en mi habitación, me armé de valor y fui a hablar con mi tía.

—Señora Victoria. —Ella levantó la mirada de la costura en la que estaba entretenida—. ¿Podría usted darme permiso para llamar a Juanita? Quisiera saber cómo está.

El rostro se le nubló.

—Elena, no creo que puedas hablar con ella, está muy débil, he hablado con su padre esta mañana. Hay que dejarla descansar. ¿Por qué no llamas mejor a tu madre? Quizá te cuente alguna cosa que pueda alegrarte.

Me sorprendió descubrir cierta empatía en mi tía, y la verdad es que necesitaba hablar con mi familia, aunque lo que me transmitía de Juanita no parecía precisamente halagüeño.

—Elena, mi amor, ¿cómo estás? —la voz de mi madre fue como un bálsamo—, espero que bien; tienes que estar animada y tener fe, seguro que tu amiguita se pone buena enseguida y os podéis venir las dos juntas este verano a Asturias, ¿te apetece? A Lu sobre todo la harás muy feliz, sabes cuánto le cuesta estar lejos de ti.

—Sí, mamá, claro, ojalá. Yo también estoy deseando verla a ella, bueno y a todos, claro. ¿Qué tal estáis por lo demás?

—Aquí todo muy bien, cariño. Hemos tenido algunos problemitas, pero ya están solucionados.

—¡Pero cuéntamelos! —Cualquier cosa con tal de dejar de pensar en mis miserias.

—Hija, pues que tu hermana Lu ha tenido alguna discusión con

unos compañeros de clase, que la insultaban por ser forastera. Ya ves tú, si aquí los pocos son los que son de aquí de verdad. Así que tuve que ir y hablar con los padres de esos niños, que resultaron igual de tontos que sus hijos, algo completamente lógico. Pero los metí rapidito en vereda, ya me conoces.

Me pregunté, riendo por dentro, qué diablos había hecho mi madre para «meterlos en vereda».

—Cómo habrá sido la cosa que se han inventado hasta una asociación de padres o no sé qué historias y me han propuesto que la dirija yo. Al parecer, los quesitos de las ovejas de Lomares y la miel que pude conseguir para que probaran terminaron por convencerles de que forasteros, sí, pero espléndidos también. Acabaron tirando de las orejas a sus hijos, que, por supuesto, les habían contado un cuento chino de tu hermana, como si fuera ella la que les hacía la vida imposible. ¡Nuestra querida Lu! Si es una santa, tú imagínate. Pero no veas, la han hecho hasta delegada de clase.

Durante los segundos en los que mi madre habló tuve una sonrisa dibujada en el rostro. Ojalá yo hubiera heredado esa fuerza y esa capacidad para sacar siempre lo bueno de lo malo y darles la vuelta a las peores noticias.

—¿Sigues ahí, Elena?

—Sí, sí —respondí—, es que estaba escuchándote con atención.

—Mi niña, queremos que estés animada, ¿vale? Hazlo por nosotros. Siempre te tenemos en nuestros pensamientos. Y respecto a Juana, estoy convencida de que pronto estaréis juntas de nuevo.

Se me ocurrió escribirle cartas a Juanita. Le encantaba leer cualquier cosa que le dejaba, así que decidí hacerlo y ya se las daría cuando la volviera a ver. Fui guardándolas en una cajita, y en ellas le contaba cómo pasábamos los días, lo que aprendíamos en clase y, sobre todo, cuánto la echaba de menos. Intentaba que el tono fuera distendido, nada dramático, para que cuando las leyera, se olvidara de lo que estaba pasando.

El domingo siguiente esperaba como siempre a que doña Rosa subiera a por mí; sin embargo, mi tía me había dejado preparada ropa nueva para ir a misa y ella también se había ido a vestir para la homilía.

Sobre el colchón había un vestido ajustado, a la altura de la rodilla, sin escote y con manga corta. Deduje que era uno de los

vestidos a medida que habíamos encargado. Tenía un estampado floral muy sencillo y había que reconocer que era precioso. Me lo puse y me miré al espejo: estaba guapa, creo que llamaba la atención, y por primera vez me di cuenta de que ya no era una niña.

—Hoy os acompañaré también yo —me dijo la tía Victoria sonriendo—, creo que va a haber cosas interesantes en la iglesia.

—De acuerdo —respondí.

Era la primera vez que se prestaba a venir con nosotras. Y de las primeras veces que la veía sonreír sin nadie más delante, solo yo.

Cuando entró doña Rosa a la escuela, mi tía y yo ya estábamos esperándola en el recibidor. No venía sola: a su lado iba un chico alto, moreno y guapo, vestido con una chaqueta de lino y unos pantalones de pinzas del mismo tejido, algo que no se veía demasiado por esos lares. Calculé que tendría unos veinte años. Sí, hija, ese era tu papá.

—¡Vaya! ¡Qué elegantes! ¿También viene usted, doña Victoria? —preguntó doña Rosa.

Ella asintió pletórica.

—Este joven debe de ser su familiar, ¿verdad?

—Efectivamente, le presento a Javier.

Él nos tendió la mano, y yo, sin saber muy bien por qué, me ruboricé.

—Vayamos saliendo, que no vamos a llegar —dijo doña Rosa mientras me guiñaba un ojo.

Al acabar la misa, mi tía corrió a juntarse con Adolfina, su amiguísima de la casa de huéspedes, y se pusieron a murmurar. Yo me quedé más retrasada, sin perderlas de vista, mientras doña Rosa presentaba a su acompañante a todo el que se le acercaba.

Era normal quedarse hablando después de misa, incluso juntarse unos cuantos para ir a tomar un vermú o un café con pastas. Yo siempre que estaba allí pensaba en Mateo y en uno de nuestros primeros encuentros. Eché un ojo a mi alrededor y me fijé más atentamente en el tal Javier. Para mí en ese entonces tu papá era un perfecto desconocido. Me pareció que quizá se sentía un poco fuera de lugar, como si no estuviera a gusto entre toda aquella gente dirigiéndole atenciones y, en un momento dado, me miró. Yo bajé la mirada todo lo rápido que pude; iba a pensar que era una descarada escudriñándolo.

Entonces él y doña Rosa se apartaron del grupo en el que estaban

y enfilaron hacia mí.

—Nos vamos todos a tomar el vermú, Elena, voy a decírselo a tu tía y os venís.

Fuimos a la Casa Gallega. Los mayores hablaban, incluido el señorito Javier, y yo no sabía muy bien qué hacer. Así que me dediqué a comer. Me puse tibia a mostos y gambas a la gabardina.

—Están buenísimas, ¿verdad? —soltó de repente.

Tenía la boca llena y casi me atraganto cuando se dirigió a mí por primera vez aquella mañana.

—Mmm...

Se echó a reír.

—No hace falta que se ría de mí —protesté. ¿Qué se había pensado?

—No me estoy riendo de ti, sino contigo, *mi arma.* —No tenía demasiado acento del sur, pero se le notaba en algunas expresiones.

Decidí no volver a abrir la boca, y el chico se rindió y buscó conversación en otro lado. No me había caído mal, pero para mi gusto era demasiado confianzudo, como diría mi madre, y todavía no lo conocía de nada. Aunque algo dentro de mí me decía que, si era familia de doña Rosa, aunque fuera lejana, probablemente era una persona interesante. Además de guapo, que eso saltaba a la vista.

En el camino de vuelta, ya solas, mientras subíamos por la calle Bordadores hasta San Felipe Neri, mi tía no dejó de mirarme de reojo con una enigmática media sonrisa.

—¿Qué? ¿Qué tal? —me dijo cuando entramos al fin en casa.

—Bien..., ¿por? —farfullé. ¿Qué narices le pasaba?

—¿Qué te ha parecido? —siguió ella.

—¿Qué me ha parecido... el qué? —Estaba perpleja.

—¡Pues qué va a ser! ¡El jovencito Javier Perdosa! ¡El mismísimo Javier Perdosa! ¡El dueño de una de las mayores empresas de exportación de aceite de oliva de España! —exclamó excitada.

—Ah, pues no sé, simpático, supongo —respondí.

—Este es uno de esos hombres que sí merecen la pena, Elena —dijo volviendo a su perenne gesto de hortaliza mientras se iba hacia la cocina.

Yo me quedé pasmada. Ahora resultaba que todos los hombres eran malos, menos el señorito Javier Perdosa, al que, por cierto, tampoco mi tía conocía más allá de lo que había oído acerca de él.

33

La comida

Una mañana abrí los ojos y sentí una opresión enorme en el pecho. Tenía la sensación de que me habían puesto encima algo tremendamente pesado. No podía respirar. Me toqué la tripa por si me había caído algo del techo mientras dormía, pero allí no había nada. Aun así, la sensación no desaparecía.

Llevaba varias horas dando vueltas en la cama, imaginándome cómo estaría Juanita, si se estaba curando o si no iba a volver a verla jamás. Intentaba quitar los pensamientos negativos de mi cabeza, pero cuanto más intentaba que se alejaran, más intensos se volvían.

Al abrir los ojos definitivamente, esa presión sobre el pecho se había convertido en insoportable y mi respiración se tornó en un jadeo acelerado, en un intento de que entrara algo de aire a mis pulmones.

Me incorporé pensando que así estaría mejor y lograría tranquilizarme. Traté de inspirar despacio pero profundo y, cuando por fin conseguí hacer una inhalación algo más larga, estuve a punto de vomitar.

¿Cómo estaba Juanita? Necesitaba verla, saber de ella. Necesitaba conocer la verdad. Al mirar alrededor, me di cuenta de que aún no había amanecido, calculé que debían de ser las cinco de la mañana; el reloj de la mesilla hacía tiempo que había dejado de funcionar.

Me levanté de la cama y en la penumbra de esa luz que precede al alba decidí salir de la habitación para comprobar si mi tía seguía dormida. En el pasillo, a la altura de su cuarto, vi que una rendija de luz se colaba por debajo de la puerta y decidí llamar.

Unos pasos errantes se acercaron y la puerta se abrió dejando ver a la mujer con los rulos puestos y cara de dormida.

—Pero ¿qué haces aquí tan pronto, niña? ¿Qué pasa?

—Por favor, tía, por favor, tenéis que dejarme ir a verla —sollocé

—, he tenido muchas pesadillas, necesito verla...

Mi tía, por primera vez en la vida, me abrazó. Noté su calor, que mitigó en parte mi desasosiego, sobre todo por inesperado.

—Este fin de semana iremos a verla, Elena, tranquila, por favor. —Su voz sonaba preocupada.

Nunca hubiera imaginado que aquella mujer fuera capaz de dar algún tipo de cariño.

—Mira, vamos a distraerte un poquito. Antes de ponerte con los deberes, ayúdame a preparar la mesa, aséate y luego te vistes con uno de los vestidos nuevos, que hoy tenemos invitados.

—¿Ahora? Pero no tengo ganas —sollocé.

—Venga, Elena, no puedes pararlo todo, no vas a solucionar nada, lo mejor es que tengas la cabeza en otro lado.

—¿Pero quién viene?

No solíamos recibir muchas visitas, por no decir ninguna.

—Van a venir Adolfina y Rosa a comer.

Me extrañé pero obedecí, porque, en el fondo, sabía que mi tía tenía razón y que me vendría bien pensar en otra cosa; además, para una vez que me trataba con cariño, no iba a hacerle un desprecio.

Me duché y me puse uno de los trajes nuevos, que me quedaba perfecto, y no podía gustarme más, la verdad.

—¡Pon la mesa para cinco! —Oí de pronto que gritaba mi tía desde la otra punta de la casa.

¿Para cinco? No me salían las cuentas. Puse el mantel de hilo como me había indicado y la cubertería de plata. Aquello parecía toda una celebración y no me costó demasiado deducir que el quinto sería el tal Javier. Si estaba en Madrid con doña Rosa, era lógico que viniera, pero me molestaba tanto despliegue.

Al mediodía todos aparecieron con el ánimo por las nubes mientras yo seguía inclinada sobre la mesa, colocando los cubiertos, impertérrita. También el señorito andaluz parecía muy feliz. Me hacía gracia llamarlo así, aunque eso era una cosa entre Juanita y yo. Bueno, entre las cartas que le escribía a Juanita y yo, mejor dicho.

—¡Elena! ¿Te acuerdas de Javier? —me dijo lo primero mi tía, risueña como nunca.

—Sí, claro, hola —dije sin mucho convencimiento.

En todos los años que llevaba allí, mi tía nunca había recibido a nadie para comer. Y mucho menos le había visto esa cara tan a

menudo, la que mostraba a la gente cuando quería agradar. Y de todos esos, el nuevo era Javier, así que ya teníamos la equis de la ecuación, el destinatario de tanta atención. Algo que me descuadraba por completo porque, si para mí ese chico era mayor, para mi tía era muy pequeño, podría ser su hijo.

—Ponte aquí, Elena, al lado de Javier. ¿Quieres bendecir la mesa tú? —dijo doña Rosa.

Me ruboricé. No me gustaba nada el cariz que estaba tomando el asunto. Pero obedecí.

—¿Estáis cómodos? Voy a por la comida, a ver si he acertado —dijo mi tía mirando directamente a Javier.

Todos sonrieron mientras yo no conseguía cerrar la boca: ¿mi tía de pie y yo sentada esperando la comida? Eso no había sucedido hasta entonces ni en el mejor de mis sueños.

—¡Langostinos y jamón! ¡Las dos cosas que más me gustan en el mundo! —exclamó Javier cuando volvió mi tía.

Me hizo gracia la espontaneidad de su comentario.

—Me he permitido hacer un poquito de investigación al enterarme de que venías.

Deduje que la tía Victoria le había preguntado a Rosa acerca de los gustos del chico.

La comida fue una sucesión de halagos a Javier, a su empresa, a su precocidad, «tan joven y tan exitoso», y para mí una sucesión de temas aburridos. Estaba deseando que acabara para irme a mi cuarto y escribir. O incluso a seguir haciendo la tarea. O a echar la siesta. Cualquier cosa menos estar ahí de monigote.

De todos los presentes, solo Javier parecía, de vez en cuando, percatarse de mi existencia, y hasta me dio la sensación de que, en algunos momentos, me miraba como pidiendo ayuda. Tenía los ojos realmente bonitos: eran muy oscuros y con las pestañas larguísimas, y la mirada..., la mirada también era bonita, tanto que me sentía incapaz de sostenérsela.

—¿Has visto, Elena? —dijo de pronto mi tía—, qué chico tan apañado. No como otros, que hay cada cosa por ahí...

Todos se rieron y yo forcé una mueca en un intento de imitarlos.

—Sí, aunque supongo que todo es más fácil cuando tienes una familia detrás que puede apoyarte si fracasas.

No pensé en lo que estaba diciendo, me salió del alma. El silencio

invadió el comedor y observé cómo todos bajaban la mirada. Todos menos mi tía, que echaba fuego.

—Lo siento, no quería decir eso —intenté salir del atolladero como pude—, me refiero a que, señorito Javier, usted ha tenido mucha suerte, pero sin duda, esta va acompañada de un duro trabajo por su parte.

Me sentía realmente avergonzada con él. Mi rabia había nacido por mi tía, de su comentario que, sin decirlo explícitamente, hacía referencia a Mateo. Aquel chico no tenía que pagar mi mal humor, ni la mala baba de aquella mujer.

—No te preocupes, tienes toda la razón —respondió Javier mientras se metía el cuerpo decapitado de un langostino en la boca.

No volví a hablar. Javier, sin embargo, me miraba todavía más que antes. Sentí que aquel comentario había causado un efecto en él. Lo que no tenía claro era si bueno o malo.

No veía la hora de que aquella tortura china acabara.

En los postres, mientras las mujeres se servían un orujo, Javier aprovechó para hablar algo más conmigo.

—¿Te gustan los caballos?

«¿Qué clase de pregunta es esa?», pensé yo.

—Sí, aunque no he visto muchos, en el pueblo había sobre todo burros y mulos.

—Me refiero a si te gusta ver las carreras de caballos.

—¿Carreras? No sabía que se hacían carreras con ellos.

—Me encantará descubrirte un día en qué consisten, hablaré con tu tía a ver si puedo llevaros al Hipódromo de Madrid.

Yo asentí, no parecía tan tonto como me dio la impresión en algún momento. Se notaba que se estaba esforzando por ser agradable conmigo. Aun así, seguía notando cierto aire de suficiencia.

Se fueron alrededor de las cinco de la tarde y, en cuanto pude, me escaqueé a mi cuarto. Me dormí enseguida, pero estando ya en el séptimo sueño, se abrió la puerta.

—¿Qué?, ¿qué te ha parecido? —Otra vez mi tía con la misma cantinela.

—¿Javier?

—Claro, el señorito Javier, ¿quién va a ser, niña? —Parecía contrariada. Por lo visto, ella sabía algo que yo desconocía.

—Pues normal, simpático, ya le dije...

—¿Te gustaba el Mateo ese y Javier te parece normal? —Se echó a reír—. Tal vez entonces sea el momento de empezar a pensar en alguien más que en ti. ¿Tú sabes el dinero que tiene su familia? ¡Podría hacernos ricos a todos! Se acabarían las penurias de tus padres, de tus hermanos, las mías. Incluso las tuyas, podrías dedicarte a esa tontería de escribir y no hacer otra cosa si es lo que quieres.

—¿Lo que quiero? —Cogí aire—. Yo quiero que mi familia salga adelante con mi ayuda y no con limosnas de nadie, poder dedicarme a lo que me gusta sin que me tenga que mantener un señor. ¿Y sabe otra cosa que quiero? Quiero que me trate con cariño y no como si fuera un mero instrumento para que usted consiga lo que busca. —Escupí las palabras una tras otra, sin poner un colchón que amortiguara un más que posible golpe.

Mi tía se quedó callada durante unos segundos. Me eché a temblar.

—¡No te enteras de nada! ¡No sabes nada de la vida! ¡Nada! —gritó ella. Y salió dando un portazo.

34

Ese olor

Había llegado el día. Por fin vería a Juanita. Prácticamente no había dormido en toda la noche. A las 11 de la mañana salimos de la escuela en dirección a la casa de mi amiga, o eso pensaba yo.

—Pero, tía, ¿Juanita vive por aquí? No reconozco este barrio.

Ella me miró con compasión. Nuestra última charla parecía haber sido borrada de un plumazo.

—No, Elena, estamos yendo al hospital, Juana está ingresada.

Silencio.

El hospital había sido blanco, pero ya no. Los tonos grises lo dominaban todo, los desconchones en la pared, las humedades..., me costaba creer que allí se pudiera curar a alguien. Era un edificio antiguo, pero tenía buena fama, en especial los médicos que allí trabajaban, eso me dijo mi tía al ver mi cara.

La entrada estaba repleta de gente: enfermos esperando su turno en admisión, familiares con el rostro desencajado, ramos de flores y ojos ilusionados..., aquello era un festival de contrastes y mi rostro se encontraba también entre esos desencajados. El olor del sitio invadió mis pulmones y no me abandonaría hasta pasados unos días.

Me preocupaba qué me encontraría, no sabía si Juanita estaba más o menos bien o si, al contrario, ni siquiera estaba consciente. No sabía qué enfermedad la tenía allí ingresada, qué le dolía, cuál era su padecimiento. Nadie me decía nada, me trataban como a una niña, como si no tuviera la más mínima madurez para entender según qué cosas. Y con quince años, sobre todo los míos, madurez hasta te sobra.

Un pasillo larguísimo con habitaciones a los lados y un silencio atronador nos recibió tras subir las escaleras. El olor seguía ahí. Impregnándolo todo. Por mi cabeza, mil preguntas. A pesar de todo, me sentía optimista. Juanita era fuerte, muy fuerte. Nada podría con ella. Estaba segura, casi segura. Llegamos a la habitación 201. Empujé

la puerta con delicadeza y me asomé con cautela.

Allí estaba ella. Tenía los ojos cerrados, los labios entreabiertos y los brazos descansando a ambos lados del cuerpo. Me fijé instintivamente en la zona de la sábana que descansaba sobre su estómago, deseando ver ese vaivén que provocaba la respiración natural. Arriba, abajo. Era un movimiento débil, pero estaba ahí. Juanita estaba ahí.

En el lateral de la cama, su padre dormitando en un sofá de escay. Abrió los ojos al oír el ruido de la puerta cuando entrábamos nosotras y se levantó como un resorte.

—Disculpen, estaba tratando de descansar algo —se excusó avergonzado.

—Faltaría más, don José.

El hombre parecía llevar semanas sin dormir, dos surcos profundos nacían de unos ojos agotados, rojos e inflamados.

—¿Puedo...? —pregunté.

—Claro, Elena, por favor, háblale, le vendrá bien saber que estás aquí —respondió su padre.

Me acerqué con cuidado a la cama y agarré tímidamente la mano de mi amiga. Estaba tibia y muy delgada, como sin fuerza, algo que contrastaba con la vida que transmitía siempre Juanita. Su sosiego me resultaba sobrecogedor.

De improviso abrió los ojos, solo un poco, lo justo para dejar ver esa luz verdosa que los caracterizaba. Y trató de girar ligeramente la cabeza. Sonrió. Le dije que se iba a poner bien, que estaba segura, y que no debía tener miedo a nada. Hice un esfuerzo por transmitirle realmente la fuerza que sentía: si su cuerpo no podía, yo le mandaría toda la energía que el mío me permitiera. Hasta me hubiera cambiado por ella en aquel momento, hubiera depositado mi cuerpo en aquella cama para que ella pudiera seguir bailando, para que no dejara nunca de bailar.

—He visto el cartel de un espectáculo chulísimo al que tenemos que ir. ¡Es de baile! Seguro que te encantará —traté de distraerla.

—Me encantará ir contigo. —Los ojos le brillaban ante la expectativa.

Mi tía y don José habían bajado a la cafetería para dejarnos solas.

—Tengo que contarte muchas cosas, no sabes cuánto te he echado de menos.

—Y yo a ti.

—Te he escrito un montón de cartas, las tengo todas aquí —dije sacando una cajita decorada por mí donde las había ido almacenando—, las puedes leer cuando estés aburrida, si quieres.

—Vale. Perdóname por no hablar más, es que hoy me duele mucho la garganta. Me arde.

Le agarré de nuevo la mano.

—No me pidas perdón, llevo semanas queriendo estar contigo, pero nadie me decía nada ni me traían.

—Lo importante es que estás aquí ahora.

—Exacto, así que tú tampoco me pidas perdón. Solo con que podamos estar juntas ahora ya es suficiente, no hace falta que hablemos.

Me tumbé a su lado y nos quedamos dormidas.

No sé cuánto tiempo transcurrió hasta que entraron las enfermeras y nos invitaron a irnos. Juanita seguía dormida. Le di un beso en la frente antes de dejar la habitación. Traté de alejar de mi mente la idea de que tal vez aquella había sido la última vez que la viera.

Hicimos el trayecto de vuelta en silencio. Aquella noche, escribí durante horas:

> *... y me doy cuenta ahora de la tremenda fragilidad de las cosas que creemos permanentes.*

Exhausta, caí rendida sobre el escritorio atestado de papeles.

35

Mareo

—¡Venga, venga, levanta! Recoge tu habitación y aséate rapidito, que tenemos cosas urgentes que hacer.

El cambio de carácter de mi tía había sido un espejismo. Irrumpió en mi cuarto y me despertó con esa *delicadeza*.

Yo estaba medio dormida todavía, habíamos pasado de no hacer nada prácticamente nunca a tener los días llenos de planes. Por suerte, hablaba casi cada día con Juanita por teléfono y las noticias no parecían las peores.

—Pero ¿dónde vamos? —pregunté aturdida por el sueño y con la marca de las sábanas aún en la piel.

—¡Vamos al hipódromo! ¡Nos ha invitado el señorito Javier! Estará aquí en menos que canta un gallo.

Así que había cumplido con lo que me dijo. No me disgustó la idea porque, aunque no tenía la cabeza para mucho evento, sabía que me iba a venir bien distraerme y aquel chico era bastante majo.

—¡Ponte el vestido rojo! ¡El de florecitas! —Mi tía corría de arriba abajo de la casa mientras yo terminaba de despertarme.

Me duché y me puse el vestido que me había dicho. Me quedaba muy bien, aunque no me sentía demasiado cómoda, porque era ajustado y no me podía mover tranquilamente. Podría decirse que las costuras me obligaban a estar estirada. Creo que eso era lo que le gustaba a mi tía del modelito. Ella se plantó una pamela que tenía guardada para las bodas y me dio la risa.

—¿Pero no vamos a ver caballos? —pregunté.

—¿Caballos? ¡Eso es lo de menos! Es un sitio donde se reúne lo más granado de la sociedad. ¡Y nosotras estamos invitadas! Ya puedes comportarte, ¿eh, Elena?

—Ah, pues yo quiero ver caballos.

Así que era eso, un sitio donde la gente iba a dejarse ver. Ella

estaba de los nervios y me dedicó una mirada fulminante, pero en cuanto llegó Javier y nos subimos en su coche, se puso la mejor de sus máscaras de discreción. Parecía que hubiera subido cada día a un coche como aquel, mientras que yo observaba cada detalle con estupefacción: aquellos asientos de cuero, tan cómodos, el volante enorme, las ventanas que se subían y bajaban al gusto del consumidor..., y sobre todo lo rápido que se llegaba a cualquier sitio.

Fuimos al Hipódromo de Madrid. Allí nos recibieron con honores, como si fuéramos gente importante, parecer ser que Javier lo era. Los hombres y mujeres iban vestidos con sus mejores galas y la pamela de mi tía parecía haber sido confeccionada para la ocasión. Entonces pensé que la que estaba fuera de lugar sin aquel estúpido sombrero era yo. De vez en cuando me acordaba de Lomares y de mi vida allí, y no me podía creer el lugar en que me encontraba en ese momento, rodeada de todos aquellos hombres y mujeres de la más alta burguesía de la capital.

El Hipódromo de la Zarzuela había sido inaugurado en 1941 y estaba viviendo su época de máximo esplendor. Ningún empresario que se preciara faltaba cada domingo a las carreras; allí no solo se iba a apostar, sino a hacer negocios. Era donde tenías que estar si querías ser alguien. Había una zona más mundana, para la que cualquiera podía adquirir una entrada, que no era precisamente barata y que para mí no tenía nada de humilde, y un ambiente aún más exclusivo, en el que solo podías entrar con invitación. En esa zona estábamos nosotros. Javier parecía el dueño de aquel lugar, todo el mundo quería hablar con él y mi tía no perdía comba; yo me situé un poco en segundo plano porque no quería meter la pata y que me cayera alguna bronca. Aun así, y pese a tratar de ser discreta, notaba que la mirada de muchos hombres se posaba en mí. Eso me hacía sentir incómoda, pero ya me estaba acostumbrando a provocar aquellas reacciones.

Antes de que comenzaran las carreras, nos llevaron a ver las cuadras donde esperaban su turno los caballos que iban a competir, mientras calentaban junto a los jinetes. Yo estaba fascinada, aquellos caballos poco tenían que ver con los que había visto yo en el pueblo de vez en cuando: eran majestuosos, enormes, les brillaba el pelo, las crines, y tenían un andar y un porte increíblemente elegante. Javier no me perdía de vista y también parecía entusiasmado compartiendo conmigo miles de datos sobre los jinetes, los tiempos y las distancias a

recorrer, las apuestas..., hablaba sobre ello con verdadera pasión. Y yo lo escuchaba complacida. Al fin algo interesante, para variar.

—¿No te parece increíble? —dijo con los ojos muy abiertos—. Estos caballos son auténticos atletas. ¡Tienen hasta masajista!

—¿De verdad? Yo nunca he ido a un masajista.

Javier rio.

—Piensa que pueden hacer ganar o perder mucho dinero a mucha gente, por eso los tratan tan bien.

—¿Y son felices? —pregunté preocupada.

—¡Muchísimo! Viven mejor que tú y que yo.

Los dos nos reímos. Dudaba de que vivieran mejor que él.

Es verdad que estaba especialmente pendiente de mí, pero yo atribuí aquel interés a que era la única que realmente lo escuchaba y lo atendía olvidándome de todo lo que había alrededor, de mi conjunto de ropita o de fíjate el peinado que lleva aquella. Estaba disfrutando. Me gustaba la pasión con la que aquel chico contaba las cosas, y el ritual de las apuestas fue muy emocionante. En ese momento no estaba bien visto, al menos en el círculo en el que me moví yo aquel día, que las mujeres fueran las que apostaran; se encargaban los hombres con los que íbamos. Tampoco es que ni mi tía ni yo fuéramos a dejarnos los cuartos en aquello, era una estupidez, sobre todo sin tener ningún tipo de conocimiento. Bueno, en mi caso tampoco es que hubiera cuartos que dejar. Pensé, sin embargo, que de haber estado allí mi madre, ella sí que hubiera apostado algo; no porque le gustara el azar, todo lo contrario, sino por demostrarles a los hombres que las mujeres pueden hacer cualquier cosa. Y de seguro habría ganado.

En algún momento también recordé a Juanita e imaginé cuánto disfrutaría ella de estar viviendo esa experiencia conmigo. ¿Cómo estaría? Se me debió de notar, porque Javier se acercó enseguida.

—¿Estás bien?

—No es nada —respondí.

—Algo es, de lo contrario no tendrías esa tristeza en la mirada.

Yo no sabía si era bueno que le hablara de la enfermedad de mi amiga o si era una indiscreción por mi parte, pero necesitaba desahogarme.

—Mi mejor amiga, Juana. Está en el hospital. Tiene leucemia.

Javier se quedó callado.

—Y no sé si se va a poner bien. Estaba pensando en que ojalá pudiera ella ver todo esto.

—Elena, cuánto lo siento. En estos momentos solo nos queda confiar en Dios. Rezar. Ojalá vaya todo bien.

—Ya... —Aquella idea de Dios me sonaba muy lejana normalmente, pero era cierto que, desde que Juanita enfermó, me agarraba a cualquier cosa y me sorprendía a menudo rezando por ella.

—Me tienes para lo que necesites, Elena, si quieres que te lleve a verla, si quieres simplemente desahogarte..., lo que requieras —dijo Javier.

Y volvió a hacerme sonreír.

—Ven, acompáñame a elegir caballo, vamos a desconectar un poquito de todo.

Se puso a mi lado con una tablilla y, antes de apostar su dinero, me contó, uno por uno, cómo era cada caballo que iba a competir en la siguiente carrera y las posibilidades de cada uno.

—Venga, Elena, ¿qué pálpito tienes? —me preguntó.

—¿Pálpito? ¿Y eso qué es? Mi corazón está perfectamente —respondí.

Javier se rio sonoramente, de seguro pensando que estaba bromeando, mientras yo permanecía seria.

—Mujer, me refiero a que si te da en la nariz que quizá pueda ganar Dotolón por delante de Ussman o aquel blanco, Mareo.

—¡Ah! Pues... —No sabía qué decir, no quería que Javier ganara dinero o lo perdiera por mi decisión—. No sé.

—Elena, escucha a tu corazón —me dijo—, seguramente te haya venido uno de los tres a la cabeza, simplemente dímelo. Si luego perdemos, no pasa nada, hemos venido a jugar. Pero en la vida hay que arriesgarse siempre. Si no, nunca ganaremos nada. —Me miró a los ojos de tal manera que se me olvidó si estábamos hablando de caballos o de qué exactamente.

—De acuerdo, entonces será Mareo, siempre me han gustado mucho los caballos blancos —respondí.

—¡Mareo! ¡Perfecto! ¡Maravilloso! —Y salió presto, con la papeleta en la mano a invertir quién sabe cuánto dinero en aquel purasangre con el único asesoramiento de una chica de quince años a la que le gustaban los caballos bonitos y blancos.

¿Cómo? ¿Me preguntas si ganó? Laura, hija, ¿cuándo ha perdido tu madre una apuesta?

36

Ojos verdes y una vocación

Desde aquel día en el hipódromo, la presencia de Javier ya no me desagradaba como al principio. Y menos mal, pues se había convertido en pieza fundamental de cualquier evento social al que acudíamos. Lejos quedó aquella tía Victoria que temía a cualquier hombre que se acercara, ahora parecía estar encantada con el plan que surgiera, y si no surgía nada, ya se lo inventaba ella: una cena en casa, una obra de teatro..., todo siempre y cuando se presentara «el señorito Javier».

Me iba quedando claro lo que estaba pasando: para mi tía, yo ya era incontrolable, había visto lo sucedido con Mateo y prefería elegir por mí antes de que apareciera un «nuevo negro, y, además, pobre». ¿Por qué dejar el amor de su sobrina al azar pudiendo enfocarlo en un muchacho de buena familia? Yo trataba de no pensar mucho en ello, aunque el peso de las necesidades de mis padres lo llevaba sobre mis hombros, sobre todo sabiendo que sus deudas las había agravado yo con el maldito incendio. Si ocurría algo con Javier, bienvenido sería, pero me negaba a pensar en él como una tabla de salvación. Eso no era justo ni para él ni para mí. En mis planes no había entrado nunca el casarme para depender de un hombre.

Habían acabado los exámenes y mis notas eran inmejorables, mi tía me dedicó un escueto «muy bien, niña», mientras que doña Rosa se mostró especialmente orgullosa de mí.

—Elena, cariño, cada día escribes mejor. Es una maravilla leerte —me dijo un día, después de que me atreviera a dejarle uno de los últimos relatos que había creado.

—Gracias. Últimamente me pasan muchas cosas y se me ocurren historias que contar.

—Eso está muy bien; ¿te has planteado qué harás cuando acabes los estudios? Al fin y al cabo, ya terminas el bachillerato elemental y sería bueno que te enfocaras en lo que más te gusta.

—Antes no sabía en qué podría ser buena, pero ya lo he decidido, o eso creo... —respondí—. Quiero ser profesora, como usted.

La cara de la directora se llenó de júbilo.

—Elena, Elenita, qué bonito es esto que me dices. Ser maestra no es nada fácil, pero sin duda es muy gratificante cuando te encuentras con alumnas como tú.

Si alcanzaba a ayudar a alguien mínimamente, como lo hicieron primero Marce y luego doña Rosa conmigo, ya me daba por satisfecha. En el fondo quería ser escritora, pero era muy difícil vivir de ello, y pensé que lo más sensato era dedicarme a enseñar.

—Aun así, Elena, te propongo algo: me gustaría que no dejaras de escribir. Creo que podrías llegar lejos también como autora.

—Pero... no creo que eso sea posible. Al menos para mí —respondí un poco confusa por aquella propuesta. Esperaba que ella me pusiera los pies en el suelo, no todo lo contrario.

—¿Y por qué piensas eso?

—No sé. Nunca he pensado que mis historias pudieran interesarle a otra gente.

—Eso no lo sabrás nunca si no lo intentas. Darse por vencido antes de empezar no es lo que te hemos inculcado en esta escuela. ¿Me prometes que por lo menos le darás una oportunidad a la escritura?

—Aunque me lo haya intentado negar dos veces, la verdad es que nunca podría dejar de escribir. De modo que sí, se lo prometo. Y si algún día puedo ganarme la vida con ello, mejor.

Seguía viéndolo imposible, pero no quería volver a llevarle la contraria a la directora. No era consciente en aquel momento de cuánto me costaría mantener mi promesa.

Con el transcurrir de las semanas, el estado de Juanita seguía siendo una incógnita, al menos para mí: había días en los que la esperanza incluso de que se curara existía, pero otros vaticinaban el peor de los desenlaces. Mi tía me llevaba algunas tardes a estar con mi amiga; eso es algo que no olvidaré nunca, a pesar de todo lo que había pasado entre nosotras y de lo que quedaba aún por suceder. En algún punto estuve quince días sin verla porque el médico le recomendó reposo absoluto y sin visitas.

La enfermedad de Juana me hizo madurar de golpe. Era evidente que desde que llegué a Madrid había tenido que asumir muchas cosas

impropias de mi edad, pero aquello fue la puntilla. Ver el miedo tan cerca, encima en una chica tan joven; sentir la impotencia, la desesperanza, la injusticia..., no entender, renegar por dentro de aquel Dios del que tanto se hablaba y al que doña Rosa me había enseñado a respetar...

Yo me debatía entre el enfado por que aquella deidad suprema que supuestamente amaba tanto a sus hijos se hubiera olvidado de Juanita y la necesidad de creer en ese Dios todopoderoso que era el único que podía hacer que se curara. Algo en el fondo de mi corazón renegaba de la religión, de esa fe innegociable e incuestionable que siempre me trataron de imponer, pero en aquel momento podía más la necesidad de aferrarme a algo. Así que todos los días rezaba: rezaba mucho, por la mañana, a mediodía, antes de dormir..., incluso comencé a escribir sobre ello. Alternaba en mis cuartillas mis desahogos por la situación con oraciones inventadas en las que rogaba a Dios o a quien correspondiera que acabara aquella pesadilla.

Y un día todo cambió. Era lunes, estábamos en Francés con doña Rosa y, como era habitual desde la ausencia de Juanita, yo estaba sentada sola en un pupitre para dos.

Estaba ensimismada en una redacción que nos había mandado hacer la profesora y que debía versar sobre las cosas que nos hicieran felices. De pronto, se abrió la puerta y apareció mi tía: algo no solo poco habitual, sino que a mí se antojó como un auténtico signo de malas noticias.

Me levanté inconscientemente de la silla y la miré. Ella entró y, sin dirigirse a mí ni tan siquiera con los ojos, se acercó a doña Rosa y le susurró algo al oído. Ambas me miraron y la directora asintió. A la vez, la tía Victoria me hizo un gesto con la mano indicándome que la acompañara.

Al salir del aula, me agarró de la mano, algo que no hacía salvo en contadas ocasiones.

—¿Qué pasa, tía?, ¿qué pasa? —le pregunté desesperada, olvidándome del «señora» y de cualquier tipo de formalidad de esa índole.

—Acompáñame, Elena, tranquila —respondió ella sin soltarme.

Me guio hasta la cocina y allí estaba. Desde el pasillo pude ver al padre de Juanita, que esperaba de pie. Una lágrima recorrió mi cara al entender que lo más triste, mi peor pesadilla, se podía cumplir, que la

posibilidad de haber perdido a mi amiga se hacía más real que nunca y que aquella visita era una deferencia de su papá para contárselo a la persona que más la quería después de él mismo.

Mi tía me soltó la mano y entré en la cocina casi corriendo, con la idea de abrazar a aquel hombre que tanto sufrimiento debía de arrastrar y que de alguna manera nos consoláramos mutuamente.

Pero al traspasar la puerta, me recibió con una sonrisa. Durante unos segundos yo no entendí nada. Hasta que giré la cabeza y la vi. Juanita estaba sentada en una silla junto a la mesa de la cocina. Con los mofletes colorados y los ojos verdes abiertos como nunca antes. Y se echó a llorar. Y yo me eché a sus brazos. Y lloramos juntas. Juanita estaba mejor. Yo no sé si los médicos, o Dios o todos juntos habían terminado con aquella enfermedad y habían salvado a mi mejor amiga, pero me daba igual.

—¿Te han dado el alta? —pregunté entre sollozos.

—Bueno, me han dado un descansito, me han dicho que estoy un poquito más fuerte y que me vendrá bien hacer vida normal. Pero tendré que ir a revisión todos los meses. Eso sí, bailar todavía no puedo, ¿eh? Que te conozco y te vas a poner a hacer planes.

Yo me reí, estaba feliz de verla así. Aún parecía un poco débil, pero nada que ver con las últimas veces que la había visitado.

—¡Qué alegría tan grande! —Volví a abrazarla.

Mi tía y don José nos miraban conmovidos.

—Entonces, ¿nos vamos para clase? Así saludo a las demás.

Juanita estaba allí conmigo, por fin, y ya nada nos iba a poder separar. Por lo menos, parecía que la vida nos daba un respiro. Ese instante fue el segundo en que fui verdaderamente feliz desde mi llegada a Madrid.

37

Enhebra

A las pocas semanas de aquel rencuentro, Juanita pudo presentarse a exámenes extraordinarios y, aunque al principio estaba bastante débil, poco a poco fue recuperando esa energía que la caracterizaba y consiguió que yo también recuperara la mía. La ayudé a preparar lo que se había perdido y eso hizo que pasáramos más tiempo juntas. Ya había acabado el curso, era final de junio y la perspectiva de las vacaciones con Juanita casi en plena forma me hacía muy feliz.

Una noche anterior al cuarenta de mayo, eso seguro porque de la chaqueta no nos libramos, salimos como siempre a dar un paseo hasta el Palacio Real, pero esta vez íbamos mi tía, Adolfina, Javier, Juanita y yo.

Mi amiga y yo íbamos agarradas del brazo y detrás iban los mayores, como yo los llamaba, porque, aunque Javier era más de nuestra edad, se comportaba como un señor. O eso me parecía a mí.

—Pues sí que es guapo —me dijo Juanita.

—Anda, ni me he fijado —mentí.

—¡Vaya que no! Otra cosa es que le tengas manía porque a tu tía le encanta y tiene prisa por colocarte. —Ella siempre tan directa.

—Que no le tengo manía.

De repente, y sin que nos diéramos cuenta hasta que estuvo muy cerca, Javier dejó el grupo de atrás y se puso a nuestra altura. Nos quedamos calladas al instante.

—Pero bueno, no hace falta que se callen, señoritas. Que no muerdo.

Silencio. Un segundo, dos, tres. Por fin, una de las dos se atrevió a abrir la boca. Y no fui yo.

—Perdone, señorito Javier —respondió Juanita—, por suerte no ha llegado usted dos minutos antes. —Ella parecía divertirse con la escena.

—Cada vez que me habláis así, de usted, me echáis quince años encima, y solo soy seis mayor que vosotras —dijo él bajando la voz.

Silencio. Juanita me apretó la mano en señal de algo que no entendí.

—¿Os gusta esta zona de Madrid? Es bonita, ¿verdad? —Él parecía tener ganas de continuar con la conversación. O de empezarla.

—Sí, a mí me encanta —dije a la vez que una sombra me caía sobre los ojos al recordar que me gustaba tanto porque me recordaba a Mateo.

—En Sevilla tenemos lugares todavía más bonitos.

—Bueno, más bonitos, ¿por qué? —A Juanita no le había gustado mucho el comentario.

—*Mi arma,* más bonitos o más pintorescos, si quieres.

—Pues será cuestión de gustos, digo yo. —Ella era así: al más mínimo error, te torcía el gesto hasta vete tú a saber cuándo.

—Seguro que es precioso también —dije yo intentando calmar las aguas.

Seguimos paseando un poco más y Juanita de pronto se disculpó diciendo que tenía que irse a ayudar a su padre en no sé qué menesteres y nos dejó allí plantados sin más explicación. Parece que la conexión entre ellos no había ido demasiado bien. Pero no me preocupé, conmigo al principio también había sido así.

Mi tía y Adolfina seguían unos metros por detrás de nosotros. Nos habíamos quedado prácticamente solos y yo no me sentía demasiado cómoda.

—Elena… —empezó Javier—, quiero decirte algo.

Me eché a temblar, ¿qué quería decirme aquel muchacho? No acababa de verlo como parte de mi vida, aunque estuviera en ella casi de forma constante. Es cierto que me encontraba a gusto a su lado cuando había más gente, pero seguía sin entender aquellos movimientos extraños que todo el mundo hacía para que nos quedáramos aparte. Estar casi solos, como en aquel instante, eran palabras mayores para mí. Únicamente había estado con ese grado de «intimidad» con un hombre cuando me iba a pasear con Mateo siendo solo unos críos.

—No te asustes —se echó a reír—, es solo que me gustaría que no me juzgaras por la apariencia. Que no soy como esos pretenciosos que hacen alarde de todo lo que tienen. Yo vengo de una familia normal, y

solo a base de trabajo y un poquito de suerte he conseguido estar donde estoy. A mí me da igual el vestido que lleves, o si tu familia tiene más o menos. Solo quería decirte que me gusta mucho estar contigo. Y que me gustaría, si tú quieres, que sigamos pasando momentos juntos.

Se me dibujó una sonrisa. No pude evitarlo. Se me juntaron mil sensaciones, me sentía halagada por tanto interés, realmente me gustaba lo que me había dicho, para mí la humildad era algo muy importante, pero nunca me había planteado nada con nadie desde Mateo. Aunque había pasado tanto tiempo...

Me acercó el brazo para que lo agarrara, y así lo hice, mirando de reojo a mi tía, que no pareció escandalizarse.

—¿Por qué se ha ido tu amiga?

—No tengo ni idea, imagino que tendría que ayudar a su padre con algo, al menos eso ha dicho.

—Pues a mí me parece que no le he caído muy bien.

—Ella es así al principio, pero seguro que cuando le conozca, cambiará de opinión si es que la que tiene ahora no es buena. Que ya le digo que seguro que es una sensación y que le ha caído usted en gracia.

Javier sonrió y me acarició la mano que tenía agarrada a su brazo. Un escalofrío me recorrió la espalda hasta llegar a la nuca.

38

Muchos sobres y una conversación

Desde el día del intercambio de dinero en la iglesia con aquel hombre, mi tía había espaciado las salidas y me había dejado poco margen de maniobra a mí, que estaba dispuesta a rebuscar en su cuarto a ver si encontraba nuevos indicios de lo que se traía entre manos o, incluso, me atrevería a seguirla de nuevo. Pero aquella duda me corroía. Lo que sí hacía a menudo era pasar muchas tardes con Adolfina, se habían vuelto inseparables.

No era difícil oír cómo comentaban y cotilleaban todo lo que se les ocurría en el rellano del tercer piso, justo donde estaba el banquito para descansar. Aquello era un oasis para murmurar lo que les viniera en gana sin que nadie las oyera. O eso pensaban ellas.

Yo, que me estaba haciendo una experta en afinar el sentido del oído, no perdí oportunidad, una tarde de aquellas, de escuchar lo que hablaban. Me asomé con sigilo a la barandilla de las escaleras, con cuidado de que no me vieran, y me quedé allí.

Mucho blablablá, mucho qué feo se ha puesto el niño de la Puri, sí, pues la hija de la Juani anda que es guapa... Me estaba empezando a aburrir cuando oí que mencionaban el nombre de Javier. Y cuál fue mi sorpresa cuando hicieron lo propio con el mío.

—Hazme caso, Adolfina, tú fíjate qué suerte hemos tenido —oí que decía mi tía.

—Bueno, está por ver, pero sí que tiene buena pinta. Y no veas si matas pájaros de un tiro.

—Claro, pero esto no lo hago por mí, ¿eh? Que yo no soy así. Encarrilo a la niña y me quedo tranquilita. La vida resuelta para la familia, que ya es hora de estar donde nos corresponde. Nada más se puede pedir.

—Bueno, pero tendrán que querer los implicados, ¿no? No veo yo claro que el señorito Javier, con todas las posibles que tendrá, se vaya

a fijar en la niña, que ni tiene dote ni casi edad —dijo la vecina.

—¡Como si eso fuera determinante! Y qué dote ni dote, si ya tiene él para mantener a su familia, a la mía y a la tuya si fuera necesario.

—Bueno, y la niña..., ¿ella estará por la labor?

—¡Vaya! Y si no está, tendrá que ponerse. Y no hay más que hablar.

No me podía creer lo que oía. Bueno, en realidad sí. Sentía una rabia tremenda y ganas de llorar. Me senté en el suelo y, de pronto, me di cuenta de que mi tía tenía razón. Y, aun así, nunca me había sentido tan utilizada. A ella le daba igual lo que yo sintiera. Era un mero seguro de vida, un instrumento para lograr lo que siempre había querido: estatus.

Estaba claro que el dinero le interesaba, y mucho. Seguí escuchando y oí cómo mi tía le comentaba a Adolfina que tenía hora en el ambulatorio, que a ver si no tardaban mucho, que siempre que iba perdía toda la tarde. Y decidí que aquella era mi oportunidad para revolver su cuarto en busca de algo que me esclareciera su relación con el hombre de la iglesia.

Corrí a su habitación en cuanto vi que se despedía de Adolfina y traté de registrar cada recodo sin que se notara mi paso. Todo seguía como siempre, salvo por un detalle: un cajón de la coqueta no cerraba bien. Intenté meter la ropa interior mejor ordenada, pero no había forma de que quedara perfecto. Entonces decidí sacarlo para ver dónde estaba el problema. Seguía sin cerrarse. Pasé la mano con suavidad por el interior del cajón y noté que la madera del fondo estaba algo suelta, agaché la cabeza para asomarme y vi que era un falso fondo y que podía quitarse esa tabla con facilidad. Cuál fue mi sorpresa cuando vi un montón de sobres y, al sacarlos, todos tenían el mismo nombre escrito sobre ellos: «Daniel», y al lado el nombre de cada mes: «junio, julio, agosto...». Estaban sin cerrar, así que los abrí para ver qué contenían. Todos estaban llenos de dinero. Un fajo de billetes similar al que había dado al hombre en la iglesia.

¿Quién sería aquel chico?, ¿por qué le daba aquel dinero? ¿Sería una cuestión política? Había oído que algunas personas colaboraban con grupos contrarios al régimen, tal vez ese tal Daniel era parte de uno de ellos y mi tía estuviera participando en aquello. De pronto temí por ella, ¿y si la estaban extorsionando? En esa época de dictadura se producían muchas desapariciones y tal vez mi tía estuviera en peligro.

Coloqué la ropa tal y como estaba dentro del cajón; después de dejarlo todo perfecto, con el corazón desbocado salí de allí sin dejar rastro. Empezaba a estar preocupada, no podía compartir nada de eso con nadie, aún no sabía de qué se trataba en realidad. Ni siquiera podía contárselo a Juanita, quizá fuera peligroso.

Esa tarde iba a verla, pero sabía que nuestra conversación iría por otros derroteros. Decidí que seguiría investigando sobre el asunto de mi tía hasta tener algo claro; mientras tanto, bastante tenía con ocupar mi mente con Javier y lo que acababa de escuchar en el rellano.

Me sentía frustrada. Si era sincera conmigo misma, Javier me gustaba, pero el hecho de enterarme de que me lo querían imponer me hacía rechazarlo.

Todos estos pensamientos solo podía compartirlos con Juanita, que me escuchaba paciente cada día desde que conocí a Javier. Que si quién es este hombre, que si es hombre o chico, que por qué mi tía le tiene tanta estima, que mira qué majo en las carreras, que si la verdad es que tiene buen porte, que si es guapo, que si fíjate tú...

Mientras estábamos tumbadas en el suelo de su habitación escuchando una radionovela, me dijo:

—¿Te das cuenta de que te pasas el día hablando de Javier?

—No, es que como acabo de escuchar la conversación de mi tía... —me justifiqué.

—No, si no te lo digo como algo negativo, solo que te des cuenta de que quizá lo tienes en la cabeza más de lo que crees.

Me quedé callada, algo avergonzada.

—Que no es que me importe, ¿eh? Solo que me hace gracia —dijo, aunque en su cara no se dibujaba ni por asomo una sonrisa.

—Bueno, ya, pero... qué quieres, si lo tengo hasta en la sopa.

—Sí, sí, en una sopa lo querrías tener tú, ¡para comértelo! —Ahora sí sonrió.

—¡Calla! No digas esas cosas ni de broma, cualquiera que te oiga...

¿Comer? Pero si yo, pobre de mí, solo sabía lo que era un beso y de refilón. Ni cómo se hacían los hijos me habían explicado. Mucha cigüeña y mucho París, eso sí. Que no me había caído de un guindo para creerme eso y que Juanita estaba más ducha que yo en aquellos menesteres, al menos en la teoría, pero la realidad es que las dos

estábamos muy perdidas.

—¿Te gusta?

Permanecí callada durante unos segundos. ¿Me gustaba? Sí, pero..., siempre había un pero. Y el pero tenía un nombre: Mateo. Me sentía fatal, sentía que lo estaba traicionando, aunque la realidad es que habían pasado años y que no había vuelto a saber de él.

—Sí, me gusta. —Era la primera vez que lo verbalizaba.

—Pero...

Cómo me conocía, por algo era mi mejor amiga. Sonreí.

—Pero no siento lo mismo que con Mateo. Y además, sigo echándolo de menos.

—A ver, Elena, yo no tengo ni idea, pero sabes que me encantan las radionovelas y estoy todo el día enganchada, así que algo he aprendido: no se puede querer a todo el mundo igual. Y si realmente sería tan bueno para tu familia que te casaras con Javier, aunque te moleste lo que le has oído a tu tía, deberías planteártelo. Yo no te voy a mentir, hay algo que no me gusta, pero no sé qué es, no lo conozco, así que no me hagas caso. Igual es el momento de no pensar en ti, sino en la gente que te importa. —Juanita parecía reflexionar en alto.

—Ya... —No estaba muy convencida.

—¿Te cuento una cosa? —dijo—. La vez que me fui, cuando estábamos paseando cerca del Palacio Real, lo hice porque tu tía me lo pidió. Yo ya sabía que tenían interés en que te ennoviaras con Javier. Espero que no te enfades —soltó todo de carrerilla, como si lo hubiera ensayado y lo guardara dentro dispuesto a escupirlo en cuanto pudiera —, yo solo quería volverte a ver contenta, como cuando me hablabas de Mateo, y que dejes de echar tanto de menos a tu familia, y que tengas una vida mejor. —Bajó la mirada, parecía avergonzada.

—Pensé que te caía mal y no querías estar allí.

Me miró a los ojos. Me dolía que me hubiera ocultado aquello, pero era imposible que me enfadara con ella.

—No pasa nada, Juanita, lo entiendo —la tranquilicé—. Y te agradezco tu sinceridad. Sé que tienes un corazón gigante. Lo que pasa es que me da miedo. Y tampoco sé si este chico tiene interés en mí. ¡Al fin y al cabo soy una niña para él!

—Bueno —contraatacó Juanita—, que ya tenemos casi dieciséis, y nadie dice que os caséis ya ya, podéis conoceros y esas cosas, todavía tienes que acabar el bachillerato. No puedes casarte todavía.

—En eso tienes razón.

Lo que no quería era que nadie decidiera por mí. Si tenía que estar con Javier, que fuera porque era mi decisión.

Pero mi querida tía tenía otros planes.

39

Un vestido con ínfulas

El mes de julio hizo su aparición y por fin llegaba el momento de ir a Asturias para estar unas semanas con mi familia. Me moría de ganas, pero a la vez había un pequeño asunto que me echaba para atrás: iba a estar mucho tiempo sin ver a Javier. Me había acostumbrado a su presencia. Por otro lado, el médico le había recomendado a Juanita que no viajara, así que nuestra idea de pasar parte del verano juntas con mi familia se había desvanecido.

Sentada en aquel vagón en el que años atrás había iniciado una nueva vida, me sentía muy cambiada. Tenía la sensación de que podía conseguir cualquier cosa que me propusiera, y también que nada podía hacerme daño ya. El trato de mi tía, la soledad de Madrid, la marcha de Mateo, la enfermedad de Juanita..., todo había hecho callo en mí. Ahora la perspectiva era bien distinta: acabar el bachillerato, pasar el verano con mi familia, seguir conociendo a Javier, Juanita casi recuperada..., y todavía sentía habitualmente algo que me atenazaba el estómago y que no sabía traducir.

En Avilés estaban esperándome mi madre y Lu. Mi hermana salió corriendo en cuanto me vio para abrazarme.

—¡Pero cuánto has crecido! —exclamé. Dejé una niña unos meses atrás y de repente tenía ante mí a casi una mujer.

—Bueno, hija, que solo tengo un año menos que tú. No me iba a quedar enana. —Parecía que el carácter también se le había despertado.

Mi madre y yo nos reímos mientras ella ponía los ojos en blanco. Efectivamente, nos llevábamos un año, pero yo parecía casi su madre. Había mucho contraste entre su ropa y la mía: ella usaba un vestido hecho por nuestra madre, yo llevaba uno a medida de los que me había comprado mi tía y que, en Asturias, llamaba mucho la atención. Todo el mundo se volteaba para mirarme. Mi hermana torció el gesto

en algún momento.

—Están todos en casa esperándote para irnos a la playa —dijo mi madre—, he preparado unas tortillas para pasar allí el día.

—Tortillaaaaaa —grité—. ¿Sin cebolla? ¡Dime que sin cebolla, por favor!

—Síííí, te he hecho una sin cebolla. Como siempre.

Lu me agarró la mano y tiró de mí hacia la parada del autobús que nos iba a acercar al piso. No calló en todo el trayecto. Que si los hermanos no sabes lo grandes que están, que si el vecino de arriba es guapísimo y le tengo que conocer, que si papá y mamá a veces nos sacan a comer a restaurantes y todo... Creo que me perdí la mitad de las cosas que me dijo, pero estaba feliz de estar allí con ellas.

—Pero cuéntanos tú algunas cosas, anda —dijo entonces mi madre—. ¿Cómo está la tía?

—¿La tía? Bien, bien.

—¡Caray!, ¡hay que sacarte las cosas con sacacorchos! —me espetó mi hermana—, vienes toda elegante y ya ni hablas. Y además me has dado un abrazo muy soso. Me gustaba más la otra Elena.

Mi mirada se ensombreció. Sabía que Lu decía eso para hacerme rabiar, pero en toda broma siempre hay algo de verdad, y eso que decía ella también lo sentía yo. Había algo en mí que había cambiado. No me salía dar un abrazo con todo el cuerpo, ni gritar o reírme como antes. La educación de la capital servía para según qué cosas, pero parecía que la espontaneidad inherente a mi edad había desaparecido. Me la habían robado.

—Bueno, Lu. No la atosigues, que acaba de llegar. —Mi madre salió a mi rescate—. No hagas caso, cariño. En unos días te sentirás otra vez como en casa.

—Es que esta es mi casa, mamá. Donde estéis vosotros.

Aquel día en la playa fue increíble, durante unas horas olvidé todo lo que dejaba atrás en Madrid y me sentí como una más con mis hermanos y mis padres.

—No sabes cuánto te echamos de menos, mi vida —me dijo mi madre mientras me recogía el pelo en unas trenzas, las dos sentadas en la arena.

—Y yo a vosotros.

—¿Cómo es tu tía contigo? ¿Te trata bien? —Era evidente que aquello le rondaba la cabeza y la preocupaba.

No quería mentirle.

—Pues depende. No siempre.

Mi madre paró de golpe y me soltó el pelo. Pero no dijo nada. Al cabo de unos segundos, siguió con su labor.

—No lo voy a permitir —acertó a decir al cabo de un par de minutos—, si ocurre algo con ella, prométeme que me lo contarás.

Me quedé callada.

—Prométemelo.

No estaba segura de poder cumplir mi promesa.

—Te lo prometo.

Esas semanas fueron un sueño. No tenía que limpiar todo compulsivamente, como ocurría en la escuela, mis padres me dejaban salir y entrar en casa a mi antojo, no tenía que estudiar sin parar, podía escribir siempre que me apeteciera y toda mi familia me llenaba de cariño.

El único pero es que había gente en el barrio que me miraba con desprecio y oía murmurar cosas como «la señoritinga esta que viene de Madrid y no sé qué se cree». Tenía gracia: en Madrid era una forastera con aires pueblerinos y en Asturias era una madrileña con ínfulas de capitalina.

En cuanto pude, dejé de ponerme los vestidos que me había regalado mi tía y usé la ropa de Lu. No me sentía cómoda viendo cómo la gente hablaba de mí a mis espaldas, prefería pasar desapercibida. Además, tenía todo lo que me importaba: el cariño de mi familia. ¿Qué más daban los vestidos?

40

Helado de pistacho

Comenzaba sexto, a punto de los dieciséis y era mi último curso en la escuela antes del preuniversitario.

Volver a Madrid se me hizo menos duro de lo que preveía. Parece que mi subconsciente me daba pistas sobre las ganas que tenía de ver a Javier. Bueno, esto es un eufemismo, la realidad es que me tiré todo el verano pensando en él y en lo que me hubiera apetecido compartir aquellos paisajes a su lado. Mi inevitable inseguridad afloró en cuanto regresé, y me pregunté si él seguiría por la labor. Pero las dudas ni siquiera tuvieron tiempo para instalarse en mí: desde que llegué me buscó y nos pasábamos casi todas las tardes haciendo cosas diferentes. De su brazo conocí el lago del Retiro y la Puerta de Alcalá, y hasta me prometió llevarme a ver un partido del Real Madrid en el Bernabéu. Por supuesto que seguíamos sin estar solos en ningún momento, mi tía bien se cuidaba de salvaguardar la honra de su sobrina. O más bien la suya propia, pensaba yo.

Me había acostumbrado a tenerla pegada a la nuca, era evidente que no me dejaría hacer nada por mí misma, pero no me molestaba como otras veces, porque yo tampoco pretendía precipitarme con Javier. Me gustaba ir descubriendo cosas de él sin prisa, ir viendo si realmente me gustaba y si él se preocupaba también de verdad por mí y no era solo un capricho.

A pesar de todo, no me costó darme cuenta de que mi tía, cuando podía, trataba de dejarnos solos de alguna forma. Por supuesto, nunca en la calle, pero aprovechando que él estaba de huésped donde Adolfina, si estábamos subiendo a la escuela y nos encontrábamos en las escaleras, siempre se adelantaba y nosotros nos quedábamos conversando. A mí me parecía increíble ese doble rasero, pero me venía bien, pues, aunque ya era costumbre, también estaba bastante cansada de no tener nunca intimidad ni con mis amigas ni,

obviamente, con ninguna persona del sexo opuesto.

Hay un día que no olvidaré. Mi tía y yo volvíamos de hacer recados, de la frutería y la mercería, pues necesitábamos unas telas para una exposición de manualidades que íbamos a hacer en clase, cuando oímos que se cerraba una puerta de los pisos superiores. El corazón me dio un vuelco, como sucedía cada vez que me cruzaba con Javier. Seguimos subiendo, mi tía como si no hubiera oído nada y yo simulando total indiferencia, hasta que me llegó su olor, un perfume profundamente varonil, ese tipo de aromas que se te pegan y que hacen que recuerdes a su portador durante horas. Y dio la casualidad de que nos fuimos a cruzar justo en el descansillo. En el banquito del tercero.

—¡Hombre! ¡Dichosos los ojos! Buenas tardes, doña Victoria. ¿Cómo está? ¿Qué tal, señorita Elena?

—Bien, hijo, de recados, como casi siempre —respondió mi tía con el resuello todavía cortado—, ¿y usted?

—Pues yo me disponía a dar un paseo ahora mismo. ¿No querrán su sobrina y usted permitirme que las invite a un helado? —dijo complaciente.

—Uy, querido, pues claro que queremos. La niña solo piensa en helados de pistacho. Pero yo tengo que guardar toda esta fruta en el frigorífico antes de que se ponga mala. Elena, niña, deja esas bolsas ahí e id bajando vosotros, que ahora os alcanzo.

—Lo que pasa es que es miércoles. Tengo que estudiar, tengo un examen de Formación del Espíritu Nacional el viernes, ¡no puedo! —repuse. Me apetecía mi helado de pistacho y estar un rato con Javier, pero me podía la responsabilidad, y esa asignatura no era precisamente mi fuerte.

—Anda, anda, que va a ser solo un rato. ¡Muévete! —dijo mi tía.

—Lo siento, pero no —respondí con firmeza, y me dirigí a Javier —: Se lo agradezco de corazón. Pero primero el deber y luego la devoción. Tengo un examen importante en solo dos días.

Hacía mucho que no le llevaba la contraria a mi tía, pero no me quedaba otra si quería aprobar la asignatura. Se quedó con la boca abierta, indignada. Pero no me gritó, como hubiera hecho en cualquier otra ocasión, seguramente por la presencia de Javier.

—De acuerdo, Elena, por supuesto. —Parecía decepcionado—. No tienes de qué preocuparte. Lo primero es lo primero. Y para ti son

los estudios, lo entiendo. Nos vemos pronto.

Y se marchó. Yo seguí a mi tía escaleras arriba, con cierto miedo de que brotara su ira; sin embargo, se limitó a no dirigirme la palabra. A su manera, había respetado mi decisión por una vez.

A la mañana siguiente vino un mensajero. Traía un tarro de helado de pistacho y una notita: «Mucha suerte en su examen, señorita Elena. Con cariño, Javier».

Me lo desayuné henchida de gozo. Desde luego, me lo estaba poniendo difícil para no desear pasar más tiempo con él.

El sábado siguiente salimos a dar un paseo antes de hacer la compra en el mercado de San Miguel. Los soportales estaban a rebosar de bares, de mesas y de gente. Los coleccionistas de sellos hacían el agosto con los turistas que copaban la plaza Mayor, mientras que todos, locales y forasteros, descansaban de la rutina madrileña tomando un buen vermú y un bocadillo de calamares. Me encantaba mirar aquellos mostradores repletos de sellos y de monedas, llegaba gente de todas partes buscando la pieza que les faltaba para su colección. Mi tía tenía que tirar de mí porque me quedaba obnubilada.

En esas estábamos cuando nos encontramos a Javier, que tomaba cervezas con unos amigos. Enseguida se levantó para saludarnos. Llevaba unos pantalones de algodón con tirantes y, debajo, una camisa muy ligera de color blanco. Distaba bastante de lo arreglado que solía ir habitualmente, con chaqueta, traje, mocasines..., se notaba que estaba relajado. Me pregunté si algún día formaría parte de uno de esos grupos que tomaban cañas y no tenían que dar explicaciones a nadie.

Cuando nos acercamos, lo saludamos a él y luego a los otros dos chicos con los que se encontraba, que nos devolvieron el saludo amigablemente.

—¿Qué tal tu examen de Formación del Espíritu Nacional?

—Me salió de diez. —Sonreí—. Creo que tuvo mucho que ver el helado de pistacho. Gracias.

—No hay de qué.

Mi tía nos miraba con los ojos entrecerrados y parecía incómoda.

—Estas mujeres me han ayudado mucho desde que llegué —les contó Javier a sus amigos, que me observaban con curiosidad—. No hay como que te acojan en una ciudad nueva para sentirte como en casa. Y Elena es todo un talento en la escuela, ¿verdad? Y muy

responsable.

Me sonrojé. Mi tía, por primera vez, parecía tener prisa por marcharse.

—Mucho gusto en conocerles, señores, nosotras vamos a seguir con nuestro cometido, que nos toca hacer la compra. Que disfruten. Nos vemos a la tarde, don Javier.

—Así será, que lo compren ustedes bien.

Seguimos andando y me atreví a preguntarle a mi tía:

—¿Cómo es eso de que nos vamos a ver más tarde?

—Sí, vamos a ir al teatro.

—¿Quiénes? A mí no me habéis preguntado.

—¡Ni falta que hace! ¡Serás desagradecida! ¡Seguro que preferirías estar ahí con tus libros, metiéndote tonterías en la cabeza! Mejor será que te dé el aire y hagas algo de provecho, para variar.

—No creo que leer sea meterme tonterías en la cabeza —respondí.

—¡Que no me contestes! —gritó y, dándose cuenta de que estábamos en medio de la calle, bajó la voz—: Vamos a ir al teatro y no se habla más.

Por cada paso que daba hacia delante, ella conseguía echarme dos hacia atrás con sus imperativos. Y daba igual que le llevara la contraria o intentara imponer mis deseos. Lo que yo quisiera era, siempre, lo de menos.

41

El teatro

Comí el cocido que había preparado mi tía con la mirada clavada en el plato. Bullían dentro de mí las ganas de ir al teatro en general y con Javier en particular, pero el hecho de que fuera un plan organizado por mi tía sin siquiera preguntarme me tenía llena de ira. Además de tener que aguantarla a ella, que por supuesto iría de carabina.

—Javier vendrá a las cinco a por nosotras, pasa por mi habitación a las cuatro y media y te peino —fue lo único que me dijo durante la comida.

Cuando se fue a echar su siesta, llamé a Juanita y aproveché para invitarla. Estaba segura de que le encantaría y así yo no me sentiría tan nerviosa. Quería tenerla cerca. Y si decía que sí, mi tía no sería capaz de negarse.

—¿Qué tal estás?

Su voz al otro lado del teléfono no mostraba mucho ímpetu.

—Bueno...

—¿Solo bueno? ¡Yo que te llamaba para invitarte al teatro! —Traté de animarla con mi mejor tono festivo.

—No creo que pueda, Elena, he estado vomitando toda la mañana.

Guardé silencio, esperaba que fuera una simple gastroenteritis, se suponía que lo peor de su enfermedad ya había pasado.

—Te habrá sentado algo mal, no te preocupes. Te prometo que iremos otro día.

—Sí, sí, seguro que ha sido eso. Pasadlo muy bien y me cuentas después con lujo de detalles.

—Te quiero mucho.

—Y yo a ti.

Me fui a mi cuarto a intentar descansar antes de que llegara la hora porque, entre unas cosas y otras, me costaba hasta respirar de los

nervios. La conversación con Juanita no había ayudado. Me senté en la cama y miré el armario, que se mostraba abierto de par en par. No sabía qué ponerme y eso que podía elegir entre varios vestidos. Cuando solo tenía el de los domingos no había tanto problema.

No quería algo demasiado llamativo, pero tampoco excesivamente discreto. Me duché y, mientras me estaba poniendo algo de rubor en las mejillas con la ayuda de un pintalabios, como le había visto hacer a mi madre, me di cuenta de que todo el tiempo dedicado a prepararme había estado pensando en Javier. Y me ruboricé.

Mi tía me hizo un peinado con las trenzas habituales, aunque recogidas alrededor de la cabeza, algo que me hacía mayor pero igualmente guapa.

A las cinco en punto sonó el timbre. Salí de mi cuarto con el corazón desbocado por los nervios y cuál fue mi sorpresa cuando me encontré a mi tía, en bata, hablando con Javier.

—Como lo oye, me he empezado a encontrar indispuesta después de comer y nada, que no remonto.

—Vaya por Dios, *mi arma,* ¿quiere que cancelemos entonces el teatro?

En ese momento hice acto de presencia en el recibidor.

—Buenas tardes, señorito Javier.

—Buenas tardes, Elena.

No sé si fue cosa mía, pero me pareció que su mirada se iluminaba.

—¡Nada de cancelar! —se apresuró a decir mi tía—. Va usted con mi niña, que seguro que me la cuida estupendamente. Eso sí, en casa prontito, en cuanto termine la obra, me hace el favor, que luego la gente se dedica a murmurar estupideces.

No me lo podía creer.

—Cuente con ello, doña Victoria. ¿Vamos, Elena? —dijo él acercándome el brazo para que lo agarrara—. Y usted mejórese. Yo le traigo a su sobrina sana y salva.

Me quedé ojiplática, pero la realidad era que nada me apetecía más que aquella inesperada cita a solas. Me estaba haciendo adicta a ese cosquilleo que su presencia me provocaba en las tripas.

Fuimos dando un paseo hasta el teatro Lara, en una zona cercana que yo desconocía.

Con sus cuatro puertas lacadas en rojo, me llamó la atención el contraste entre la gente que entraba y los que deambulaban por el barrio. Señoras y señores de buen ver, vistiendo con sus mejores galas, mientras la gente de origen humilde que paseaba o que vivía por la zona los miraban abrumados ante tal exhibición de poderío. Me costó darme cuenta de que yo no estaba para nada alejada de aquellas personas que entraban a ver el espectáculo.

—A este teatro también se lo conoce como La Bombonera de don Cándido y es una imitación del Palais-Royal de París —dijo con un perfecto acento francés.

Me pregunté por qué le costaría tanto pronunciar todas las letras en castellano y se le daba tan bien el francés, y me reí para mis adentros.

—¿Qué vamos a ver? —Estaba maravillada.

—Veremos *Los intereses creados,* una obra que se estrenó en este mismo sitio hace ya muchos años y que hoy vuelven a poner. Creo que nos gustará mucho.

El olor a madera y pachuli lo impregnaba todo, los tonos rojizos copaban la decoración, y me fascinó el fresco que había pintado en el techo una vez nos acomodamos en nuestras butacas. Collares de perlas, pulseras y hasta algún tocado se podía ver, y yo me sentía como en un cuento, mirando a aquel chico tan apuesto que tenía a mi lado y que parecía enorgullecerse también de mi compañía, pues no me soltaba del brazo.

Mientras esperábamos sentados a que la función comenzase, Javier colocó su cara muy cerca de la mía y susurró:

—Elena, ¿te gusta todo esto? Dime cómo estás, cómo te sientes.

Creo que nadie me había preguntado eso nunca con tanto interés y atención, como esperando realmente a oír la respuesta. Una *rara avis*.

—Me encanta, gracias.

—No. Me refiero a cómo estás de verdad, si eres feliz, si te sientes bien —repuso él.

Me tomé unos segundos antes de responder:

—Sí, estoy bien. Tengo mucha suerte de poder estudiar aquí, aunque no esté cerca de mi familia.

—¿Qué te gustaría hacer cuando acabes el colegio?

—No lo sé, quizá enseñar, ser profesora. Y escribir, eso siempre.

—Es verdad, me dijiste que lo hacías habitualmente.

Asentí y él me agarró de la mano. Me gustó mucho sentir el tacto de su piel, aunque también me daba miedo que alguien pudiera vernos, no quería que se enterara mi tía y volviera la pesadilla, o que me intentaran separar de él como hicieron con Mateo. A pesar de saber que a la tía Victoria le interesaba que Javier y yo acabáramos juntos, no tenía muy claro cómo reaccionaría si nos viera en esos menesteres. Así que aparté con suavidad mi mano de entre las suyas.

—No te preocupes, Elena. No va a pasar nada malo —dijo volviéndomela a coger.

Entonces acercó su cuerpo al mío ligeramente y con la mano derecha, la que no tenía entrelazada con la mía, me tocó la mejilla. Acercó su cara a la mía... y me besó. Un escalofrío recorrió mi cuerpo, una mezcla de temor y emoción. No era como Mateo, no; pero mentiría si dijera que no me gustó.

Aquel beso no duró más que unos instantes, pero fue el tiempo suficiente para afianzar algo que parecía estar creciendo poco a poco entre nosotros.

Empezó la función y la sala se quedó en silencio. Estaba oscuro. Javier no me soltó en toda la obra.

Salí de allí flotando, me lo había pasado increíblemente bien con el espectáculo, me había besado con Javier, que estuvo pendiente de mí a cada momento, y, lo más importante, me había sentido libre por primera vez. Sin carabina, sin mi tía diciéndome qué decir o qué hacer. Al llegar al portal nos quedamos parados uno frente al otro; yo estaba muerta de vergüenza. No me atrevía a mirarlo a los ojos. Allí me había besado Mateo la primera vez.

—Elena, si tú quisieras... —fue la primera vez que le vi nervioso —, es decir, si estás dispuesta... —parecía no salirle la voz y tenía la mirada clavada en el suelo—, me encantaría que formalizáramos nuestra relación. Nada me gustaría más. —Solo cuando terminó de pronunciar esas palabras, consiguió mirarme a los ojos.

No sabía qué decir. Estaba emocionada, pero a la vez tenía miedo, había algo en Javier que me intimidaba, aunque verlo casi temblando hizo que, paradójicamente, yo me relajara.

—¿Y mi tía? —Fue todo lo que alcancé a decir.

—¿Tu tía? Pues hablaré con ella, seguro que está encantada. De todos modos, quiero saber lo que piensas tú. Lo de tu tía ya lo iremos

solucionando más adelante. —De pronto volvía a rezumar seguridad.

—¿Yo? Yo quiero, Javier, claro que quiero. —Sonreí y esta vez fui yo la que se puso a temblar.

Me abrazó.

—Me acabas de hacer muy feliz, Elena. Hablaremos con tu tía en cuanto podamos. Vamos, que no se preocupe doña Victoria.

Nos despedimos y subí las escaleras corriendo, pensando en que mi tía quizá estaba molesta porque ya era tarde. Un olor dulzón me recibió cuando entré en casa.

—¿Señora?

Nadie respondió. Miré en las habitaciones, en el salón y me dirigí a la cocina, pero allí no había nadie. «Una de sus habituales ausencias», deduje. Así que tan mal no se encontraba... De repente me di cuenta de que en la mesa había un bizcocho recién hecho y una notita al lado:

«Espero que hayas disfrutado, no tardaré en volver, pero no me esperes despierta. Buenas noches».

Vaya. Aquello sí que nunca me lo hubiera esperado. Ni un reproche, ni una mala mirada, sino todo lo contrario. Mucho mejor así. Pero ya era tarde. ¿Dónde estaría mi tía? «Una salida a estas horas —pensé— solo puede ser porque el hombre misterioso es su amante.»

42

El descubrimiento

Me esperaba cada viernes a la puerta de la escuela para invitarme a pasear con cualquier excusa: un helado, una obra de teatro o simplemente que descubriéramos juntos algún lugar con encanto de Madrid. Por supuesto, ya se había producido la conveniente conversación con mi tía, de lo que no tenía constancia era de que se hubiera hablado con mis padres.

—Uy, niña, eso a su debido tiempo. ¿Quieres preocuparlos? Aquí la encargada de ti soy yo, y si yo doy mi autorización, pues santas pascuas.

No me quedé muy convencida, pero obedecí. Como casi siempre. También porque me interesaba seguir con Javier, quería conocerlo y había algo dentro de mí que me decía que él podía ser la única manera de olvidarme de Mateo de una vez y para siempre.

Habían pasado años, cierto, pero aún podía revivir el intenso dolor de estómago que me dio por no saber qué ocurrió en realidad, por qué no volvió a dar señales de vida. Siempre he pensado que es mejor saber la verdad, aunque duela y te destroce, y necesites días o meses, o incluso años para olvidarla, antes que la incertidumbre. La incertidumbre mata. Y lo hace poco a poco.

Javier era dulce. Muy dulce. Y me cuidaba como nadie. Sobre todo, lo que más me gustaba de él era su capacidad para sorprenderme.

Él sabía perfectamente cuánto adoraba yo leer y escribir y, aunque él era mucho más pragmático y poco dado a fantasías, y pensaba parecido a mi tía en cuanto a que se le ocurrían mil maneras diferentes «de perder el tiempo», no escatimaba en gastos si me oía decir que me gustaría tener este o aquel libro. Él se encargaba de que apareciera en mi mesilla como por arte de magia. O apoyado en un jarrón repleto de flores. La verdad es que me hacía muy feliz.

Y, lo más importante, sentía que me apoyaba en mi sueño. Aunque no le gustara, aunque no lo entendiera. Imaginaba que me daría alas cuando me hicieran falta.

Esos primeros meses fueron perfectos, como si estuviese viviendo un sueño. Hasta que un día todo cambió. Era jueves. Me acuerdo perfectamente. Íbamos camino a comprar un vestido que me había encargado mi tía cuando Javier me pidió que lo acompañara a la tienda de doña Clotilde porque quería comprar unas cervezas para tener en su habitación. No puse ninguna objeción porque, realmente, ya no me suponía prácticamente nada ir allí: con el tiempo había logrado convencerme de que el Mateo al que yo adoraba solo estaba en mi cabeza y que el que realmente existía no había tenido ningún interés en saber de mí a través de los años.

La lechería permanecía invariable, entrar allí era viajar automáticamente a unos años atrás: la misma distribución, la misma temperatura y el mismo olor. El olor..., aquello sí que fue una bofetada de nostalgia que no vi venir.

—¡Elena! ¡Cuánto tiempo! ¿Cómo estás? —Doña Clotilde rodeó el mostrador para abrazarme.

—Bien, todo muy bien, ¿y ustedes?

—¡Fantástico! ¡Qué guapísima te veo! Me alegro mucho. Pero te hemos echado de menos por aquí, ¿eh?

—Ya, es que entre unas cosas y otras, y como mi tía se apaña sola la mayoría de las veces, pues...

—Una caja de cervezas me ponga, por favor —dijo Javier interrumpiendo la conversación.

—¡Pues claro que sí, pareja! —respondió la mujer—. Por cierto, Javier, necesito comentarle algo privado. ¿Elena, cariño, te importaría atender un segundito la tienda mientras hablo con él? —dijo guiñándome un ojo.

—No, claro, faltaría más. Aquí me quedo atenta por si entrara alguien.

¿De qué tenía que hablar doña Clotilde con Javier? ¿Y por qué no podía hacerlo delante de mí?

Estaban en la trastienda, y yo traté, de verdad que intenté por todos los medios, vencer la tentación de escucharlos, pero no pude. En cuanto comencé a oír los murmullos, me pegué todo lo que pude al acceso, cubierto tan solo por unas cortinas, que conectaba con el

cuartito donde se encontraban ellos.

—Sí, doña Clotilde. Está perfectamente.

—Ya imagino, pero mire a ver, don Javier, que quizá pueda hacer algo más con él y mejorarle las condiciones..., qué sé yo —murmuraba doña Clotilde—. No me resulta fácil comentarle estas cosas, pero mi sobrino es tan bueno, tan trabajador... ¿Estudiará subirle el sueldo? Mire que se fue dejando todo atrás en Guinea, que ha tenido una vida complicada, y yo lo que más quiero en el mundo es que sea feliz.

Estaban hablando de Mateo. De mi Mateo. Doña Clotilde y Javier.

No entendía nada. De pronto, el ruido de sus pasos que volvían me sorprendió en estado de parálisis y acabé tropezando con unas cajas al tratar de separarme rápidamente de aquella cortina.

—¿Qué haces en el suelo? —dijo Javier al verme, entre sorprendido y preocupado.

—Me he caído, no sé en qué estaría pensando —respondí rezando para que no atara cabos y se imaginara que podía haber escuchado algo.

Se acercó y me dio la mano para que me levantara. Doña Clotilde permaneció al lado de la cortina.

—Gracias por echarle un ojo a la tienda, Elenita, no olvidéis las cervezas —dijo tendiéndonos la bolsa.

El aire del asfalto me dio una bofetada. Todavía no había salido del impacto de lo que acababa de escuchar. Procuré que no se me notara.

—¿Qué quería doña Clotilde? —pregunté tratando de parecer lo más despreocupada posible.

—Ah, nada, una tontería, comentarme algo de un empleado mío —respondió él haciendo un gesto con la mano para restarle importancia.

¿Empleado? ¡¿Mateo era empleado de Javier?!

No me lo podía creer. Me pareció un movimiento sumamente retorcido por parte de mi tía, porque tenía clarísimo que había sido ella quien lo había orquestado todo. Primero me separó de él y ahora me juntaba con la persona que colaboró, aunque fuera sin saberlo, a que Mateo ya no estuviera allí. Yo sé que Javier no tenía la culpa, estoy segura de que no tenía ni idea de quién era aquel empleado suyo para mí, pero, aun así, me dolía. Fue por mediación de él como Mateo

abandonó Madrid... y a mí.

Fuimos a hacer el encargo de mi tía, pero algo había cambiado en mi interior. No tenía ganas de hablar con Javier.

—¿Te pasa algo?

—No, no, me encuentro algo indispuesta.

—¿Quieres que nos sentemos en aquel banco?

—La verdad es que me gustaría meterme en la cama cuanto antes, si no te parece mal que volvamos ya a mi casa.

Javier me acompañó hasta la puerta y me besó en la frente.

—Mejórate y descansa, mañana será otro día.

No sabía cómo sentirme. Aquella noche fui incapaz de conciliar el sueño, un dolor agudo en el estómago no me dejaba tranquila. Sabía que tenía que quitarme a Mateo de la cabeza de una vez, ya había pasado suficiente tiempo. ¿Acaso él se acordaba de mí? Lo que me había hecho mi tía era demasiado retorcido. Obviamente doña Clotilde accedió porque pensaba que era lo mejor para que Mateo prosperara, pero yo estaba segura de que todo lo había ideado la tía Victoria para separarme de él.

¿Cómo podría volver a mirarla a la cara?

43

La ausencia

Estábamos sentadas en la última fila de la clase mientras el resto de las alumnas pululaban por ahí en el tiempo del recreo. Con la espalda recostada en la pared y jugando con las sillas, nos dedicamos a hablar de lo divino y lo humano, como de costumbre.

—¿Crees que Javier sabe lo que fue Mateo para ti? —me preguntó Juanita tras contarle lo ocurrido.

—No creo. Imagino y espero que no, porque de ser así, ¿qué clase de monstruo sería, intentando estar conmigo solo para separarme de él, por orden de mi tía?

—Vamos a pensar que no. Además, Elena, ¿qué interés puede tener Javier en ti? —repuso Juanita—. Es decir, no hay nada económico que le haga plantearse estar contigo, eso es evidente, así que si te quiere será por algo, porque le gustas, porque se haya enamorado de ti. Digo yo. Y Mateo... Mateo hace mucho que dejó de dar señales de vida, y eso no se hace si realmente te gusta alguien.

No. Estaba claro que no. Sabía perfectamente dónde podía encontrarme y, aunque no consiguiera venir, podría haberme escrito una carta, o haber llamado..., pero no había vuelto a tener noticias de él. Lo último que recordaba, lo último que había compartido con él había sido aquel beso...

Un beso que podía evocar como si fuera ayer. Recuerdo que no quería lavarme los dientes ni la cara, no quería que nada borrara su sabor. No quería que nadie más volviera a rozarme, nadie que no fuera él. Luego la vida..., fíjate. Y aun así, no lo olvidaba. Era imposible.

—Lo que también te digo es que desde que Javier y tú sois novios, no se te ve el pelo —soltó Juanita más divertida.

—¡Anda ya! Si nos vemos todos los días en clase.

—Tú lo has dicho, en clase, que digo yo que podemos seguir

yendo a hacer cosas juntas, ¿o es que Javier no te deja?

—No es eso —repuse.

Pero me quedé pensativa. Era cierto que muchas veces me apetecía ver a Juanita y hacer cosas con ella como antes, pero Javier siempre tenía algún plan conmigo y no me quedaba tiempo libre ni siquiera para escribir.

—Pues espero que podamos ir juntas a bailar alguna vez, que me lo debes.

—¿Pero puedes? ¿No te cansarás demasiado?

—¡Claro que puedo! Ya estoy casi casi bien. Lo dicen los médicos.

—Entonces, por supuesto. Te lo prometo.

Sonreímos y nos quedamos allí, mirando al tendido, satisfechas ambas, mientras nuestras compañeras volvían al aula para seguir con las clases.

¿Qué podría decirle a mi tía para ir a bailar con Juanita? Seguro que no le hacía gracia. Y Javier... Tendría que ser un día que no hubiera preparado ningún plan... Me descubrí poniéndome problemas, como si tuviera que pedirles permiso a ambos cuando, en realidad, solo tenía que darle explicaciones a mi tía.

Y no me gustó nada esa sensación. Y ese sentimiento se me juntó al que ya tenía con respecto a mi descubrimiento sobre Mateo. Juanita tenía razón, pero aquella conversación entre Javier y doña Clotilde me había removido muchas cosas.

Después de enterarme, intenté que Javier no me notara nada, pero me distancié de él inconscientemente. Aunque seguíamos haciendo cosas juntos casi igual que antes, sabía que todavía tenía que pasar algo de tiempo para que la herida que se había reabierto volviera a cerrarse.

Creo que él nunca llegó a darse cuenta.

Al terminar las clases fui a la cocina para tomar la merienda que, presumiblemente, me habría dejado preparada mi tía y me sorprendió no encontrarla allí. Junto a una rodaja de melón había una nota:

Tengo cosas urgentes que hacer fuera de Madrid y no dormiré en casa. Tienes todo lo necesario en la nevera. No te muevas del colegio bajo ningún concepto. Hasta mañana.

Dejé la nota donde la había encontrado y me quedé unos segundos pensativa. Eso no había ocurrido nunca, estaba

acostumbrada a todas las veces que tardaba en volver, seguramente visitando a su amante o lo que fuera el tal Daniel, pero nunca me había dejado sola por la noche. Un escalofrío me recorrió la espalda. ¿Entonces sí estaba ocurriendo algo grave? No me imaginaba a mi tía metida en algo turbio, con la imagen de pulcritud permanente que tenía, pero ya no sabía ni qué pensar.

Aproveché su ausencia para llamar a mis padres y hablar con mis hermanos, a los que raras veces oía. Decidí que no les contaría que mi tía no estaba, no quería preocuparlos, por lo menos no sin antes descubrir qué era lo que estaba pasando en realidad.

44

La propuesta

El último curso de preuniversitario estaba a punto de acabar. Era 1966 y llevaba más de año y medio con Javier. No había sido un camino de vino y rosas, pero había habido más rosas que espinas. El recuerdo de Mateo era solo eso: un recuerdo. No volví a hablar con nadie de él, ni siquiera con Juanita. Me atrevería a decir que no me permití pensar en él. Era como engañar a Javier, y no quería hacerlo.

Después de tanto tiempo, mi tía era más laxa a la hora de dejarme a solas con don Javier, como ella lo llamaba. Nunca en un sitio privado, pero podíamos ir al cine o a cenar sin carabina.

Desde que empezó la relación, mi tía era otra. Parecía haber delegado el yugo que me había impuesto en mi novio. Yo incluso había dejado de lado el misterio del hombre aquel con el que ella se veía porque no tenía suficiente tiempo como para controlar sus entradas y salidas, y ya no sabía en qué punto estaba aquella relación.

—Una mujer joven como tú necesita a alguien que la guíe. Y quién mejor que don Javier. Tu futuro marido, espero.

Ese tipo de comentarios me hacían hervir la sangre, pero, después de tantos años, ya estaba más que acostumbrada. Era lo contrario a lo que me había inculcado mi madre: «Elena, una mujer es igual de válida que un hombre. Que nadie te diga lo contrario. Nunca. ¿Me has oído?».

Esa percepción de mis padres era la que había conseguido que yo estudiara, que acabara el bachillerato y que hubiera luchado hasta el final, a pesar de aquella mujer que tanto sufrimiento me había causado y que pretendía que me convirtiera en un florero. Aunque si algo había aprendido de ella, era a callar. A escuchar y tragar si hacía falta. A no levantar la voz si no iba a conseguir nada. Eso, por desgracia, lo tenía bien interiorizado. Y el dolor de vientre que se ponía de tanto en tanto, también. Somatizar, lo llaman.

Pasaba un par de tardes a la semana con Javier, y el resto las dedicaba al servicio social: una especie de mili para mujeres en la que trataban de adoctrinarnos políticamente, nos enseñaban labores del hogar y nociones básicas de puericultura. Por ejemplo, aprendí a hacer una canastilla para un recién nacido, actividad de una utilidad sin discusión. Apasionante.

No tenía tiempo casi para compartir con Juanita, la relación y los estudios eran absorbentes, ya no la llamaba tanto y me daba vergüenza hacerlo: un año después de mi promesa, aún no había ido a bailar con ella.

Había cogido como hábito dedicar una horita más o menos por las mañanas para construir algo parecido a una novela que tenía en la cabeza. Llevaba meses con ella, aunque no se lo había contado a nadie. Temía hacerlo, sobre todo porque no acababa de verme capaz de escribir algo tan largo. Lo mío eran los relatos breves. O quizá no, pero prefería intentarlo sin tener la presión de nadie.

Caía el sol sobre Madrid y doña Rosa y yo íbamos de camino a La Toja, a comer un pincho de tortilla. No era hora de reina de nata ni de cucurucho de chocolate. Hacía calor, pero aún no era el sofoco del verano sobre el asfalto. Se estaba muy a gusto.

—Y dime, ¿has escrito algo últimamente?

—Ahí voy, ya sabe que intento no parar de hacerlo.

—Ya, pero con el curso, el servicio social, tu relación con Javier..., no sé de dónde sacas el tiempo.

Qué lista era.

—Bueno, ha habido meses imposibles, pero ahora me levanto un ratito antes cada día y me siento a escribir. Estoy... —comencé.

—¿Estás?

No sabía si decírselo porque me supondría más presión. Pero ya que había empezado a hablar me lancé:

—Estoy escribiendo una novela. O, bueno, intentándolo.

Doña Rosa sonrió.

—Sabía que este momento llegaría más pronto que tarde —afirmó.

—¡Pues yo no! —Reí—. Lo que sucede es que no sé si será buena o si lo estoy haciendo bien del todo. O si no seré capaz de terminarla..., tengo mil dudas. Pero, sobre todo, tengo miedo de que no dé el nivel, que usted piense que no vale un duro.

—Querida, simplemente con terminarla tendrás toda mi admiración. No es una labor sencilla. Que se lo pregunten a Fortún, que estuvo años hasta que dio con el personaje de Celia, que tanto te gusta.

—Ah, ¿sí? —Eso sí que no lo sabía.

—¡Claro! Para llegar a algo como eso hay mucho trabajo detrás. Ya sabes las penurias que pasó para convertirse en autora de renombre. Así que no te preocupes si lo que escribes no es lo que soñabas. Lo importante es que, detrás de la primera vez, lleguen más.

Nos sentamos en las sillas frente a la barra y pedimos dos mostos al camarero que nos atendió, vestido con el tradicional uniforme de pantalones negros y camisa blanca.

—Si quiere, puedo dejarle que lea algo de lo que llevo escrito.

—¡Me encantaría! ¿Y puedo saber de qué va?

—Bueno, es la historia de una niña..., creo que es un poco autobiográfica. No sé si es buena idea, porque me da un poco de vergüenza.

Doña Rosa se rio.

—Todas las novelas tienen algo de autobiográfico: si te das cuenta, en las frases de cualquier autor hay, inevitablemente, parte de su personalidad o de su vida. Nadie puede escribir omitiendo por completo sus propias experiencias. ¿Cómo podríamos, por ejemplo, hablar del amor si nunca lo hemos sentido? ¿O de la tristeza? Por eso, las mejores novelas salen del corazón. Lo inventado no llega de la misma forma al lector. Y, probablemente, según pasen los años, tú serás aún mejor escritora porque tendrás un bagaje vital mucho más grande.

—¿Puedo contarle una cosa? —Doña Rosa asintió enseguida—. Desde que vine a Madrid me enseñaron a callar, a no levantar la voz, a no decir una palabra más alta que otra..., y escribir..., escribir me hace sentir libre. Porque puedo volcar todo lo que llevo dentro sin miedo. Por eso quizá nunca me atreva a que nadie lea mis cosas. ¿Y si me juzgan?

—Elena, gracias a escritores como tú, habrá otras niñas que se sientan identificadas y que vean el camino que elegiste tú para refugiarte de lo que te hacía daño. Si no lo haces por ti, hazlo por ellas.

Cuando estábamos a punto de volver a casa, apareció por allí

Javier.

—¡Hola! ¿Qué tal vais? ¿Habéis comido mucho?

Estaba guapísimo, parecía que iba a un cóctel de los cientos a los que lo invitaban porque se había perfumado y peinado a conciencia.

—¡Mucho, hijo! Ya sabes que no nos privamos de nada —respondió doña Rosa.

—Qué bien que estéis aquí las dos porque tengo algo que proponerle a Elena. —Me miró gravemente y yo me asusté—. No es nada malo, *mujé. Au contraire.* Me gustaría que me acompañaras en mi próximo viaje a Sevilla, y así conozcas mejor a mi familia.

—Pero ya los conozco —repuse. Había visto a la familia de Javier en alguna contada ocasión.

—Sí, pero nunca hemos pasado tiempo con ellos, y yo creo que va siendo hora.

Asentí.

—De acuerdo, ya me dirás entonces cuándo sería para organizarme con la tía, que querrá acompañarme.

—Por supuesto.

Doña Rosa se levantó.

—Javier, siéntate tú aquí, que yo debo irme ya. No tardéis en volver para que doña Victoria no se preocupe. Pasad buena noche.

—¿Estás contenta, mi amor? ¿Te agrada la idea?

—Sí..., lo que pasa es que no sé si me aceptarán.

—¿Aceptarte?, ¿y eso cómo es, chiquilla? Ellos no tienen nada que decir sobre ti, que aquí el que elige soy yo —respondió riéndose.

—Ya, pero no quiero que me vean como un bicho raro, ellos, con todas esas tierras, y yo viviendo de prestado...

—Olvídate de eso, tú eres igual de digna que cualquiera de nosotros. Así que no vayas condicionada, porque nadie te hará sentir mal, te lo prometo.

—Como mucho, mi tía. —Me reí.

Por no llorar.

45

El cortijo

La finca era enorme. Nunca había visto nada parecido. Alrededor de la casa principal se encontraba un establo con cabras y un par de caballos. Con perspectiva, puedo decirte que no era como la casa de un auténtico terrateniente, pero sí lo suficientemente grande como para hacerme alucinar, teniendo en cuenta de dónde venía yo. Un cortijo de color blanco, dividido en varios edificios, con techos altos y vigas de madera. Había tres perros pululando por allí y un pequeño número de trabajadores, hombres y mujeres, que me imaginé que estarían a cargo del ganado y de los menesteres de la finca.

Nos recibieron en la entrada doña Eulalia y don Luis, tus abuelos, y también tu tía Andrea.

—Bienvenidas, señoritas, están en su casa —dijeron casi a coro.

Doña Eulalia iba ataviada con un vestido como el que llevaban casi todas las mujeres de la época en la temporada estival: de algodón y hasta la rodilla, que cubriera bien los hombros y el escote, puesto que era una mujer casada. Don Luis llevaba unos pantalones propios de campo, de color beis, que sujetaba con unos tirantes. Una camisa de felpa de manga corta remataba el conjunto. Andrea también iba con vestido y con unos calcetines hasta las rodillas, exactamente igual que yo, pero aún llevaba trenzas como casi todas las niñas, por lo que se notaba que era unos años menor.

—Buenas tardes —respondió mi tía con la mejor de sus sonrisas.

Imagino que la posibilidad de entrar a formar parte de aquella familia le hacía estar exultante.

—Qué muchacha tan guapa, Javier, te has lucido con ella, ¿eh? ¡Cómo se nota que te gustan las cosas bonitas! —dijo don Luis dándole un codazo cómplice a su hijo.

¿Cosa? Hice un esfuerzo por sonreír. «Será simplemente una manera de hablar», intenté pensar. Javier rio abiertamente, algo que

me chocó aún más que las palabras de su padre. No me parecía el tipo de humor con el que él se divertía.

—Venid por aquí —nos indicó Javier—, os enseñaré vuestra habitación.

Recorrimos varios pasillos oscuros, sin apenas ventanas, al parecer los hacían así con la idea de protegerse de las altas temperaturas estivales. Al llegar a nuestro cuarto, se presentó ante nosotras una estancia enorme, con tres camas, una de ellas de matrimonio, y una mesita como de té rodeada de un par de sillones. No había alfombras. El suelo era de madera y crujía a cada paso, pero el cuarto resultaba francamente acogedor y, por supuesto, muy diferente a cualquier sitio en el que yo hubiera estado antes. De hecho, calculé que aquella habitación era igual de grande que la casa (completa) que teníamos en Lomares.

Me encontraba abrumada: su familia me daba cierta sensación de prepotencia, aquellas estancias gigantescas, la finca, tan distinta a lo que conocía, e incluso Javier, con el que no había podido estar a solas y al que sentía diferente estando allí.

Mi tía parecía encantada, tocaba las telas, las sábanas, miraba a su alrededor embelesada.

—Ay, niña, más te vale no dejar pasar esta oportunidad. ¡Qué hombre! ¡Qué casa! ¡Qué familia! Tú imagínate vivir aquí, con estos lujos.

Me quedé en silencio. Pensativa. Por un lado, odiaba que mi tía hablara de aquella manera de mi relación, como si fuera un acuerdo comercial; por otro, sabía que tenía razón. Javier se encargaría de que nunca nos faltara de nada, ni a mí ni a mi familia, y si yo le expresaba mi deseo de querer estar cerca de ellos, él haría lo posible para que eso sucediera. Y yo no deseaba nada más en la vida.

—La cena la servirán a las nueve, cariño. Si queréis, aprovechad para asearos y descansar un poco, que ha sido un viaje largo hasta aquí —me dijo Javier dándome un cariñoso beso en la frente.

Me dejé caer sobre la cama individual mientras mi tía se sentaba en uno de los sillones al lado de la mesita de té. No caería la breva de que me tocara a mí la cama grande.

—Elena, espero que te sepas comportar esta noche.

«Ya empieza con la cantinela», pensé.

—Sí, señora —respondí hastiada.

—Sé agradecida y recuerda todo lo que te he enseñado.

—Que sí, señora —alcé el tono.

—¡Y no me respondas! —zanjó.

—Vale —dije para molestarla.

Ella me fulminó con la mirada.

Nos vestimos con nuestras mejores galas, y cuando faltaban cinco minutos para las nueve, una de las sirvientas vino a buscarnos.

—La cena está servida.

Aquello fue un espectáculo culinario: gazpacho, cazón en adobo, *pescaíto* frito, como lo llamaban ellos, y hasta rabo de toro. No recordaba haber comido tanto en mi vida, ni en la boda del tío Manolo, en Lomares, que era recordada siempre por la cantidad ingente de comida que se sirvió.

—Doña Victoria, ¿no quiere más? Un vinito —dijo el padre de Javier con una sonrisa bastante curiosa.

—Uy, no, don Luis, ya he bebido suficiente esta noche —respondió ella riendo abiertamente.

—¡Leonor! ¡Trae más vino, y rapidito, que vaya cena nos estás dando! —gritó haciendo caso omiso de la respuesta de mi tía, de una forma despectiva. Se dirigía a una de las chicas que tenían de servicio y que se había encargado de servirnos la cena de forma impecable.

El grito no pareció incomodar a ninguno de los presentes, salvo a mí, que no entendía la necesidad de tratar a nadie de aquella forma.

—No se preocupe, don Luis, está todo perfecto, de verdad —dije para suavizar el ambiente.

—¿No me has oído? —El padre de Javier volvió a gritar.

Miré a mi alrededor, nadie parecía haberme oído ni haberse inmutado ante lo incómodo de la situación.

—¿Y qué quieres estudiar, Elena? —dijo de pronto doña Eulalia.

Sonreí con humildad.

—Creo que Magisterio, algo relacionado con la literatura, me gusta escribir.

—Ah —dijo ella torciendo el gesto.

—Alfonsina Storni, por ejemplo, es una autora que me encanta —añadí.

—¿Una escritora? ¡Lo que faltaba! —dijo echándose a reír.

Ni don Luis, ni Javier, ni su hermana Andrea ni mi tía estaban pendientes de nuestra conversación.

Finalmente, opté por guardar silencio, como me había enseñado mi tía: sonreír, ser educada. No opinar de casi nada y asentir ante casi todo, aunque por dentro no hacía más que pensar en la «suerte» que tenía de haber caído en el lado bueno de la baraja para aquella familia. De no haber sido así, el trato hubiera cambiado radicalmente. Qué suerte de estar con Javier, de poder comer aquellas viandas y no de servirlas.

Pero la realidad era que me sentía más cercana a esa chica, Leonor. Mi posición allí estaba fuera del orden natural de las cosas y el padre de Javier me lo había hecho saber de la forma más sibilina posible: ignorándome con una sonrisa. Me revolví en la silla.

Aun así, sentía la necesidad de formar parte de esa familia, como si el valor de mi ser lo marcara esa sensación de pertenencia.

A la mañana siguiente tocaba ir a misa. Era domingo y eso era sagrado. Sabía que sería como mi puesta de largo en el pueblo de Javier, por eso me encontraba especialmente nerviosa.

—No te preocupes, mi amor —me decía él—, estás preciosa y eres un encanto, serás la sensación de la mañana sin duda. No tienes que hacer nada especial.

—Ya, pero es que no quiero ser la sensación, solo quiero pasar desapercibida —repuse tímida.

—¡Uy! Pues eso sí que no, eres mi novia, así que prepárate para tener todos los ojos encima.

Prácticamente no pegué ojo en toda la noche.

La misa fue algo diferente de las que había conocido hasta ese momento: para empezar, estuvimos sentados en los primeros bancos; por lo visto, era lo normal entre las grandes familias de la zona, y para continuar, algo que me encantó: durante buena parte de la homilía hubo cánticos, pero no como los que yo conocía, sino flamencos. Me parecieron maravillosos y no dejaba de mirarlo todo con alborozo ante la mirada extasiada de mi tía, que no se separaba de mí.

—Olé, olé, olé, olé, olé, olá...

—Ha sido precioso, ¿verdad, tía? —le dije nada más salir de la iglesia.

—Bah, tampoco es para tanto, para rezar a Dios hay que ponerse serio y no andarse con tanta algarabía y tanto aspaviento.

—¡Elena, doña Victoria! ¿Cómo lo habéis pasado? ¡Imagino que nunca habíais estado en una ceremonia tan amena! —La madre de

Javier nos alcanzó enseguida.

—¡Ha sido un auténtico espectáculo!, ¡qué maravilla! —respondió mi tía con una sonrisa de oreja a oreja.

No dejaba de sorprenderme. Quizá la vocación de mi tía era la de actriz y no se lo había planteado.

—Venga, que ahora tenemos que ir a completar la tradición: el rebujito en el bar Cueto. —Don Luis se enganchó a mi tía del brazo y me invitó a seguirlos al famoso bar, del que, por cierto, ya me había hablado Javier.

Era un tugurio de mala muerte, anegado por el humo del tabaco, con el suelo lleno de palillos, servilletas y trozos de comida, y atestado hasta la bandera. No faltaban las pinturas de corridas de toros forrando las paredes, junto a unas cuantas cabezas del susodicho animal, que qué culpa tendría él y en qué momento habría pedido ser carne de puchero y de pared.

Por supuesto, no se me permitió más que darle un sorbito al famoso rebujito, pero mi tía y el resto de los allí presentes, incluido Javier, se pusieron las botas.

—Mira, mira, niña, ¿te ha gustado el invento? —dijo don Luis señalando el vaso del que no se separaba.

—Sí, señor —respondí sonriendo como pude.

Javier permanecía a mi lado mientras mi tía me flanqueaba por el otro.

—Así que quieres ser escritora, ¿no? —El tono que empleó don Luis me pareció de todo menos interesado por la respuesta—. ¿Y cuando lleguen los niños? ¡No pensarás que te vas a pasar el día sentadita frente a la mesa con tus lapiceros! —dijo mientras reía y miraba alrededor buscando una complicidad que le llegó de diferentes puntos.

—Bueno, solo es una opción. Además, hay gente que vive de ello —me defendí intentando sonreír.

—Se me ha ocurrido una cosa —dijo luego de darle una calada al puro.

—¿Qué será? —pregunté al ver que no acababa de pronunciar su idea.

—Pues que si lo que te gusta es escribir, si quieres, ¡te compramos un diario! —soltó elevando la voz a la par que me echaba sobre la cara todo el humo que acababa de inspirar—, ¡de esos con su

candadito y todo!

Una carcajada generalizada cubrió el bar, y todos los ojos de la gente se posaron sobre mí. Algunos se daban codazos regocijándose por la ocurrencia de mi futuro suegro.

Me sentí humillada y no supe ni qué responder. Me limité a darle un sorbo al vaso de agua que tenía entre las manos tratando de que no se me notara el tembleque que había inundado mi cuerpo, y a esperar que bajara la marea. Miré a Javier de reojo, pero él no solo no abrió la boca, sino que fue uno de los que parecía más entretenido por el espectáculo.

—O espera, que lo mismo se te ocurre que quieres ser circense, o payasa o contadora de cuentos. —Don Luis se creció al ver la respuesta de su improvisada audiencia.

—Cualquier cosa menos algo que supusiera humillar a una persona como lo está haciendo usted conmigo.

Se hizo el silencio. Un silencio sepulcral. Me di la vuelta y salí del bar. Javier salió detrás de mí.

—¡Elena! ¿Qué ha sido eso? —Parecía realmente enfadado.

—¿Eso? Se llama defenderme de los ataques de tu padre y es algo que te correspondía hacer a ti.

—¡Estás loca! Ya veo que no aguantas una broma.

—Una broma... Entonces no entiendo vuestro sentido del humor.

—Vete a casa y reflexiona, Elena, porque la verdad, no sé cómo vamos a arreglar ahora esto.

Aquella tarde una losa me aplastó la espalda y el corazón. Me fui a la finca y me pasé el resto del día en la habitación. Javier tampoco pareció demasiado preocupado, no volvió a entrar en mi cuarto hasta la hora de la cena, cuando, gracias al alcohol que se venía sirviendo desde temprano, nadie pareció recordar el incidente de la mañana. Ni siquiera mi tía, que al parecer se había dado por satisfecha con la bronca que, supuso ella, me había echado mi novio.

Tuve mucho tiempo para pensar e hice lo que sentía que necesitaba: escribir una carta a Mateo. No pensaba mandársela, solo quería desahogarme con una de las únicas personas que sabía que, en algún momento de mi vida, me supo entender.

46

Una caja de zapatos

La vuelta a Madrid fue complicada, al menos en mi cabeza. Aparentemente todo iba bien, normal, pero la realidad era que mi orgullo había sido dañado gravemente. Me sentía poco o nada valorada, ya no solo por mi tía, algo habitual, sino por el que era mi novio y siempre me había dicho que confiaba en mi futuro como escritora. De golpe y porrazo parecía haber cambiado, y todo lo que me había dicho hasta aquel momento me sonaba a ciencia ficción.

¿Qué era verdad y qué me estaba diciendo con el único fin de conquistarme?

No solo escribí una carta a Mateo el día en que ocurrió todo, sino que había decidido mandarla. En ella no le declaraba mi amor ni nada por el estilo, pero necesitaba conectar con alguien que entendiera quién era yo realmente. Que me conociera sin juzgarme.

Una mañana, a los pocos días de llegar a Madrid, en medio de un calor asfixiante como solo podía hacer en la capital del asfalto, bajé los cinco pisos que me separaban de la calle para echar la carta al buzón. Sabía dónde trabajaba Mateo, así que no tenía más que escribir su dirección en el sobre y esperar. Ya lo tenía todo calculado: sabía a qué hora pasaba el cartero a depositar la correspondencia cada día y, aunque normalmente estaba en clase, ahora que tenía vacaciones podría hacer guardia para evitar que las maliciosas manos de mi tía dieran con mi anhelada carta de respuesta. Cuando me faltaban unos pasos para llegar al buzón, apareció Javier.

—¡Elena! ¿Qué haces aquí? ¿Dónde vas?

—Voy a… hacer unos recados —me inventé. Me guardé la carta en la espalda, por debajo de la ropa de la forma más disimulada que pude.

—Pues espera, porque justo tengo algo para ti, vengo de comprarlo precisamente.

¿Un regalo? Vaya, no parecía que me hubiera descubierto.

—¿Qué es? —pregunté escéptica.

—Toma, ábrelo —dijo tendiéndome una especie de paquete que parecía una caja de zapatos.

«Por favor, que no sean unos zapatos, que no sean unos zapatos...»

Desenvolví cuidadosamente el paquete hasta dar con, efectivamente, una caja de zapatos. Mi cara debió de ser un poema. ¿Zapatos? ¿En serio?

—Venga, Elena, ábrelo —insistió Javier.

Al levantar la tapa descubrí que no eran zapatos lo que contenía aquella caja, sino una edición especial de *Ocre,* de Alfonsina Storni. Junto al libro, una nota y una rosa: «Perdóname, nunca dejaré de apoyarte en tus sueños».

Abrí una página al azar y leí un fragmento del poema «Indolencia» en voz baja: *A pesar de mí misma te amo; eres tan vano como hermoso, y me dice, vigilante, el orgullo: «¿Para esto elegías? Gusto bajo es el tuyo; no te vendas a nada, ni a un perfil de romano»*.

Era el regalo más bonito que me habían hecho jamás. Me olvidé de la carta que iba a mandarle a Mateo y de todo lo demás, solo pensé en fundirme en un abrazo con Javier.

—Gracias —le dije y me lancé hacia él exultante.

—Es lo mínimo que te mereces.

Ahora solo faltaba que yo también me diera cuenta de lo que realmente me merecía.

47

El enfado de doña Rosa

Tras aquel episodio desagradable con su familia, Javier se volcó aún más en mí. Y, aunque evidentemente no me desagradaba, el tiempo que me quedaba libre entre materias, mi tía y sus requerimientos y Javier era prácticamente nulo.

Una tarde, después de clase, doña Rosa se acercó a mí con cara de preocupación.

—Elena, cariño, ¿te pasa algo? —preguntó con esa cara de sospecha que solo las madres o sucedáneos pueden poner.

—No, doña Rosa, ¿por qué?

—Me refiero a los últimos controles, Elena. Ha bajado sustancialmente tu calificación en casi todas las asignaturas.

A final de curso tendría la prueba de madurez para entrar a la universidad y se me estaba haciendo todo cuesta arriba. Por supuesto, en esos días tampoco había escrito la novela, no era que se me hubieran escapado los minutos en eso, pero entre unas cosas y otras, parecía que los estudios estaban pasando a segundo plano. Y no quería. Tras oír a la directora del colegio, me di cuenta de que era exactamente lo que había sucedido.

—Lo siento —respondí bajando la mirada.

—No, no te estoy regañando, Elena. Solo quiero saber por qué ha sucedido. ¿No has estudiado correctamente? ¿Hay algo que no entiendas?

No sabía qué decirle, tenía bastante claro el motivo de aquel descenso de las notas, pero si se lo decía quizá podía pasarme factura con mi tía. Y ya llevaba bastante tiempo tranquila como para motivar una discusión o algo peor. ¿Qué podía decirle? ¿Que mi tía se pasaba el día llevándome a comprar trapitos y cosas para mi dote? ¿Que Javier, tan amoroso, gustaba de sacarme al cine, a tomar un mosto o simplemente a pasear? Casi cada día me habían montado algún plan.

Ni siquiera podía ver a Juanita más que en las horas lectivas.

—No te olvides de por qué estás aquí, de por qué te mandaron tus padres, de todo el sacrificio que has hecho para poder estudiar.

—Sí, doña Rosa. —Había algo que no dejaba de rondarme la cabeza—. Pero...

—Pero ¿qué? —Parecía extrañada.

—Que mis padres me enviaron aquí por dinero, porque les hacía falta y no podían mantenerme, ¿no? —Al menos, eso era lo que me había repetido mi tía una y otra vez, que yo era una carga para mis padres y por eso tuvieron que deshacerse de mí.

—¿Por dinero? —Era la primera vez que vi enfado en sus ojos—. ¡Tus padres te dieron una oportunidad! Tus padres lo que han querido siempre es que aprovecharas todas las aptitudes que te ha dado Dios. Que a la vista están. Así que, por favor, céntrate. Que te puedas ganar bien la vida para ayudar a tu familia, pero siempre, siempre, dependiendo de ti misma.

—Pensé que solo había sido por lo económico.

—No sé quién te ha metido esa tontería en la cabeza. ¡Válgame Dios! Prométeme que te esforzarás —insistió doña Rosa—, no quiero que una mente como la tuya se pierda en vicisitudes que nada tienen que ver con el intelecto.

Se la veía preocupada.

Ese día me atreví a decirle a Javier que tenía que estudiar y que prefería quedarme en casa.

—Necesito llevar el curso al día, Javier; ya me ha dado un toque de atención doña Rosa —le dije en la puerta de casa.

—¡Vale, vale! Ya nos daremos un paseo otro día, mujer. —Había venido a buscarme, como casi cada tarde.

—Gracias, cariño —le dije mientras cerraba y me despedía.

Sonó de pronto la puerta de la habitación de mi tía, que se plantó a mi lado en un par de segundos.

—¡Vístete ahora mismo! —me ordenó—. ¡Que te vistas! ¡Ahora mismo te vas con Javier a dar un paseo!

—Pero, tía, tengo mucha tarea —imploré.

—¡Anda, anda! Ya has estudiado bastante. Tienes que atender a tu novio, que para eso lo tienes —dijo y, abriendo la puerta, gritó—: ¡Señorito Javier! ¡Venga, que Elena ha cambiado de opinión!

Hervía por dentro. Bullía de rabia. Siempre había que hacer lo

que ella dijera, aunque fuera en detrimento de mi educación, que yo pensaba que era lo importante.

Acudí a la cita con Javier sin esbozar ni media sonrisa.

—¿Estás enfadada?

—Sí.

—Pero ¿por qué? Si seguro que te sabes la lección de pe a pa.

—No me la sé del todo y, además, si fuera así sería precisamente porque le dedico tiempo. No puedo estar todos los días haciendo planes, tengo que estudiar, Javier, ya sabes lo importante que es para mí y para mi familia —le expliqué.

—Elena, a tu familia ya no le va a faltar de nada nunca más, así que deja de preocuparte y disfruta de la vida un poco, para variar.

Parecía algo molesto. Yo permanecí en silencio mientras caminábamos. Comenzaba a tener la sensación de que intentaba salir de alguien que había controlado y dominado mi vida y que caía irremediablemente en un perfil parecido con la figura de Javier.

Varios haces de luz se colaban por las callejuelas del centro de Madrid, jugando con las sombras en una suerte de baile.

—Pensaba que me habías comprendido cuando te expliqué lo de mis estudios.

Javier me miró extrañado, no estaba acostumbrado a que continuara con una discusión que él había dado por zanjada.

—Te entiendo, mujer, pero hasta cierto punto. Tampoco creo que necesites estar tan absorbida por la escuela; al fin y al cabo, si algún día llegáramos a casarnos, te tocará lidiar con otros menesteres.

La perspectiva de la que me habló de pronto se tornó oscura. Si casarme implicaba dejar de lado mi educación, por lo que habían luchado mis padres, o dejar de hacer lo que me gustaba, entonces quizá no era el momento de comprometerme. Pero esto que mi mente se atrevía a sugerir no era algo que tan siquiera pudiera verbalizar. Ni pensarlo más de dos veces. Quizá me podía la rabia del momento.

Él se limitó a mirarme, serio, y no volvió a referirse al tema. Poco a poco, fue pasando la tarde y Javier se encargó de ignorar el asunto con la esperanza de que me olvidara de lo ocurrido. Yo, simplemente, no tenía fuerzas para discutir más.

48

Entre pésames

Era media tarde y las clases habían terminado. La poca luz del patio interior al que daba mi cuarto lo iluminaba como nunca. Pareciera que el día se negara a morir, que quisiera quedarse en aquella habitación para siempre, como en una especie de cajita que conservara cada rayo de sol. Yo estaba aprovechando que no tenía ningún examen cerca para escribir. Me encantaba hacerlo con luz natural, y la que se colaba por la ventana me sugería mil historias. Tenía entre manos un relato que poco a poco iba creciendo y, lo que parecía que se quedaría en un par de páginas, como casi todo lo que solía escribir, no cesaba de crecer. Las letras brotaban de mi lapicero sin cesar, como si no tuviera que pensar, como si fuera mi cerebro el que directamente las plasmara sobre el papel. Llevaba cerca de diez páginas y ni siquiera me había planteado de qué iba aquello que escribía.

—¡Niña! ¡Niña! —Mi tía venía corriendo por el pasillo—. ¿Dónde te metes?

—Estoy en mi cuarto.

—Ha ocurrido una desgracia, madre mía, madre mía —no dejaba de repetir mientras daba vueltas por la casa.

—¿Qué ha pasado? —pregunté asustada.

—Es De Frutos. Ha muerto.

¿De Frutos? Así llamaban al marido de doña Clotilde, el tío de Mateo.

Estaba horrorizada pues era un hombre relativamente joven y, que yo supiera, sin ninguna dolencia grave.

—¿Cómo ha sido? —exclamé; solo podía pensar en Mateo.

—Un infarto, se ha quedado seco —respondió mi tía con ese tacto que la caracterizaba—. Vístete, que tenemos que ir al velatorio, ¡y ponte de luto! Que conociéndote eres capaz de usar cualquier trapillo.

Me vestí lentamente, estaba impactada, era la primera vez que alguien tan cercano y tan joven fallecía. ¿Cómo estaría Mateo? ¿Se habría enterado? Y lo más importante..., bueno, no era lo más importante, pero tenía el corazón desbocado ante la perspectiva... ¿Haría esto que nos encontráramos? Sabía que no tenía que pensar en eso, que no era el momento, que era una falta de consideración total, pero no podía evitarlo: ¿volvería a verlo, por fin?

El edificio era tétrico. Nunca había estado en un velatorio. Una sala con sillas pegadas a la pared, unidas unas a otras. Una pequeña mesa de centro, como si fuera parte de un salón de estar, en un intento de ser acogedor pero sin éxito. Una pared de cristal. Detrás, el ataúd. El féretro, con el cuerpo probablemente aún caliente, del tío de Mateo, el que fue un padre para él. De rodillas, junto al cristal, estaba doña Clotilde. Consternada, con la frente apoyada sobre la pared y la mirada perdida.

—Le acompaño en el sentimiento.

—Lo que necesite...

—Su dolor es mío.

Una sucesión de frases que pretendían llenar el vacío de aquella mujer que ni siquiera alcanzaba a saber de qué boca salían. Decenas de frases que, en su mayoría, no dejarían ni poso en ella, ni voluntad real de apoyo cuando aquel día pasara y ella se viera sola en la lechería, pensé.

Me acerqué a aquella mujer que me había tratado siempre con tanto cariño y le agarré la mano. Me arrodillé a su lado y ella levantó por fin la cabeza para mirarme.

—Elena —murmuró mientras una lágrima le resbalaba por la mejilla—, gracias por venir.

—Mucho ánimo, doña Clotilde, sabe que me va a tener a su lado —respondí.

Ella sonrió con tristeza y se levantó para sentarse en una silla.

De pronto apareció Javier. No lo esperaba. Me dio un beso en la mejilla, saludó a mi tía y fue a dar el pésame a doña Clotilde. Después se sentó a mi lado en el asiento que quedaba libre.

El corazón me latía a mil por hora. A un lado, mi tía; al otro, Javier. Las sillas resultaron ser extremadamente incómodas y al cabo de pocos minutos solo podía pensar en lo que me dolía la parte baja de la espalda, por decirlo suavemente. Aquello era un trasiego

constante de gente: algunos pasaban y salían enseguida; otros se sumaban a nosotros en los lugares colindantes; los más se quedaban pululando por la sala.

Yo estaba atenta a cualquier movimiento de la puerta, cada vez que se abría o se cerraba mi corazón daba un vuelco, hasta que llegó Mateo. Lo vi entrar apresurado, los ojos enrojecidos, los brazos caídos, derrotados, a ambos lados del cuerpo. Miró a su tía y corrió hacia ella, se abrazaron. Yo veía todo como desde un patio de butacas, parecía que aquello no iba conmigo y que los actores no romperían la cuarta pared. Pero lo hicieron. Doña Clotilde volvió la cabeza hacia nosotros y Mateo me miró. Comencé a temblar temiendo que Javier se percatara de lo que me estaba sucediendo.

—Le acompaño en el sentimiento. —Mi tía se había levantado como un resorte y Javier había hecho lo propio.

—Lo siento mucho —dijo él.

Me acerqué y, tendiéndole la mano, pero sin ser capaz de mirarlo a los ojos, le dije:

—Lo siento, Mateo.

No pude levantar la mirada del suelo ni un solo instante. Volví a mi sitio con la sensación de haber vivido algo extracorpóreo, como si lo sucedido hubiera sido algo ajeno a mí.

Javier se levantó.

—Ahora vuelvo, tengo que ir a la salita del teléfono que hay en la entrada a hacer unas llamadas. Cosas de trabajo —me susurró.

Mi tía, mientras tanto, hablaba sin descanso con una de las tantas cotorras que habían ido solo a cotillear, estaba en su salsa. Me había quedado sola. Mateo estaba también solo, en otra silla en el lado opuesto de la sala. La mesita de centro nos separaba. Lo miré. Se levantó y se acercó a mí.

—Elena.

—Hola, Mateo, espero que estés bien —respondí bajando la mirada. Algo en mí se avergonzaba, algo en mí me decía que estaba engañando a Mateo con Javier, aunque fuera él quien se había ido.

—Sí, dentro de lo que cabe. Tengo mucho trabajo y estoy entretenido.

—Eso he oído. —Quería decirle tantas cosas, en realidad estaba enfadada con él.

—¿Cómo estás tú? Ya veo que con el señor Javier. Me alegro.

—Sí, digamos que él no desapareció sin dejar rastro. —Según pronunciaba esas palabras me llegaba el arrepentimiento. Pero ya era tarde.

—Elena, las cosas no son así.

—No te preocupes, disculpa, no es el lugar ni el momento. No tenía que haberte dicho nada.

Qué egoísta fui pidiéndole explicaciones en el entierro de una de las personas más importantes para él. Mateo bajó la mirada.

—Ojalá algún día pueda explicártelo todo —dijo entonces.

—Ojalá.

Nos quedamos callados, mirando hacia abajo, como dos extraños. Como dos personas que van en el autobús sin saber nada del que se sienta a su lado. La tensión se podía cortar, se percibía. La piel de su antebrazo rozaba la mía, que se mantuvo inmóvil con miedo a dejar de sentirlo al lado. Quería darle un abrazo, decirle que lo echaba de menos, que nadie me entendía como él, pero probablemente él solo estaba deseando salir de aquella incómoda situación. En ese instante en que mi cuerpo me pedía acercarme a Mateo, apareció Javier. Se dirigió directo a nosotros.

—Mateo, ¿estás bien? —le preguntó con gesto afable.

Se había colocado justo a mi lado y me había agarrado ligeramente de la cintura. Yo sentí un rechazo profundo.

—Sí, señor. Todo lo bien que se puede estar en esta situación —respondió.

Por un momento dudé de si se refería al fallecimiento de su tío o a la imagen de verme a mí con Javier, pero qué tonta. Si él podía haber estado conmigo y eligió irse. Y no dio señales de vida. Y… qué tonta.

—Espero que poco a poco te sientas mejor. Elena, debemos irnos. —La conversación se dio por terminada—. Vamos a despedirnos de doña Clotilde.

Asentí y me alejé, sin mirar atrás. Pero solo con los ojos. Una parte de mi corazón se quedó en aquella sala.

49

Más sabe el diablo...

El encuentro con Mateo me dejó algo descolocada. No me apetecía nada ver a Javier, y menos después de haber tenido la sensación de que se acercó a mí y me agarró de la cintura solo para marcar territorio. Quería dejar pasar el tiempo para volver a olvidarme de Mateo y poder seguir con mi vida.

—¡Niña! ¡No has limpiado el baño hoy! —Los gritos de mi tía llegaban a parecer un mantra del que no me libraba nunca mientras estuviera en su casa.

Me había quedado en la cama, ni siquiera había salido para desayunar, pero mi tía había estado fuera, por lo que no lo sabía.

—¡Niña! ¡Niña! —siguió gritando hasta que decidió hacer algo civilizado y se acercó a mi cuarto, en el que entró sin, por supuesto, llamar a la puerta—. ¿Qué haces en la cama todavía?

—Me encuentro muy mal, tía. Creo que tengo fiebre —respondí con la mejor voz de enferma que logré imitar.

—¡Pues qué bien! Lo que nos faltaba. Quédate en la cama, a ver si mejoras a lo largo del día. Yo iba a salir, pero veo que ya se me ha fastidiado el plan —dijo malhumorada.

—No no, tía, váyase. Si quiere, puedo llamar a Juanita para que venga a cuidarme. —Se me abrió el cielo ante esa posibilidad.

—Estupendo. Así me voy de aquí cuanto antes, que tengo mucha faena. Que te mejores. —Y salió dando un portazo, sin mirarme.

En cuanto se fue, corrí a llamar a Juanita y decidí que me quedaría escribiendo hasta que llegara. Tenía la cabeza como un bombo y era la mejor manera de desahogarme.

Volví a salir de mi cuarto cuando sonó el timbre y me encontré con ella.

—Acabo de cruzarme con Javier, me ha preguntado que si venía a cuidarte, parece que ya estaba al tanto de que estás enferma —me

soltó nada más verme.

—Ah, ¿sí? Qué control, pero claro, es que mi tía se encarga de decírselo todo.

—Bueno, ¡qué más da! Lo importante, ¿cómo estás? —dijo Juanita acercando su mano a mi frente.

—Pasa, pasa, que las escaleras estas tienen orejas. ¡Y oídos también!

Nos reímos.

Fuimos a la cocina, donde le preparé un té con leche, que le encantaba. Y me dispuse a contarle todo.

—Estoy perfectamente. Bueno, al menos de salud. —Juanita abrió los ojos sorprendida—. Ayer vi a Mateo, y tengo la cabeza para todo menos para mi tía o Javier. —Y le describí con todo lujo de detalles el encuentro del día anterior.

—Pero, a ver, Elena. ¿A ti te gusta Javier de verdad?

—¡Claro que me gusta! Es solo que, si lo comparo con Mateo, siempre va a salir perdiendo.

—La cosa es que Mateo no te ha demostrado nada, y Javier se desvive por ti cada día.

—En eso tienes razón.

La evidencia, escuchada de boca de mi mejor amiga, se hacía aún más punzante y dolorosa. ¿Por qué centrarme en alguien que no era para mí en lugar de valorar lo que tenía?

—De todos modos... —Juanita parecía tener algo más en la cabeza.

—¿Sí? —La miré con la esperanza de que lo que pudiera decir fuera algo más agradable de oír.

—Pues que creo que deberías hablar con Mateo. Y al menos así no tendrás esa espinita clavada. Que te diga que no quiere saber nada de ti y ya está. Así no te queda la más mínima duda. ¿No se iba Javier a no sé dónde estos días?

—Sí, se va mañana un par de días, creo.

—Pues decidido. Mañana, en uno de los doscientos recados que tendrá que hacer tu tía, aprovechas para bajar a la lechería y hablar con él con cualquier excusa.

La posibilidad de que me dijera algo negativo se me antojaba insoportable, pero algo dentro de mí albergaba la ilusión de que, tal vez, mis sentimientos y los suyos no estuvieran tan distantes.

—¿Y si me dice que él siente lo mismo? —pregunté. Casi cualquier opción me parecía mala.

—Entonces nos ocuparemos de eso. Pero lo principal ahora es que te saques esa espina que no te deja avanzar.

—¡Pero mira que eres lista! —Al rato de estar con ella volvía a meterme en mi agujero de dudas y miedos, pero escucharla me llenaba de energía y de motivación siempre.

—Venga, anda, vamos a escuchar un poco la radio juntas hasta que venga tu tía. Y acuérdate de ponerte bien esta tarde, que si no tu tía no te dejará sola mañana —dijo Juanita divertida—. De todos modos, hija, vaya vida más entretenida llevas, ya la querría yo para mí.

Siempre conseguía hacerme reír.

Era la hora de la radionovela y estábamos enganchadas.

—Por cierto —dijo Juanita—, ¿has descubierto ya dónde va tu tía cada vez que sale?

—No, pero ya me da un poco igual.

—Uy, a mí eso me huele a hombre.

—Sí, eso está claro, pero mira que la he puesto a prueba, le digo alguna cosa, pequeñas trampas, pero ella no suelta prenda. Aunque me extraña, con lo rara que es, no la veo yo con un novio a estas alturas.

—Ay, Elena, más sabe el diablo por viejo que por diablo. Fíate tú de las viejas generaciones.

—No sé. Además, el hombre es mucho más joven que ella.

—¿Y si es un hijo oculto o algo así? —exclamó abriendo mucho los ojos.

—¿Un hijo? Pero si mi tía no me aguanta ni a mí, no le gustan los niños, no me la imagino dando a luz, además no se ha casado nunca.

—Precisamente por eso, tal vez sea un niño no deseado y por eso lo mantiene oculto después de tanto tiempo.

—¿Y lo del dinero? ¿Cómo lo explicas?

—Ah, bueno, no sé, imagino que querrá ayudarlo en lo que necesite.

Nos encogimos de hombros a la vez y nos echamos a reír al darnos cuenta. Qué afortunada era de tenerla.

50

Una revelación

Había llegado el momento.

Bajé cada peldaño temiendo que algo saliera mal. Mi tía llevaba una media hora fuera de casa y calculaba que no volvería hasta mediodía. Javier estaba en Sevilla ultimando no sé qué cosas de su empresa.

El aire se tornó pesado al salir a la calle, la tensión acumulada en el estómago amenazaba con hacerme vomitar. Tenía tantas dudas, tanto sufrimiento detrás, y sobre todo incertidumbre. Eso era lo peor.

Entré en tromba a la lechería y allí estaba Mateo, con sus inmensos ojos negros, su piel oscura y esos hoyuelos que nacían de su sonrisa. Me paré de golpe frente al mostrador. Él tenía la boca abierta de asombro.

Miré alrededor y vi que no había nadie.

—Hola —acerté a decir.

—¡Elena! ¿Estás bien? —dijo él saliendo de detrás del mostrador y acercándose a mí.

Di un paso atrás.

—¿Por qué nunca me buscaste? —le espeté—, ¿por qué nunca me has llamado, por qué no he sabido nada de ti, por qué te fuiste sin despedirte, por qué no me has escrito, por qué...? —Las lágrimas empezaron a brotar de mis ojos recorriendo mis mejillas, hasta que no pude seguir hablando, invadida por el llanto.

Apoyé mis brazos sobre el mostrador, al lado de la caja registradora, y refugié la cabeza entre las manos.

—Basta, Elena. ¿Qué estás diciendo? —Parecía asustado—. Te escribí decenas de cartas, ¡decenas! Cartas sin respuesta. No me dejaron despedirme de ti. —Me levantó la cara—. Mírame, sabes que nunca te mentiría ni te haría daño. Te he echado de menos cada segundo. Y te escribí, vaya si lo hice. Hasta que me dijeron que te

habías comprometido, que tenías un novio y que además era mi jefe. —Me soltó la cara y se alejó pegando la pared a la estantería.

¿Cómo? Estaba pálido y yo no daba crédito a lo que salía de su boca.

—Yo... no recibí nada —dije secándome las lágrimas—. Pensaba que no querías saber nada de mí, que estaba extrañando a un fantasma, una ilusión...

—Elena, lo que vivimos no fue una ilusión, lo sabes —respondió Mateo clavando su mirada en la mía.

—Pero ahora... —Bajé la mirada, avergonzada.

—Ahora todo ha cambiado —terminó la frase.

Asentí. Él asintió.

—No sé qué hacer —dije yo.

—No tienes que hacer nada, Elena. Tienes que pensar en ti, en tu familia y en lo que es mejor para ellos. Y Dios sabe que lo mejor no soy yo. Mírame. No me aceptarían —respondió Mateo.

—A mí no me hace falta nada.

—Te equivocas. Viniste aquí para labrarte un futuro para ti y los tuyos. Y ahora tienes la mejor oportunidad de la mano de un hombre que, por lo que tengo entendido, te quiere.

—Ya, pero... no es tan fácil.

—Dímelo a mí, que no he dejado de pensar en ti ni un solo día desde que me fui. Pero esto es lo mejor. Créeme.

Quise responderle, decirle que lo quería, que lo dejaría todo por él, pero en ese momento se abrió la puerta de la lechería y un matrimonio del barrio hizo acto de presencia.

—¡A los buenos días! —dijo el hombre, que se preveía dicharachero.

—Buenos días, señor, señora —respondió Mateo haciendo una leve inclinación con la cabeza—. Un segundo, ahora mismo estoy con ustedes.

Me miró. Entendí que debía irme, que poco más íbamos a sacar de esa conversación.

—Mateo —balbuceé—, ¿cuándo te vas?

—Me incorporo a la empresa mañana, así que esta misma tarde. Pero mañana ya estará por aquí mi tía, por si necesitas algo.

Lo miré por última vez y me tragué cada una de las lágrimas que luchaban por salir.

—Te escribiré. Te lo prometo —le dije en voz queda.

—Y yo a ti.

Salí de la lechería con la sensación de que mi vida estaba completamente patas arriba.

Subí las escaleras a toda prisa. Quería llegar con el tiempo suficiente para revolver lo que fuera necesario en la habitación de mi tía. Estaba segura de que, si Mateo realmente me había escrito, ella tendría esas cartas.

51

Más que cartas

Entré directamente a su cuarto, tan pulcramente limpio y ordenado como acostumbraba. Parecía que nadie habitara aquella habitación. Tenía que ser muy cuidadosa si quería evitar que se diera cuenta de que había estado allí.

Me puse de rodillas y miré debajo de la cama y bajo la cómoda. No había mucho más donde buscar. Solamente bajo el colchón y en el armario. Decidí agotar la posibilidad de que estuvieran en el armario, no me veía capaz de mover la cama sin que se notara.

Lo abrí mientras el corazón latía desbocado en mi garganta. Estaba tan enfadada que no quería ni imaginar lo que pasaría si mi tía me descubría. No sé si me daba más miedo ella o yo.

El armario estaba bien organizado, todo parecía normal, excepto las baldas superiores, que aparecían tapadas con una especie de visillo. Cogí una silla que mi tía solía utilizar para colgar la ropa que se pondría al día siguiente y me subí a ella. Levanté la tela y vi que había cuatro cajas de zapatos. Las bajé de una en una, con mucho cuidado, y con el oído atento a cualquier ruido que me indicara que mi tía había vuelto. Las dos primeras parecían albergar papeles burocráticos, facturas y cosas por el estilo. Los revolví uno por uno, pero no vi nada que me llamara la atención. La siguiente que abrí contenía otras cosas mucho más interesantes: fotos. Eché un vistazo y vi a gente que ya conocía: mi padre, mis abuelos, primos lejanos... y una foto de un bebé, no parecía demasiado antigua. Era un niño y no se me ocurrió quién podía ser. Mi hermano Manuel, desde luego, no. ¿Y si tenía razón Juanita y era su hijo? Me quedé unos segundos mirándola a ver si caía en la cuenta de quién era aquel bebé, pero finalmente decidí que no era el momento para eso, ya volvería otro día. La cerré cuidadosamente, se me agotaba el tiempo.

Abrí la última de las cajas y vi que dentro había ropa. Ropa de

recién nacido. Eso sí que era aún más extraño. ¿Sería verdad...? Levanté los conjuntitos de algodón y allí estaban: una decena de cartas a mi nombre que mi tía se había encargado no solo de guardar, sino también de leer, pues se encontraban abiertas concienzudamente. Cogí varias, no todas, por si a la tía Victoria le daba por comprobar que seguían allí; si solo faltaban algunas, no se daría cuenta.

Me las metí entre el pantalón y la camiseta, en la tripa, y volví a subir a la silla para colocar las cajas en su lugar. No había subido aún la última cuando la puerta se abrió de golpe. Era ella. ¿Cómo no la había oído llegar?

La caja se me resbaló de las manos del susto y su contenido se desparramó por el suelo. Estaba aterrorizada. La cara de mi tía no era para menos.

—¡¿Qué te crees que estás haciendo?!

—¡Buscar lo que es mío! —me atreví a replicar, aunque con la voz temblorosa.

Se acercó como una leona y se inclinó para guardar de nuevo todo en la caja; no sé si esperaba que no hubiera visto nada.

—¿De quién es esa ropa? —pregunté. Quería desviar la atención de las cartas.

Siguió colocando las cosas en la caja, abstraída por completo.

—¡Ya sé lo que has hecho con Mateo! Y no te vas a salir con la tuya, voy a estar con él, me voy a ir a buscarlo —dije. Estaba desatada, nunca me había sentido tan enfadada y con tanta fuerza para enfrentarla.

Ella, impulsada por un resorte, clavó los ojos en mí, como sin vida, se levantó, me agarró del pelo con suma violencia y me llevó a mi habitación.

—No abras la boca —dijo con voz queda, lo que me asustó aún más que si me hubiera gritado—, te quedarás aquí encerrada hasta nueva orden. Eres una niña consentida y te crees que puedes hacer lo que te venga en gana. Pero eso se acabó.

Cerró de un portazo y giró la llave. No me lo podía creer. Me había encerrado. Ya no me quedaba orgullo, ni dignidad ni ganas de nada. Me senté en la cama y, entre lágrimas me di cuenta de que no había conseguido arrebatármelo todo: aún tenía algunas de las cartas de Mateo guardadas bajo la ropa.

Corrí a esconderlas por si volvía a aparecer y me tumbé en la

cama. Traté de calmarme. No se saldría con la suya, no podía encerrarme así, como si fuera un animal. Esta vez no iba a quedarme de brazos cruzados. Eso seguro.

52

El encierro

Intenté estar tranquila. Tenía que ser inteligente. Ahora sabía que mi tía tenía un secreto que no querría desvelar por nada del mundo. Era mi as en la manga. Confié en que recapacitaría y me dejaría salir más pronto que tarde. Así tenía que ser. Cualquier otra opción era una locura. No iba a dejarme allí metida. Sin poder ir al baño. Sin comer. No era capaz de eso.

Pasaron varias horas en las que, con mucho cuidado por si se abría la puerta, me dediqué a leer las cartas de Mateo: auténticas declaraciones de amor que nunca recibieron respuesta por mi parte. Aun así, no se rindió, siguió escribiéndome. Me parecía increíble, sobre todo porque él no sabía qué pensaba yo, por qué no le hacía llegar una carta también.

Me decía que iba a ahorrar y que volvería para estar conmigo, que no podía olvidar nuestro beso, nuestros paseos por Madrid. Que aún teníamos que ir al Bernabéu, que podríamos ver por fin a Di Stéfano... Hasta la última: una despedida.

> *Supongo que tengo que asumir que te he perdido. Ya sé que estás ennoviada, me alegro mucho por ti. No te escribiré más, me doy por enterado. Pero no me pidas que no vuelva a pensar en ti: tendrían que arrancarme el alma.*

Lloré. Lloré como nunca.

Después de casi aprenderme las cartas de memoria, llamé a mi tía.

—¡Por favor, señora! ¡Necesito ir al baño!

Silencio.

—¡Señora Victoria! ¡Por favor! ¡De verdad que me hago pis! —imploré.

Oí que se acercaba a la puerta.

—Ahí tienes un orinal. Ahora déjame tranquila.

No tenía agua, ni comida ni baño, y a ella le daba igual. Me dejó allí toda la noche.

La realidad era que, al levantarme, no tenía fuerzas ni ganas de pelearme con ella. Ya me daba igual el niño de la foto, o que se hubiera quedado con mis cartas, más que nunca tenía claro que no podía contar con ella para nada y que a partir de ese momento estaba sola. Sonó un golpe seco en la puerta y esta se abrió ligeramente. Me incorporé como un resorte.

—Necesito ir al baño, por favor.

—Aquí tienes otra bacinilla, apáñatelas. Y aquí te dejo comida y agua para todo el día. —Y cerró de un portazo.

¿Cómo? ¿Pensaba dejarme todo el día encerrada? Dos lágrimas enormes surcaron mi cara.

Pasé el día escribiendo, algo bueno habría de tener aquella locura. Oí que llamaban varias veces por teléfono y estoy segura de que una de las veces era Javier, pero mi tía le dijo que no podía verme porque estaba con gripe: «Otra vez, sí, muy contagiosa, mejor otro día, está bien, sí, sí, en la cama. No te preocupes».

Traté de mantenerme en mi mundo, sabía que si comenzaba a darle vueltas a la cabeza me volvería loca. No quería pensar más en mi tía y en sus crueldades. Solo podía pensar en lo injusto de la vida, en cómo sufrí por Mateo, en cómo sufrió él por mí, y ninguno de los dos lo supimos a tiempo.

¿Qué debía hacer? ¿Buscarlo? ¿Declararle mi amor? Al fin y al cabo, dicen que la primera vez que te enamoras es para siempre. ¿O tenía que ser madura y seguir con Javier? Con su estabilidad, con lo que suponía estar con él..., bueno, yo también lo quería.

Y en ese momento, más que nunca, decidí que no podía estar ni un segundo más en esa casa, bajo el mismo techo que esa desequilibrada. Costara lo que costara, tenía que salir de allí.

Nunca olvidaría ese episodio. La huella de ese acto de mi tía conmigo perduraría para siempre.

53

La decisión

Hasta dos días después no me abrió la puerta. Lo hizo en silencio, de noche, lo descubrí por la mañana. Un hedor nauseabundo inundaba mi cuarto después de dos días haciendo allí mis necesidades, sin ducharme, casi sin comer.

Lo primero que hice al salir de la escuela, en cuanto tuve la más mínima oportunidad, fue ir a buscar a Mateo. Necesitaba verlo, quería aclararle que yo había sentido lo mismo por él, que sí, que estaba con Javier pero que..., no sé, que..., no sé. Solo sabía que necesitaba verlo.

Cuando llegué a la lechería, solo estaba doña Clotilde.

—¡Elena! ¿Cómo estás? ¿Ya recuperada? —me preguntó.

Ah, sí, la gripe que se había sacado mi tía de la manga.

—Sí sí, doña Clotilde, mucho mejor. ¿Y usted? —respondí con la mejor de mis sonrisas.

—Cada día un poquito mejor, muchas gracias por el interés. Ahora que se ha ido Mateo, a ver si no se me hace todo cuesta arriba —suspiró.

Así que Mateo se había ido. Es verdad, me lo dijo. Que se iba la misma tarde del día que hablamos, con toda la vorágine mi mente había borrado que volvía a alejarse de mí. Otra vez. Y que de nuevo me quedaba sin hablar con él.

—Usted cuente conmigo para lo que necesite, por favor, incluso en la tienda.

—Qué buena niña has sido siempre, Elena —respondió agradecida—. Si Dios quiere, en unos días estaré mucho mejor. Muchas gracias por venir a verme.

—No hay por qué darlas. Hasta mañana, doña Clotilde.

Salí con el alma encogida y volví a casa para llevar a cabo lo que me había prometido: irme.

Llamé a Juanita y le conté todo. Ella me apoyó como hacía

siempre e incluso me ofreció acogerme en su casa con cualquier excusa mientras decidía qué hacer, si hablar con mis padres, con Javier..., todavía no lo tenía claro. También tenía que pensar de qué forma podría seguir estudiando, pero me imaginé que a mi tía, tan pendiente de las apariencias, no le importaría que siguiera yendo a la escuela. Al fin y al cabo, allí mandaba doña Rosa, y seguro que no le gustaría que se enterase de lo que me había hecho.

Recogí las pocas cosas que me pertenecían y me fui a casa de mi amiga. A mi tía le dejé una nota.

No puedo estar más tiempo en esta casa. No hablaré con mis padres, pero respete mi decisión.

Al día siguiente, como cada tarde, Javier fue a verme, esta vez a casa de Juanita.

—Me tienes muy preocupado. ¿Por qué no me cuentas por qué te has ido de allí?

—No importa, Javier, de verdad, la cosa es que necesitaba cambiar de aires.

Él suspiró.

—De acuerdo, cuando estés lista para hablar, aquí me tienes.

Agradecí que no insistiera.

—¿Te parece que vayamos a visitar a mis padres? —le propuse—. Llevo tiempo sin verlos y los echo de menos. Y a mis hermanos.

—¡Claro! Este fin de semana nos plantamos allí con mi coche en un santiamén.

Quien dice un santiamén dice casi seis horas, pero no me importaba. Sonreí. Javier me abrazó. Estaba haciendo lo correcto.

54

Entre piedritas

Cualquier tiempo con mis padres y hermanos era de absoluta felicidad. Ya no me importaba que los vecinos me miraran con envidia, como si fuera un bicho raro o me creyera superior por venir de la capital. Lo único que quería era estar con mi familia, comer por toneladas y pasear bajo el *orbayu*, esa lluvia fina que te empapa sin darte cuenta. Mis padres ya conocían a Javier y, hasta donde yo sabía, les agradaba.

—¡Elena, Javier! ¡Qué alegría teneros por aquí! —exclamó mi madre mientras corría a abrazarme.

Vestían ropa nueva, se notaba que a mi padre le iba mucho mejor.

—¡Qué guapos estáis todos! —exclamé.

—¿Cómo ha ido el viaje? Estaréis cansados —añadió mi padre—, tenéis a los chicos esperándoos como agua de mayo.

—¡A la playaaaaaa! —Vinieron corriendo y Consuelito se colgó de mi brazo.

—Ya va, ya va, primero habrá que comer, digo yo. —Javier venía con hambre de Madrid, habíamos salido al amanecer.

—¡A la mesa! —gritó mi madre—, que tenemos algo ligerito, lentejas y filete empanado.

Suspiré y miré hacia arriba. Comenzaba el festival. Comida, comida y más comida.

Me encantaba ver a Javier con mis hermanos, se integraba perfectamente y era como un niño más; aquella tarde en la playa no sé quién acabó con más arena por todo el cuerpo. Me sentía bastante feliz. Casi casi no pensaba en otra cosa que no fuera aquello que estaba viviendo. Casi casi no pensaba en Mateo.

Mi madre me miraba complacida. Me senté a su lado sacudiéndome como pude para no manchar la toalla y la rodeé con un

brazo. A mi otro costado, Lu se reclinó sobre mi hombro.

—¡Cuánto os he echado de menos! —les dije.

A lo lejos, los niños, Javier y mi padre, hacían castillos de arena.

—Y nosotras a ti. ¿Cómo van las cosas con tu tía?

«Cómo se nota que es mi madre», pensé.

—Bueno, regular.

Lu estiró la espalda.

—¿Regular?

No me sentía capaz de contarles todo lo que había pasado porque, aunque sabía que no era culpa mía, todavía me sentía profundamente humillada.

—Sí, he decidido irme a casa de Juanita unos días.

—¿Cómo? —Mi madre se sobresaltó—. ¿Cómo que te has ido de donde tu tía?

—Chssst, baja la voz, no quiero que se enteren, por favor.

—Esto es muy grave, tienes que contarme qué ha pasado.

—No puedo, mamá, de verdad. Pero es mejor así. Hazme caso.

—¿Y los estudios? —replicó Lu, siempre tan responsable.

—Seguiré yendo a la escuela.

—¿Y dónde vas a vivir? No puedes quedarte en casa de tu amiga eternamente.

—Lo sé. Es temporal, hasta que decida qué es lo mejor.

—Elena, puedes venir aquí si quieres, nuestra situación ya es mucho mejor.

—No, mamá, gracias, lo principal es ir a la universidad, y para eso tengo que estar allí. Ya veré cómo me las apaño.

Bajó la mirada.

—Qué te habrá hecho esa mujer... —murmuró enfadada—. Esto no se va a quedar así.

—No te preocupes, mami, cuando llegue el momento, te contaré todo. No hagas nada, por favor. Sabes que te tengo de ejemplo y que sé defenderme solita.

Mi madre frunció el ceño.

—¿Tengo otra opción?

—No, tienes que confiar en mí.

Mi padre volvió y se sentó a nuestro lado con su habitual periódico. Le encantaba leer en la playa, y allí se plantaba cada día que hacía buena temperatura. Aunque no saliera el sol. La playa

estaba a rebosar de gente que aprovechaba el buen tiempo para bañarse.

Javier y mis hermanos pequeños parecían estar muy entretenidos haciendo figuritas en la arena con conchas y piedras, era como un trabajo de equipo perfectamente ensamblado: los niños le llevaban el material y Javier iba colocando todo formando quién sabe qué.

Al cabo de un rato se levantaron todos y dejaron sus construcciones. Por lo visto, habían acabado y estaban emocionados por que viéramos el resultado.

—¡Elenita! ¡Lu! ¡Mamá, papá! ¡Venid! —gritaban.

—Sí, venid, por favor. —Javier parecía también entusiasmado.

Nos levantamos, divertidos, a ver con qué podrían sorprendernos. Cuando llegamos junto a la figura que habían creado me quedé estupefacta.

Las palabras creadas con pequeñas conchas y piedras se leían nítidas.

¿Q U I E R E S C A S A R T E C O N M I G O?

Todos sonreían expectantes, yo sonreía también, con los ojos como platos. Y en una milésima de segundo me hice esa misma pregunta: ¿quieres casarte con él? No podía tardar en responder, nada podía delatar que estaba planteándomelo. Lo normal sería responder instantáneamente, emocionarme, abrazarlo, besarlo. Tenía que hacerlo así, si no quería perderlo. Y no quería perderlo. Me aterrorizaba el compromiso que el matrimonio suponía, pero también tenía claro que era la solución a nuestros problemas y, al fin y al cabo, yo quería a Javier. Y Mateo... Mateo ya no estaba.

Así que me agaché. Deshice los interrogantes formados con piedras y conchas y formé dos letras justo debajo de su frase: S Í

Javier estaba exultante, me abrazó y me levantó en el aire, me besó, y todos mis hermanos corrieron a abrazarnos. Mis padres también parecían estar francamente contentos.

Javier y yo nos miramos. Sonreí. «Ya está. Ya está. Ahora, a por todas.»

Cuando nos íbamos a ir ya de la playa, mi madre me agarró de la

mano y, alejadas del resto, me dijo: —Cariño, esto es una buenísima noticia, Pero quiero hacerte una pregunta. —Me miró a los ojos y agarró también mi otra mano—. ¿Estás segura? ¿Estás feliz?

—Sí, mamá, estoy segura —respondí sabiendo que aquel deje de tristeza en mis ojos no podía pasar desapercibido para una madre.

Nos abrazamos. Y yo traté de convencerme de que, algún día, todo sería perfecto.

Sí, Laura, de ese matrimonio naciste tú, así que nunca podré arrepentirme de la decisión que tomé.

Quinta parte
Esposa

55

La boda

Me casé con dieciocho años. Juanita y su padre me acogieron hasta entonces y no tendré vidas para agradecérselo. La boda fue bonita, tradicional, con sus entremeses y sus familias mirándose raro los unos a los otros, como suele pasar siempre. La familia de Javier parecía haberme aceptado mejor; al menos, no demostraban lo contrario. Yo intenté pasar página de la visita al cortijo. Había tanta gente que no recuerdo a muchos de ellos, sobre todo porque no los conocía: eran compromisos de compromisos de compromisos. Nunca entendí esto. ¿Qué gracia tenía ir a una boda si no conocías a los novios?

De la que sí me acuerdo fue de mi tía, que, a pesar del tiempo que llevábamos sin hablar, decidió venir para guardar las apariencias.

—¿Qué ha pasado con la tía Victoria? —me preguntó mi padre—. No os he visto ni hablar.

—Nada, papá, los roces de la convivencia. —Sonreí para tranquilizarlo.

La boda fue maravillosa, salvo por pequeños momentos en los que tenía que luchar para que la mente no se me fuera a lugares donde no quería estar..., o no debía.

En esa época no había prácticamente educación sexual, bueno, ni prácticamente ni nada. Lo que sabía era por lo que había escuchado aquí o allá que se hablaba entre las compañeras del colegio, pero de la imaginación a la realidad había un trecho enorme.

Cuando Javier comenzó a besarme y a desnudarme, yo no sabía lo que iba a pasar. Amaba sentir sus labios, sus manos sobre mi piel, su calor..., pero tenía miedo.

Su amor se hizo palpable en cada gesto. Y yo me dejé llevar. Aunque ahora sé que aquella noche y las que vinieron después tenían un protagonista: él.

Ese parecía ser el objetivo final de cualquier relación sexual.

Él.

Y yo crecí pensando que así eran las cosas. Aunque mis pulsiones como adolescente y luego como mujer fueran mucho más allá y me sintiera profundamente insatisfecha.

El viaje de novios lo haríamos más tarde, ya que Javier tenía que acabar algunos asuntos de su empresa. Para mí era perfecto, porque tenía el examen de acceso a la universidad a dos semanas vista, así que podría relajarme justo después si todo iba bien.

Una tarde, al llegar a la casa que empezamos a compartir Javier y yo, me sorprendió encontrar un ramo enorme de rosas amarillas y una nota.

Sonreí. Amaba lo detallista que era. Abrí el sobre y me encontré con dos billetes de avión y las siguientes palabras:

¡Sorpresa! Sé que te dije que nuestra luna de miel tendría que esperar, pero he conseguido hacer encaje de bolillos y nos vamos la próxima semana. Te amo. Javier.

No me lo podía creer. ¡Iba a coincidirme con el examen! Y Javier parecía no haberlo recordado, a pesar de que yo dedicaba muchas horas cada día a prepararlo. Lo que tenía que ser una buena noticia se convirtió en un problema.

Cuando llegó a casa, yo estaba esperándolo en la cocina, necesitaba solucionarlo como pudiera.

—Cariño... —empecé—, me ha encantado el ramo, gracias.

—Es lo mínimo que te mereces. —Su boca se detuvo en mi cuello.

—Pero, mi amor —necesitaba decírselo con tacto—, si hacemos el viaje como lo has planteado, no podré presentarme al examen y sabes que es vital para mí.

Se separó y me miró con los ojos como platos.

—¿Qué me estás diciendo, Elena?

—Quizá podríamos cambiarlo para más adelante, solo unos días, hablas con la agencia y...

No me dejó terminar:

—¿Estás loca? ¡No hay manera de cambiarlo ya! Precisamente porque lo he adelantado pensando en ti y en la ilusión que te hacía. Y me he gastado muchísimo dinero. —Parecía realmente enfadado, desproporcionadamente incluso.

—Pero, Javier, sabías que tenía el examen.

—¡Me importa un rábano el examen! ¡Ya lo harás el año que viene! Este viaje solo pasa una vez en la vida. Me parece increíble que no lo priorices sobre cualquier otra cosa, exactamente igual que he hecho yo, por cierto.

Agaché la cabeza, no quería tener problemas con él, acabábamos de casarnos. No supe qué decir. Así que asentí, lo abracé con un nudo en la garganta y me puse a darle vueltas a la cabeza para ver si encontraba la manera de solucionarlo.

Al día siguiente acudí al despacho de la directora en cuanto llegué a la escuela.

—Doña Rosa, ¿habría manera de que me retrasaran el examen? ¡Tiene que haber algún modo! —le dije llorando, después de explicarle la situación.

Frunció el ceño, se quedó pensativa.

—No, cariño, es imposible.

La desesperación se apoderó de mí. No podía dejar de llorar.

—Elena, mi vida, se me ocurre algo... —Siempre tenía soluciones para todo—. No lo pienses más, este año dedícate a escribir y a estudiar, yo te ayudaré, y te preparas para el año que viene. No te preocupes. —Sonrió—. Además, así nos aseguramos de que sacas la mejor de las notas.

—Ya, pero es un año que pierdo —repliqué tragándome las lágrimas.

—De eso nada, tú estarás viviendo cosas preciosas y el año que viene vivirás otras con la universidad. ¡Pero si aún eres una niña! No sufras, cariño. Ya verás que todo saldrá bien.

No me quedé muy convencida, pero tampoco tenía otra opción.

Pasamos la luna de miel en París. Era la primera vez que salía de España, la primera vez que montaba en avión, y todo, gracias a mi flamante marido. Me enamoró la Ciudad de la Luz, con su aire decadente, oscuro y a la vez cosmopolita. No discutimos ni una sola vez, y lo único que puedo reprocharme es que, en ocasiones, mi mente volaba hacia lugares a los que no quería llegar. Por ejemplo, se me pasaba por la cabeza que Javier, con eso del examen, me demostraba que no le daba tanto valor a mi futura carrera como yo. Y eso me dolía. Pero estaba allí y había conseguido solucionarlo como buenamente pude, así que solo tenía que disfrutar del momento. Eso

hice.

A la vuelta, con la rutina amenazando con instalarse en mi vida, me dediqué a seguir estudiando y escribiendo como me había sugerido doña Rosa, para no perder el hilo. Un día, al llegar a casa, descubrí que una de las habitaciones del amplio piso al que nos habíamos mudado se había convertido en una especie de estudio: había una mesa, una silla con ruedas último modelo, un sillón y una lámpara a su lado. Y lo más importante: una estantería enorme repleta de libros. Todo dispuesto para mí.

Javier se había encargado de prepararme ese espacio por sorpresa para que aquel año lo dedicara a lo que siempre había querido: estudiar, leer y escribir.

Siempre que tenía alguna duda, aparecía con algo que conseguía disiparla. Una de cal y una de arena.

56

La noche más larga

Desde que nos casamos, vivíamos en el portal de al lado de la escuela. Javier había comprado un piso que elegimos entre los dos, recién reformado. El trabajo de Javier, la oficina desde donde organizaba y gestionaba todas las exportaciones de aceite de oliva, no quedaba lejos, también era una manera de que yo no viviera otro cambio radical, así que me pareció buena idea. Era un tercero, pero, a diferencia de la escuela, la casa era luminosa, con grandes ventanales y tres habitaciones, por supuesto pensando en cuando tuviéramos hijos, algo que Javier ansiaba especialmente. Yo también, aunque prefería esperar un poco porque quería acabar de estudiar y, ojalá, ejercer de profesora.

La casa estaba llena de plantas gracias a una floristería que teníamos justo a la izquierda del portal y que a mí me encantaba. Atrás quedaba el aspecto lúgubre del cuarto de la escuela en el que había crecido.

Javier, además de ir a la oficina, solía tener bastantes comidas de trabajo, por lo que yo podía disponer de mi tiempo tranquilamente, y siempre, eso sí, cenábamos juntos. Las mañanas las dedicaba a estudiar en la escuela, a ayudar a doña Rosa si me necesitaba, y por las tardes solía pasear sola o escribir en casa. Juanita había conseguido entrar en una escuela de baile después de prometerle a su padre que estudiaría Derecho, y pasaba muchas horas haciendo lo que más le gustaba, así que no la veía tanto como me gustaría.

Una tarde de viernes había quedado con ella para ir a hacer unas compras para la boda de Ramona, aquella niña sonriente que siempre nos había hecho reír en clase. Parecía que toda la gente de nuestra edad comenzaba a casarse. Ahora es rarísimo, pero antes era muy común que las mujeres se desposaran en torno a los veinte años y, generalmente, con hombres algo más mayores.

Me apetecía ponerme especialmente guapa, quería verme bien. Nunca lo hacía, pero aquel día decidí pintarme los labios y darme un poco de colorete. Nada especialmente llamativo, pero acostumbrada a verme sin nada de maquillaje, resaltaba mucho sobre mi cara. Cuando salí del baño, Javier, que aquel día había llegado pronto a casa, me miró impresionado. Yo sonreí y él..., bueno, él se levantó y mirándome de arriba abajo me dijo:

—¿Dónde vas así vestida?

—He quedado con Juanita para acompañarla a comprarse un vestido. —No perdí la sonrisa, a pesar de que me sorprendió el tono que había empleado.

—¿Y para eso te hace falta pintarte como una puerta?

—Me he dado un poco de pintalabios. —Estaba impactada, ¿desde cuándo podía enfadarse porque me pusiera guapa?—. No sé qué problema hay —dije envalentonada.

—Ninguno, pero me parece curioso. Conmigo nunca te arreglas así. —Y se sentó de nuevo en el sofá donde estaba leyendo antes de que yo apareciera.

Recordé una frase que oí a mi padre hasta la saciedad: «Dos no discuten si uno no quiere».

—Volveré pronto.

—Ajá —dijo él sin levantar la vista del periódico.

Me fui con una sensación horrible en el estómago, como de desazón, como si estuviera realmente haciendo algo malo, y, aunque sabía que no era así, no pude evitar sentirme mal. Me rebajé algo el pintalabios con el dorso de la mano. ¿Y si tenía razón Javier y era excesivo?

Juanita se había esmerado también en lucir hermosa aquella tarde, y sus ojos verdes resaltaban más que nunca. Estaba pletórica, teníamos dieciocho años y, aunque hubiéramos acabado ya el colegio, realmente estábamos jugando a ser mayores.

—¡Qué guapa! —le dije.

—¡Y tú! —respondió alegre.

—Ven, me dijo doña Rosa que aquí, como a dos manzanas, hay una tienda donde podemos encontrar algo bonito. —La agarré de la mano y nos dirigimos a la tienda que me había recomendado la directora.

—¿No me vas a contar nada?

—¡Ja! Y ¿qué te cuento?

—Con que me cuentes la noche de bodas me doy por satisfecha —dijo ella partiéndose de risa.

—¡Descarada! Me lo tomaré como una pregunta retórica.

Juanita enarcó una ceja como solo ella sabía hacer y yo le pellizqué la mejilla cariñosamente. Me moría de vergüenza de hablar de eso, incluso con ella.

—Allá tú, ya me lo contarás, pero yo sí que tengo que hablarte de mi clase de baile. —Parecía entusiasmada—. No te haces idea de la cantidad de cosas que estoy aprendiendo. Y los profesores dicen que tengo talento.

—¡Qué bien! Y el Derecho, ¿qué tal? —No quería aguarle la fiesta, sabía que lo tendría controlado.

—Bueno, eso hasta que no me den los resultados del examen de madurez no me lo planteo. Es decir, si apruebo me tocará estudiar, pero el baile no pienso dejarlo, ¿eh?

—¿Y tu padre qué dice?

—¡Uy! Mi padre, mientras estudie Derecho, le da igual lo que haga el resto del tiempo.

Recorrimos unos cuantos cientos de metros sin parar de hablar, y al llegar a la tienda, Juanita parecía muy fatigada.

—Buf, parece que hubiera venido corriendo. —Rio, pero su cara no transmitía felicidad, sino preocupación.

—¿Estás bien?

Juanita se apoyaba en mi brazo, realmente parecía agotada.

—Sí, bueno, no sé, me cuesta respirar.

La miré y tenía el tono del cutis completamente apagado.

—Juanita, ¿qué te parece si, en lugar de entrar a la tienda, nos sentamos un momentito en esa terraza y descansamos?

Estaba preocupada por el aspecto de mi amiga. Sus ojos, vidriosos, mostraban toda la inquietud que debía de estar sintiendo.

—Sí, vamos.

El hecho de que aceptara sin rechistar me dio una pista de que debía de encontrarse fatal; en cualquier otro momento, con lo cabezota que era, hubiera insistido en que no le pasaba nada. Un nudo en la boca del estómago me atenazó retrotrayéndome a tiempos pasados, a esa mirada perdida con la que encontré a Juanita en el hospital el primer día que fui a verla. Pasaron unos eternos minutos en

los que me dediqué a abanicar a mi amiga y a sujetarle la mano.

—¿No se te pasa?

—No... —Juanita negó con la cabeza. Le costaba respirar.

—Vamos al hospital más cercano. Seguro que es solo una alergia, o asma o algo así. —La ayudé a levantarse mientras le sonreía para quitarle importancia.

Al llegar, llamé desde el teléfono público de la cafetería a su padre y a Javier para informarles de la situación, mientras esperábamos en la sala de Urgencias. Una vez que nos atendieron en admisión, se llevaron a Juanita y no me dejaron acompañarla. Me quedé allí esperando durante varias horas, hasta bien entrada la madrugada, sin saber nada de ella. Su padre y Javier vinieron en cuanto pudieron para acompañarme.

Fue una de las noches más largas de mi vida.

57

La noticia

—No les traigo buenas noticias. —El doctor apareció cariacontecido—. Juana ha recaído.

Don José era la viva imagen de la desesperación.

—En medicina nada es definitivo, pero por lo que sabemos hasta ahora, la esperanza de vida de su hija es muy baja.

Me derrumbé. No tenía sentido. Era mi amiga, mi mejor amiga, y prácticamente aún era una niña. ¿Qué tipo de Dios, ese del que hablaba todo el mundo, permitiría eso? El médico tenía que estar equivocado.

Negué con la cabeza tan intensamente que Javier tuvo que sostenerme para que no me cayera al suelo. Pasados los primeros segundos, solo pude pensar en don José, aquel hombre que volvía a sufrir por su hija y que estaba a meses de quedarse solo en el mundo. Prácticamente me arrastré para abrazarlo, noté cómo estaba presente en cuerpo, pero no en alma. No sé dónde estaba el resto de su ser. Se repetía el mal sueño, esta vez convertido en pesadilla.

Nos quedamos sentados en la sala de espera, sin hablar, como si pasar el tiempo allí pudiera cambiar el rumbo del destino que nos habían vaticinado.

A las pocas horas apareció de nuevo el médico, esta vez de la mano de Juanita, que estaba pálida y con cara de asustada; me pregunté si alguien le había dicho lo que, presumiblemente, la esperaba. El doctor hiló una serie de frases que llegaron a mis oídos como palabras deslavazadas: «Nada de esfuerzo físico, analgésicos, poco más que hacer».

Don José se apartó unos metros junto al médico y decidieron, como supe después, que no le arrebataría a su hija la esperanza de vivir, que no podía condenarla en vida de aquella forma, por lo que no le explicaría el alcance de su enfermedad. Yo no tenía claro si estaba

de acuerdo con la decisión de su padre, pero él la quería más que nadie y tuve que respetarlo.

—¿Qué tal estás? —le dije intentando aparentar normalidad.

—Estoy cansada, pero bien. No me dicen qué tengo. Yo creo que es algo derivado del cáncer ese, pero nada grave, espero —respondió bajando la mirada—. ¿Tú crees que voy a poder bailar?

—Bueno, Juanita, eso es lo de menos ahora, tú céntrate en recuperarte y, en cuanto estés bien, nos desfogamos en la pista. —Le guiñé el ojo esperando que recibiera algo de alegría.

Tuve que mostrar toda mi entereza frente a ella, pero, al llegar a casa con Javier, la cosa fue muy diferente. Cuando la puerta se abrió, toda la realidad se me echó encima de golpe y me desplomé sobre el suelo del salón, rota en llanto. ¿Hasta cuándo tendría que sufrir mi amiga? ¿Por qué a ella?

Javier me abrazó, de rodillas en el suelo.

—Estaremos con ella, mi amor. Le daremos todo el cariño y la fuerza que tenemos para animarla.

Desde aquel día me separaría de mi amiga en muy pocos momentos.

58

La felicidad en la desgracia

El frío cayó despiadado sobre Madrid aquel año: nevadas, lluvias incesantes, mucho frío. La nostalgia de mi familia, junto al cambio que había dado mi vida en solo unos meses, sumado a la situación de Juanita..., sentía que iba a la deriva, que el universo estaba decidiendo por mí irremediablemente.

Todas las tardes, y algunas mañanas, visitaba a Juanita en casa y, si el cuerpo se lo permitía, íbamos a pasear y a tomar café. Su padre había contratado a una enfermera para cuidarla el tiempo que él trabajaba. No quiso nunca dejar de hacerlo y se dejó el dinero en médicos que le dieron mil y una nuevas opiniones. Pero todos coincidían en que no se curaría.

A las pocas semanas, mi amiga se había dado cuenta de que lo suyo probablemente no tendría vuelta atrás.

—Juanita, ¿cómo te sientes hoy?

—Muy cansada, no puedo dar diez pasos sin agotarme. —Parecía exhausta.

—¿Y qué te ha dicho el médico?

—Que es normal, que no me fuerce y que me tome unas vitaminas que, para mí, que son un placebo porque no siento nada de nada.

No sabía qué decirle. Me demostró cada día un ánimo y una entereza difíciles de explicar.

—Basta de hablar de mí, que ya ves que mi vida es muy aburrida. —Hizo una mueca tratando de bromear—. ¿Qué hay de ti? ¿Cómo llevas la prueba de madurez?

—Últimamente no estoy estudiando demasiado...

—¡Pues muy mal! —me interrumpió—. ¿Por qué no te traes aquí las lecciones y yo te ayudo? Así no pierdes el hilo, con lo que te ha costado llegar hasta aquí... ¿Al menos estás escribiendo?

—Sí, eso sí, de hecho... —me daba mucha vergüenza hablar de nimiedades con ella en esa situación—, estoy escribiendo una novela.

Juanita se puso a aplaudir como una loca.

—Pero ¿cómo no me lo habías dicho antes? Por favor, tienes que leérmela según la vayas escribiendo.

—No sé, es que no es buena.

—Me da igual, yo quiero que me la leas, mañana tráetela, ¿vale? Y los libros para estudiar el examen también.

Cualquiera le decía que no. Amaba que mostrara ese entusiasmo por mis cosas. Admiraba cada poro de su piel. Era la persona menos egoísta del mundo. De esas que se alegran genuinamente de que a los demás les vaya bien, incluso cuando ellos están sufriendo.

Le hice caso.

Y así nos pasábamos algunas mañanas y algunas tardes, yo leyendo y ella haciéndome preguntas o dándome nuevas ideas, y ayudándome a estudiar. Eran momentos en los que nos sentíamos felices, simplemente por estar juntas.

Llegó diciembre y Juanita se iba apagando como se acababa el año. Me costaba seguir con mi vida como si nada, y Javier decidió darme una sorpresa por mi cumpleaños con la idea de que me olvidara de todo durante unas horas.

Una tarde, cuando volvíamos de comer en un restaurante que le encantaba a Javier, el Lhardy, en la Carrera de San Jerónimo, en lugar de subir al tercer piso, que era donde estaba nuestra casa, mi marido me dijo que teníamos que hacer una parada en el primero, que había dejado a un vecino encargado de un paquete que tenía que recibir.

—¿Un vecino? —pregunté—. Pensé que no vivía nadie ahí todavía.

—Oh, sí —respondió—, acaban de llegar y son encantadores. Vamos, así los conoces tú también.

Estaba extrañada, pero lo acompañé. Hicimos sonar el timbre y me pareció oír risas nerviosas. Así que tenían hijos.

Cuando se abrió la puerta me quedé con la boca abierta: eran mis padres y hermanos. Me lancé a abrazarlos llorando.

—¿Qué hacéis aquí? —dije gritando de alegría. No entendía por qué no estaban en un hostal, como hacían habitualmente cuando venían a visitarme.

—Elena —dijo Javier—, tu familia va a vivir aquí.

Me ardían los ojos, la cara y hasta las pestañas, que se empaparon de lágrimas. Abracé a mis padres y besé a Javier.

—Tu marido me ha conseguido un trabajo en su empresa que nos va a permitir trasladarnos a Madrid, cariño. Así que aquí estamos. Ha sido muy difícil guardar el secreto todo este tiempo, hasta que hemos podido instalarnos.

No me lo podía creer, ya no me hacía falta nada más, por fin estaríamos juntos, a solo dos pisos de distancia.

Abracé a Javier. Era maravilloso.

—Gracias, gracias, gracias... —No quería soltarle.

—De nada, mi amor, es tu regalo de cumpleaños, sé la necesidad que tienes de estar cerca de tu familia por fin, y aquí están.

Aquel día supuso un antes y un después. Ya poco me importaban las nevadas y los días grises; tener a mis padres y a mis hermanos allí me daba la vida. Ahora solo me quedaba rezar por Juanita. Quizá tuviera razón doña Rosa y existía un ser superior que pudiera ayudarla.

59

Don Amancio

Nevaba en Madrid. No era como en Lomares, que en cinco minutos se cubría todo con un manto blanco, pero le iba a la zaga. Era domingo y mis padres y hermanos venían a comer a casa.

Javier estaba exultante por el hecho de verme tan feliz gracias a su decisión. Incluso puso el mantel y la vajilla en la mesa del comedor. Mi padre y él no dejaron de hablar de fútbol y yo tampoco perdía comba de la conversación, me encantaba verlos así. El Real Madrid había comenzado bien la temporada y parecía el favorito, aunque se estaba desinflando. Ya se había retirado Di Stéfano, pero Paco Gento o Amancio Amaro tenían a los madridistas encantados.

Manu y Consuelo comían sin decoro sendos muslos de pollo, de los que no dejaron casi ni los huesos, mientras Lu daba cuenta de una pechuga bien jugosa.

—Nunca he entendido qué gusto le veis a rebañar huesitos. Con lo rico que es comerse un buen pedazo de carne sin estorbos —apuntó Lu.

Mi madre asintió, estaba claro que Lucía había salido a su imagen y semejanza.

—Bueno, a mí, mientras os lo acabéis... —respondí al oírla mientras volvía con más pan de la cocina.

—Le estaba diciendo a tu padre que ya es hora de darnos el gusto y que esta misma tarde nos vamos los cuatro al Bernabéu: tu padre, Manu, tú y yo. ¿Qué te parece? —dijo Javier.

Me pareció ver que los ojos de mi padre brillaban más de lo habitual ante la noticia, y a Manu le faltó tiempo para ponerse a saltar alrededor de la mesa, pletórico.

—¡Eso es increíble! ¡Qué gran noticia! —exclamé.

Aquella tarde se planteaba inolvidable, por fin pisaría el Bernabéu, y con mi padre.

El estadio era inmenso, francamente imponente. El fútbol se vivía de pie y se veía a familias enteras preparadas para disfrutar del espectáculo. El ruido era ensordecedor, sobre todo en el momento en que los jugadores saltaron al campo. Miré a Manu y a mi padre, que no quitaban el ojo de lo que sucedía en el terreno de juego y no se molestaban ni en cerrar la boca del asombro. Sonreí. Todo iba bien, apreté la mano de Javier y él me la besó, cariñoso. El Málaga se fue de vacío y nuestro Real Madrid marcó tres goles, así que fue inevitable que me sumara a los gritos de la multitud olvidándome del qué dirán que imperaba en mi vida. Por desgracia, los malaguistas no serían los únicos a los que se les torcería la tarde.

El frío me tenía aterida y traté de refugiarme debajo de mi bufanda y con la mano de Manu entrelazada con la mía dentro del bolsillo de mi abrigo. Al salir del campo, felices, un grupo de hombres que parecían pasados de brandis se pusieron a piropearme sin ningún decoro. Traté de ignorarlos y apreté más fuerte la mano de Manu, que me miró sorprendido. Me sonrojé y aceleré el paso a la vez que bajaba la cabeza con la intención de no darle mayor importancia, pero a Javier no le pareció suficiente.

—¿No sabes responder? —me espetó de pronto, sin importarle que estuvieran presentes mi padre y mi hermano.

—¿Qué quieres decir? —No entendí qué pretendía.

—Que lo mínimo es mandarlos a freír espárragos y darme mi lugar, no comportarte como una niña y bajar la mirada sonriendo.

Ni siquiera se molestó en bajar la voz, más bien hablaba gritando, empujado, imagino, por todas las cervezas que se había tomado durante el partido.

Estaba bloqueada por sus gritos. No supe qué responder.

Mi padre trató de rebajar la tensión como pudo.

—No os peleéis, no ha sido para tanto, vamos, vamos, que tenemos que estar felices y contentos, ¡que ha ganado el Madrid! —dijo agarrando a Manu con cariño del hombro.

¿No os peleéis? No sabía que yo tenía algo de responsabilidad en todo aquello.

Continuamos el camino y no volví a dirigirme a Javier. Me coloqué entre mi hermano y mi padre, donde de alguna manera me sentía protegida. Me abrazaron para despedirse.

—Buenas noches, mi niña. Y gracias, Javier, por la sorpresa. Ha

sido toda una experiencia.

Él sonrió, pero, ya en casa, ni siquiera se esforzó en disimular y nos dormimos sin mediar palabra.

Parecía que lo de la felicidad completa iba a resultarme muy complicado al lado de Javier.

60

El día a día

Me levantaba y bajaba, cada día, a desayunar con mi madre. Mis hermanos ya estaban en un colegio en Madrid, uno público con fama de muy bueno, y mi padre se iba a trabajar pronto, como Javier.

Amaba ese rato charlando con ella y a veces me acompañaba en mi visita diaria a Juanita. Me encontraba bastante tranquila, aunque no me concentraba lo suficiente para estudiar, debido a lo que me seguía quitando el sueño, aunque lo iba aceptando, que era ver a mi amiga apagándose poco a poco.

Me contaba mi madre cómo estaban todos fascinados por los edificios, los coches y la muchedumbre que había en Madrid, y cómo aquel cambio había dado alas por ejemplo a Manuel, que ya se atrevía a decir que cuando acabara el colegio quería dedicarse a viajar o, al menos, vivir en otro país.

Es curioso cómo los cambios y la amplitud de miras suelen llenarle a uno de anhelos por seguir descubriendo cosas desconocidas.

Una mañana, en uno de esos desayunos relajados con mamá, apareció de pronto mi tía, sin avisar, para llevarle no sé qué encargo de mi padre.

—Buenos días, Victoria, pasa, ¿quieres un café? —le ofreció mi madre, mientras yo saludé con la cabeza y mantuve la mirada posada sobre las tostadas.

—No, querida, muchas gracias, ¡qué guapa estás, Elena! —dijo con la mejor de sus hipócritas sonrisas.

—Gracias —respondí sin mirarla.

Al irse, mi madre no pudo evitar preguntarme.

—Algún día tendrás que contarme qué es lo que pasó con tu tía.

—Algún día, pero no hoy. ¡Me voy pitando a ver a Juanita! —Salí disparada en cuanto vi venir el interrogatorio.

Sus ojos verdes se habían apagado a marchas forzadas y unas

profundas ojeras surcaban su piel. El pelo, antaño brillante y abundante, aparecía ralo y sin vida. Su sonrisa dejó de cubrir toda su cara para convertirse en una mera anécdota entre tanto dolor. No soportaba verla sufrir.

—Me encanta cada página —dijo ella desde el sofá en el que descansaba.

—Bueno, pero porque me quieres mucho —repuse.

—De eso nada. Es que transmites muchas cosas, se nota que has vivido.

—Por cierto, cambiando de tema, hoy ha aparecido la innombrable en casa de mis padres, y lo peor es que ha intentado, o fingido mejor dicho, ser amable.

—¿Tu tía?

Asentí.

—Quizá va siendo hora de que te plantees perdonarla, al menos hazlo por ti, no puedes vivir con rencor —me dijo.

—Para eso primero tendría que pedirme perdón ella.

Juanita bajó la vista.

—Bueno, quizá, pero te estás haciendo daño. Y yo pienso que todo el mundo merece una segunda oportunidad. ¡Piensa en nosotras! Si te hubieras quedado con la primera imagen que te di, ahora no seríamos amigas. A mí también me diste otra oportunidad —dijo mientras se le iluminaba la cara.

Yo me reí.

—Claro, pero tú no habías sido tan bruja como lo fue mi tía.

—Yo solo digo que te lo pienses. Y que lo hagas por ti y por tu familia. Pero todo a su tiempo, que no te quiero presionar.

Le leí un par de capítulos más y, en uno de ellos, Juanita debió de ver algo que no le cuadró demasiado porque me dijo: —Oye, ¿tú eres feliz con Javier? —Tan directa como siempre.

—Sí, ¿por qué preguntas eso de repente?

—No sé, intuición. Por cosas de las que has escrito. Hablas de insatisfacción, de anhelos…

—Es ficción.

—Eso es lo que dicen todos los autores, pero tú misma me has explicado muchas veces que detrás de cada palabra siempre hay un trocito de tu verdad.

Me quedé callada. No quería darle muchas vueltas, trataba de no

hacerlo.

—Ya. No sé. —No quería hablar de ello. No con ella. No quería aburrirla con mis problemas de niña sin problemas. Lo tenía todo. No me podía quejar.

—Lo he pillado, sin comentarios. —Se recostó sobre el sofá un poco más—. Qué cansancio tengo, y no será de bailar.

No sé de dónde sacaba el humor, pero se rio.

—Hablando de estar cansada, últimamente yo también me siento agotada.

—¿Y eso? —preguntó Juanita—. Si es que todo se pega. Quizá a ti también te hagan falta vitaminas. Pero de las de verdad, no estas de mentira que me recetó a mí el doctor. —Me sacó la lengua y siguió diciendo divertida—: No intentes llamar mi atención, que aquí la única enferma soy yo.

La abracé muy fuerte, pero tuve que separarme al instante y taparme la boca para no vomitarle encima.

—¡Elena! ¿Estás bien? No me asustes. Túmbate en el sillón con las piernas en alto.

—Habrá sido una bajada de tensión, por el calor —respondí irónica.

Hacía unos cinco grados en la calle.

61

La confirmación

Desde aquel día no hubo mañana en la que no tuviera que ir al baño a vomitar. No se lo conté a nadie, solamente a Juanita, porque no quería preocupar a mi familia.

Uno de esos días de febrero en los que Javier no comía en casa, acudí a casa de mis padres, donde mi madre me había prometido unas *fabes* como las que le enseñaron a hacer en Asturias, de las ricas ricas, y que a mí me encantaban.

—Elenaaaaaa, ¿a que huele bien? —gritó mi madre desde la cocina cuando entré a su piso.

—Mmm, de maravilla —respondí. Mi estómago bullía con las náuseas de cada día—, aunque no tengo mucha hambre. —Como tuviera que comerme el plato que previsiblemente me pondría, mal asunto.

—¡Anda, anda! Siéntate a la mesa, que estamos tú y yo solas, los chicos tenían excursión —dijo mi madre acercando el puchero para servir en los platos blancos con florecitas azules que ya esperaban listos para recibir el guiso.

Obedecí. Lo último que me apetecía era comer una sola cucharada de aquello, pero era una de mis comidas favoritas y mi madre lo había hecho con toda la ilusión.

—Ya verás, cariño, les he echado comino para que no te den gases, que ya sé cómo te sientan las legumbres. —Sonrió pasándome la mano por la cabeza.

Me llevé la cuchara a la boca y, tan pronto como el caldo rozó mi lengua, tuve que salir corriendo al baño a vomitar.

—Pero ¡Elena! —gritó mi madre alarmada, saliendo detrás de mí —. ¿Qué te pasa, cariño?

Se agachó a mi lado mientras yo mantenía la cabeza mirando el interior del inodoro, por si se acercaba otra arcada. No podía

ocultárselo más tiempo, quizá era el momento de ir al médico, debía afrontarlo, fuera lo que fuera.

—Mamá, es que no paro de vomitar, todo me sienta mal, me encuentro muy cansada...

—Ay, cariño. ¿Desde cuándo estás así?

—Desde hace varias semanas —respondí.

—¿Por qué no me lo has dicho? —Parecía alarmada—. Elena, escúchame. ¿Tienes el periodo de forma normal?

Creo que era la segunda vez que mi madre hacía referencia a la menstruación. La primera fue cuando un día de refilón me explicó que existía, después de contarle yo que algo se me había roto por dentro.

—Bueno, hace tiempo que no me viene. —No entendía qué tenía que ver aquello.

—Ay, mi niña, tenemos que ir al médico. —Me asusté—. Es muy probable que estés embarazada.

El estómago me dio un triple salto mortal. ¿Embarazada? ¿Cómo podía ser?

—Pero... —No conseguía articular palabra.

—Venga, cariño. Si es lo que creo, sería una noticia maravillosa. —Sonrió y me abrazó.

Yo solo alcancé a pensar en mi examen. Un bebé era incompatible con estudiar, y mucho menos con trabajar, al menos al principio. Mis sueños cada vez parecían alejarse más.

En cuanto pude, acudí a ver a doña Rosa, no quería perder el examen de nuevo, no podía permitírmelo, y solo ella sabría aconsejarme.

La buena nueva se confirmó y la dicotomía de la expectativa me inundaba y me hacía navegar constantemente entre dos aguas, entre la alegría y la tristeza, entre la ilusión y la resignación.

—Qué buena cara, lozana y hermosa, cómo se nota que está tu madre aquí para alimentarte —dijo la directora nada más verme.

Yo me eché a reír.

—Por las fabadas y porque estoy embarazada.

La mujer se quedó con la boca abierta y noté cómo se emocionaba.

—¡Pero qué grandísima noticia, Elena!, ¡qué bien! —Parecía exultante—. Y Javier, ¿cómo se lo ha tomado? Estará encantado.

—Muy bien, está pletórico, loco de contento. Tenemos que

organizar una comida para celebrarlo, con mis padres, mis hermanos, contigo...

—¡Eso por supuesto! ¿Y cómo estás tú, cariño? ¿Cómo te encuentras?

—Muy bien, sí. —Traté de sonreír—. Pero...

—¿Pero? Ya sabía yo que te pasaba algo.

—Con lo del bebé, el embarazo, cuando nazca..., ¿cómo voy a estudiar?, ¿y el examen? ¿Y luego la universidad?

—Ay, Elena, es cierto lo que dices. No va a ser fácil. Y seguramente vas a tener que posponerlo.

—¿Otra vez? —me desesperé—. No puedo, ya ha pasado casi un año entero. No sé por qué es todo tan difícil.

—Pues porque somos mujeres y en esta sociedad parece que nuestros intereses son de segunda, por desgracia. Durante un tiempo vas a tener que centrarte en tu hijo, así te lo exigirá seguramente tu cuerpo, pero también Javier, eso seguro, lo conozco.

—Nunca conseguiré ir a la universidad. Es como una pesadilla.

—Déjame decirte una cosa, una cosa que quiero que te grabes a fuego en la cabeza y, si algún día te falto, lo sigas recordando: nunca es tarde para conseguir tus sueños. Nunca. ¿Me has oído? No importa lo que te traiga la vida, las circunstancias que tengas, no debes perder de vista lo que te hace feliz, lo que ansías. Si en estos meses o años tienes que posponerlos, no pasa nada, pero no los dejes. Escribe, estudia, lee mientras das el pecho a tu criatura, cuando no puedas dormir, no pares de hacerlo. Tú eres escritora, Elena. Lo eres. Y algún día, estoy segura, el mundo entero se enterará. —Me abrazó como nunca antes lo había hecho—. No dejes que nadie te pare.

Una vez más, mi vida cambiaba sin tener en cuenta lo que yo quería, pero las palabras de doña Rosa me habían dado la fuerza para saber que mi sueño siempre iba a estar ahí. Además..., entre tú y yo, la posibilidad de tener entre mis brazos a un bebé, con esos ojitos, que me llamara «mamá» y verte crecer..., eso también me llenaba de ilusión.

Y eso que no sabía cuánto podía llegar a quererte, Laura.

62

Carmen y unos patucos

Con el malestar de los primeros meses poco podía estudiar y, aunque no me presentara al examen ese año, quería seguir sentándome con los libros para no perder el hábito y tenerlo reciente cuando llegara el momento. Además, los ratitos en los que me sentía mejor intentaba escribir. La novela crecía y crecía como mi barriga. A veces incluso me daba miedo que a Javier le diera por leerla, podía enterarse de mucho sobre mí y quizá no era la mejor idea, sobre todo cuando me refería a amores imposibles, inconclusos, o hablaba de cierta desesperanza o anhelos que parecían demasiado lejanos.

Otra de las cosas que hacía en mi nueva vida como embarazada, cuando ya comencé a encontrarme un poquito mejor, era comprar cositas tanto para ti, Laura, como para la casa. Siempre con el dinero que me daba tu padre, claro; aunque odiaba que fuera así, era él quien me mantenía. Ni examen para la universidad ni, por el momento, trabajo.

—¿Para qué quieres un empleo? Vas a ser madre y es el trabajo más duro que tendrás, luego ya veremos dónde estudias, trabajas o lo que te apetezca —solía decirme Javier—. Con lo que gano yo nos basta y nos sobra para vivir. ¿O no estás contenta?

—Sí, claro que estoy contenta. —Agachaba la cabeza con la esperanza de que, cuando el embarazo y los primeros meses del bebé pasaran, pudiera dedicarme también a lo que me gustaba.

Durante aquellos meses de espera, empecé a pasar bastante más tiempo con mi familia, en especial con mis hermanos, sobre todo con Lucía, la más cercana a mí en edad. Ella estaba cerca de terminar los estudios y solía pedirme consejo sobre cada paso que daba, algo que me hacía profundamente feliz; confiaba en mí e incluso me tenía como referente. Manu, el varón de mis hermanos, venía a verme prácticamente a diario después del cole y se tiraba las horas con la

mano en mi barriga; mientras esperaba a que el bebé diera alguna muestra de vida, se dedicaba a contarme todo lo que haría cuando cumpliera su sueño de viajar al extranjero.

Todas las mañanas, aprovechando que no había nadie ocioso como yo, salía a hacer recados: primero al mercado a comprar algo de carne, pescado y verduras, después a la droguería, por si hacía falta algo para la casa, después a la lechería a por huevos, algo de queso y leche, y por último, si me quedaba tiempo, me gustaba tomarme un chocolate con churros en una cafetería que había justo enfrente del portal de la escuela.

Allí me había llevado en multitud de ocasiones doña Rosa y, ahora que podía elegir cuándo, iba siempre que tenía oportunidad.

Por las tardes, casi cada día, después de la visita de rigor de Manu, iba a pasar tiempo con Juanita, que estaba cada vez peor y me necesitaba más que nunca. Lo que ella no sabía era cuánto me ayudaba también a mí estar con ella.

Desperté un martes, tengo el día grabado a fuego, y mi hermana Lu, que aquel día no tenía clase, apareció en mi casa con una docena de churros en una mano y un paquete envuelto en papel de regalo en la otra. Abrí la puerta con un ojo aún a medio abrir y toda despeluchada.

—Han dejado esto en casa para ti —dijo.

—¿Quién lo ha dejado? —Me froté los ojos intentando hacer de ellos un juez fiable.

—Es sorpresa, ábrelo.

Obedecí. Era un pelele de bebé con unos patucos a juego que, sin duda, estaban hechos a mano.

—¡Qué bonito! —exclamé—. ¿Ha sido mamá?, ¿por qué no me lo ha dado ella?

—Porque no ha sido mamá. Lo ha dejado la tía a primera hora para que te lo hiciéramos llegar. Creo que es un gesto bonito.

Abrí la boca. Era lo último que me esperaba.

—¿La tía?

Lu asintió.

—Le dije que me acompañara, que yo iba a subir a verte, pero me aseguró que tú preferirías que te lo diera yo.

—Gracias. ¿Desayunamos? —La garganta se me cerró y no me vi capaz de decir una palabra más de aquel tema.

Mi familia no tenía ni idea de lo que había pasado, sabían que había un distanciamiento, pero no el motivo.

Aquella mañana mi hermana me acompañó a hacer el recorrido habitual con su perfecta rutina hasta que, al entrar en la lechería, lo vi.

Mateo. Allí estaba él con sus hoyuelos, su tez morena y su sonrisa de luna blanca.

—Hola —balbuceé y apreté más fuerte la mano de mi hermana, que lanzó un sonoro quejido.

—Ayyy, ¡me has hecho daño! —protestó.

—Perdona, cariño, perdona, ha sido sin querer —respondí al tiempo que le acariciaba la mano agraviada.

—¿Te he asustado? —Mateo sonrió.

—¡No! ¡Sí!..., hola —fue lo único que pude decir con algo de sentido.

El olor a arenques me embriagó, pero lo sentí más agradable que de costumbre. No podía quitar la cara de asombro y Lucía pareció darse cuenta.

—¡Elena! ¡Estás en Babia! ¡Pide! —dijo tirándome de la manga.

Sacudí la cabeza en una suerte de antídoto contra el atontamiento. Entonces él me miró. Bajó la mirada y la posó en mi abultado vientre.

—¿Estás...? —dijo señalando mi tripa y sin apartar la vista.

—Sí, Mateo, estoy embarazada. —Esbocé una media sonrisa.

Por un lado, aquello me llenaba de felicidad, pero por otro, y si te soy cien por cien sincera, aun sabiendo que quizá te choque esto que te voy a decir, había algo que me hacía sentir mal.

—Vaya, enhorabuena —respondió él tratando de sonreír.

En ese instante, salió una mujer de la trastienda que no se parecía en nada a doña Clotilde. Era alta, joven, quizá algo mayor que yo, y rubia. Muy rubia. Y muy alta. Era guapa, eso también.

—Oh, Carmen, ven, te presento a Elena —dijo Mateo atrayéndola hacia sí con la mano.

—Ella es mi hermana —dije yo por soltar cualquier cosa—, se llama Lucía.

—Sí, son vecinas del barrio, casi de toda la vida —cerró Mateo.

¿Una vecina del barrio? ¿Eso era para él?

Hice un esfuerzo por ser educada y sonreír. De pronto el olor a arenque se transformó para darme una bofetada en el rostro.

—Encantada.

—Carmen es mi mujer. Estamos viviendo aquí, no sé si lo sabías. Vinimos hace un par de semanas —dijo como la cosa más normal del mundo.

—Ah. —Desde luego, fingir no era lo mío—. ¿Y el trabajo con Javier?

—Bueno, lo dejé hace unos meses. Ahora estoy con los abogados intentando solucionar algunos problemas. Y si te digo la verdad, es lo mejor que he hecho.

—¡Ni que lo digas! —intervino de pronto la tal Carmen hecha una furia—. Ese Javier era un energúmeno, un explotador y un maltratador. No sabes cómo tenía a mi Mateo. Era un cadáver andante. Menos mal que ya ha salido de ahí.

Permanecí callada. Estaba atónita. ¿Maltratador? ¿Explotador? No podía imaginarme a Javier siendo ninguna de aquellas cosas. ¿Y eso de los abogados?

—Javier es mi marido.

La cara de ella se tornó de un color violáceo.

—Nos vamos —dije agarrando a Lu con determinación—. Ha sido un placer, Carmen. Y me alegro de tu vuelta, Mateo. Imagino que seguiremos viéndonos por aquí entonces.

Yo había sentido la necesidad y la obligación de sacar la cara por mi marido y estaba muy enfadada con las palabras de aquella mujer. Pero no dejaban de rondarme la cabeza. Conocía a Javier, también a Mateo. Y él no sería capaz de inventarse algo así.

¿Qué era lo que había pasado entre ellos?

63

Todo irá bien

Tus patadas en mi vientre me dejaban dormir cada vez menos. Ya sospechábamos que serías una niña y estábamos felices como nunca. Pero tenías la bonita costumbre de moverte más aprovechando mi descanso, así que cuando se suponía que debería dormir, tú empezabas la juerga. Yo estaba agotada y, por ende, más irascible de lo normal.

Luchaba por sacar de mi cabeza las palabras de Mateo y su mujer sobre Javier, pero era casi una misión imposible, especialmente cuando lo veía enfadado. Se ponía agresivo, no conmigo, sino con lo que tuviera delante: una papelera, una mesa..., cualquier cosa podía llevarse un golpe en uno de sus ataques de ira. No siempre era así, a veces era agresivo de forma verbal, en su manera de mirarme, de hablar cuando se enfadaba, pero nunca me pareció capaz de traspasar los límites, si bien es cierto que, viéndolo así y aun siendo consciente de que era yo quien conseguía sacarlo de quicio por mi mal humor, comenzaba a no extrañarme tanto lo que me habían dicho: quizá fuera cierto que le había hecho la vida imposible a Mateo.

Me sentí muy culpable por darle un lugar a esa posibilidad, pero no pude evitarlo. Una mañana, entre tostadas y aroma a café recién hecho, después de un desayuno perfecto, uno de esos días en los que Javier llegaba tarde a la oficina porque prefería quedarse conmigo, me atreví a comentarle:

—El otro día vi a Mateo, el sobrino de doña Clotilde, el que era tu empleado —le dije.

—¿El negro de la lechería? —preguntó él.

—Bueno, sí, Mateo. —Me chocó tremendamente la manera en que se había referido a él.

—¿Y? —Parecía a la defensiva.

—No, nada —traté de argumentar de la manera más suave

posible—, que me sorprendió porque me comentó que ya no está trabajando para ti.

—Era un incompetente —dijo Javier mientras se levantaba a dejar la taza del café en el fregadero.

—Pero ¿por qué? —No iba a quedarme sin una explicación. Pero tampoco quería parecer demasiado interesada.

—¡Tanta preguntadera! —gritó—. ¿A ti qué más te da?

De pronto el desayuno perfecto amenazaba con convertirse en todo lo contrario.

—No sé, era mi amigo y me gustaría saber...

—¡Era! —No me dejó terminar—. ¡Tú lo has dicho! ¡Era! Y ya que sacas el tema, no quiero que lo vuelvas a ver.

—Bueno, pero eso será mi decisión. —Traté de mantener la calma, aunque por dentro estaba temblando de indignación y, por qué no decirlo, de miedo.

Vi cómo se le inyectaban los ojos en sangre, la ira que emanaba de pronto, y cómo pareció hacer una pausa para respirar profundamente.

—¿Acaso quieres echar a perder todo lo que tenemos? —pronunció con ahínco cada sílaba—. No creo que estés en condiciones de discutir; en tu estado, un disgusto no es conveniente. —Arrastraba las palabras.

Intenté replicar algo, pero no me dejó.

—No hay nada que decidir, Elena —dijo lentamente, acercando su cara a la mía—, no hay más que hablar.

Yo estaba sentada todavía frente a la mesa del comedor y él se inclinó sobre mí haciéndome sentir pequeña, muy pequeña.

Traté de emitir algún sonido, pero me quedé bloqueada. Me levanté y me fui a llorar a la habitación. De pronto me sentía anulada, como si hubiera recibido una bronca de mi tía. La misma impotencia. En ese momento me di cuenta de que la relación entre Javier y yo no era de igual a igual, él estaba por encima. Una vez más, no me dejaban salir a flote y yo no me veía tampoco capaz de nadar a contracorriente, y menos en mi situación: a punto de dar a luz a su hija.

En una suerte de rebeldía, esa misma tarde, aprovechando como siempre su ausencia, me dirigí decidida a la lechería. Cuando llegué a la altura del establecimiento, miré hacia el interior sin atreverme a

entrar. Vi a Mateo atendiendo a un cliente, ni rastro de Carmen. Me armé de valor y entré.

Las campanillas colocadas sobre el dintel resonaron por toda la tienda. Mateo levantó la mirada del mostrador, donde contaba el sinfín de monedas de pocos céntimos con las que el cliente había decidido abonar la compra del día, y la bajó igual de rápido.

—Buenos días —dije con voz alta y clara.

—Buenos días —murmuraron ellos al unísono y sin dejar su entretenida tarea.

Al cabo de pocos minutos el hombre se fue. Nos quedamos solos Mateo y yo.

—Hola, Elena. ¿En qué puedo ayudarte?

Esas palabras fueron puñales para mí. Parecía que fuéramos extraños.

—Hola, Mateo. Nada, no quiero nada. El otro día me quedé con una sensación extraña, nada más.

—¿Extraña por qué? ¿Por Carmen? Siento no habértelo contado antes, la verdad no pensé que te interesara especialmente. Tampoco yo sabía que estabas embarazada.

—Ya —respondí avergonzada. ¿Quién me creía yo para entrar ahí con algún ánimo de pedir explicaciones?—. No, si tienes razón. Tú y yo somos amigos y ya está.

—Bueno, no quiero hacerte daño, Elena, pero ni siquiera somos amigos. No hablamos nunca y, desde que estás con Javier, te has preocupado por mí más bien poco. —Parecía enfadado y no sabía de dónde venía aquello.

—Pero, Mateo, yo imaginé que tenías tu vida y que no querías saber nada de mí.

—¿Nada de ti? Te lo dije, te escribí decenas de cartas.

—¡Pero yo no lo sabía! —levanté la voz.

—Y cuando te enteraste, tampoco hiciste nada.

—Sentí que era tarde, ¿cómo iba a saber cuáles eran tus sentimientos? —me excusé—. Tampoco tú viniste a buscarme, y has tenido unas cuantas oportunidades.

—Y ¿cómo iba a saber yo que tú sentías lo mismo todavía, o a qué estabas dispuesta a renunciar?

Bajé la mirada luchando por controlar las lágrimas, con la garganta atenazada.

—Y... —parecía tremendamente inseguro—, y hasta que llegó Carmen tampoco sabía lo que era querer a alguien que no fueras tú —me dijo con los ojos vidriosos, lleno de rabia.

Lo miré con un río de lágrimas deslizándose por mis mejillas.

—Pues entonces no sé por qué no lo sabía yo. Por qué no me lo hiciste saber, por qué no fuiste más claro —estaba gritando.

—Porque yo no te merezco, Elena. Porque tu tía jamás nos hubiera dejado estar juntos. Y porque tu familia no podía permitirse que te casaras con un don nadie. Conocer a Javier es lo mejor que te ha pasado, estoy seguro. Solo espero que te trate bien y que te quiera al menos la mitad de lo que yo te he querido. —Bajó la mirada y, al fin, dos lágrimas rodaron por sus mejillas. Parecía acabar de soltar algo que tenía guardado desde hacía tiempo.

—Yo..., yo también te quería.

En ese momento las campanillas volvieron a sonar y apareció Carmen. Se quedó petrificada en la entrada.

—Hola —acabó diciendo—, ¿qué pasa aquí?

Mateo salió de detrás del mostrador a su encuentro, secándose las lágrimas como pudo y haciendo gala de esa sonrisa que solo él tenía.

—¡Carmen! ¡Has llegado! —exclamó abrazándola.

—Sí..., ¿estabas llorando? —preguntó muy confundida.

—Nooo, qué cosas tienes, mujer. Era emoción, estábamos rememorando viejas historias.

Me esforcé por sonreír.

—Yo ya me iba. —Recogí mi bolso y me dispuse a salir—. ¡Hasta luego, Carmen! ¡Adiós, Mateo!

No quería llegar a casa todavía, necesitaba procesar lo que acababa de ocurrir, el amor que me había confesado Mateo, mis sentimientos que habían vuelto a aflorar por él, porque nunca se habían ido en realidad. Mis dudas con respecto a Javier, o los miedos que me suscitaba su actitud en algunas ocasiones. El bebé que tenía en mi vientre, mi familia... Tenía que alejarme, tenía que alejar todos aquellos pensamientos, los sentimientos..., todo. Tenía que ser responsable.

Las aceras grises de Madrid parecían envolver mis pasos, que se hacían pesados, lentos. Llegué al Palacio Real, dejé a un lado los Jardines de Sabatini, aquel lugar mágico para mí, traté de no mirarlos. Pasé de largo como si no existieran, como si a mi izquierda solo

hubiera un inmenso vacío. Me giré dispuesta a dejar atrás todos los recuerdos y subí a mi casa. Subí a la casa que tenía con Javier.

Me senté en el sofá y acaricié mi vientre. Recuerdo oír las televisiones del edificio a todo trapo, viendo el Festival de Eurovisión, que se celebraba en Londres y que ganaría España. La voz de Massiel y su *La, la, la* se metió en mi cabeza en una suerte de mantra.

«Todo irá bien», me dije. «Todo irá bien», te dije.

Y me quedé dormida de puro agotamiento.

64

Y llegó el cambio

—Elena, he encontrado un piso increíble.

Javier acababa de llegar del trabajo y yo estaba tejiendo, o más bien intentando tejer unos patucos amarillos.

—¿Un piso? ¿Para? —No levanté la vista de mi labor, no podía perder un punto, es lo que me había enseñado mi madre, y quería que estuviera orgullosa de mí cuando le enseñara lo que llevaba tejido.

—¿Cómo que para qué? Para irnos de aquí. —Y salió del salón—. Voy a lavarme las manos.

Me quedé petrificada. ¿Mudarnos? No tenía ni idea de que nos íbamos a mudar o de que aquello fuera siquiera una opción.

Dejé cuidadosamente la lana y las agujas en la mesita que había junto al sillón y enfilé el largo pasillo hasta el baño. Abrí la puerta sin llamar.

—¿Irnos? ¿A dónde y por qué? —Estaba enfadada y sorprendida a la vez.

—A una casa más grande. —Sonrió mientras se secaba—. Ahora vamos a ser uno más y nos hace falta más espacio. Hay una zona nueva en las afueras que promete ser todo un *boom*, inversión a futuro.

Estaba pasmada. Ahora que mi familia vivía al lado, ¿tenía que irme?

—Pero... —no me atrevía a decirle realmente lo que pensaba, me daba miedo que se enfadara— yo no me quiero ir.

—¡Anda! ¿Y eso? ¿Es que hay algo, o alguien, que te retiene aquí?

—¿Qué dices? Es que no quiero alejarme otra vez de mi familia.

Podía engañarme a mí misma o, al menos, no decirme la verdad exactamente. Por supuesto que no quería separarme más de mi familia, pero que Mateo estuviera cerca era un aliciente en el día a

día: la simple oportunidad de cruzarme con él me llenaba, de alguna forma, de vida.

—¡Ja! ¡Eso no va a ser problema! Ellos también se vienen. —Había recuperado el color de la piel y una sonrisa de oreja a oreja cubrió su cara. Tenía todo pensado.

—Ah, ¿sí? —Intenté sonreír también—. Entonces es otra cosa. Pero, Javier..., me hubiera gustado que lo hubiéramos hablado antes —me atreví a replicar.

—Ya lo estamos hablando. Nos vamos y todos contentos, ¿verdad? —dijo agarrándome de la cintura y atrayéndome hacia él.

Agaché la cabeza, tampoco podía negarme, era evidente que supondría una oportunidad de vivir en un lugar mejor. Así me resultaría más fácil olvidarme de Mateo de una vez por todas. Lo que me daba rabia es que no había contado con mi opinión en absoluto. ¿Cuándo iba a poder decidir algo yo? ¿Tener la última palabra? ¡O la primera!

En unas semanas estábamos instalándonos en unos pisos enormes de una pequeña ciudad a las afueras, que quedaba pasando precisamente el Hipódromo de la Zarzuela. Javier, por cierto, tuvo razón: con el tiempo aquello se convirtió en una de las ciudades más prósperas de España.

Por lo visto, unos empresarios exportadores, como Javier, eran los que estaban empezando a hacerse de oro con aquellos pisos, ya que la previsión era que aquel lugar iba a encarecerse hasta límites insospechados.

Nuestra casa era un dúplex y predominaba la madera en su interior: el suelo, la pared del salón, los pasillos..., salvo las habitaciones, que estaban recubiertas por moqueta, y los baños y la cocina, alicatados hasta el techo. Me gustaba mucho, era realmente espectacular y todo estaba a la última moda. Mis padres y hermanos se mudaron al mismo bloque, aunque el suyo tenía una sola planta y estaba en el primer piso.

Al salir del portal teníamos ante nosotros zonas ajardinadas y hasta una piscina para el verano. Pero alrededor no había vida, era muy diferente a lo que me había acostumbrado al vivir en el centro.

Una vez más tuve que adaptarme a un cambio que yo no había buscado ni deseado, pero lo hice. La verdad es que tener a mis padres y hermanos cerca ayudó mucho. Pero la independencia en aquel lugar

era mínima: dependías del transporte público para todo, a no ser que tuvieras coche. Mis padres, por supuesto, no tenían y nosotros disponíamos de uno, pero yo no tenía carné de conducir y Javier no quería ni oír hablar del tema. Encima, con las limitaciones que suponía mi estado, prácticamente me pasaba el día entre mi casa y la de mis padres.

Adiós a mis paseos por el barrio y a mis charlas con doña Rosa. Lo que más me dolía era que no podía visitar a Juanita. Aunque hablábamos por teléfono varias veces a la semana, no era lo mismo. Dependía de Javier para moverme. No me planteé sacarme el carné de conducir, al menos no hasta que diera a luz. Me daba miedo, nunca pensé que fuera a necesitarlo. Además, me constaba que a Javier le gustaba ser él quien conducía. Como en todo.

Solo quedaban unas semanas para el gran día e intenté centrarme exclusivamente en que todo fuera bien. Ya me encargaría yo de transmitirle a mi hija la importancia de ser independiente. Oh, sí. Eso lo tenía clarísimo. Como tantas otras cosas que quise y no pude. Aunque en eso, te miro, y sé que no fallé.

He pasado momentos horribles en mi vida. Muy duros. Pero, de pronto, todo se compensó. Había oído hablar de eso que sientes cuando te ponen por primera vez a tu recién nacido en brazos, pero no se acercaba ni un milímetro a la realidad: ver cómo sale de ti una criaturita completamente vulnerable y dependiente, y sentir cómo se llena tu cuerpo de un amor gigante..., las palabras no pueden expresar lo que ocurre al dar a luz.

Por fin llegaste tú. A ritmo de contracciones insoportables, eso sí. En el hospital que teníamos previsto nos estaba esperando un médico al que Javier conocía y que había sido el encargado de organizarlo todo.

—¿Hace cuánto estás con contracciones?

—Como una hora más o menos.

Me habían sentado en una silla de ruedas y recuerdo que todo a mi alrededor parecía exageradamente blanco: los mostradores, las paredes, las puertas, las cortinas, las sillas... Parecía estar en un sueño.

—De acuerdo, vamos a ir a la sala de dilatación. Javier, puedes ir con ella e incluso acompañarla en el parto.

Lo miré. Javier negó con la cabeza.

—Quita, quita, eso son cosas de mujeres.

Nunca lo olvidaré: esas palabras me dolieron como agujas. El privilegio de estar en el parto no era algo común en aquella época, y si nosotros teníamos la oportunidad era, precisamente, por sus contactos, y aun así lo rechazaba.

Posteriormente recuerdo que a su madre le pareció lo más normal del mundo. «¡Claro que son cosas de mujeres! ¿Qué iba a hacer él allí?» Pues apoyarme, recibir a su hija, estar conmigo en el momento más importante de nuestras vidas..., pero no dije nada. Claro. Tampoco nadie parecía escucharme.

El parto fue bien, sin ninguna complicación, aunque muy doloroso, mucho. Un dolor que desapareció como por arte de magia cuando te pusieron en mi pecho y comprobé lo perfecta que eras. Al cabo de un rato entró Javier a la habitación y a mí se me olvidó cualquier reproche que tuviera en mente. Cómo te miraba, con tanto amor..., ya solo me importaba eso. Todo lo que había pasado en mi vida antes de aquel instante carecía de importancia.

Javier me miró con la niña en brazos.

—Te amo —me dijo.

—Y yo a ti —respondí.

Sonreí, y una lágrima de satisfacción rodó por mi mejilla derecha mientras Laura, tú, mi Laura, rompías a llorar.

Al día siguiente llamé a Juanita para contarle cómo había ido todo y recibió la feliz noticia con un hilo de voz... y de vida. Se alegró muchísimo y yo no veía la hora de llevarte a conocerla.

Aquellos días posteriores al hospital, nuestra casa fue un trasiego constante de gente que venía a conocerte, por lo que no me extrañó que un día sonara el timbre cerca de las once de la noche.

—¡Cariño! —Oí la voz de mi padre acercándose a la habitación y supuse que Javier le habría abierto.

—¡Estoy en el cuarto, papá! —grité.

Apareció mi padre y, tras él, como protegiéndose con su sombra, estaba mi tía. Me quedé paralizada. ¿Cómo se atrevía a plantarse de aquella forma en mi casa? Tragué saliva y guardé la compostura como pude.

—Tu tía se moría por conocer a la niña, así que la he invitado a acompañarme —intentó justificarse.

—No hay problema —respondí aguantándome las ganas que tenía de echarla de mi casa.

La tía Victoria se acercó a mí cariacontecida, lentamente, con cautela.

—Hola, Elena.

—Hola —respondí de la forma más seca que pude.

—Qué preciosidad de niña —dijo ella inclinándose sobre ti.

Yo, al mirarte, sonreí. Mi padre contemplaba la escena desde la puerta.

—¿Puedo cogerla?

Dudé.

—Sí, pero con cuidado, como nunca ha cogido a un recién nacido…

En ese instante mi tía dio un paso atrás. La miré y vi como, de sus ojos, comenzaba a brotar un río de lágrimas. Se dio la vuelta y salió corriendo de mi casa.

—¿Qué ha pasado? ¿Qué he dicho? —le pregunté a mi padre.

Él permaneció callado unos segundos. Al fin dijo:

—Es una larga historia.

65

Invisible

Me aprendí de memoria el color de las noches: su cielo lleno de estrellas, los ruidos de la madera de la casa cuando crujía, el sonido del silencio cuando lograba que de bebé te callases. El olor del calostro en mi pecho y el movimiento de tu boca al mamar. Era así cada día, veinticuatro horas. Y ya llevaba meses durmiendo únicamente cuando te dormía, y no siempre.

Javier llegaba bien entrada la tarde, nos daba un beso en la frente a cada una y se tiraba en el sofá al tiempo que se deshacía el nudo de la corbata.

—¡Elena! ¿Me traes algo de beber? ¡Estoy agotado!

«Agotada estoy yo», pensaba mientras contigo en brazos le acercaba una cerveza.

—Aquí tienes, cariño.

—Mmm —dijo un día sin levantar la vista del periódico que tenía entre las manos—, ¿qué hay de cena?

—Aún no lo he pensado, es que no he parado —me justifiqué.

—Pues es tardísimo y no sabes el hambre que traigo. Todo el día de reuniones y mañana más, los italianos nos están comiendo la tostada con el aceitucho ese que venden.

Yo me senté a su lado, en una esquina del sillón, escuchándolo. Cuando acabó de soltar su perorata, le di mi opinión, lo que creía que sería un buen consejo en ese asunto de los italianos, aunque no pareció darle demasiada importancia.

—Bueno, qué vas a saber tú de estos rollos, princesa —replicó poniéndome la mano sobre el muslo para, a continuación, enfrascarse de nuevo en la lectura del diario.

Un calor intenso me subió desde los tobillos hasta la cara.

—Javier, estoy exhausta.

Él levantó por fin la cabeza del periódico y me miró.

—¿Y qué puedo hacer yo?

No sabía si formulaba realmente un deseo de ayudar o era una pregunta retórica.

—Había pensado que quizá... —temía su reacción, pero era algo a lo que llevaba dándole vueltas mucho tiempo—, que tal vez podríamos darle a Laura una noche a la semana biberón, de esa forma quizá podrías dormir tú con ella y yo podría descansar, aunque fuera un día.

Se hizo un silencio denso, no sabía por dónde podía salir porque, a pesar de sentir muchísimo cariño por él a raíz de tu llegada, estábamos teniendo más discusiones fruto del cansancio. Su carácter era variable, imprevisible. Cal y arena. Por la noche enfadado sin motivo aparente y por la mañana con una sonrisa de oreja a oreja. Aquello me hacía sentir insegura, vulnerable, y más si teníamos en cuenta el cóctel de hormonas en una mujer durante el embarazo y el posparto.

No dejó de mirarme fijamente.

—¿Qué esperabas que suponía ser madre? —me espetó sin desviar la mirada de mis ojos.

—Lo sé, pero solo sería una noche —imploré.

—No lo entiendo. Porque no trabajas. No estás haciendo nada ni tienes que madrugar. Solo ocuparte de las cosas de la casa. ¿De verdad te supone tanto? —comenzaba a elevar la voz.

Parecía una regañina de un adulto a un niño y yo empezaba a sentirme pequeñita, como solía ocurrirme cuando se ponía así.

—Para que lo entienda. ¿Pretendes que me pase la noche pendiente de la niña y al día siguiente vaya a trabajar sin haber dormido? Muy lógico. Ese es tu trabajo. Es lo único que tienes que hacer.

—Podría ser el fin de semana, cuando no tengas que trabajar al día siguiente —propuse.

—Sí, claro, el único día que puedo descansar. Pero oye, que si quieres cambiamos los papeles y yo me quedo en casa con la niña sin hacer nada y sales tú a ganar dinero para pagar las facturas. Que te debes de pensar que se pagan solas.

No sé cómo ni de qué manera, pero había logrado que me sintiera culpable, mala madre y vaga. Y no supe decirle todo lo que se me pasaba por la cabeza: que necesitaba descansar para poder cuidar bien

de la niña y por mi propia salud, que necesitaba tiempo para mí, para escribir, para leer, que necesitaba poder bañarme sin la preocupación de que la niña estaba sola en el carrito, que estaba cansada de limpiar la casa, que echaba de menos a Juana, mis cosas con doña Rosa e incluso a él. Desde que me quedé embarazada no había vuelto a tocarme, al principio decía que era malo para el feto y ahora que podía hacerme daño tras el parto. Sentía que lo había perdido o lo estaba haciendo poco a poco, que había dejado de ser mujer y solo era madre y, sobre todo, sentía que me estaba perdiendo a mí misma.

Había momentos increíbles, como cuando Javier decidía acompañarme a darte un baño y nos quedábamos embelesados viéndote sonreír mientras chapoteabas. O alguna vez que conseguíamos dormirnos abrazados, como antes. O los días que venía especialmente cariñoso y me decía cuánto me quería..., pero cada vez eran menos.

—¿Otra vez vas a salir? —le pregunté una noche después de cenar, cuando se suponía que íbamos a sentarnos juntos frente al televisor aprovechando que tú dormías.

—Tengo que hacer cosas —dijo él por respuesta—. No hace falta que me esperes despierta.

Salidas a horas intempestivas, llamadas del trabajo respondidas en susurros... No quería pensarlo, pero empezaba a creer que Javier me engañaba y no me sentía con fuerzas de enfrentarlo, así que me refugié en ti y en mis padres y mis hermanos, y no hacía otra cosa que pasar tiempo con ellos cuando Javier no estaba. Menos mal que podía contar con mi familia.

Una tarde mi madre me dijo:

—Cariño, en nosotros vas a encontrar siempre un amor incondicional. Pase lo que pase estaremos contigo, siempre.

Imagino que no me veía feliz y que, por más que yo quisiera ocultar mis ojeras o achacarlas solamente a las noches en vela, una madre es una madre y siempre sabe lo que le pasa a un hijo.

Cuando ya fuiste un poquito mayor, Laura, tendrías unos tres meses, me decidí a ir a ver a Juanita contigo. Llevaba desde el parto sin verla porque temía poner en peligro su delicada salud introduciendo algún virus tonto o alguna infección en su casa, ya que ella ya no podía salir. Alternaba los días ingresada en el hospital, intentando controlar como podían sus crisis, con los días que pasaba

en casa bajo el cuidado de su pobre padre.

Entré con cautela en la habitación en la que mi amiga pasaba la mayor parte del tiempo. Estaba sentada en un sofá junto a la cama, esperándonos. Cada vez le costaba más moverse por sí misma.

—¡Qué preciosa eres, Laurita! —dijo cuando te puse en su regazo —. Mírala como sonríe, con los mismos hoyuelitos que la mamá.

Me senté en la cama y las observé, llena de felicidad y de dolor al mismo tiempo, porque sabía que ella no podría verte crecer. Pasamos juntas varias horas y le hablé de lo divino y lo humano.

—Siento traerte aquí mis tonterías, bastante tienes tú —me excusé avergonzada.

—¿Pero por qué dices eso? Si me haces feliz compartiendo tus cosas conmigo, eres mi cable con el mundo exterior. —Su sonrisa era perenne pero triste.

—Es que no sé cómo hablarle, cómo decirle que lo quiero de vuelta, que echo de menos lo que teníamos, preguntarle si he hecho algo mal... —me sinceré con ella.

Me sentía humillada en mi relación con Javier y no me atrevía a compartir mi dolor con nadie, me avergonzaba. Sentía que estaba fallando como mujer, que había echado a mi marido en brazos de vete tú a saber quién.

—Elena —Juanita hablaba con un tono muy bajito, apagado—, yo creo que esto pasará. Quizá al principio él te vea solo como la madre de Laurita, pero estoy segura de que todo volverá a la normalidad. Aguanta, confía, verás que todo irá bien.

—¿Y si tiene a otra?

—No creo que sea capaz de eso, seguramente esté sobrepasado por la situación, nada más. ¿Quién va a haber mejor que tú?

Sonreí y me recliné sobre su hombro. Sus palabras eran bálsamo.

Pero de vuelta en casa sentía que me estaba volviendo invisible. Que carecía de valor por mí misma.

Había dejado de existir. Al menos te tenía a ti.

Sexta parte
Madre

66

La oferta

Que tu hija se haga mayor tiene algo de bonito y de doloroso a la vez. Evidentemente, que crezca es lo que tiene que ocurrir y te sientes muy orgullosa de que lo haga de una forma sana y feliz, pero a la vez algo en ti va destruyéndose con cada segundo de dependencia perdida. Mientras tus hijos van creciendo, necesitas buscar otras cosas que te llenen; sobre todo cuando has empleado toda tu existencia en esos años a ellos, a cuidarlos.

Habías cumplido seis años en un abrir y cerrar de ojos. Menudita, con el pelo oscuro a la altura de los hombros y los ojos verdes. Me preguntaba de quién los sacaste hasta que vi una foto de mi abuela paterna, que los tenía igual que tú. Los hoyuelos en las mejillas, marca de la casa, y una energía inagotable.

Yo incrementé mi tiempo en la escritura paralelamente a tu crecimiento. Según fuiste dependiendo menos de mí, fui invirtiendo el tiempo que me dejabas libre en lo que siempre me había gustado y a lo que todavía soñaba con dedicarme. Por supuesto, nunca pude presentarme al famoso examen que me daría acceso a la universidad.

Las cosas con Javier nunca mejoraron: de cara a la galería seguía siendo el mismo hombre que me enamoró, pero en casa estaba distante y, seguro que por desgracia lo recuerdas, discutíamos a menudo. Yo casi me había olvidado de lo que era sentirse amada por él, y me había acostumbrado a sus salidas y a sus malas reacciones, pero cada vez me dolía menos.

Tú me dabas la vida, y tener tiempo para escribir, también. Sacarme el carné de conducir fue la mejor inversión, aunque tuve que convencer a tu padre con la excusa de llevarte cada día al colegio. Mateo rondaba mi cabeza de vez en cuando, en una suerte de sueño irreal, como un recuerdo que se resistía a abandonarme. Un recuerdo bonito pero que traía consigo un tremendo anhelo. De lo que pudo ser

y no fue.

Una mañana, mientras tú estabas en el colegio, doña Rosa me invitó a desayunar con ella. Era un día de esos de calor asfixiante en Madrid, del prematuro, del que la gente se pasa hablando días como si fuera algo extraño y, en realidad, ocurre cada año, me parece que era mayo. Cogí el coche familiar y fui al centro, habíamos quedado en La Mallorquina. Como casi siempre. El aroma de los bollos se colaba por la calle Mayor y por Arenal, no había manera de librarse de él. Ni manera ni ganas. Qué delicia. Doña Rosa ya estaba esperándome, con su sonrisa afable, más mayor sin ser anciana, calculo que tendría unos setenta años, pero la agilidad y la vitalidad de alguien de treinta.

—¡Qué guapa estás, Elena! —me dijo levantándose a abrazarme.

—Tú también, como siempre —respondí agradecida.

—Siéntate, que tenemos que hablar. —Me agarró del antebrazo y tiró de mí.

Cada vez que alguien decía eso no solía ser buena señal, así que me cambió la cara y ella debió de notarlo porque se echó a reír.

—Anda, anda, que no es nada. Solo cosas buenas.

Suspiré aliviada.

—Pues ya me dirá.

—Este año me jubilo. De hecho, este ha sido mi último curso.

—Sí, lo sabía y se lo ha ganado, ¿eh? —me salió del alma.

Doña Rosa me miró divertida.

—Sí, pero hay algo que tengo que hacer antes de dedicarme a vivir la vida como me merezco. —Me tenía en ascuas—. Alguien tiene que dirigir la escuela y dar las clases de Lengua y Gramática fundamentalmente. Suplirme, vaya. La de Francés ya la tengo apañada con un profesor nativo recién llegado de Toulouse.

Asentí, ya sabía por dónde iban los tiros. El olor del café recién hecho me subió por las fosas nasales como el mejor perfume del mundo, todavía soy capaz de recordar el aroma exacto que despedía mi taza aquel día.

—Quiero que seas tú. Y no admito un no por respuesta. Ya va siendo hora de que alces el vuelo. Esto no es ser escritora, pero sí podrás enseñar a las niñas aquello que amas. No te hace falta ningún título universitario, con tus conocimientos y lo que yo te enseñaré es más que suficiente. —Tomó aire, tomé aire—. No me digas nada ahora. Piénsatelo. Pero la respuesta tiene que ser sí.

La oportunidad que me estaba poniendo delante doña Rosa me pareció un sueño. Me moría de ganas. Y de miedo. Pero no por no estar a la altura de lo que ella esperaba de mí, sino por el momento de decírselo a Javier y su casi segura respuesta: «No, no y no».

—Lo hablaré con Javier, la verdad es que me encantaría —confesé.

—De acuerdo, querida, pero recuerda: es tu vida y tu decisión, y es una buenísima oportunidad para sentirte realizada en algo más que ser madre —dijo frunciendo el ceño.

Me fui a casa con el sabor agridulce de desear algo con todo mi corazón y tener que hacer frente a un muro enorme que no tendría por qué estar ahí.

Esa noche Javier llegó a casa de buen humor: las cosas en la empresa marchaban muy bien por lo que yo sabía, aunque no fuera él quien me lo contara. Era *vox populi.* Respiré hondo y, cuando estuvimos los dos sentados, dispuestos para cenar, se lo dije.

Había preparado ensaladilla rusa, uno de sus platos favoritos, y filetes de pollo empanados, que le encantaban. Me había quitado el delantal y llevaba un rato mentalizándome sobre cómo darle la buena nueva.

—Me han ofrecido un trabajo. Y me encanta. —Quise dejar claro este punto para que se fuera mentalizando.

—Ah, ¿sí? ¿Y eso cómo? ¿Lo has buscado tú?

—No, para nada, ha sido doña Rosa: se jubila y quiere que yo coja su puesto, tanto de directora, como de profesora de Lengua y Gramática. No sabes la ilusión que me hace. —Traté de mostrarme feliz, como dando por hecho que lo había aceptado. Con total normalidad.

—¿En la escuela?

—Sí, claro.

—Le habrás dicho que no, supongo.

Esto sí que no me lo esperaba.

—Y ¿por qué habría de decirle que no?

—¡Lo que me faltaba! ¿Y quién se encargará de Laura?

—¡Yo! ¡Como siempre! —grité—. El trabajo es por las mañanas y la niña estará en el colegio.

—¡Olvídate! —Cogió el tenedor y se puso a comer—. No entiendo por qué Rosa no me lo dijo primero a mí. Ella sabe que yo soy el

hombre de la casa.

No era capaz de imponer mis deseos, mis derechos. Me sentía vulnerable, como una niña. Como con mi tía, pero siendo adulta. Como si no pudiera llevar las riendas de mi vida.

—Y si lo cojo, ¿qué? —acerté por fin a responder.

—Si lo coges, te puedes ir olvidando de mí y de la niña —me amenazó.

Me levanté de la mesa y me fui al cuarto. Arrasados los ojos por el llanto, cuando ya no pude más, caí rendida por el sueño y el disgusto.

67

Locura

—Buenos días, mi amor, te he preparado el desayuno —me dijo nada más levantarme. Era sábado y no tenía que trabajar—. ¿Te apetece que vayamos a comer con la niña a la sierra? Me han recomendado un mesón espectacular.

Así era su forma de relacionarse conmigo habitualmente: por un lado, me imponía sus ideas y su criterio, me hablaba mal, me ignoraba incluso, y en otros momentos sacaba lo mejor de él y me hacía no querer dejarlo.

—No sé —respondí.

—Bueno, pues decidido, vamos, que te encantará, y a Laura también —dijo él dándome un cachete cariñoso en el trasero mientras me acercaba a la mesa para desayunar.

«Pues decidido. Como todo», pensé yo.

El restaurante estaba en un valle, el aire puro, fresquito en contraste con el calor asfixiante que hacía en nuestra casa, las vistas, todo rodeado de naturaleza..., era justo lo que necesitaba en ese momento. Pedimos cochinillo, que era lo típico de la zona, y me supo delicioso. Javier se mostró encantador. Como solo él sabía. Como cuando éramos novios. Pero yo no podía estar bien. No me salía.

—¿Qué te pasa? —me preguntó al ver que yo no era capaz de sonreír a pesar del lugar idílico en el que nos encontrábamos.

—Ya sabes lo que me pasa. —No quería discutir delante de ti, Laura.

—¿Es por lo del trabajucho ese? —dijo de forma despectiva—. Tú vales para mucho más, cariño. Deberías dedicarte a escribir y seguro que encontramos una editorial que te publique. ¿O prefieres meterte en un colegio rodeada de niñas?

No respondí y seguí comiendo. Lo que más me dolía era no sentirme apoyada de verdad, yo, que estaba convencida cuando lo

conocí de que estaba loco por mí y de que daría lo que fuera por estar conmigo. ¿Dónde quedaba todo aquello?

—Es un trabajo que me gustaría hacer, Javier —intenté retomar la conversación por la noche, cuando llegamos a casa y estábamos solos en la habitación.

—¿Otra vez con eso?

No quería que se enfadara, pero parecía misión imposible.

—Es que no entiendo qué tiene de malo.

—¡Todo! ¿Quién va a recoger a Laura del colegio a mediodía? ¿Cómo vas a ir cada día hasta el centro si el coche lo tengo yo? Si un día la niña está mala, ¿quién la va a cuidar?

—Todo eso lo podríamos apañar con mis padres, no creo que hubiera problema.

—¿Sabes qué pasa? Que estoy seguro de que lo que tú quieres es estar cerca del negro ese, y me niego. —Estaba empezando a enfadarse y la agresividad en su voz me ponía mala.

—No tiene nada que ver con eso, Javier.

—¡Ja! ¿Qué me vas a decir? Tú sabrás lo que haces, tú sabrás cuánto me quieres y si quieres cuidar de tu familia.

—Creo que te he demostrado suficientemente cuánto te quiero y cuánto quiero a Laura, pero esto, por una vez, se trata de mí. ¡Yo también tengo derecho a realizarme!

—¿Realizarte? ¿O ir a revolcarte por ahí?

Me dio un vuelco el estómago. Me entraron ganas de vomitar.

Era increíble, pero lo peor era mi incapacidad para replicar, para hacerme fuerte. Lo que más me dolía era que me considerara una estúpida y que no tuviera en cuenta mis sentimientos. Claro que lo quería y amaba nuestra familia, pero también amaba mi profesión, o la que me gustaba que fuera mi profesión. Sin embargo, no fui capaz de emitir una sola palabra más y cerré los puños con tanta fuerza que las uñas me hicieron sangrar las palmas.

Javier apagó la luz, pero yo era incapaz de dormir. Al cabo de unos minutos oí cómo se levantaba, se vestía y salía de casa. Era de madrugada. El crepitar cadencioso de una vela que había dejado encendida en la mesilla de noche me mantuvo despierta.

Apareció de nuevo a eso de las seis de la mañana, se metió en la

ducha y me despertó con un beso en la frente después de vestirse para ir a trabajar.

—Buenos días, princesa —dijo como si nada.

Quería creer que lo de anoche había sido solo un mal sueño, pero mis ojeras me demostraban lo contrario.

—¿Dónde has estado?

—¿De qué hablas? Durmiendo contigo, ¿dónde iba a estar?

Me negaba la evidencia. Dudé durante un segundo de mí misma, pensando que quizá me había vuelto loca.

—Te fuiste en medio de la noche... —Me resistía a que me tratara como a una demente.

—Elena, me preocupas —dijo, cogió su maletín y se dispuso a salir de la habitación—. Te veo a la hora de comer.

Eran aproximadamente las cuatro cuando sonó el timbre. Javier y yo habíamos comido sin prácticamente dirigirnos la palabra y a esa hora estábamos acomodados en el sillón con ese letargo que te otorgan las digestiones contundentes, mientras que tú jugabas a nuestros pies con un puzle que te habíamos regalado por tu cumpleaños.

Di un respingo.

—¿Quién será? —dije en voz alta.

—Algún vecino que quiere sal, vete tú a saber —respondió Javier sin hacer ni siquiera el amago de levantarse.

Eso era cosa mía, claro. Lo de abrir puertas, coger teléfonos, hacer comidas o lavar platos. Claro.

—¿Quién es? —pregunté sin abrir.

—Soy Rosa —respondió la directora desde el otro lado.

Abrí, alegre pero temerosa a la vez; doña Rosa era una persona extremadamente cautelosa, me extrañaba que se plantara en mi casa así, sin avisar.

—¿Cómo estás, querida?

—Pase, pase, está en su casa. Venga, estamos en la salita, reposando la comida. ¿Quiere algo? ¿Café, té, agua...?

—No, mi niña, estoy bien. Gracias.

Entramos en el salón, donde Javier nos esperaba con cara de felicidad.

—¡Bienvenida, tía Rosa! ¿A qué debemos esta grata sorpresa?

—He venido en busca de respuestas, imagino que sabes que hace días le hice una propuesta a tu mujer, y aún no me ha dicho nada.

—¿No? —respondió Javier—. Sí, sí, me ha comentado.

—Sería una oportunidad muy buena para ella —continuó doña Rosa.

—Eso le he dicho yo —dijo mi marido. Me dejó atónita—, pero no hay manera de convencerla. No quiere. Que si implicaría separarse mucho de la niña, que si no está preparada, que si prefiere estar en casa para poder escribir... Nada, mujer.

Tenía los ojos que se me iban a salir de las órbitas. Doña Rosa me miró profundamente extrañada.

—Vaya —dijo—, Elena, pensaba que te hacía ilusión.

—Sí, bueno..., me lo he pensado mejor —respondí incapaz de sostenerle la mirada.

—Si lo tienes claro, entonces no hay nada más que hablar, buscaré a otra persona. Una pena, la verdad, no se me ocurre nadie mejor que tú para el puesto. En fin.

Me moría por gritar, por decir que Javier estaba mintiendo, que me había hecho elegir, que me había amenazado..., pero no hice nada de eso. Simplemente guardé silencio.

Doña Rosa nos acompañó un rato más, por cortesía, y luego se fue por donde había venido, la noté muy contrariada y me dio la sensación de que aquella no sería la última vez que hablaríamos del tema. Le di un abrazo y ella me susurró algo al oído:

—Ojalá no te arrepientas de la decisión que estás tomando. —Se liberó cuidadosamente de mis brazos y se fue.

Volví al salón y no abrí la boca. El cinismo de Javier llegaba a límites insospechados. Te cogí de la mano.

—Nos vamos a dar un paseo.

68

Casi una despedida

A la mañana siguiente, aprovechando que tú tenías cole y Javier trabajo, fui a visitar a Juanita. La enfermedad la tenía muerta en vida.

Al entrar en la casa, una tremenda oscuridad te atrapaba: el exceso de luz le hacía daño en los ojos. Hacía meses que don José había pedido una excedencia para cuidarla a tiempo completo. Además, un par de años atrás había conocido a una mujer que se había convertido en su compañera y quería con todo su corazón a Juanita. Habían tenido suerte después de todo, al menos el padre tenía algo bueno a lo que aferrarse.

—Holaaa —grité risueña al entrar en su habitación—, ¿cómo está la chica más preciosa del universo?

Siempre intentaba estar de buen humor con ella, aunque por dentro estuviera mal de verla así. Cuando estaba allí cualquier problema de los que yo tenía me parecía una nimiedad y solía salir por un lado hecha polvo, pero por otro, con ganas de comerme el mundo y valorando la suerte que tenía de que tanto mi familia como yo tuviéramos salud.

Aquel día Juanita estaba más apagada que nunca, tenía los ojos vidriosos, como con una neblina que los cubría casi por completo, apenas podía moverse y su sonrisa aparecía como una mueca extraña en su cara. Comencé a hablar de cosas cotidianas..., pero me cortó enseguida.

—Desembucha —me dijo ella.

—¿Cómo?

—Que me digas lo que te pasa, que no me creo nada esa sonrisa falsa que me has puesto.

Le conté todo lo que estaba pasando con la propuesta de trabajo y la reacción de Javier.

—¿No se suponía que él siempre te apoyaba?

—Bueno, eso es lo que me decía, y recuerda cuando me montó el despacho para que escribiera y todo.

—Pero ahora ha llegado la hora de apoyarte de verdad y no lo está haciendo.

—Ya —musité.

Se mantuvo unos segundos callada, mirándome con compasión, cuando yo pensaba que esa emoción iría en el sentido opuesto. Entonces me agarró la mano con mucho esfuerzo y me dijo:

—Elena, sabes que nunca me he metido en tus cosas, que respeto tus decisiones y que te adoro. Pero por una vez, me voy a meter. —Tragó saliva con dificultad—. No creo que me quede mucho tiempo de estar aquí —se le inundaron los ojos de lágrimas, igual que a mí— y necesito pedirte algo. Coge ese trabajo y deja a Javier. No hace falta que sea hoy, ni mañana, pero déjalo. Porque no te hace feliz. Te apaga, te consume y encima no te deja realizarte como persona, te corta las alas, siempre lo ha hecho. Y no te mereces eso. Te mereces brillar. Volar muy alto. Ve a hablar con doña Rosa y dile que aceptas, y Javier que se apañe con su enfado. Si elige perderte, te estará haciendo un favor; y si quieres hacerte el favor tú misma, déjalo también. Hazlo por mí.

—No me pidas eso —respondí llorando.

—Sí, te lo pido porque te quiero. Y porque quiero que vivas, ya que yo no voy a hacerlo. Que lo tienes todo para ser feliz. Y no soporto ver que no lo eres. —Me apretó fuertemente la mano.

—No sé si seré capaz —le dije.

—Poco a poco, no te digo que sea ya. Lo del trabajo sí, claro. Antes de que sea tarde. Pero lo otro..., en cuanto puedas, Elena. Esto va de mal en peor. Y tú lo sabes. —Hizo una pausa y, mirándome a los ojos, dijo con voz queda—: ¿Realmente estás viviendo la vida que quieres vivir?

No supe qué responder, refugié mi rostro entre las manos.

—Tienes que prometerme una cosa, Elena. —Juanita me agarró la cara con sus manos y me miró a los ojos, yo asentí—. Busca la manera de ser feliz. Hazlo por mí. Baila, viaja, ríete, enseña, trabaja, ama..., haz todo lo que yo no podré hacer nunca más. Siempre voy a estar contigo. Prométeme que harás todo lo que esté en tus manos.

No hizo falta que respondiera. La abracé como si fuera nuestro último día en la tierra. Quería absorberla, no dejarla ir nunca, qué

injusta estaba siendo la vida con ella, qué injusta...

Me fui de allí con el alma partida en mil pedazos. Sabía que la vida de mi amiga se acababa. Sabía que tenía que hacerle caso. Y el nudo que se me había hecho en la garganta prácticamente no me dejaba respirar.

69

Una terrible calma

Sucedió a las pocas semanas, una de esas tardes en las que te recogía de la escuela e íbamos juntas a la biblioteca, devorabas un libro tras otro y aquel lugar era el paraíso para ti. Dejamos los libros de la semana anterior y, después de estar más de una hora por allí decidiendo cuáles serían los siguientes, nos fuimos para casa.

El vestíbulo estaba sumido en una aplastante calma, algo que me extrañó porque Javier ya tenía que haber llegado y, sin embargo, no se oía la televisión ni la radio.

—¿Elena? —Javier salió de la cocina y, tras él, mis padres, todo cariacontecidos.

—¿Qué pasa? —pregunté asustada.

—Ven. Laura, cariño, ve a tu cuarto a leer uno de los libros nuevos.

La cara de mi madre dejaba poco lugar para las dudas, tenía los ojos enrojecidos de llorar. Mi cabeza iba a mil por hora y se me presentaron todos los escenarios posibles. Ninguno bueno.

—Juanita ha muerto —dijo Javier—, hace pocas horas, nos acaba de llamar su padre.

No recordaba un dolor tan enorme. Tan horrible. Tan injusto. La muerte de mi mejor amiga no por esperada era menos traumática. De pronto me sentí sola, huérfana sin sus consejos, sin su fuerza... Qué caprichosa era la muerte, llevándose a alguien tan joven, privándola de tanto desde tan pronto... Tenía un dolor en el pecho insoportable, me sentía sin fuerzas, como si mi alma y mi cuerpo se hubieran separado. Mi madre se había abrazado a mi padre, no soportaba verme así.

—Necesito estar sola —alcancé a decir.

Me acostaba cada noche y cerraba fuerte los ojos, intentaba ver con nitidez sus ojos verdes, su perenne sonrisa, imaginármela como

cuando la conocí. Sabía que esto era lo mejor que le podía pasar, habían sido años de sufrimiento y su muerte era, de alguna manera, una liberación, aunque a mí, de forma egoísta, me hiciera tantísimo daño.

Con el paso de los días sus rasgos se fueron difuminando, cada vez me costaba más recordarla con claridad. Dicen que eso es lo que ocurre cuando piensas demasiado en alguien.

Aún me duele la muerte de mi amiga, aún me planteo muchas veces lo que me aconsejaría ella en algunas situaciones, y sigo lamentando que se fuera tan pronto y de aquella manera, sin tener tiempo casi para vivir nada. Me consuela pensar, y eso que no creo en religiones, dioses ni paraísos, que quizá algún día nos encontremos.

Comencé a escribir otro libro solo una semana después de que Juanita nos dejara. En él hablaba de un amor puro entre dos amigas, sus aventuras... Lo hice con un tono juvenil, necesitaba contar cosas buenas y distendidas. No podía enfocarlo de otra manera, creo que eso me permitió ofrecerle una especie de homenaje y a mí me ayudó a sanar poco a poco.

Imagino que sabes de qué libro te hablo, fue mi primera novela publicada. Y supuso también un éxito arrollador.

Recuerdo el punto de inflexión, el momento en el que decidí que quería escribir sobre ella. Sobre nuestra historia. Salí a dar un paseo, había tormentas aquel día, la típica tormenta de verano que hace estallar el cielo. Pero a mí me dio igual. Javier se había ido contigo a ver a sus padres, que habían venido de visita. Yo me excusé diciendo que no me sentía con ánimo. Era la verdad. Cuando llevaba unas horas sola en casa, la sensación de que se me caía el techo encima me hizo salir a la calle, aunque fuera pareciera que era el cielo el que estuviera a punto de desplomarse.

Conseguí despejarme de alguna forma, pero en mi cabeza no dejaban de aparecer las últimas conversaciones que mantuvimos Juanita y yo: «Coge ese trabajo», «deja a Javier», «te mereces ser feliz». La lluvia me empapaba la cara y se mezclaba con mis lágrimas. No sabía cómo iba a digerir su muerte, pero en ese momento pensaba aún más en su legado; esas palabras, esas súplicas. Me estaba dando cuenta de que no solo el fallecimiento de Juanita, sino aquella última conversación, iba a suponer un antes y un después en mi vida.

Volví a casa con agua hasta en el último recodo de mi cuerpo y

con una tiritona que me dejaría en cama unos días. Pero lo peor estaba ocurriendo dentro de mí. Todo súbitamente replanteado.

¿Realmente estaba viviendo la vida que quería?

70

Daniel

Otoños, primaveras, inviernos y veranos pasaron y pasaron como si nada. Mi vida se debatía entre la agradable rutina y la insoportable rutina. Mi madre decidió organizar una comida familiar en Lomares. Hacía tiempo que no íbamos y me daba miedo que la nostalgia me embargara después de los últimos acontecimientos, aunque también me hacía ilusión volver y llevarte a ti a descubrir los sitios por los que yo correteaba más o menos cuando tenía tu misma edad.

Allí seguía el mismo olor: esa mezcla de excremento de vaca y hierba; el mismo sonido con la fuente natural de agua que proveía a todo el pueblo y a cualquiera que quisiera venir a disponer de ella, las mismas moscas molestas que no te dejaban ni a sol ni a sombra y que luchaban por colarse entre las cortinas que adornaban todas las casas. Ese calor que te doraba la piel de día y la chaquetita que no podía faltar cuando caía el sol. Parecía haberse parado el tiempo. Pero vaya si habían cambiado cosas.

Era un día hecho para disfrutar: estaba rodeada de los míos, y Javier, claro, mostraba su mejor cara. Recuerdo que tú disfrutaste muchísimo corriendo de un lado a otro con otros niños. A aquella comida fuimos todos: mis hermanos, Lu con su futuro marido, Manu y su novia, mis padres, sus primos... y la tía Victoria.

Hacía ocho años que me había ido de su lado y de la escuela; desde que me casé. Nuestra relación se había limitado a lo mínimo y necesario cuando nos veíamos, pero aquel día las cosas empezarían a cambiar. La tía Victoria no vino sola. De su brazo iba un chico que me resultaba familiar. Todos nos quedamos estupefactos con la sorpresa, nunca la habíamos visto del brazo de ningún hombre. Este era sin duda mucho más joven que ella. Me sonaba tanto..., de pronto caí. Era el mismo al que había visto en la escuela aquel día, y su voz, la que escuché al teléfono. El mismo de la iglesia, el mismo que me hizo estar

años preguntándome quién era ese hombre misterioso en la vida de mi tía.

—¡Bienvenidos! —exclamó mi padre, el único que no parecía extrañado por la situación.

Todos nos miramos buscando respuestas que aún tardarían unos minutos en llegar.

La comida transcurrió con naturalidad, como dando por hecho que el chico, que se llamaba Daniel, era simplemente un amigo de mi tía. La tía Victoria parecía especialmente feliz, tenía una luz diferente en la cara. Yo la miraba de refilón, me gustaba verla así; al fin y al cabo, siempre era mejor eso que su habitual cara de hortaliza. «Lo que hace el amor», pensé.

—Me ha dicho Victoria que eres escritora —me dijo el tal Daniel.

—Bueno, más o menos, estoy en ello —respondí ruborizándome.

—¿Estás escribiendo una novela? ¿De qué va?

Me pareció muy agradable y se le veía genuinamente interesado.

—Uf, ya te contaré otro día.

No quería ser maleducada, pero al pensar en mi novela se me inundaron los ojos de lágrimas y no quería ponerme a llorar allí mismo.

Cuando estábamos con el postre, mi padre tomó la palabra:

—No he querido decir nada hasta ahora, pero os hemos reunido a todos porque tenemos algo importante que contaros.

¿Estaría mi tía embarazada? Me reí para mis adentros, aunque con una pizca de culpa por mi maldad. Fue entonces cuando la tía Victoria nos dejó a todos sin palabras:

—Daniel es mi hijo. Y me gustaría que lo aceptarais como a uno más. —Todos teníamos los ojos como platos—. Es una larga historia y ahora no es el momento, pero estaré encantada de hablar con quien quiera más tranquilamente.

Dicho esto, cogió la cucharita de postre y siguió comiendo. Daniel nos miró de uno en uno, cariacontecido.

—Por fin os conozco.

Como si fuera la cosa más normal del mundo, mi madre preguntó quiénes tomarían café y la sobremesa continuó como si nada, salvo porque todos querían hablar con Daniel y saber cosas sobre él. Yo sentía que la cabeza me iba a estallar, pues esa revelación explicaba muchas cosas.

Una de las veces que me levanté de la mesa para ayudar a recoger, se acercó la tía Victoria y me tocó el brazo con suavidad.

—Elena, me gustaría hablar contigo —dijo sin mirarme a los ojos, en un gesto de humildad que, desde luego, yo no le conocía.

La acompañé al corral. Estaba asomando el otoño, así que cogí una chaqueta. Ya no tenía el corazón trotando como me hubiera pasado hacía años, no tenía ganas de hablar con ella, pero sí curiosidad por lo que me querría decir.

Nos sentamos en lo que en Lomares conocemos como «machaderos», una especie de asientos de piedra que se colocan fuera de las casas, integrados en la fachada de la vivienda.

—Lo primero que quiero que sepas es que siento muchísimo lo de Juana.

Me encogí recordando las veces que me llevó a verla cuando estaba enferma y yo no podía visitarla sola. Hizo una pausa y yo traté de no llorar.

—Y necesito pedirte perdón. —Por primera vez me miró a los ojos; tenía los suyos encharcados—. Sé muy bien el daño que te he hecho en la vida y no tiene justificación. Estaba profundamente herida con el mundo, pero he tardado años en darme cuenta. Pensé que en parte te ayudaba, procurándote un futuro bueno, enseñándote a cómo comportarte... Fui tremendamente dura e injusta. Ahora lo sé, y lo siento. Lo siento mucho. Muchísimo.

Silencio.

—Me hizo usted mucho daño. No sabe cuánto —me atreví a decir por fin.

—Y no sabes cuántas noches he estado sin dormir por ello.

—No tantas como yo —repuse.

—No lo sé, Elena, pero lo siento. De corazón. Sé que no tengo vidas para recomponer la tuya, que seguramente en cierta medida destruí.

—Yo solo quería cariño. Nunca le pedí más.

—Un cariño que yo nunca he recibido, y que nunca he sabido dar. Yo pensaba que ser estricta contigo te haría fuerte, una mujer preparada para este mundo tan complicado para nosotras. Ojalá pudieras darme una segunda oportunidad.

No sabía qué decir. Había algo en la mirada de mi tía que me conmovía, sus palabras me llegaban, veía verdad en ellas.

—Recuperar a mi hijo me ha ayudado a darme cuenta de lo que realmente importa, el amor, el cariño..., todo lo que no te di.

Y ahí fue cuando me lo contó todo, desordenada y atropelladamente, casi sin mirarme a los ojos. Cómo ella se había enamorado también siendo casi una niña, con quince años, cómo pensó que él, mucho mayor que ella, también la quería, hasta que desapareció para siempre un buen día al ver que su vientre se abultaba más y más. Cómo, cuando no pudo ya esconderlo, sus padres la enviaron lejos del pueblo, con una prima lejana, donde se ocultó durante meses, tejiendo ropita para el niño que jamás tendría en sus brazos. Cómo lloraba cada noche, cómo intentaba no sentir las pataditas que le daba su bebé, cómo trataba de odiar al hombre que le hizo aquello, pero al que solo alcanzaba a querer, lo estúpida que se sentía por eso. Cómo tuvo que dar a luz sola, llena de dolor y vergüenza. Cómo imploró que le dejasen ver su carita antes de que se lo llevasen de su lado y cómo se lo impidieron.

Esta vez fui yo quien se echó a llorar al ver tanto dolor frente a mí. Le agarré la mano tímidamente, creo que era de las primeras veces en mi vida que la tocaba.

—Gracias por compartir esto conmigo —respondí—. Siento mucho lo que ha tenido que vivir. Y es cierto que me hizo mucho daño y que nada puede justificarlo. Pero le agradezco de corazón que me pida disculpas.

Nunca la había visto así, estaba rota, realmente triste.

—Desde ese día no he sabido querer a nadie, Elena, ojalá algún día logre compensar todo lo que te hice pasar.

Entonces comprendí muchas cosas: su extraña relación con la familia, su distancia, su desconfianza de los hombres, cómo intentaba alejarme de ellos y, por supuesto, la ropita de bebé, la foto, hasta descubrí que el dinero era lo que ella le daba para ayudarlo, lo que sentía que era su deber como madre, y que él resultó haber invertido en un piso para ella...

—Señora Victoria..., tía. —La miré y ella me apretó con fuerza la mano—. Todos merecemos una segunda oportunidad. Usted también. No podemos empezar de cero, pero me encantaría que esta nueva tía Victoria formara parte de mi vida. Si quiere.

La mujer, que aparecía frente a mí con un aspecto frágil como nunca, se levantó y, haciéndome un gesto con la cabeza, como

pidiéndome permiso, me abrazó.

Yo me quedé rígida unos instantes, pero sentí una tremenda paz después.

Notaba que se estaban generando muchos cambios en mi vida, y decidí que no podía quedarme atrás y dejar que las cosas siguieran hacia delante como si no pasara nada. Básicamente, lo que había hecho siempre: dejar que otros decidieran por mí, mediante amenazas o imponiendo su autoridad. Necesitaba dar algún paso por mí misma.

En cuanto llegamos de vuelta a Madrid fui a ver a doña Rosa. No te acordarás, pero tú me acompañaste.

—Acepto el trabajo —le dije nada más entrar en su casa.

—¿Y Javier? —preguntó.

—De eso ya me encargaré cuando toque, pero quiero hacerlo y creo que ha llegado el momento de plantarme, sin temer las consecuencias.

Se le iluminó la cara.

—Cariño, estoy segura de que no te arrepentirás.

71

Una decisión consensuada

Era maravilloso. Entrar en la escuela donde había sido tan infeliz y feliz por momentos y conseguir crear nuevos recuerdos. Las niñas me adoraban y yo a ellas; además, ese primer año estuve trabajando mano a mano con doña Rosa, que se fue desligando poco a poco y delegando tareas en mí hasta que me hice con la escuela. No era mi trabajo soñado, pero se le parecía mucho. Además, cuando terminaba la jornada todavía tenía un ratito que aprovechaba para seguir escribiendo la novela, que me estaba quedando mejor de lo que esperaba.

En casa las cosas estaban cada vez peor, Javier pasó semanas sin hablarme cuando se enteró. Esperaba que se pusiera agresivo, que me volviera a amenazar o, incluso, que me dejara. Pero no ocurrió nada de eso, se limitó a asentir y a no dirigirme la palabra más. Sinceramente, aquello no distaba demasiado de la relación que ya teníamos. Estaba empezando a darme todo igual. Solo me importabas tú y mi familia y mi trabajo. Nada que pudiera cortarme las alas. Por primera vez me sentía fuerte, aunque me costara sobrellevar el día a día con un marido tan exageradamente distante y sin saber si lo arreglaríamos algún día. De vez en cuando me cruzaba con Mateo por el barrio. Cuando estaba con Carmen, me saludaba a distancia, incluso con frialdad, pero cuando nos encontrábamos a solas siempre acabábamos charlando durante unos minutos que se me hacían segundos, conversaciones aparentemente inocentes en las que me hubiera quedado a vivir.

Javier prácticamente me ignoraba y yo tenía que hacer encaje de bolillos muchas veces para cuidar de ti, porque él no estaba dispuesto a ayudarme mientras yo decidiera trabajar.

Al acabar el curso lectivo, doña Rosa volvió a llamarme a filas. Esta vez quedamos en La India, una cafetería que tenía unas reinas de

nata increíbles. Yo tenía veintiséis años, pero me seguía comiendo los bollos como si tuviera doce.

—Ay, mi niña, Elena, tengo algo que decirte. —No parecía malo a juzgar por su cara y ya me había acostumbrado a que de su boca solo salieran cosas bonitas—. Resulta que hace unos meses me tomé la libertad de coger uno de los relatos largos que guardas en el cuaderno de dirección.

—¿Fuiste tú? Ya decía yo que me faltaban papeles por ahí —respondí mientras le hincaba el diente a mi reina.

—Sí, estate tranquila que lo tengo a buen recaudo —respondió, creo que sorprendida por el trozo enorme que me había metido en la boca—. Traga antes de hablar, anda, que como te vea tu tía... —Las dos nos echamos a reír.

—¿Y? ¿Te gustó? —pregunté.

—No es solo eso, es que tengo unos amigos en una editorial y quieren conocerte —respondió ella.

No me lo podía creer.

—Pero yo no valgo para eso. —De pronto me entraron mil miedos.

—¿Cómo que no vales? ¡Pero si escribir es lo que llevas haciendo desde que tienes uso de razón! Dudo, fíjate, hasta de si no aprendiste a escribir antes que a hablar. —Se levantó y me zarandeó.

Parecía entusiasmada. Más que yo.

—No sé, no sé si estoy preparada; además, el colegio...

—Deja el colegio tranquilo, ya veremos cómo apañamos eso, pero si llega un tren que transporta tu sueño, no lo vas a dejar pasar como si nada, eso te lo aseguro yo.

Después de todo lo que había pasado con Javier para llegar hasta allí, lo último que necesitaba era generar otro problema. Pero recordé las palabras de Juanita el año anterior y supe que ya estaba tardando en hacer una de las dos cosas que me pidió.

Regresé a casa como en una nube. No había nada definitivo, pero simplemente el hecho de tener la posibilidad de sentarme con un editor porque le gustaban mis relatos me parecía increíble.

Javier te había recogido aquel día porque quería llevarte a merendar, por eso había aprovechado yo para ver a doña Rosa. Cuando entré por la puerta viniste corriendo hacia mí.

—¡Mamá! ¡Mamá!

—¡Cariño! —Te abracé.

—¡Papá me ha llevado a comer chocolate con churros! —Estabas exultante.

—¡Qué bien, mi vida!

Javier apareció por la cocina y me dio un beso agarrándome por la cintura. Algo extraño, la verdad.

—¡Hola! —le dije animada.

—Hola, querida. ¿Qué tal el día?

Esto sí que no me lo esperaba.

—Bien, tengo algo muy bueno que contarte. —Sonreí.

—¡Miedo me das! —dijo él.

Lo cogí de la mano aprovechando que parecía receptivo.

—Voy a tener una reunión con una editorial. Han leído unos relatos míos y les han gustado mucho. Ha sido cosa de doña Rosa —escupí las palabras sin respirar, como para no darle tiempo a encontrar un pero.

Él se quedó callado durante unos segundos.

—No —dijo finalmente.

—No ¿qué? —pregunté temblorosa.

—No tendrás ninguna reunión. Bastante que te saltaste a la torera mi negativa a que trabajaras en la escuela. Seguramente ni siquiera eres tan buena, y esos hombres de la editorial van a lo que van. ¿O qué crees? ¿Que te van a dar un contrato sin esperar nada a cambio? Ya está bien. ¿Qué pretendes? ¿Ser escritora? ¿Quién te has creído que eres? —Había elevado el tono con cada palabra hasta gritar encolerizado.

Tú te encogiste en una esquina y te echaste a llorar. La ira comenzó a crecer en mi interior. ¿Otra vez? ¿Iba a pasar por esto otra vez? Y lo peor era verte a ti con miedo.

—Javier, basta, no puedo seguir así. —Me levanté. Esta vez era yo la que gritaba.

—Seguir así, ¿cómo? ¿Con una casa maravillosa? ¿Con un marido que te da todo lo que necesitas? ¿Con una hija que crece sana y feliz? ¿Con un trabajo que supuestamente era el que te realizaba? —gritó.

—¿Feliz? ¿Quién puede ser feliz con esta relación? ¿Viviendo estas discusiones? —Estaba fuera de mí.

—¿Sabes cuál es tu problema? Que solo piensas en ti. ¡Eres una caprichosa! ¡Eso es lo que te pasa!

Te di la mano para levantarte y salimos de la cocina. Entonces pensé que quizá él tuviera razón, que tal vez yo fuera incapaz de valorar lo que sí formaba parte de mi vida y me había pasado los días anhelando lo que no tenía; primero fue estar con mis padres, luego estar con Mateo, luego un trabajo, luego ser escritora..., parecía que nunca fuera suficiente para mí. Tal vez debía dejar de construir castillos en el aire de una vez.

Traté de relajarme y volví, dejándote a ti en tu cuarto con un juguete.

—A lo mejor tienes razón. Además, soy feliz dando clase y escribiendo cuando me apetece —le dije.

La verdad es que me había quitado un peso de encima, por alguna extraña razón me sentí más relajada. Regresé como si estuviera levitando hasta tu habitación, tenía la sensación de que había perdido mi capacidad de decisión por completo. Me senté en el suelo con las piernas cruzadas y me dispuse a jugar contigo.

Javier se acercó a nosotras y me dio un beso en la frente.

—Por eso te quiero tanto.

Aquel día fuimos a pasear por el Retiro y a comer a Lhardy. Yo creo que te llevé alguna vez cuando eras más pequeña a tomar un consomé. Después fuimos a una de las carreras vespertinas en el Hipódromo, de repente parecía que hubiéramos vuelto a los buenos tiempos. Todavía tenía que pasar por el trance de decirle a doña Rosa que gracias, pero que declinaba su oferta de reunirme con la editorial; le explicaría la decisión que había tomado junto a mi marido.

«Junto a él», eso pensaba yo, que era una decisión consensuada.

A la mañana siguiente me desperté nerviosa. Javier ya había salido hacia el trabajo una hora atrás y yo había quedado en ir a ver a doña Rosa en una cafetería cercana a su casa. Hacía un día maravilloso, de esos en los que se puede andar por Madrid cómodamente porque mucha gente se ha ido de vacaciones y las calles aparecen liberadas. Cogimos el tranvía, te encantaba. Nos bajamos dos paradas antes de la que nos correspondía para dar un paseo y comprarte un helado en Los Alpes, tu heladería favorita. Pistacho era siempre el elegido. Yo me controlé porque últimamente estaba comiendo demasiado. De todos modos, sabía que me tocaría terminarme el tuyo, nunca te lo conseguías acabar.

Madrid se estaba convirtiendo en una ciudad cosmopolita,

moderna, era evidente que quería dejar atrás cualquier vestigio de la dictadura que la había asolado durante tantos años. Por la calle, la moda se había convertido en una forma de expresión, una manera de dejar claro que lo encorsetado había desaparecido y, aunque seguían viéndose coletazos de lo que fue, sobre todo en las personas mayores, cuyo sufrimiento se reflejaba en la mirada, los más jóvenes hacían patente la alegría de vivir, el deseo de borrar para siempre un pasado negro.

Caminamos hasta el lugar de nuestra cita, una cafetería con aspecto decadente, muy diferente de los lugares a los que me solía llevar doña Rosa. Aún no había llegado. Nos sentamos a esperarla en una mesa para cuatro, un té para mí y un vaso de agua bien grande para ti. Te encantaba leer, así que había llevado uno de tus libros favoritos para que te entretuvieras mientras nosotras hablábamos. A los cinco minutos apareció doña Rosa, pero no iba sola.

72

La reunión

Los ventiladores giraban a su máxima potencia y el ruido que hacían era casi insoportable, pero no se podía hacer menos con el calor. Me levanté para saludar extrañada por la compañía que venía del brazo de mi amiga y mentora.

—Buenos días, chiquillas —dijo doña Rosa—, os presento a Jorge Limón, el jefe de Ficción de la editorial Nubio.

Me quedé ojiplática. ¿Por qué había hecho eso sin preguntarme?

—Buenos días —dije estrechándole la mano.

—Estaba deseando conocer a la autora de los magníficos relatos que me ha hecho llegar Rosa —respondió el hombre.

No sabía cómo salir de aquel atolladero sin ser maleducada.

—Sentémonos —dijo ella.

Tú estabas absorbida por el libro que tenías en las manos, así que no diste ni la más mínima guerra.

El hombre llevaba un maletín del que sacó copias de mis relatos.

—Son muy buenos. ¿Tienes algo más escrito?

—Eh… —titubeé—, bueno…, creo que estoy escribiendo una novela.

—¿Cómo que crees? —respondió riéndose.

—Es que no lo hago con ninguna pretensión.

—Ya te dije que era demasiado humilde —intervino doña Rosa.

Jorge Limón tenía una cara graciosa, de esas que se comen los ojos al sonreír.

—Tenemos muchas ganas de trabajar contigo, Elena. —No se andaba con rodeos—. Nos encantaría ver esa novela que estás escribiendo. Si todo sale bien, nos gustaría que fuera la primera de muchas.

Permanecí en silencio.

—Doña Rosa, señor Jorge… —comencé—, yo no sé si puedo

aceptar esta oferta. Le agradezco mucho su interés, pero tengo demasiado trabajo y además con la niña...

—¡De eso nada! —soltó de pronto mi amiga—. Tú puedes con esto y mucho más. Además, hemos pensado en todo.

—Así es. —El editor parecía estar preparado—. Nos encantará leer esa novela de la que me hablas, pero puedes organizarte como quieras, cuando estés preparada. —Sacó una carpeta del maletín con un montón de hojas con diferentes propuestas—. Con estos modelos de cesión de derechos es con los que solemos trabajar. Veremos cuál es el que te encaja mejor.

Era increíble, un sueño hecho realidad. Pero sabía que, si aceptaba, mi matrimonio se iría a pique, y no era precisamente una decisión baladí. Me quedé callada hasta que se me ocurrió una idea.

—¿Y un seudónimo? —planteé.

—Mamá, ¿qué es un seudónimo? —Levantaste la vista de tu libro.

—Pero ¿tú no estabas leyendo? —Reí—. Ya te lo explicaré después, cariño.

Me preocupaba que te hubieras quedado con esa palabra grabada y la soltaras después delante de Javier, que seguro que ataría cabos rápido.

—¿Qué quieres decir? —preguntó doña Rosa.

—Sí, poder publicar, pero bajo un seudónimo, de forma que no me traiga problemas personales.

Se quedaron un rato pensativos los dos, me atrevería decir que extrañados.

—¿No quieres que aparezca tu nombre? —preguntó por fin el editor.

—No, prefiero que no.

—Bueno, yo no veo inconveniente. Normalmente es una cuestión de ego, de búsqueda de reconocimiento, pero si tú no lo necesitas, nosotros no tendríamos problema.

Doña Rosa permaneció callada.

—Entonces de acuerdo —dije yo. No me lo podía creer, estaba a punto de convertirme en escritora.

—¡Pues de acuerdo! Hablaremos próximamente para cerrar bien las condiciones de trabajo y listo.

Jorge Limón se puso en pie y me tendió la mano.

Doña Rosa no se levantó, deduje que quería quedarse conmigo a solas. Cogió su taza con delicadeza y le dio un sorbo al té que había pedido. Alrededor había tres o cuatro parejas disfrutando del aperitivo; algunos tomaban café; otros, vermú.

—¿Por qué has hecho eso, Elena? —dijo mientras depositaba la taza en el platito.

—Creo que es la única manera que tengo ahora mismo de hacer lo que quiero sin temer las consecuencias en mi matrimonio.

—¿Te das cuenta de lo que estás diciendo? —preguntó.

—Sí, pero estoy cansada de pelear. No puedo más —dije haciéndole una señal para que cambiáramos de tema, no quería que tú pudieras escuchar algo que no tenías que escuchar.

—De acuerdo, si es lo que quieres, ya tienes edad para tomar decisiones por ti misma. —Se levantó y me abrazó. Yo la abracé aún más fuerte, estaba muy nerviosa—. Así que, ¡enhorabuena!, y no te preocupes, que te ayudaré en todo lo que esté en mi mano.

—Solo una pregunta. —Me separé y le dije—: ¿Por qué ha venido con este hombre sin antes hablar conmigo?

Doña Rosa frunció el ceño.

—Victoria me dijo que había hablado contigo y que le habías pedido que te cerrara una reunión —respondió—, era lo que tenía entendido.

—¿La tía Victoria? —No entendía nada—. Pero no es cierto, yo hablé con Javier y hoy venía aquí para decirle que no podía aceptarlo, que no me reuniría con nadie.

Mi amiga se quedó pensativa.

—Bueno, quizá haya sido cosa de su hijo, Daniel tiene algo que ver con la editorial. Me pidieron que no te lo dijera, pero no veo el sentido de ocultártelo. No es nada malo, al contrario.

Otra vez no sabía si sentirme agraviada o halagada. Primó lo segundo.

—Ya sé lo que ha ocurrido —dijo doña Rosa—. ¿Te das cuenta de que ha sido una estratagema de tu tía para que no dejaras pasar esta oportunidad? Ella se imaginaría que ibas a rechazarlo y no quería que lo hicieras.

Tenía sentido lo que decía doña Rosa. La tía Victoria estaba preocupada por mí, por resarcirme de todo lo que había ocurrido en el pasado. Podía ser que hubiera hecho ese movimiento en la sombra

para que yo tomara la decisión de firmar.

—Es posible —respondí.

—Sí, sí, ahora estoy segura.

Esta vez fui yo la que sonrió. Al fin y al cabo, en parte gracias a ella y a su hijo Daniel iba a cumplir el sueño del que tantas veces ella misma me intentó alejar. Se me puso la piel de gallina. Quizá las cosas estaban empezando a ponerse en su lugar.

Volvimos a casa paseando. Sería escritora y nadie lo sabría. No me importaba. Podría ganar dinero y que mis libros se leyeran por todo el país. Además, no tendría que dejar el colegio.

Escritora e independiente.

73

Un punto de inflexión

Te insistí en que no podías contar nada a papá de la reunión en la cafetería, pero me quedé tranquila porque no parecías haberte enterado de nada, de tan metida como estabas en tu libro. Al llegar me extrañó ver la puerta de entrada entreabierta.

—¿Javier? —pregunté.

Era su horario laboral, así que no debía estar en casa. De pronto, me asusté. ¿Y si había alguien robando? Te pedí que me esperaras un momento en silencio en la salita que teníamos nada más entrar y cerré la puerta.

—Sigue leyendo un poco, cariño.

Recorrí el pasillo hasta la cocina de la forma más sigilosa que pude. Sentí que había trasiego en aquella zona de la casa. El corazón me bombeaba a mil por hora.

—¿Dónde estabas? —me preguntó Javier mientras ordenaba unos platos—. Es el colmo que te vayas dejando la casa manga por hombro.

—He estado paseando con Laura —mentí.

—¿Y la casa? Primero la obligación y luego la devoción, o al menos así me educaron a mí. Lo que me faltaba es tener que estar yo haciendo las cosas que te corresponden a ti.

—Te has dejado la puerta abierta.

Decidí darme la vuelta e ir a hacer mis cosas ignorando sus palabras.

No me giré, pero oí cómo paraba el trasiego de platos y me imaginé a Javier anonadado por mi reacción. Sin embargo, ni dijo ni hizo absolutamente nada más. Al cabo de unos segundos, volví a oír cómo seguía colocando la vajilla. Sonreí para mis adentros.

No sé cómo, pero lo conseguí. Terminé la novela y fue lo primero que publicaron. Lo hice todo a escondidas, escribiendo en los ratitos en los que estaba sola, muy poco a poco, pero tenía tanto bullendo

dentro de mí y desde hacía tantos años que, cada vez que me sentaba frente al papel, me iba más rápida la cabeza que las manos. Me costaba parar.

De esto no sé si te acuerdas, Laura, pasaron meses y desde que se publicó el libro, las ventas no dejaron de crecer, conseguí ganar bastante dinero y, unido a lo que ganaba en el colegio, pude sentirme, de alguna manera, independiente por primera vez en la vida. Era complicado estar en casa contigo y con papá sin poder deciros nada. Hacía todo a escondidas, incluso cobrar el dinero, que guardé en una cuenta secreta para Javier. Era frustrante, sentía que os mentía todo el tiempo; sobre todo, me costaba contigo porque quería compartir aquello con la persona más importante de mi vida, pero aún no tenías edad para entender por qué no le contaba la verdad a tu padre.

La novela fue un éxito desde el principio, iban pasando los años y seguían saliendo nuevas ediciones. La gente estaba como loca con aquella autora desconocida que no quería dar la cara, había algo en el misterio que despertaba aún más el interés de los lectores.

Para mí era apasionante, pero también triste. No por el ego de sentirme reconocida, firmar libros, ir a una entrega de premios, sino por no poder compartirlo contigo o con el resto de mi familia.

Dos años después del nacimiento de la primera novela, llegó la segunda. Y luego la tercera, y la cuarta. Y nadie, salvo doña Rosa y mi hermana Lu, sabía la verdad.

Pasaron años y, aunque me sentía muy realizada en el aspecto profesional, cada día me despertaba con ansiedad dándome cuenta de que estaba anclada en una relación de pareja tóxica, donde ya ni siquiera había amor: la relación con Javier era prácticamente nula, podría decirse que se limitaba a los pocos días que nos íbamos de vacaciones a la playa contigo. ¿Por qué aguantaba ahí? ¿Por qué no le hacía caso a Juanita? Me daba mucho miedo, ¿y si me intentaba separar de ti?

Una tarde, mientras estábamos todos en casa, tú con tus deberes, papá viendo la tele y yo haciendo cosas en la habitación, sonó el teléfono. Tenía el cuarto manga por hombro y no me dio tiempo a alcanzar el aparato antes que tu padre.

—¿Sí? ¿Dígame? —le oí decir—. Creo que no se puede poner en este momento, ¿quién la llama? ¿Editorial? ¿Qué editorial? ¿Qué premio? Entiendo..., sí, claro, una emoción enorme. Le daré el recado.

Y colgó. Transcurrieron unos segundos y el miedo me paralizó.

Entonces oí que Javier se acercaba a la habitación y cerraba la puerta tras de sí.

—Elena —dijo sonriendo de la forma más macabra que he visto nunca—, resulta que has ganado un premio con una novela. Una que has publicado bajo un seudónimo y de la que, por algún extraño motivo, yo no tenía conocimiento.

Tragué saliva. Él se acercaba más a mí mientras me hablaba.

—Te dije que no quería que lo hicieras. —Masticaba sus palabras con una rabia difícil de describir.

—Javier, tengo derecho...

—No tienes ningún derecho —me interrumpió—, vives bajo mi techo y tendrás que acatar lo que yo te diga, que para eso soy tu marido. —Me agarró fuertemente del brazo.

—Entonces no quiero que seas mi marido ni un minuto más —le grité a pocos centímetros de su cara, llena de ira.

Javier se alejó un poco y, de pronto, se abalanzó sobre mí poniendo su mano en mi cuello, apretándome, intentando asfixiarme.

—No me vas a dejar, Elena. Te lo aseguro.

Se separó de mí y salió de la habitación dando un portazo.

Me quedé paralizada, ni siquiera podía llorar. Estaba temblando. Me di cuenta de que era capaz de cualquier cosa.

Me toqué el cuello dolorido y comencé a pensar en todas las opciones que tenía para acabar con aquella relación de una vez por todas.

74

El empuje necesario

En los días posteriores traté de evitar a Javier en la medida de lo posible, y parecía que él hacía lo mismo conmigo. Rara vez aparecía para comer y yo le dejaba por si acaso preparado algún plato, para que no tuviera nada que reprocharme en caso de que decidiera venir a casa y yo no estuviera para «atenderlo».

Había ahorrado como una hormiguita, así que el tema económico no iba a ser un problema, no tenía la holgura de mi marido, pero sí lo suficiente para vivir. La España de la dictadura, en la que yo nací, había quedado muy atrás. Eran los 80, en plena Movida madrileña, una época de apertura, y algo estaba cambiando en la mentalidad colectiva, sobre todo en lo referente a la mujer. Empezaban a surgir ciertos movimientos feministas, algo que, inevitablemente, y a pesar de mi historia de vida, yo tenía bien arraigado, gracias a que siempre estuve rodeada de mujeres fuertes: mi madre, doña Rosa y, por qué no decirlo, también mi tía. Aun así, contigo a mitad de curso, no sabía cómo proceder.

Pasaban los días y yo no quería estar un segundo más allí con él. Las noches eran un suplicio, no quería que se acercara, aunque, por suerte, tampoco lo intentó. Algunas, de hecho, ni siquiera aparecía por casa.

Necesitaba a alguien que me ayudara a dar el paso y no podía decírselo a mi madre, le preocuparía demasiado y no quería poner sobre su espalda esa responsabilidad.

Sentada frente al escritorio en uno de los momentos tranquilos de que disponía, mientras saboreaba una infusión frente al folio en blanco, comenzó la catarsis: las palabras brotaban sin dificultad en una suerte de cascada de reproches y momentos dolorosos que no me costó nada plasmar sobre el papel. Quizá no serían esas palabras caldo de ninguna gran novela, pero eran el calmante para la soledad.

Necesitaba desahogarme.

Sonó el timbre. No era el telefonillo, sino el de la puerta de entrada. Deduje que sería mi madre, o mi padre o Lucía.

—¿Quién es?

—¡Soy Lu! —dijo mi hermana.

Respiré aliviada mientras abría la puerta. Esbocé una especie de sonrisa como pude.

—¡Vaya cara tienes! —Lucía nunca ha sido muy de callarse las cosas.

—¿Qué cara?

—¡Cara de muerta! Esas ojeras, ese rictus serio..., ¡madre mía!

—Ah, pues no sé. Estoy algo cansada. —Salí del atolladero como pude.

—¿Tienes tiempo para un café? —De pronto, su tono se había suavizado y parecía preocupada.

—Supongo que sí.

—Pues venga, vamos a sacarte un poco de aquí y que te dé el sol, a ver si mejoramos por lo menos el tono —respondió riendo.

Nos sentamos en la cafetería Los Artesanos, y lo que iba a ser un café acabó siendo una docena de churros a degustar entre las dos. El camarero se lo pasaba en grande mirándonos comer, mejor dicho, devorar aquellos manjares. Desde la gruesa barra de madera, con su bigote, sus tirantes y la camisa blanca, parecía que llevaba allí desde principios de siglo. Me encantaban esas cafeterías en las que el tiempo parecía haberse detenido.

Miré a Lu, que tenía la boca llena como una ardilla acumulando nueces. Me encantaba la sensación de estar comiendo algo que sabía que no era precisamente sano, pero que me hacía feliz. Aunque luego me doliera la tripa de la fritanga que nos habíamos metido entre pecho y espalda.

—¿Qué te pasa, Elena? —me preguntó mi hermana cuando no quedaba ni un gramo de azúcar que rebañar—. Porque algo te pasa, a mí no engañas.

Lu y yo prácticamente éramos de la misma edad y, aunque no nos habíamos criado juntas, estábamos muy unidas de una manera casi irracional. Como si una fuera parte de la otra. Ella era una prolongación de mi madre, no se callaba nada y se ponía la vida por montera. Sabía que podía contar con ella.

—Uy, nada, nada, la vida, que me tiene agotada —pronuncié esa última palabra con lentitud exagerada.

—¿La vida? Pues solo hay una, así que más te vale no estar muy aburrida de ella. Más bien deberías estar disfrutándola, ahora que Laura tiene quince años, que ya es mayor, que tienes más tiempo para ti, el éxito del libro, Javier... —Me agarró la mano y me la apretó con fuerza.

Mi cara debió de palidecer porque Lucía cambió el gesto radicalmente. Donde antes había dulzura, ahora solo aparecía la rabia.

—¡Lo sabía! ¡Ese malnacido! ¿Qué te ha hecho? ¿Qué te ha hecho? —Iba elevando el tono cada vez más y la gente del resto de mesas nos miraba.

—Nada, Lucía, no me ha hecho nada. —Bajé la voz con la esperanza de que ella hiciera lo mismo.

Alrededor, una decena de jubilados parecía no tener nada mejor que hacer más allá de escucharnos a nosotras.

—Es que ya sabía yo que no es lo que parece el señorito andaluz, que llevo años notándolo, que sí. Que es un sinvergüenza, todo lo que se dice por ahí...

—¿Qué se dice por ahí? —la interrumpí.

Ella guardó silencio unos segundos, como dándose cuenta de que había metido la pata.

—Cosas, no te hagas la tonta, hermana. Por favor.

—Dímelas, quiero oírtelas decir. —La miré a los ojos. Ya me daba igual que me escucharan.

—Que te engaña, que está con unas y con otras. ¡Eso se dice! ¡Y tú, aguantando!

—Yo no sé nada —repuse agachando la cabeza—, y fíjate que eso sería lo de menos.

—¡Oye! ¡Elena! ¡Vale ya! —Parecía que iba a darme una bofetada y, en cierto modo, lo estaba haciendo—. ¡Vale de tragar y tragar! ¡Que te mereces ser feliz! Y brillar. Sobre todo, brillar. Porque eres luz, Elena. No dejes que ese hombre te apague. Es el padre de Laura, sí, pues gracias por los servicios prestados y a otra cosa.

La digestión de los churros se me empezó a complicar.

Lucía siempre había sido la más pragmática, pero esta vez parecía que hablaba incluso por boca de mi amiga Juanita. Idénticos discursos. Y yo seguía sin reaccionar.

—Tienes razón.

—¿Qué? —Lucía había seguido gritando, sin escuchar, y le sorprendió sobremanera mi respuesta.

—Que tienes razón en todo. Que no tengo que aguantar más esto. Que me merezco algo mejor, y que es el momento de dar el paso.

—¿Pero?

—Pero estoy aterrada.

Fue entonces cuando le confesé el episodio que había sufrido con Javier cuando se enteró de lo de las novelas y el seudónimo. Cómo me amenazó. Y el pánico que sentía desde aquel momento.

Lu me escuchó con el gesto paralizado. Cuando acabé, me agarró de la mano y, mirándome a los ojos, me dijo:

—Yo te voy a ayudar. No tienes que tener miedo. —Lucía parecía tener la clave para hacerlo.

—No puedo irme así, como si nada —repuse.

—Tienes que decírselo.

—Imposible. Siento que es capaz de cualquier cosa. O sea..., tampoco creo que sea una mala persona, de verdad. Pero temo que, en un ataque de ira, haga alguna locura.

—Bueno, Elena, entenderás que eso lo convertiría en una mala persona.

—Quizá sea solo un miedo mío... —Me dolía hablar de Javier de aquella forma. Por un lado, sentía que se podía volver loco y cumplir su amenaza, pero, por otro, no le veía capaz.

—Entonces será mejor no arriesgarse. Por prevenir.

—Pero además está Laura, no quiero que sufra y ella no sabe nada, no va a entender por qué dejo a su padre.

—Laura ya es mayor para entender muchas cosas —replicó Lu.

—Ya, pero le haría daño, yo prefiero que ella no sepa realmente lo que ha ocurrido, al menos por ahora.

—Entonces tendremos que pensar en algo para sacar a la niña de esa casa y luego nos encargamos de ti.

Lucía se paró a pensar.

—Tal vez lo ideal sería que Laura fuera a estudiar este curso a Irlanda, puede ir a casa de Manu, allí estará genial cuidada, y además aprenderá inglés. Al menos unos meses, los suficientes para que tú puedas organizar tu nueva vida.

Nuestro hermano Manuel estaba trabajando en Dublín, había

conseguido cumplir su sueño y vivía con su novia, una londinense encantadora que había conseguido que hablara inglés a la perfección.

Nos quedamos una hora allí, el café se alargó y estuvimos dilucidando, punto por punto, lo que debía hacer para acabar con aquella situación.

No sé qué fue lo que me dio el empuje que necesitaba. Pero lo hizo.

75

Otra vez el odio

—Javier, he pensado una cosa.

El olor del café de la mañana hacía de la cocina mi estancia favorita.

Él me miró extrañado. No hablábamos prácticamente nada.

—Dime —se limitó a responder.

—Podríamos enviar a Laura a estudiar a Irlanda. Creo que sería muy bueno para ella aprender inglés.

—¿Con qué dinero?

—Bueno, con las notas que tiene seguro que no es difícil conseguirle algún tipo de beca. Y puede vivir con Manu y su novia, así no tendríamos que pagar alojamiento —respondí. Lo tenía todo pensado.

—Como quieras.

—Hablaré con un colegio que me han recomendado en Dublín, y si hay suerte, en un par de semanas la niña podrá estar allí. Será muy positivo para ella.

—Como quieras —repitió Javier.

Nuestra relación se limitaba a este tipo de conversaciones. Con esta duración. Era habitual que discutiéramos, los gritos..., todo eso lo viviste tú, por desgracia. El resto ya es historia, los llantos porque no querías irte a aquel curso y separarte de tus amigas, y lo bien que lo pasaste después, y lo mucho que aprendiste..., menos mal que fue así.

Te escribí una carta casi a diario, pero bueno, esto ya lo sabes. Sí, es cierto que no te contaba gran cosa, pero es que tampoco había mucho que contar, sobre todo si no quería mentirte. El dinero entraba a espuertas tras el éxito del libro y todo se guardaba en la cuenta que había conseguido hacerme a espaldas de tu padre y que pretendía que fuera para ti y para lograr mi independencia también. Dejé el colegio, doña Rosa lo entendió perfectamente, le dije que necesitaba más

tiempo para escribir. Javier ni me preguntó.

Lo que no sabes es lo que sucedió en aquellos seis meses, mientras tú estudiabas fuera.

Los días dependían de cómo se levantara Javier por la mañana. De si tenía buen o mal humor, de si le iban bien las cosas en el trabajo o no, de lo que fuera. Si estaba bien, solía pasar tiempo fuera de casa; si estaba mal, lo pagaba conmigo.

No te hablo de maltrato físico, sino de algo que, en ese momento, nadie se planteaba: el maltrato psicológico. Desde que me amenazó vivía con miedo.

Al día siguiente de irte tú, le propuse salir al teatro por la tarde, como hacíamos cuando éramos novios. La situación era espantosa en casa, sabía que debía dejarlo, pero me sentía incapaz. Por eso, decidí tratar de reconducir la relación ahora que tú no estabas para sufrir los posibles baches. Quizá así podríamos recuperar lo que teníamos al principio.

—¿Al teatro? ¿A qué? ¿A ver a muertos de hambre hacer el tonto encima de un escenario? —me respondió burlándose.

—Bueno, si no quieres ir al teatro, podemos dar un paseo y cenar fuera de casa —propuse.

—¡Sí, hombre! ¡Como si nuestra economía estuviera boyante! ¿O vas a pagar tú? Ahora que haces trabajos a escondidas, a lo mejor también eres rica y no me he enterado.

Volví al salón al cabo de un rato, donde él se entretenía viendo una película del Oeste, de esas que ponían en La 2 después de comer. Me senté a su lado en el sofá, tragándome mi orgullo. No me dirigió ni la palabra ni la mirada. Lo miré de soslayo: el mismo pelo abundante, aunque ahora poblado de canas, la misma mirada intensa, la mandíbula marcada..., pero me llamó la atención que, en una cara bastante más juvenil de lo que le correspondía por edad, dos arrugas poderosas le mantenían el ceño siempre fruncido en una suerte de mueca de enfado permanente. Me pregunté si aquello se lo había provocado yo. Ahora me avergüenzo de ese pensamiento. Y solo fue uno de tantos que tuve, siempre creyendo que tal vez sus reacciones eran culpa mía, que tal vez me había equivocado intentando ser escritora, que quizá mi sitio era en casa y él tenía razón. También me convencí de que era mala madre por mandarte a estudiar fuera.

El olor de lo que se suponía mi hogar se tornó espeso, Javier

fumaba un cigarrillo tras otro, aun sabiendo cuánto me molestaba. La peste a tabaco lo impregnaba siempre todo, pero de un tiempo a esta parte se estaba convirtiendo en insoportable para mí. Como su presencia.

Yo lo quería, al menos lo quise. Pero amaba a aquel Javier que me mostraba cosas bonitas, que dio el cien por cien por conquistarme, ese que hacía años había desaparecido. El problema era que yo estaba atada a él. Una especie de hilo invisible que no me dejaba separarme, me veía incapaz de seguir adelante sola. ¿Qué iba a hacer sin él? ¿Y si lo echaba de menos? ¿Qué diría su familia? ¿Qué diría la mía? Una montaña de impedimentos se plantaba siempre frente a mí cuando me lo planteaba. Además, lo quería..., ¿lo quería?

Tomé aire. Abrí la boca. Me preparé. «Javier, no podemos seguir así, no somos felices, es mejor que nos separemos, antes de que acabemos mal. Es lo mejor para nuestra familia.» Pero no. Nada. Ni una palabra. No conseguí pronunciar ni una sola palabra. Cerré la boca. Él ni siquiera se había dado cuenta de que quería decirle algo. La misma indiferencia de siempre.

No tenía fuerzas para dejarlo, me daba pavor su reacción. En ese momento, de verdad sentí que, si lo hacía, podía enfadarse y volverse violento. Lo imaginé capaz de cualquier cosa. Me levanté y salí del salón.

Sola no podía.

Recorrí la distancia que me separaba de tu cuarto arrastrando los pies, sin levantar la mirada del suelo, entré y vi toda tu habitación perfectamente recogida, y sin ti. Solo hacía un día que te habías ido y ya te echaba de menos. Como hice cada uno de los segundos que pasaste estudiando en Dublín.

Esa noche fue especialmente dura.

Me acosté pronto, sin desearle buenas noches, tampoco pensé que se daría mucha cuenta, la verdad.

Llevaba ya un rato dormida cuando sentí cómo entraba en la habitación. Llevaba un cigarrillo en la mano y un intenso humo se propagó por la habitación en un momento. Tosí.

—Habrá que aprovechar que no está la niña —dijo él sin importarle que yo estuviera dormida.

—¿A qué te refieres? —Podría haberme callado, haberme hecho la dormida, pero tampoco hubiera servido de mucho.

Me destapó por completo y apagó el cigarro en el cenicero que tenía siempre en la mesilla de noche. Sabía que lo odiaba, pero le daba igual.

—Venga, tonta, si lo estás deseando.

No me podía creer lo lejos de la realidad que estaba ese hombre. Me empezó a manosear sin ningún tipo de delicadeza. Yo me puse rígida.

—No, Javier, estoy dormida —le dije.

—Dormida no estás, si no, no me hablarías. —Soltó una carcajada que a mí me sonó estremecedora.

No quería acostarme con él, no quería. No podía.

—Ya, pero lo estaba —repuse girándome y tratando de cubrirme de nuevo con las sábanas.

Entonces me agarró fuertemente del brazo atrayéndome hacia él.

—Te he dicho que vengas, eres mi mujer. Lo mínimo, ya que eres una arisca todos los días, es que me atiendas convenientemente durante la noche. —Se quitó el pijama y se colocó encima de mí.

No abrí más la boca, me dejé hacer y lloré, lloré mucho, pero ni siquiera se dio cuenta. O, si lo hizo, no me lo dijo. No podía entender cómo mi marido, mi pareja, mi compañero de vida, era capaz de aquello.

En ese momento decidí que haría lo que fuera necesario para escapar de aquella pesadilla. Ya no estabas tú, Laura, ya no tenía sentido aguantar junto a tu padre. Lucharía por mi felicidad y, por supuesto, por la tuya, pero lejos de él.

Me dormí, exhausta, mientras él se fumaba su cigarrito de rigor. Aunque supiera que lo odiaba.

Que lo odiaba profundamente.

76

El viaje

Desperté incluso antes de que el sol entrara por la ventana. Tal y como había convenido con Lucía, preparé un par de maletas con lo necesario. Aproveché que Javier estaba fuera de Madrid, supuestamente visitando a su familia en Sevilla. Ya no se molestaba en llevarme, cosa que agradecía, porque no soportaba a aquella gente que tan mal me lo había hecho pasar. Ahora que tú estabas en Irlanda, no había nada que me obligara a verlos.

Recuerdo el olor de la ropa, de mi armario, el tacto de las prendas que iba guardando, y cómo me parecía que me miraban el resto, las que no me acompañarían. ¿Estaba haciendo lo correcto?

Le había contado todo a doña Rosa, que, como era de esperar, me apoyaba en lo que hiciera.

—Mi amiga Brígida te ayudará en lo que necesites. Vive en París desde hace veinte años y está encantada sabiendo que albergará a una escritora importantísima bajo su techo.

El plan era el siguiente: cogería tantas cosas como pudiera y bajaría a la calle, donde me esperaba Lucía con su coche. Había comprado el billete a París. No le diría a nadie la dirección, solo sabríais que estaba bien, pero no dónde me encontraba. Esto era horrible, lo más duro, pero clave si quería que Javier no tomara ningún tipo de represalia ni fuera a buscarme. Cuando pasaran unos meses, tiempo suficiente como para que mi marido se hubiera hecho a la idea y no pudiera actuar en caliente, le haría llegar los papeles de divorcio. Después, ya sería libre y podría volver. Justo para cuando tú acabaras el curso.

Por supuesto, durante el tiempo que estuviera en París haría mil llamadas para encontrar una casa en Madrid donde vivir contigo cuando todo se solucionara. No era nada fácil hacer eso desde el extranjero y en mis circunstancias, te hablo del año 1984. Todo era a

través de llamadas de larga distancia por teléfono fijo. En todo caso, parecía un plan relativamente bien estructurado y sencillo, y quizá lo era, pero se nos había olvidado introducir el aspecto emocional. Lo duro que iba a ser dar cada paso. Dejaros a todos atrás en cierta medida. No veros durante meses, y sobre todo no poder explicarte cara a cara lo que ocurría. No quería que supieras dónde estaba. No quería que tu padre pudiera presionarte y acabaras diciéndoselo. Quizá no hubiera sido capaz de dejar a tu padre si tú me hubieras pedido que no lo hiciera. En ese momento eras solo una adolescente y no sabías todo lo que sabes ahora.

Es horrible. Y no sabes cuánto me duele contarte estas cosas de tu propio padre. Me mata.

Escribí una nota y la dejé sobre la cama.

Javier, lo siento. Lo siento por no haber sido capaz de afrontar esto cara a cara. Siento no haber podido mantenernos unidos. Pero no aguanto más. Se acabó. Estoy bien, me voy, no me busques, por favor. Quiero que dejemos de hacernos daño, por el bien de Laura, por nuestro propio bien. Tú sabes, como yo lo sé, que no tenemos que estar juntos, y que esto es lo mejor. En un tiempo sabrás de mí y haremos firme el divorcio. Perdóname si he hecho algo mal. Con el tiempo, si no ya, entenderás que esto es lo correcto. Ojalá algún día podamos tener una relación cordial. Gracias por darme lo mejor de mi vida, a nuestra hija. Nos vemos pronto,

ELENA

Lloré, lloré y lloré mientras bajaba cada escalón. Lloré cuando entré en el coche de mi hermana. Lloré cuando me despedí de ella y no dejé de hacerlo al subir al avión. En ese momento cambió mi vida.

Pasaron seis meses. Tú estabas feliz en Irlanda, y quisiste quedarte también durante el verano, dos meses más. Tu padre no quiso moverte de allí al ver que estabas bien, y yo lo sabía todo de primera mano por Manu.

Después volviste, y pasaron esos dos años. Yo no sabía cómo acercarme a ti. No quería trastocar tu vida. Sé que me necesitaste, que fue durísimo para ti llegar a creer que yo me había ido porque no te quería. Sé que te fuiste de vacaciones con tu padre y que yo no daba

señales de vida. Sé que él te dijo que lo mejor era que os olvidarais de mí y que yo no iba a volver, que no me gustaba vivir con vosotros porque había triunfado y me había vuelto famosa, que vosotros dos me parecíais poca cosa.

Perdóname, hija, sé que te destrocé el corazón. Pero todo eso era mentira. Me hiciste falta cada segundo que no estuve contigo. Laura. Mírame a los ojos: nunca, nunca he querido a nadie como te quiero a ti, eres mi vida. Todo lo que he hecho ha sido siempre pensando en tu bienestar. Pero o escapaba de aquel infierno junto a tu padre o la situación me hubiera llevado por delante. Necesitaba salir de allí. No era yo. Había desaparecido. No me reconocía. Si volvía antes de tiempo, condicionaría tu vida como hicieron con la mía. Te quería libre. Que tuvieras la oportunidad que yo no tuve.

No llores así, hija. Ven, que estás temblando. Sí, tienes razón, me equivoqué en la forma de hacerlo. Ahora me doy cuenta, pero no sabría cómo haberlo hecho mejor, cariño. Tengo casi cuarenta años y siento que ahora estoy empezando a vivir la vida que quiero. Cuando eras pequeña estaba volcada en ti, y gracias a eso encontraba momentos felices. Luego, con la literatura, conseguí hacer frente a tu padre de alguna forma, pero todo ha sido una constante lucha.

Ahora sabes por qué. Estaba en una cárcel.

Necesito saber que puedo vivir, hacer lo que quiera sin recibir reproches en todo momento, sin impedimentos, poder ser adulta, empoderarme. Tengo la boca llena de palabras y un mensaje muy claro: cariño, por primera vez he conseguido ser independiente. Sin padres, tías, maridos ni nadie mandando sobre mí. Y... me cuesta decirlo, pero... me parece que me lo merezco.

Laura, créeme que hice lo mejor que pude. Este tiempo sin ti también ha sido para mí lo más duro que he vivido nunca.

No, no digas eso. No tengas miedo, nunca más volveré a desaparecer.

No me pidas perdón, hija. Al revés. Ven, abrázame otra vez.

Yo también te quiero. Te quiero infinito.

Llevamos aquí todo el día encerradas, ¿no tienes hambre? ¿Qué te parece si vamos a comer algo?

Epílogo

Se desperezó y se dio cuenta de que apenas había podido dormir. Sentía un nudo que le atenazaba el estómago en una especie de abrazo que, si se descuidaba, podría convertirse en asfixia.

Habían transcurrido diez años desde su conversación con Laura y, sin duda, habían hecho todo por recuperar el tiempo perdido hasta el punto de convertirse en inseparables. Los encuentros inevitables con Javier ya se habían producido y la relación había sido «correcta». Se sentía más fuerte que nunca.

Se pasaba los días contándole anécdotas de la escritura a su hija, ella le explicó con todo detalle cómo había sido su vida en Irlanda y que había decidido ser profesora porque le encantaban los niños. En ello estaba. Elena vio en Laura a su adorada profesora Marce, que tanto la marcó en su infancia, en tan pocos años.

En todo ese tiempo tuvo mucho que pensar, y todavía había algo que sentía pendiente. Si su hija había sido capaz de darle una segunda oportunidad, quizá ella debía perdonarse a sí misma también.

Habían sido años de autoconocimiento, de terapia, de sufrimiento, por qué no decirlo, y, aun así, habían sido vitales. Sí, vitales, porque sin ellos dudaba de que hubiera podido seguir viviendo.

Se levantó y, dirigiéndose a la cocina, trató de recordar si le quedaba café preparado. No. Tendría que hacerlo. No le importaba, el olor a café recién hecho era una de las cosas que más le gustaban en el mundo. Ella era de cafetera italiana, de moler los granos en el momento y absorber todos los aromas.

El gas a tope y esperar a que subiera el café. Mientras tanto, cogió una rebanada de pan del congelador y lo tostó. El sabor de la miel le embriagó la mañana.

Había estado pensando en qué ponerse desde que tomó la decisión y al final Laura la ayudó. Máscara de pestañas, se estaba acostumbrando a llamar así al rímel de toda la vida, había que

proteger el castellano, se decía; un poquito de colorete y chimpún.

San Felipe Neri, 4. Allí era. Donde había sido siempre, en realidad.

Volvió a sentarse en aquel escalón, a respirar el humo de los coches saliendo del túnel y el aroma a recuerdos que siempre estaban al acecho. Pasara lo que pasara. La lechería había desaparecido dando paso a una tienda de pequeños objetos de recuerdos para turistas. El colegio había sido convertido en varios apartamentos, eso que ahora llaman estudios y por los que cobran mucho dinero.

Los cinco pisos sin ascensor se habían convertido en cinco pisos con ascensor y ya no existía el banquito para descansar.

Había que pasar página para poder ser feliz. Eso le decía la terapeuta: «De nada te sirve anclarte en un pasado que tampoco fue precisamente un camino de rosas, Elena».

Es cierto que había habido más rosas que espinas, pero, al fin y al cabo, era su camino, lo que ahora la había llevado a estar en uno de los momentos más importantes de su vida.

Ya nadie le decía lo que tenía que hacer, cómo comportarse, cuándo reír, a qué dedicar sus horas por la tarde... Por fin era dueña de su vida. Por completo. Y se sentía pletórica.

Un golpe en las rodillas la había hecho levantarse del escalón del portal solo unos segundos atrás.

—Hola, Elena. —Una voz la sacó de sus pensamientos de forma abrupta. Una voz profunda y familiar.

Levantó la mirada. Llevaba zapatos de piel negro, unos vaqueros y una camisa blanca que contrastaba con el color de su piel.

—Hola, Mateo —respondió incorporándose e intentando que no se le notara el leve temblor que le movía el cuerpo.

—Han pasado tantos años... —dijo él.

—Bueno —respondió Elena—, todavía tenemos todo el tiempo del mundo.

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.
La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.
Al comprar este ebook estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.
En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.
Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas reproducir algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© del diseño de la portada, Planeta Arte & Diseño © de la ilustración de la portada, Ana Jarén, Flower Power © Irene Junquera Martín, 2023
© Editorial Planeta, S. A., 2023
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): abril de 2023
ISBN: 978-84-0827258-8 (epub)
Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

¡Síguenos en redes sociales!